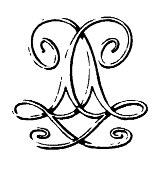





DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

DIARIO DE UN TESTIGO

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA.

DIARIO DE UN TESTIGO

DE LA

GUERRA DE AFRICA

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Soldado voluntario durante la campaña

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA

PARTE SEGUNDA

COMBATES EN LA LLANURA

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1880



PARTE SEGUNDA.

COMBATES EN LA LLANURA.

I.

Un paseo por el Llano.

Cabo Negro, 15 de Enero.

Aquí nos tienes en el mismo sitio en que nos dejaste anoche.

El dia de hoy se ha empleado en pasar la Artillería rodada y toda la Impedimenta por los desfiladeros que atravesamos ayer tarde; pues ya comprenderás que, para bajar á establecernos en la playa, en *Fuerte Martin* y en la *Aduana* (puntos que distan de aquí una legua por término medio), necesitábamos ante todo poner á salvo tan importante bagaje.

Ya lo tenemos á vanguardia; pero todavía nos es preciso aguardar otra cosa que asegurará más y más nuestra bajada á la llanura.

Lo que ahora esperamos es á que se presente en la Rada de *Tetuan* una nueva Division de ocho Batallones que viene á reforzar nuestro Ejército, al mando del General D. Diego de los Rios, la cual se embarcó en *Ceuta* ayer mañana y ha pasado la noche en la Ensenada de *Cabo Negro*, protegida por los mejores buques de nuestra Escuadra y por seis ú ocho Lanchas-cañoneras de muy poco calado.

En dicha Ensenada, separada ya hoy de nosotros por este Promontorio, tuvimos la base de operaciones durante todo el combate de ayer; y por allí recogió nuestros heridos y enfermos la otra Escuadra que nos ha seguido siempre en nuestra marcha por la costa, prestándonos todo género de auxilios.—Hoy mismo nos comunicamos todavía con el mar por aquel punto, si bien esta comunicacion es ya muy precaria y fácil de interrumpir.—En cambio, mañana, cuando los buques que traen á la Division-Rios doblen el Cabo y entren en las aguas de *Tetuan*, trasladaremos á su hermosa Rada nuestra base de operaciones.

Por lo demas, en todo el largo dia de hoy no ha parecido el enemigo por la vastísima llanura que tenemos ante los ojos, de la cual han tomado posecion particularmente (ya que no oficial ó militarmente) muchos individuos de nuestro Ejército, ansiosos de pasearse por terreno llano y, sobre todo, de reconocer *tierras moras*.

La única señal de vida que han dado los Marroquíes ha sido plantar una multitud de tiendas, como á una legua de aquí, delante de *Tetuan*, sobre las segundas estribaciones de *Sierra-Bermeja*...—¡Ah, señòres Moros! ¡Ya nos vemos cara y cara!—¡Ter-

minó la guerra del acecho y la alevosía!—¡Ya os veremos venir, cuando nos busqueis! ¡Ya sabemos dónde estais, para cuando nos toque buscaros!

Nuestras pérdidas de ayer consistieron en veinticinco muertos en el campo de batalla, cuatrocientos heridos y ciento cincuenta contusos.—Por algo le temia yo tanto al paso de *Cabo Negro!*...—Afortunadamente, tanta preciosa sangre no ha sido perdida... ¡La llanura de Tetuan será nuestra dentro de pocas horas, tal vez sin tener que disparar ni un solo tiro!...

En cuanto al Cólera, podemos decir que nos ha abandonado completamente. ¡Pero él volverá!—El Cólera es como los Moros: así que nos ve parados dos ó tres dias en un mismo Campamento, viene y nos ataca.

Conque ahí tienes el *Boletin* del dia de hoy.

. . . .

Por mi parte, he dado un paseo á caballo por la llanura, acompañado de un amigo, hasta media legua de nuestro Campo.

La tarde ha sido magnífica, serena, resplandeciente, y, áun prescindiendo de la infinidad de objetos curiosos que he hallado al paso, esta cabalgata sería una de las más deliciosas que he hecho en toda mi vida, por la amenidad y belleza del terreno que he atravesado.

Los objetos que digo, eran en su mayor parte despojos marroquíes de la Accion de ayer: espuelas, bolsas de municiones, caballos muertos, monturas, cadáveres, ropas ensangrentadas, y algunas armas de escaso mérito.

Las *espuelas* se parecen á nuestros antiguos aci-

cates, con la diferencia de que la púa con que se aguijonea el caballo es de una longitud extraordinaria. ¡Las he visto de cerca de una cuarta!—Las *bolsas* son de tafilete rojo ó amarillo, con flecos y adornos de seda ó de la misma piel.—Las *monturas*, generalmente forradas de paño encarnado, parapetan, por decirlo así, al jinete dentro de la silla: tan altos son sus labrados borrenes. Debajo de ellas lleva cada caballo hasta siete mantillas de paño fino, cada una de un color diferente. —Los *caballos*, enjutos y de poca alzada, no tienen nada de bellos como forma, si bien su traza y contextura justifican las cualidades que habíamos admirado en ellos, al verlos correr, saltar, subir por las laderas, y revolverse en todas direcciones, obedeciendo, no á la mano del jinete (que á cada momento abandona las riendas), sino á la más ligera presion de sus rodillas. ¡Indudablemente, hay que reconocer en estos afamados corceles africanos no sé qué superioridad ó privilegio físico, semejante al que caracteriza á sus dueños, verdaderos Caínes, hijos primogénitos de la Naturaleza!

Tambien he visto y examinado prolijamente unas huertas y un *Aduar*, en que no faltaba nada: de donde saqué en consecuencia que sus moradores murieron en la Accion de ayer; pues, de no ser así, se hubieran llevado consigo, al abandonar sus chozas, muchos de los objetos que han dejado en ellas.

Empezando por las *huertas*, te diré que cada una está cercada por un seto de cañas, encerrando verdes hazas de trigo muy bien cuidadas, higueras, naranjos y otros frutales, muchas higueras chum-

bas y cuadros sembrados de nabos y patatas.— Una hermosa acequia atravesaba estas heredades.

En medio de las chozas del *Aduar*, y en vez de un Pozo como el que ví en el de *Cabo Negro*, habia un manantial de agua cristalina, que hacía bullir la arena al tiempo de brotar. Una fina alfombra de suaves hierbas rodeaba aquella bienhechora fuente, cuyo blando murmullo convidaba á la contemplacion y al descanso...

No léjos, percibíase la *era de pan-trillar*, como se dice en Andalucía, empedrada con esmero, lo que me hizo pensar en la paz y el trabajo que habíamos venido á interrumpir con nuestros clarines de guerra.

En fin, en dos ó tres puntos he visto algunos pedazos de terreno con grandes matas de tabaco...

A todo esto, dos soldados, acaso los primeros que habian visitado el *Aduar*, salian muy ufanos de una choza, cargados de algunos útiles de cocina; y uno de ellos, sin duda como señal de toma de posesion, convirtió en asta-bandera una baqueta de espingarda que encontró por allí, á la que ató *su único pañuelo*, y la dejó clavada sobre el techo de la choza.

—El espíritu de conquista es innato en los Españoles...—exclamó mi amigo.

Yo pensaba lo mismo precisamente; y, por no ser ménos que nadie, penetramos en otra choza.

En ella encontramos una puerta de madera con goznes de hierro, semejante en todo á la de cualquiera de nuestros cortijos; candiles de barro para aceite, de una forma que tenía algo de clásica ó de *antigua*, en el sentido artístico de esta palabra; ma-

zas dentadas para desgranar el maíz; un molinillo grande dentro de un mortero de barro, que no dudé se emplearia para hacer el *alcuzcuz*; grandes artesas; rastrillos y arados muy parecidos á los nuestros; algunas albardas por el estilo de las que han traido las acémilas regaladas al Ejército por los Aragoneses; cucharas de palo; mariscos, y una poca miel blanca.

En otra choza, á vuelta de muchos objetos análogos, hemos hallado una cabeza de cordero, cuya sangre fresca indicaba que el animal habia sido degollado ayer.

Tambien hemos visto por todos lados muchas semillas de melon, de calabaza, de sandía, de mijo y de tabaco; alguna galleta de pésima calidad, y muchas tinajas, ollas y jarros de tierra cocida, cuya configuracion no carecía de cierta gracia.

Añade algunas *camas* de hierbas secas; dos ó tres otomanas de palma llenas de paja; espuertas de la misma materia llenas de sal, y várias esteras de junco, y tendrás completamente inventariado el ajuar de aquellas pobres viviendas.

Al regresar á este nuestro Campamento (satisfecho ya en parte mi afan de *arabizar*), he fijado más mi atencion en la Naturaleza...—¡Qué vegetacion! ¡Qué verdura tan deslumbradora, no obstante la estacion en que nos hallamos! ¡Qué gigantescas pitas, qué desmesuradas hierbas, qué juncos, qué cañas! ¡Y qué penetrantes aromas, qué poderosos rumores despide esta feroz y lujosa tierra!

El canto de los millones de ranas que moran en tanto y tanto lodazal, asorda completamente el Valle: la intensa luz del sol, que indudablemente

es aquí más viva en el invierno que en Francia durante la canícula, deslumbra y produce vértigos; las ácres ó narcóticas emanaciones de las plantas, ó excitan los sentidos ó los adormecen; el viento del Sur, que baja sonando del gigantesco Atlas, parece como que corta la circulacion de la sangre..., y todas estas agitaciones, esta múltiple turbacion, este desasosiego ó este letargo producen no sé qué estado febril, que te fatiga y alienta á un tiempo mismo.

No lo dudes: consiste en que este es otro mundo: en que ésta no es la que pudieras llamar tu *patria zoológica*, tu region, tu *medio*: en que este aire, esta tierra, este sol, no fueron hechos para los hijos de Europa: en que te sientes aquí exótico, intruso, *extranjero*... en el sentido de la naturaleza.

Yo, á lo ménos, no experimenté nunca fuera de España lo que hoy experimento fuera de Europa.

Pero dejémonos de temerarias lucubraciones, y volvamos á las cosas de la guerra...

Orden del dia para mañana: Desembarco de la Division Rios. — Traslacion de nuestro Campamento á un Puerto, á una Rada, á un punto de comunicacion con el mundo civilizado;—y los demas asuntos pendientes.

II.

Desembarco de la Division-Rios.—El Reto.—¡Los Moros no tienen cañones!...

Cabo Negro, 16 de Enero, por la noche.

«*¡Aún en Cabo Negro!*»—exclamarás...

Sí, amigo mio; aún en *Cabo Negro!*—No se puede hacer todo tan de prisa como se desea; ni las cosas de la guerra son tan fáciles de realizar como los políticos se figuran, recostados en blanda butaca al amor de una buena lumbre.

Oye la causa de nuestra detencion, ó sea la historia del dia de hoy.

Ayer tarde, cerca del anochecer, bajáronse como unos doce mil Moros al pié de *Sierra Bermeja*, donde acamparòn resueltamente.

—¡Ya están ahí! (dijimos todos con cierta mezcla de zozobra y de alegría.) ¡Mañana al amanecer nos presentarán batalla campal y *estrenaremos* esta llanura!

Y así nos acostamos...

Sin embargo, pocos serian los que durmiesen á pierna suelta, ya porque nuestra extensa y mal acondicionada línea requeria cuádruples guardias, ya porque la proximidad del enemigo y la expectativa de un gran combate, diferente en todo de los sostenidos hasta el dia, preocupaban fuertemente los ánimos.

De mí sé decir que más de una vez salí anoche

de mi tienda para ver las hogueras de los Campamentos enemigos,—sobre todo las del recien plantado, que allá lucían entre las sombras como otros tantos ojos que nos espiaran...

Desde las once en adelante, viéronse ir y venir misteriosas luces por la llanura...

—¿Qué se le habrá perdido á esa gente?—oí exclamar á uno de nuestros centinelas.

—¡Quizás busquen el cuerpo de algun Jefe ó General que habremos matado ayer!—respondió otro desvelado como yo.

—¡O puede que preparen el terreno para la funcion de mañana!—añadió un tercero.

A eso de las tres despertáronnos algunos tiros; pero, una vez de pié todo el mundo, ya no sonaron más.

Indudablemente, habia sido una alarma falsa.

Acostámonos, pues, y dormimos hasta que, al cabo de dos horas, nos despertó el *toque de diana*.

Aun era de noche, y hacía bastante frio...

—¡*Abajo esas tiendas*! ¡*Abajo esas tiendas*!—gritaban los Jefes por todos lados, no dando la órden á són de corneta para no prevenir al enemigo.

Salí, pues, de mi *casa*, á fin de que la derribaran; y, por pronto que quise volver á verla, ya no pude encontrar el sitio en que habia estado edificada y en que yo habia pasado la noche.

Entretanto, hacíanse equipajes por todos lados, á la luz de las hogueras y de algun opaco farolillo; cargábanse las acémilas; dábase órden á los brigaderos de marchar con ellas por la llanura, á lo largo de *Cabo Negro*, hácia la orilla del mar; y todo el mundo apresurábase á tomar un bocado y un

poco de café, preparándose así, aunque tan fuera de hora, contra las eventualidades del próximo dia.

A los pocos momentos estábamos ya *dispuestos á todo*, por lo mismo que no teníamos nada que perder.—Dígolo, porque la cama, la casa, la despensa, todo habia partido. – ¡Con tal que lo volviéramos á ver!

De este modo aguardamos la venida del dia, con cuya primera luz esperábamos recibir á un mismo tiempo un *ataque* por la derecha y un *refuerzo* por la izquierda.

Del *ataque*, ya se notaban algunos síntomas: las hogueras del Campamento moro se habian reanimado, y otras nuevas brillaban en la llanura.

En cuanto al *refuerzo*, consistia en la Division Rios, cuyo desembarco no podia tardar, puesto que los Buques tenian órden de doblar á *Cabo Negro* al amanecer.

¡Ah, con qué dulce impaciencia aguardábamos la aparicion de nuestros barcos en la Rada de *Tetuan!*—Créeme: la expectativa de este placer nos hacía olvidar el peligro que nos amenazaba por el lado opuesto...—¡Todo el mundo miraba á la izquierda; nadie á la derecha!—Y era que por la izquierda iban á llegar nuestros hermanos, miéntras que por la derecha sólo podian venir nuestros enemigos.

Por lo demas, la operacion simultánea de avanzar nosotros desde estas alturas y de aparecer nuestra Escuadra con la Division Rios, nos haría dueños en un momento del Llano, de la ria y de sus fortificaciones; lo cual prueba el gran acierto del plan llevado á cabo por nuestro General en Jefe.

Y, si no, ponte á pensar qué podian hacer hoy los pobres Moros, cogidos por segunda vez en las redes de nuestra estrategia...

¿Bajar á la playa, á servirse de los medios de defensa que han acumulado allí, y estorbar el desembarco de Rios?— ¡Tanto mejor para nosotros, que, en este caso, marcharíamos de frente, cortaríamos la llanura hasta llegar al *Rio Martin*, y dejaríamos aisladas y presas entre dos fuegos, sin comunicacion con *Tetuan*, y envueltas por nuestros Batallones, todas las fuerzas enemigas que se hubiesen acercado á la orilla del mar!

¿Atacar nuestros Campamentos?—¡El General Rios desembarcaria entónces tranquilamente, subiria por la orilla del *Martin*, ocuparia la *Aduana*, y desde allí protegeria nuestra bajada de flanco por las faldas de *Cabo Negro*, hasta colocarnos á retaguardia de su Division, sin que los Moros pudiesen seguirnos!

¡Ah! ¡Bien dijo el que dijo que más vale maña que fuerza!—¡Cuánta y cuán dolorosa iba á ser la perplejidad de los pobres Marroquíes!

. . . .

Miéntras discurríamos así esta madrugada, inmóviles y formados en los últimos escalones de la Sierra, la luz del dia se abria paso por entre una espesa bruma que nos ocultaba el mar, en tanto que una franja de oro, señalando el límite de las olas, esclarecia la lontananza del cielo.

Nuestros relojes apuntaban las siete cuando ya empezó á verse claro en todas direcciones.

Entónces pudimos observar que, durante la noche, los Moros habian plantado una infinidad de

tiendas en todas las alturas que rodean á *Tetuan*.

¿Eran nuevos Ejércitos? ¿Era la poblacion de *Tetuan* que abandonaba la Plaza?—Aquella bandada de águilas, ¿venía contra nosotros, ó huia delante de nuestros pasos?

—¡Mirad el *Atlas*!—exclamaron en esto algunas voces.

El *Atlas* se habia nevado espantosamente durante la noche.

¡No era para ménos el frio que habíamos pasado bajo las tiendas!

Y ¡qué severo y hermoso estaba el hercúleo gigante con aquella vestidura de ancianidad!

Por último, á las siete y media, un largo murmullo de alborozo cundió por todas las filas...

—*¡Un barco!... ¡se ve un barco!*—gritamos todos, segun que lo íbamos descubriendo.

Era una Lancha-cañonera... Despues apareció otra, y luégo otra, y en fin hasta seis ó siete...

—*¡Ya está ahí Rios!*—fué la exclamacion general.

Y todo el mundo se hacía ojos para no perder ni un solo detalle del desembarco.

Entre tanto, los Buques de alto bordo iban tambien apareciendo lentamente y poblando el solitario fondeadero.

Algunos minutos despues la Rada estaba materialmente cubierta de naves.—Entre grandes Buques de guerra, Vapores de trasporte, Barcos de vela, Cañoneras y Guarda-costas, contamos más de ciento.

La mision de las Lanchas-cañoneras era batirse en primera línea contra las Baterías rasantes que los Moros habian construido en la playa con ayuda

de vecinos...—Los otros Buques de guerra dispararian contra *Fuerte Martin* y la *Aduana*.—En los Vapores-trasportes venian los ocho Batallones de la Division-Rios.—Y, en fin, los Guarda-costas tenian órden de penetrar oportunamente en la Ria, ó sea en el *Rio-Martin* (que como ya he dicho es navegable) con gran dotacion de tiradores, protegidos por las Cañoneras, y disparar de flanco contra los Moros, caso de empeñarse una batalla.

Cuantos conocíamos semejantes pormenores del programa de hoy, estábamos deshechos por ver cómo iban sucediendo las cosas previstas...

En esto, se oyó un cañonazo, que resonó en nuestros corazones más que en nuestros oidos...—¿Quién lo habia disparado? ¿Las Baterías de los Moros ó nuestros Buques?

Un largo silencio vino á demostrarnos que el cañonazo habia sido nuestro.—A haber sido de los Moros, nuestra Escuadra le hubiera contestado inmediatamente.

En tanto (¡oh desdicha!), la bruma que se levantaba del mar al amanecer, se habia extendido y hecho más espesa, hasta borrar, por decirlo así, del panorama que contemplábamos, primero la Escuadra, luégo la costa, despues los Fuertes del Llano, y por último *Tetuan* y todo cuanto nos rodeaba... —¡Quedamos, pues, como en medio de las tinieblas, imposibilitados de saber lo que sucedia allá abajo!

A las ocho y media sonaron dos ó tres cañonazos más, que nos alarmaron de nuevo; pero el fuego no continuó, ni nuestras avanzadas avisaron de que se viera moverse al enemigo por la llanura...

—Todo va bien...—pensamos entónces.

A las nueve seguia la niebla, más densa é impenetrable que nunca. Sin embargo, á veces se aclaraba por algunos puntos, como si el viento la desgarrase, y nos dejaba distinguir, siquier medio veladas, dos ó tres Embarcaciones que parecia que flotaban en las nubes, algunas bayonetas reluciendo por la playa, y la mancha cuadrada y negra de algun Batallon formado en masa...—¡Indudablemente eran las tropas de la Division-Rios que iban desembarcando!

Por último, cerca ya de las diez, escuchamos el eco de las músicas y de redoblados vivas...

Al mismo tiempo aclaróse algo la atmósfera, y vimos ondear la Bandera encarnada y amarilla en el *Fuerte-Martin* y en el *Almacen* inmediato...

¡Rios habia desembarcado en efecto!

Entónces se dió órden de avanzar hácia el mar á los equipajes, que, acompañados de una Batería de montaña, esperaban al pié de *Cabo Negro* á que la playa estuviese por nosotros.

Disipóse al fin la niebla completamente cerca ya de las once; y todo el paisaje volvió á brillar ante nuestros ojos...

Mi primera mirada fué para la Division-Rios, que allá se veia formada cerca de *Rio-Martin*... Pero la segunda fué para el Ejército enemigo, cuyas operaciones durante aquellas cuatro horas de absoluta ceguera podian habernos preparado un mal rato.

Pronto nos tranquilizamos todos: su cautela habia sobrepujado á nuestra prudencia; y, miéntras nosotros enviábamos mucha Caballería al Llano, á

fin de proteger el desembarco del General Rios, los Moros habian permanecido en sus alturas, no atreviéndose á intentar cosa alguna hasta que el aire hubiese recobrado su trasparencia.

En este momento, recibióse el primer *Parte* del Mar, traido por un Ayudante de Estado Mayor.—Los ocho Batallones del General Rios estaban ya en tierra... En el *Fuerte Martin* se habian cogido siete cañones de á 18 y 24; tres cureñas, una cábria inglesa y muchas municiones... Los disparos que habíamos oido fueron efectivamente nuestros, sin que á ellos hubiese contestado el enemigo..., á pesar de tener dos buenas baterías *enterradas* en la playa con cañones enteramente nuevos... ¡Ni un solo Moro habia parecido por ningun lado!

«Por todas partes y en todas direcciones (dijo además un testigo presencial) se veian huellas recientes de la ancha babucha, moruna y de caballos, bueyes, camellos y cabras. La aparicion de nuestra Escuadra habia ahuyentado de allí hombres y rebaños. Todo habia huido de nosotros..., ménos la tierra, sombría y muda como el espanto de la derrota.»

El General de Marina, nuevo Comandante General de las fuerzas navales de operaciones, D. José María de Bustillo, hizo el primer disparo á la Torre, y, viendo que ésta no contestaba, ni tampoco una Batería rasante colocada al Norte del Rio, echó á tierra cien hombres de tropa y marinería, á las órdenes del Capitan de fragata D. José Polo Bernabé, quienes se apoderaron de los abandonados Fuertes, escalando dicha Torre y plantando sobre sus almenas el pabellon de España.

En seguida, el mismo General de Marina pasó á una canoa y subió por la Ria hasta *Fuerte Martin*, no sin avisar ántes «que ya podia principiar el desembarco de la Division-Rios.»

Este se verificó rápidamente al pié de *Cabo Negro*; y, no habian saltado á tierra los últimos soldados, cuando ya estaban reunidas á la nueva fuerza la Batería de montaña y las acémilas procedentes de nuestro Ejército...

Al avistarse los *veteranos* y los recien llegados, se dirigieron aclamaciones y saludos entusiastas.

Despues se dedicó todo el mundo á desembarcar los efectos pertenecientes á la nueva Division, así como víveres para todo el Ejército, miéntras que las Lanchas-cañoneras, los Cruceros y los Guarda-costas penetraban en la Ria y surcaban ya las agridulces aguas del *Martin*, entre la *Torre* de este nombre y la *Aduana*...

Este relato no podia ser más satisfactorio...—Ya teníamos un Puerto... Ya éramos dueños de la llave de la llanura; de la verdadera puerta de *Tetuan*!—Nos dimos, pues, todos la enhorabuena, y preparamos nuestra imaginacion á los espectáculos curiosos que disfrutaríamos allá abajo, cuando recibiésemos la órden de trasladarnos á la orilla del mar.

. . . .

Entre tanto el enemigo empezaba á tomar posiciones amenazadoras.

El centro de sus operaciones parecia ser una *Torre* que domina á *Tetuan* y que los Guías llaman *Torre Jeleli*.

De aquel punto y de todas las colinas adyacentes bajaban sin cesar á la llanura grandes reba-

ños de Infantería mora, que no otra cosa parecian los Marroquíes, vestidos casi todos de blanco y marchando en revueltos pelotones alrededor de sus montados Jefes.—Por otros lados desfilaban en largas comitivas, asemejándose á numerosas comunidades de dominicos.—Al verlos así, nadie hubiera dicho que marchaban en són de guerra.—Sus armas no brillaban sino muy rara vez; y era que llevaban la espingarda baja y horizontalmente tendida, como se empuña un cirio en un entierro.—Su andar, en fin, parecia lento; pero echaban tan largo el paso, que adelantaban tanta tierra como si corriesen.

Al mismo tiempo empezó á presentarse por todas partes su blanca y aérea Caballería; y, así como, cuando nieva, vénse primero algunos copos diseminados acá y allá, hasta que poco á poco va desapareciendo la oscura tierra bajo el cándido sudario cada vez más espeso; del propio modo aquellas *pintas* de Caballería, que aparecieron como por encanto en mil diferentes parajes de la llanura, fueron dilatándose, extendiéndose, espesándose tambien, hasta que al cabo de algunos minutos tapaban verdaderamente las praderas...

Sin embargo, no creas que teníamos enfrente la fabulosa nube anunciada.—Ocho mil caballos habria, cuando más, á nuestra vista.—Pero, en cuanto al efecto visual, era el mismo que si se nos hubieran presentado ochenta mil.

Me explicaré.—Mil caballos nuestros, formados, como van siempre, en sólidas masas ó columnas, no aparentan más de lo que son... Pero mil jinetes árabes, corriendo sin cesar de un lado á otro, esto es,

multiplicándose por sí mismos, dispersos, airosos, gallardos, representan cien veces su propio número y ocupan una legua cuadrada de terreno...—Ahora bien; imagínate el bulto que harian aquellos ocho mil fantásticos caballeros y los diez ó doce mil peones que se arremolinaban en torno suyo!—¡Espectáculo verdaderamente soberbio, verdaderamente inolvidable!

El Ejército agareno se extendia desde los contrafuertes de *Sierra-Bermeja* hasta las orillas del *Martin*; pero sin avanzar por la llanura y como esperando un ataque nuestro contra *Tetuan*...

No era éste, ni podia ser todavía, el plan del General O'Donnell; mas, con todo, presentábase la ocasion, y áun el compromiso de honra, de venir á las manos en campo abierto y cara á cara, y demostrar cada uno su fuerza y poderío...—Decidió, pues, presentarles la batalla en medio de las anchísimas praderas.

Para ello empezó por situar en el Llano doce piezas en batería, apoyadas por la Division de Reserva y unos mil quinientos caballos; total, unos seis mil hombres.

En seguida, colocóse él en una colina, á la cabeza de los CUERPOS SEGUNDO y TERCERO, mandados por Prim y Ros de Olano (cuyas fuerzas ascenderian á doce mil infantes), y mandó avanzar á los de la llanura en busca del enemigo.

Anduvieron los nuestros como un cuarto de legua, ordenada y tranquilamente, formando la Caballería dos líneas de batalla, y marchando la Infantería en recias y simétricas columnas.

—¡Alto!—mandó el General en Jefe.

Y esperó nuevamente las operaciones de los Moros.

Solemne y majestuoso era aquel instante.—Todo el mundo callaba, y observaba atentamente los menores movimientos de los Moros.—O'Donnell, silencioso tambien y con los anteojos fijos en el horizonte, calculaba sus fuerzas y las contrarias; medía el terreno; graduaba las eventualidades de la lucha; daba alguna órden en voz baja á sus Ayudantes, que partian como exhalaciones; se paseaba á veces tranquilo, y otras lleno de impaciencia; y, en uno y otro caso, demostraba más que nunca aquella naturalidad, aquella sencillez, aquella distinguida llaneza que forman la base de su carácter. —Su actitud carecia de toda afectacion, de todo amaneramiento dramático. No *se veia*; no pensaba en sí mismo; no se acordaba del *público*...

El enemigo recogió al fin nuestro guante y acudió á nuestro reto.—Copiosas huestes de infantería y caballería destacáronse de su largo frente de batalla, y avanzaron derechamente contra nosotros dando feroces alaridos y blandiendo las espingardas sobre su cabeza. De vez en cuando hacian un alto y se apelotonaban... Pero luégo volvian á caminar, dejando á los de las alas que anduviesen más de prisa; lo cual daba por resultado la *media-luna* de siempre...

Nosotros no nos movíamos ni hacíamos fuego, á pesar de tenerlos ya á distancia, no sólo de nuestros cañones, sino de nuestras carabinas.

En cambio, ellos empezaron á dispararnos...

¡Oh momento! Cada vez veíamos más enemigos... Cada vez los teníamos más cerca... ¡Qué nube de

Caballería! ¡Qué enjambres de tumultuosos peones!... ¡Y todos venian de frente, á pecho descubierto..., sin parapeto ni defensa alguna!...—¡Al fin iba á resolverse definitivamente el problema de la campaña!

Pues bien: todo fué asunto de un instante.—Abriéronse nuestras filas, dejando descubiertas las doce Piezas: tronaron éstas con formidable estampido: ántes que la última hubiese disparado, ya estaba cargada de nuevo la primera: siempre habia dos ó tres granadas en el aire: una detonacion ahogaba á otra: la lluvia de fuego no cesaba un solo punto...

Entre tanto, dos Escuadrones de Caballería avanzaban por la derecha, tratando de envolver un ala de la Infantería marroquí; nuestros Cazadores se desplegaban en guerrilla por el centro, y la reserva de nuestros caballos adelantaba lentamente por la izquierda á fin de cortar la retirada á los que avanzasen por aquel punto...

No fué menester más: la órden de *sálvese el que pueda* cundió como un relámpago por la extensa línea enemiga, y, volviéndonos la espalda resueltamente, peones y caballeros apelaron á la más desesperada fuga, perseguidos por nuestras granadas, que les causaban visibles pérdidas, miéntras que en nuestras filas no habia corrido ni una sola gota de sangre.

Huyeron... sí, llenos de espanto.—Fué la dispersion más descompuesta y antimilitar que puedes imaginarte... Los unos se amparaban de las colinas de nuestro frente; los otros se dirigian á *Tetuan*: éstos remontaban el Llano con direccion á

Sierra-Bermeja; aquéllos pasaban el Rio *Martin* y se perdian en la llanura de la otra banda...

¡Y nuestros cañones disparaban siempre, adelantando cada vez más hácia el campamento enemigo! Y ora caian las granadas en las Lagunas, levantando palmas de agua; ora reventaban en medio de un grupo de fugitivos, derribando caballos y caballeros y sembrando la consternacion en cuantos los seguian; unas veces estallaban en el aire, y sus cascos descendian como horrenda granizada sobre los atribulados Musulmanes; otras las perdíamos de vista en fuerza de su fabuloso alcance; pero conocíamos que habian ido á caer al otro lado del Campamento moro, por detras de las colinas, donde más seguros se creian los que no habian entrado en accion!...—¡Ah! esto no era ya glorioso... ¡Esto era horrible!

—¡Hagamos fuego sobre sus tiendas, ántes de que las levánten!—exclamaban al mismo tiempo muchas voces, demostrando una crueldad que sólo puede sentirse en tales casos...

¡Y nuestras granadas cayeron entre las tiendas moras; y fueron más léjos; y debieron de llegar á las puertas de *Tetuan;* y no hubo punto del Valle á donde no llevaran la destruccion y la muerte; y ya no se veia ni un Moro por ninguna parte!

¿Te lo diré?—Todo esto ha despertado en mi corazon no sé qué extraño remordimiento... —*¡Los Moros no tienen cañones!*

Esta superioridad nuestra se halla más que compensada (lo sé bien) por otras muchas ventajas que les dan á ellos el guerrear en su país, los auxilios que este les presta á todas horas, su numerosa Ca-

ballería, el contar siempre con fuerzas mayores que las nuestras, y otras muchas circunstancias ya referidas...—Sin embargo, yo no puedo ménos de compadecer ó respetar la derrota del valeroso enemigo que hoy ha sido rechazado *ántes de que pudiese hacer uso de sus armas*.—¡Ellos nos buscaban á nosotros, y se han encontrado con nuestros cañones!...

—¡Tanto peor para ellos!—dirás tú.

¡Tienes mucha razon! ¡En medio de todo, los cañones no son inconquistables! ¿Por qué no han tratado de tomárnoslos? ¿Hubiera sido la primera vez que aconteciera esto en una batalla? ¿No lo hubieran hecho nuestros soldados, si se hubiesen encontrado en su lugar? ¿Para qué sirven las gumías? ¿Para qué esos ocho mil caballos?...

Con todo, yo no me ufano completamente de esta victoria de hoy, que sólo nos ha costado municiones.

En fin: terminemos...

Eran ya las tres de la tarde. El Llano entero habia quedado por nuestras tropas. Los equipajes y las tiendas se hallaban en la playa hacía mucho tiempo; y nosotros contábamos con ir á dormir allí esta noche...—Pero hé aquí que, en el momento mismo de emprender la marcha en aquella direccion, súpose que, entre nuestras actuales posiciones y la orilla del mar, hay algunos puntos pantanosos, por donde no podrán rodar nuestros cañones hasta que se tiendan unos puentecillos, que estarán (dicen) habilitados mañana por la mañana... —Desistióse, pues, de la marcha, y envióse órden á los brigaderos de volver á subir las acémilas con

las tiendas á *Cabo Negro*, para acampar en el mismo sitio que anoche y anteanoche.

En esto empezó á llover... ¡y no te digo más!—¡Miéntras fué la órden á la playa, y los equipajes tornaron á *Cabo Negro*, pasáronse cinco horas..., todas de viento y lluvia,—y de absoluta dieta, á contar desde las seis de la mañana!

Pero estamos ya tan acostumbrados á mojarnos y á no comer, que á nadie se le ocurrió proferir ni una sola queja.—El que llevaba espada se apoyó en la espada, y el que tenía fusil se apoyó en el fusil, y de este modo aguantamos de pié derecho, inmóviles y silenciosos, aquellas cinco horas de hambre y agua, durante las cuales se puso el sol, llegó la noche, salió la luna, perdióse por la nublada atmósfera, y aún nos quedó tiempo de pensar en un millon de cosas presentes y pasadas, y quién sabe si futuras...

Llegaron al fin las tiendas.—Cada uno habia procurado hallar el sitio que ocupó la suya ayer y anteayer: plantáronse todas casi sobre las huellas que dejaron esta mañana; y hay hombre que se considera feliz en este momento, sólo de pensar que ya no le entra el agua por el cuello y le sale por los piés, como le ha sucedido toda la tarde.

En cambio, víveres, ropas, suelo, tiendas, camas, todo está chorreando...—¡Dios nos lo tome en cuenta!—¡Y agradécemelo tú á mí tambien; pues tal es la situacion en que te escribo, á las doce de la noche y en lo alto de *Cabo Negro*, para que no te falten noticias de quien tanto te quiere!

III.

Bajamos á la playa.—Vista general de *Tetuan*.—*Fuerte-Martin*.—Campamento de *Guad-el-Jelú*.

17 de Enero.

San Anton...: gran fiesta popular en toda España.

(Los soldados celebraron anoche sus vísperas, encendiendo dobles hogueras: una, para atender á las necesidades del Campamento: la otra, para seguir la costumbre de la Patria...)

A las cinco todo el mundo está de pié, y todas las tiendas por el suelo.

Cárganse de nuevo los equipajes; y, al amanecer, nos encontramos como ayer á la misma hora; con la casa de camino, y nosotros vivaqueando junto á las hogueras, en la misma montaña que ha dejado de ser nuestro Campamento.

Los puentes para la Artillería están concluidos, y nada nos impide emprender el camino de la playa...

Así las cosas, ¡empieza á llover á cántaros!

Recíbese contraórden: mándase volver piés atras al convoy de equipajes, y plántanse por tercera vez las tiendas en el mismo sitio que pensábamos abandonar.

¡Esto es ya demasiado!

. . . .

A las diez escampa: múdase el viento; rómpense las nubes, y aparece el sol...

Las cornetas tocan otra vez *órden general.*

—¡*Abajo las tiendas, y en marcha!*—repítese por todas partes.

¡Vuelta á la misma operacion!—Los Asistentes toman el cielo con las manos...—Pero luégo acaban por echarlo á broma.

Partimos al fin.

El terreno, pantanoso y blando de suyo, está casi intransitable á causa de tan recientes aguaceros.

Salimos de Scila y entramos en Caribdis: dejamos la montaña y nos metemos en los pantanos.—El teatro de esta guerra no puede ser más dificultoso.

Yendo y viniendo, bordeando lagunas, y hundiéndose sin embargo en lodo los infantes hasta la rodilla, llegamos por último á la playa, por el punto en que desemboca en el mar cierto rio que unos llaman *de la Judería* y otros *El-Lit.*

Entra este rio en el mar tan suave y desmayadamente, que la mejor manera de vadearlo es como nosotros lo hacemos; metiendo los caballos en las olas del Mediterráneo, y trazando un ancho semicírculo hasta encontrarnos á la otra orilla de la plácida corriente.

Como todo en este mundo se presta á la poesía, y mucho más cuando se tiene empeño en ello, esta cabalgata por en medio de las saladas ondas me recuerda el milagroso paso del Mar Rojo.

Pero aquí no hay prodigio alguno. La playa de *Tetuan* es tan baja por este lado, y la mar se en-

cuentra hoy tan apacible, que los caballos se mojan apénas las cinchas.

Una vez al otro lado de este rio, sepáranos del muy más caudaloso *Martin*, ó *Guad-el Jelú*, una playa ancha, seca y lisa, que bien tendrá media legua de largo.

Yo parto al escape. ¡Desde *Fuerte-Martin* debe de verse á *Tetuan* entero, y aún queda una hora de sol!...

El arenal que recorro está limitado á la derecha por una verdadera muralla de pitas, tan elevadas y espesas, que me ocultan completamente el Llano. A la izquierda, en la orilla del mar, empiezo á ver las *Baterías enterradas* ó *rasantes* que habian construido los... Moros para evitar nuestro desembarco en esta playa.

Las tales Baterías (á juicio de los inteligentes) son de primer órden. Las empalizadas, el foso, las aspilleras, todo revela que los *ingenieros* que han dirigido estas obras se hallan al corriente de los últimos adelantos del arte militar europeo...

¡Tanto mejor... supuesto que no han servido para nada!

A las cuatro y media llego, por último, á *Fuerte-Martin*.

. . . .

Hasta ahora he tenido la paciencia de no mirar ni una sola vez siquiera hácia Poniente, á fin de ver á *Tetuan* de una sola ojeada, completamente descubierto, en toda la plenitud de su hermosura.

¡Es el momento!... ¡Vuélvome de pronto, y surge ante mi vista toda la Ciudad, como á legua y media de distancia!

¡Héla allí!—Ahora no la ocultan ni los montes ni la niebla... ¡Héla allí desvelada, entera, desnuda, sorprendida en su sueño solitario!

Yo no he contemplado jamás, ni creo que haya en el mundo, ciudad tan vistosa, tan artísticamente situada, de tan seductora apariencia.—Engarzada, por decirlo así, en dos verdes colinas de perezoso declive, ella las reune y encadena cual broche cincelado de refulgente plata. ¡Nada tan puro como las líneas que proyectan sus Torres sobre el cielo de la tarde! ¡Nada tan blanco como sus casas cubiertas de azoteas, como sus muros, como su Alcazaba! Parece una ciudad de marfil. Ni una sombra, ni una mancha, ni una tinta oscura interrumpe la cándida limpieza de su apiñado caserío. Desde aquí se la ve en perfecta silueta sobre el horizonte, trazando una larga y estrecha línea que ondula á merced del terreno. Y esta ondulacion es tan lánguida y graciosa, que se pudiera comparar á la que formaria un chal blanco tirado al desgaire sobre un monte de esmeralda.

Materializando más mi descripcion, todavía encontrarás sumamente poética la codiciada ciudad, al imaginártela en lo alto de la llanura; defendida por una cadena de erizadas rocas; dominada por la Alcazaba; ostentando un altísimo y elegante alminar, que sobresale entre otros muchos, como el cipres entre los sauces; teniendo á sus piés, escalonadas en anfiteatro, mil pintorescas huertas, que parecen rendirle pleito homenaje; alumbrada intensamente por el sol moribundo, que se pone detras de ella, ciñendo á su sien una aureola de enrojecida lumbre; ignorada, tranquila, silenciosa, dor-

mida aún en la noche de los siglos, con la blanca bandera de Mahoma sobre su cabeza, como yacía Granada hace cuatrocientos años; como por mucho tiempo ha de yacer todavía la inexplorada Fez, hija preciada del Profeta...

Debajo de *Tetuan*, divísase el Campamento enemigo, como un bando de palómas posado en los verdes árboles de las huertas.

Allí lo han plantado definitivamente, despues de levantarlo tantas veces delante de nuestros pasos...

Esa será ya su última etapa, su última posicion...—Cuando se vean forzados á alzar otra vez el vuelo, *Tetuan* caerá en nuestro poder, y el lauro de la campaña florecerá én nuestras manos!

. . . .

Despues de contemplar largo tiempo la Ciudad y la llanura, doy un paseo, lápiz en mano, por los alrededores de *Fuerte-Martin*, examinando minuciosamente tódos los parajes y objetos que excitan mi curiosidad, y escribiendo estos renglones.

Primeramente, subo á esta Torre, que tantas veces se ha nombrado de dos meses á esta parte...

Fuerte-Martin es un Castillejo de graciosos contornos, sólidamente construido, y situado de manera que defiende la boca de la Ria.—No tiene puerta, y súbese á él por una escala de cáñamo colgada de una estrecha ventana del que pudiéramos llamar *segundo piso*, artillado con siete piezas de hierro, antiguas y raras, cuyas cureñas no se parecen á las de Europa.—Dos barriles de pólvora, uno de aceite, várias cajas de municiones y muchísimos cartuchos de artillería ocupan las re-

ducidas habitaciones de la Fortaleza.—Por todas partes vénse huellas de los dos bombardeos que ha sufrido últimamente. Escombros y cascos de granada, balas de grueso calibre, materiales que han sobrado de las recientes obras y muchos papeles de cartuchos quemados cubren el suelo en las cercanías del melancólico *Fuerte*, desde cuyas almenas habrán amenazado tantas veces al Mediterráneo los temidos corsarios tetuaníes...

Un cárabo *en construccion*, que encuentro tendido en un arenal lindante con el Rio, recuérdame tambien mil y mil piraterías leidas en historias ó en periódicos.—La nave moruna está apénas medio armada, y ofrece ya aquel aspecto de agilidad y fuerza que encontramos en un polluelo de buitre, aún no cubierto de plumas.

Cerca de *Fuerte-Martin* hay otro edificio, que ya hemos divisado desde léjos.—Efectivamente, es un *Almacen*, como nos dijeron anteayer mañana.—La forma y materiales de su construccion son completamente europeos. La albañilería, la carpintería y la herrería han hecho aquí puertas, paredes, rejas, techos y pavimentos iguales en todo á los de Andalucía la Alta.—Dentro de este Almacen se han encontrado doce tiendas cónicas con adornos azules, y una gran cantidad de leña.

En cuanto al Rio-Martin, ó *Guad-el-Jelú* (rio dulce), nada de particular puedo decirte; pues no presenta ningun accidente que lo distinga ó embellezca.—Es muy ancho en su desembocadura; ancho tambien y caudaloso ántes de amargar sus aguas: corre sosegadamente entre dos márgenes lisas, bajas y desprovistas de árboles ó malezas, y

no lanza ni el más leve gemido al abandonar la tierra en que nació.

. . . .

Conque basta por hoy de observaciones; que tiempo tendremos de estudiar todas estas comarcas palmo á palmo.

Ocupémonos ahora del Ejército.

Los Jefes de Estado Mayor señalan en este instante á cada Cuerpo el lugar en que han de plantar sus tiendas.

El Cuartel General se situará al pié de *Fuerte-Martin*.

A su derecha, el Segundo Cuerpo: (esto de la *derecha* y de la *izquierda* entiéndase *mirando á Tetuan*).

Delante de uno y de otro, la Artillería y la Caballería.

Más arriba, el Tercer Cuerpo.

Y á la derecha de éste, la Division de Reserva.

El General Rios ocupa ya la *Aduana* con sus ocho Batallones.

Es decir; que nuestro Campo está defendido: á retaguardia por el mar; al flanco derecho, por la Artillería; al izquierdo, por *Rio-Martin*; y á vanguardia, por la *Aduana*, por las trincheras que construirá el Tercer Cuerpo, y por un *Reducto* que se ha de levantar en el ángulo que ocupa la Reserva,—mandada ahora por el General Rubin, á causa de hallarse todavía el General Prim al frente del Segundo Cuerpo.

Y aquí termina el tercer acto del Drama.

El Primero puede titularse «*El Serrallo*», y comprende todas las Acciones reñidas en Sierra-Bullo-

nes desde el principio de la guerra hasta el establecimiento de los Reductos que guarnece todavía el heroico Primer Cuerpo, mandado por el denodado General Echagüe.

El Segundo Acto se debe llamar «*La Concepcion*,» y abarca los ocho combates sostenidos por las Tropas del General Ros de Olano y parte de la Division de Reserva durante la construccion del *Camino de Tetuan*.

Al Tercero, que empieza en la Batalla de los Castillejos y termina en este instante, le corresponde la denominacion de «*La Marcha*».

El Cuarto y el Quinto (pues, á fuer de verdadera tragedia, esta guerra tendrá cinco actos), yo no sé cómo llegarán á titularse...

Lo cierto es que la *exposicion* y la *trama* están ya desenvueltas completamente, y que la accion caminará en lo sucesivo con mayor desembarazo y grandiosidad.

La intencion de la obra es cada vez más clara: el desenlace se ve venir, y la catástrofe se prevé, aunque nadie puede formularla todavía...—¡Dios, autor supremo del drama, señalará el momento solemne!

IV.

Historia de un hispano-africano.—Soy trasladado al Cuartel General.—El *Valle de Tetuan* ántes de la guerra.—Costumbres moras.—*La Aduana*.—El *Cementerio cristiano*.—¡Los Moros tienen cañones!

Campamento de Guad-el-Jelú, 18 de Enero.

La casualidad, mi buena suerte, y algo tambien de mi activo empeño por adquirir noticias acerca de la vida de los Marroquíes, me han proporcionado un verdadero tesoro de datos y conocimientos, al par que un excelente *cicerone* para andar en adelante por este país como Pedro por su casa.

Estoy loco de alegría; asombrado de mi felicidad.—Felicítate tú tambien; pues hoy mismo vas á tener más noticias de esta comarca que todos los geógrafos, historiadores y viajeros habidos y por haber, y á oir una explicacion descriptiva de cuanto me rodea, cómo no podrán hacértela ni los periódicos, ni los partes oficiales, ni ninguno de mis compañeros de expedicion.

Es el caso, amigo mio, que hoy he conocido y alojado en mi tienda á un *antiguo español* (no renegado), que ha vivido siete años en *Tetuan*, dedicado al comercio de ganado, trigo y lanas; dueño de tres faluchos, que paseaban diariamente la Ria; amigo de los Gobernadores y Administradores del Sultan; protegido por ellos constantemente..., aunque no de balde; conocedor

del árabe como del castellano; relacionado con los principales Moros y Judíos de la Ciudad; propietario de una magnífica casa en la *Judería*, y dueño de una mujer (andaluza por más señas), y de tantos caballos, camellos, bueyes, ovejas, tiendas de campaña, dependientes, criados, huertas y jardines como un bajá de tres colas...

Santiago (que así se llama mi hombre) fué marino en su juventud, y hacía el comercio entre Ceuta y la Península. No sé qué Comandante General de aquella Plaza lo envió hace muchos años á *Tetuan* con una comision que tenía por objeto ver si podian establecerse relaciones mercantiles entre ambas ciudades, á fin de proveer de víveres baratos la costosísima guarnicion de Ceuta: Santiago penetró denodadamente en este misterioso y desconfiado país; halló que era imposible plantear dicho comercio á la luz del dia y en una forma regular, por la repugnancia que tienen los Moros á tratar con los Españoles: participóselo así al Comandante General de Ceuta, y ya no se pensó más en el asunto.

Pero Santiago no es hombre que pierde su tiempo ni que se ahoga en un vaso de agua. Como buen andaluz, era vividor y tenía lo que suele llamarse *don de gentes*: como habitante de Ceuta, conocia á las mil maravillas el carácter de los Moros y áun chapurraba el árabe; y, como negociante y comerciante nato, tenía la manga ancha en materias religiosas. Así fué que aprovechó su viaje á *Tetuan* para trabar conocimiento con algunos mercaderes hebreos, argelinos y hasta marroquíes; hizo varios regalos á las Autoridades

y al Administrador de la *Aduana;* besó á los niños; oyó con admiracion á los viejos; sentóse, fumó y tomó café á la oriental; habló de las muchas cosas, agradables al paladar y á la vista, que podia traer de España; no demostró intencion de llevarse nada de Marruecos; elogió el caballo de éste, la espingarda de aquél, la musculatura de uno, la noble barba de otro; y, en consecuencia de todo ello, los serios y respetables hijos del Profeta le dijeron con cierta cariñosa solemnidad:—«*Santiago querer venir, Santiago poder venir. Moro y Santiago estar amigos.*»

Santiago aprovechó la licencia que se le daba, de volver cuando quisiera, y volvió. —Y regresó á Ceuta con su barca.—Y tornó á *Tetuan* con un falucho.—Y se marchó de nuevo.—Y apareció al cabo de quince dias con un falucho más.—¡Y siempre pretextaba... que, pasando por aquellos mares con rumbo á la Argelia, habia tocado en *Rio-Martin*..., sólo por ver á sus amigos y traerles tal ó cual cosa que habia prometido regalarles!...

Y los Moros se acostumbraron á ver los barcos de Santiago, y *Moro y Santiago estar cada vez más amigos.*

Y Santiago subió entónces sus tres faluchos hasta la misma *Aduana*; y el Administrador y él se entendieron; y corrió el oro; y el comercio de víveres que no pudo plantearse oficial y públicamente, empezó á hacerse de un modo privado y clandestino, no ya por cuenta de nuestro Gobierno, sino por cuenta de Santiago; y Santiago se enriqueció; y penetró en *Tetuan*; y se quedó allí algunos dias, fingiendo encontrarse enfermo; y todo el

mundo simpatizó con él; y compró una casa; y la obró á su modo; y desparramó un puñado de napoleones con cierto tino; y cátate á Santiago establecido en *Tetuan* con su mujer y toda su parentela!

Pero pasaron los siete años que llevo dichos, y España declaró la guerra á Marruecos.

—¡Santiago es un espía!—exclamó entónces un envidioso, indudablemente Judío.

—¡Santiago nos vende!—repitió un Moro patriota.

—Santiago es Español...—meditó el Gobernador de la Plaza.

—¡Santiago es cristiano!—dijo un fanático, rechinando los dientes.

—¡Muera Santiago! ¡Muera el perro español!—gritaron finalmente todos los Hebreos, que no dormian pensando en la fortuna del andaluz.

Pero Santiago habia adivinado todo esto muchos dias ántes de publicarse la Declaracion de Guerra, y escapádose la víspera con su mujer y sus deudos, todos vestidos de moros, escalando la muralla de la Ciudad en medio de las sombras de la noche, bajando por el *Martin* con sus tres faluchos, y ganando la mar ántes de rayar el dia.

Se llevaba todo su dinero, y dejaba confiados sus ganados y lo mejor de sus muebles á algunos amigos leales, de quienes dice que no teme una traicion.—Su casa, en fin, quedó á merced del primero que quisiera entrar y robarla...

—De este modo (dice Santiago con mucho talento) habrán tenido algo en que cebar su furia, y olvidado que yo poseia tambien huertas y rebaños.

Tal es mi hombre: tal es el guia, el intérprete, el diccionario, el mapa, el cronicon y el amigo que mi buena suerte me ha deparado en una pieza.— Sus faluchos han venido en pos de la Division-Rios y ayer penetraron triunfantes en la Ria de que salieron fugitivos hace poco más de tres meses.— Santiago se propone entrar en *Tetuan* con el Ejército, y se pasa el dia y la noche haciendo cálculos, no sobre lo que habrá sido de su casa ó de las personas á quienes confió sus bienes, sino sobre la indemnizacion que pedirá por todo ello el dia que se firme la paz...

Creo que no puede darse mayor prevision!

. . . .

En cuanto á mis relaciones con este hispano-africano, debo decirte que provienen de una novedad que ha ocurrido en mi vida de soldado.

Desde anoche habito en el Cuartel General, como *ordenanza* del General O'Donnell (1); lo cual quiere decir que he tenido que separarme, y no sin profundo sentimiento, del TERCER CUERPO del Ejército, al que he pertenecido desde que salí de España, y seguiré perteneciendo de derecho, como individuo que no he dejado de ser del Batallon de *Ciudad-Rodrigo*.

Este cambio de *domicilio* me ha parecido indispensable para la continuacion de la presente obra, desde el momento en que han empezado á mani-

---

(1) Pocos dias ántes, al regresar de Ceuta, habia tenido la honra de ser presentado particularmente al General en Jefe, á quien ya era deudor de muy corteses atenciones por resultas de mi pasada dolencia —(Nota de esta SEGUNDA EDICION.)

obrar unidos los tres Cuerpos de Ejército que ocupan este anchuroso Llano. Sólo así podré ver y apreciar las cosas desde su verdadero punto de vista; abarcar el conjunto de las operaciones; comprender el plan y desarrollo de los combates, y dominar, como desde una elevada cumbre, todos los accidentes y movimientos de la Campaña. De otra manera, nunca veria sino un lado de las Acciones, ó tendria que regirme *solo y por mi cuenta*, como en la Batalla de los Castillejos y en otras luchas; lo cual tiene graves inconvenientes.

Ahora bien: al incorporarme al Cuartel General del General en Jefe, me he *arranchado* con aquellos amigos mios de que ya te hablé en *la Mezquita*, Aníbal Rinaldy y su sapientísimo maestro, filólogos del Oriente é intérpretes oficiales del Conde de Lucena; y estos preciosos compañeros de tienda (muy más preciosos para quien, como yo, escribe una guerra hispano-arábiga) me han proporcionado, entre otras ventajas que puedes adivinar, la importante amistad del buen Santiago, con quien ellos la habian contraido en Ceuta hace dos meses.

Háblase, pues, el árabe en mi tienda á todas horas; y háblase además el frances; porque he de advertirte que tambien habitará en ella desde hoy el afamado dibujante parisien M. Charles Iriarte, que se encuentra en Africa desde el principio de la guerra, como corresponsal del *Monde Illustré*, y á cuyo lápiz se deben la mayor parte de los *crokis* con que aparece ilustrada la presente obra (1).

---

(1) La primera edicion de este libro se publicó con muchos grabados.

Santiago, por su parte, habia resuelto habitar en uno de sus faluchos, anclado en el Rio, á pocos pasos del Cuartel General; pero, notando yo que deseaba vivir con nosotros, á fin de estar en más inmediato contacto con gentes que podrán servirle mañana para redimir los bienes que ha dejado en *Tetuan*, le he dado hospitalidad bajo mi techo de lona, á condicion de que la *cocina* y el *comedor* de *la casa* estén en el falucho, donde puede guisarse con más aseo y comodidad.—Para ello, el sirio Rinaldy, el frances Iriarte, el cosmospolita Mustafá, el africano Santiago y el español que tu mano besa, han reunido en dicho barco los víveres que llevan consigo y las raciones que les da la Administracion Militar; todo lo cual promete unos espléndidos festines marítimo-guerreros, y artístico-literarios, que, á juzgar por el de hoy, harán más llevadera algunos dias esta durísima vida de campaña.

. . . .

Conque vamos á lo que importa.

Hoy he dado un gran paseo por todos estos contornos, acompañado de Santiago, quien me ha ido explicando la historia y la significacion de muchos sitios y objetos, á medida que excitaban mi curiosidad.

Cuando emprendimos nuestro paseo (él en mi borriquillo moruno y yo á caballo) serían las diez de la mañana...

Adivino que acabas de acordarte de Don Quijote y de Sancho Panza.—Yo tambien los he recordado hoy muchas veces, al ver á Santiago (que, por más señas, es gordo y de pequeña estatura)

caballero en su reacio pollino, y al considerarme á mí, con la tizona al costado y molidos los huesos de tanto cabalgar, buscando aventuras sin ejemplo á costa de mi salud y regalo...

El dia estaba magnífico, y el sol calentaba amorosamente mis mojadas vestiduras, alumbrando al mismo tiempo el trasparente espacio con un resplandor vivísimo y risueño.

Tetuan... (¡siempre *Tetuan!*) parecia encontrarse más cerca, á causa de la diafanidad del aire. Las líneas de sus casas aplanadas y blanquísimas, de sus torres y de sus fortificaciones se dibujaban con una precision y una limpieza tales, que, más que un gran pueblo remoto, figurábaseme estar viendo, al alcance de la mano, una Ciudad en miniatura.

¡Y yo la miraba siempre!—(Es mi ocupacion favorita desde que llegué á esta playa.—Y al considerarla tan sola, tan quieta, sin ventanas, sin humo sobre sus casas durante el dia, sin luces durante la noche; blanca, inmóvil y silenciosa como una tumba, paréceme una ciudad muerta, una ciudad osificada...—Echome entónces á poetizar, y pienso en las necrópolis persas, en los valles llenos de sepulcros de la Tracia, en el Cementerio del *Padre Lachaisse*, en las ciudades encantadas de las *Mil y una noches*...—Ó póngome á filosofar, y creo que el aspecto de este pueblo es el mejor símbolo que pudiera presentarse de la vida social de los Moros, vida monótona, indiferente, refractaria á todo progreso, sumida en el sueño letal de un estúpido fatalismo...—O bien discurro más humildemente, viniendo á la cuestion del momento, al interes de la Campaña, y me imagino que en *Tetuan* no se

divisan luces ni humo, porque la ha abandonado completamente la poblacion...! Entónces creo que voy á verla volar hecha ceniza el dia que penetre nuestro Ejército en ella, y hasta me finjo al esclavo negro que pasa el dia y la noche con la mecha en la mano, dentro de un subterráneo lleno de pólvora, esperando á que resuenen nuestras cornetas por las calles de la Ciudad, para destruirla, nuevo Sanson, sobre los enemigos de su fe...)

Pero vuelvo á olvidarme de Santiago y del objeto de nuestro paseo.

Mi *cicerone* estaba melancólico. ¡Era la primera vez que recorria el Llano despues de su precipitada fuga, y cada lugar, cada cosa, le recordaba episodios de su juventud, su familia ausente, su fortuna abandonada y tal vez deshecha!

Sin embargo, á veces tenía raptos de entusiasmo y alegría: y era que, como español, no podia ménos de ufánarse de recorrer triunfante, dominador y libre, la tierra en que hace pocos meses pesaba el despotismo musulman, y donde le trataban como de peor condicion que un caballo ó que un Judío; la tierra en que mil veces habia oido insultar á su patria y desconocer su poder y su grandeza; la tierra, en fin, donde ántes se escarnecia impunemente la Religion de Cristo...; religion que, en medio de todo, era la de Santiago, ó al ménos la de su familia..., ó la de sus mayores.

Yo comprendia todo esto, y le dejaba saborear su triunfo y su venganza.

—¿Quién diria que es este el *Valle de Tetuan*?—exclamó al fin mi amigo en un momento de conmiseracion hácia los Moros.

Este era el tono en que yo queria oirle hablar.

—¿Qué pasaba aquí ántes de la guerra?—le pregunté, pues, apresuradamente.

—Todas esas praderas (respondió Santiago) estaban cubiertas materialmente de ganados de particulares y del Gobierno. Por todas partes no se veia otra cosa que innumerables yeguadas, rebaños de cabras y de ovejas, vacadas enormes, piaras de cerdos...

—¿Cómo de cerdos? (exclamé con extrañeza.) ¿Pues no los aborrecen los Moros?

—Los aborrecen, sí; y hasta les tienen un miedo cerval, sobre todo los fanáticos, las mujeres y los niños... Pero aquellos cerdos eran mios, y mi habilidad consistia en mantenerlos fuera del alcance de las miradas de los Mahometanos, y obligar á éstos con agasajos á que me permitiesen criar aquellos monstruos, y llevármelos despues á Gibraltar, donde los vendia. — Para que se forme usted idea del horror que les causa el ganado porcuno, bastará decirle que, cuando los grandes cazadores de esta comarca (pobres miserables muchos de ellos) mataban un jabalí en la próxima Sierra, porque les salia al paso y no tenian otro remedio; en lugar de traerse la fiera á su casa y mitigar con ella el hambre de su familia, abandonaban la pieza muerta; me buscaban á mí, ó algun otro cristiano, y nos decian:—«¿Qué me *regalas* y te digo dónde acabo de dejar tendido un jabalí?»—«Te *regalo* tanta pólvora, ó tantas balas, ó tanto café,»—respondíamos nosotros.—Y el cazador nos llevaba entónces á la Sierra; nos señalaba desde léjos una masa cerdosa

que se veia entre las jaras, y huia como si hubiera cometido un gran pecado.

—¿Y por qué decian *«qué me regalas»*, y no *«qué me das en cambio?»*

—Porque su Ley (en eso es justa) no les permite enajenar por dinero las cosas que les prohibe poseer. Un Moro no puede poseer ni cerdos, ni monas, ni otros varios semovientes; y, como para vender una cosa es preciso tener ántes dominio sobre ella...

—A propósito de monas (interrumpí yo): ¿dónde diablos se esconden esas célebres hijas de *Tetuan*, que no las vemos por ningun lado?

—No están muy léjos... ¿Ve usted aquellos cerros blancos?—Pues allí hay millones de ellas.

—¡Ah! en el *Atlas*.

—Sí, señor.—Allí tenía yo mis ganados durante el estío; y, al empezar el otoño, veia bajar las monas á las viñas de los valles de *Benimadan*, que lindan con éste.

—¡Cómo! ¿Aquí hay viñas?—¿Pues no es *pecado... moro* beber vino?

—Pecado moro es: pero ¿hablamos de las viñas ó de las monas?

—Primero de las monas.

—Pues bien: las monas bajaban á las viñas á comer uvas, y los Moros se divertian entónces en correrlas á caballo, como nosotros hacemos con las liebres. Una vez en tierra llana, las monas se cansan pronto... Echábanles, pues, mano sus perseguidores y las cogian vivas. Pero, como tampoco pueden poseerlas, las traspasaban (no diré *las vendian)* á los Judíos, quienes se las llevaban á Gibraltar, donde los Ingleses las pagan muy caras.

—Hablemos ahora de las viñas...

Santiago se sonrió.

—Mire usted... (exclamó al cabo de un momento). Aquí, como en todas partes, los libros mandan una cosa y los hombres hacen otra...

—Sin embargo, los Musulmanes son muy fieles á su Religion...

—Sí: ¡más que nosotros á la nuestra! Pero eso no quita para que tengan tambien sus herejes.—Por lo demas, ya sabe usted que las uvas, ántes de ser vino, son uvas: y á los Moros no les está prohibido comerlas. Muchos las convierten en pasas, y otros las venden á los Judíos, quienes pueden emborracharse sin faltar á su Religion, con tal que el vino esté hecho por su propia mano... Y, en fin... (ya se lo he dicho á usted), los mismos Moros beben de contrabando!—Cuando entremos en *Tetuan*, brindaremos con algunos de ellos; y verá usted qué cosa tan particular es un Moro medio alegre...

En esta forma continuó nuestra plática, que no te referiré paso á paso y letra á letra por no hacer interminable mi relacion; pero allá va un resúmen de lo demas que me ha contado antiago y de lo que yo he visto durante nuestro paseo.

. . . .

Este feracísimo valle era uno de los mayores centros de vida, de actividad y riqueza del Imperio marroquí.

Mide dos leguas de ancho y dos de largo; y, aparte de la Ganadería (que, como has oido, tenía aquí su emporio), la Agricultura y hasta la Industria demandaban á esta tierra su inagotable savia.—Así es que, por donde quiera que se camine,

vénse chozas de labradores, eras, corrales, cortijos, sembrados y aperos de labranza.—Los principales productos de estos terrenos eran melones, maíz, trigo, sandías, patatas y tabaco.

Los tres rios que cruzan el valle se llaman el *Martin*, el de la *Judería* y el *Alcántara.*

El *Martin* baja por la izquierda, pasando cerca de la aldea de *Benimadan*, pueblo disperso y diseminado, al modo de algunos de la montaña de Santander. Es naveglable hasta la *Aduana*; y áun, durante las grandes lluvias, se ha subido hasta las huertas de *Tetuan* en botes de poco calado.—La *barra* que forma al desembocar en el mar es muy peligrosa, é inaccesible cuando reina el Levante; pues la cubre muy poca agua; pero tiene una especie de portillo, por donde han entrado alguna vez buques de alto bordo.

El rio de la *Judería*, que tambien muere en el mar, baja por la derecha del Llano, y entre él y el *Martin* forman casi todas estas lagunas.—En ellas se cazan patos por el otoño, y en todos tiempos es irresistible el canto de los millones de ranas que contienen.

Del rio *Alcántara* hablaré despues.

Al lado allá del rio de la *Judería* hay unas salinas bastante ricas, propias de algunos vecinos de *Tetuan*, sobre todo de un personaje importantísimo llamado «*El Santo.*»—En cuanto á las *Lagunas*, aunque están más bajas que el nivel del mar, todas son de agua dulce, y ninguna medirá arriba de quinientos pasos de diámetro.

En los cerros de *Benimadan* (estribaciones del *Atlas*) me ha hecho divisar Santiago señales de

Minas que allí hubo, abiertas por unos Franceses.—Eran plomizas y muy buenas; pero, cuando empezaron á producir, el difunto Emperador de Marruecos les dió dinero con tal que las abandonasen, como las abandonaron, y entónces las mandó cegar completamente,—en cuyo estado continúan.

—¡Hubiera usted visto esa playa los veranos! (exclamó luégo Santiago en otro acceso de lirismo). Toda ella se poblaba de tiendas de campaña de familias acomodadas de *Tetuan*, que bajaban á bañarse en el Mediterráneo.—Durante las horas de calor, todo el mundo dormia...; pero, á la tarde, ¡qué animacion, qué fiesta, qué alborozo!—Las mujeres se reunian á jugar en un lado, y, *á mucha distancia de ellas*, hacian lo mismo los hombres. . .

. . . .

Las pobres Moras gritaban, bailaban, cantaban ó corrian por la orilla del mar, agitando sus blancos mantos, como gaviotas que quisieran tender el vuelo y visitar otros horizontes.—¡Quizás habian oido hablar de que, á la opuesta orilla del Mediterráneo, la mujer era más libre, más querida y respetada, y soñaban con escapar de la tiranía de sus actuales, esquivos dueños!...

Entretanto, los Moros fatigaban el Llano con sus ágiles corceles; corrian la pólvora; luchaban; se ejercitaban en el manejo de la gumía, ó bien fumaban perezosamente, mirando con ojos codiciosos aquellas naves que cruzaban hácia el Estrecho de Gibraltar, ó aquellas costas que se extendian al término del horizonte... ¡Naves y costas eran cristianas; unas y otras europeas; unas y otras enemigas irreconciliables de los agarenos y de su Dios!...—

¿Qué se habian hecho los grandes piratas mahometanos?

Luégo salia la luna, la bella luna del estío de África... Y el hombre buscaba á la mujer; y el mar y la ria se poblaban de tritones y nereidas...

¡Y nosotros estábamos allá, en la vecina costa, á un paso de tales misterios, entregando nuestra alma en los desabridos goces de nuestra decrépita civilizacion!. . . . .

Comprenderás que estas últimas cosas no me las decia Santiago al pié de la letra; sino que las pensaba yo, glosando á mi manera sus revelaciones y noticias:

El, entre tanto, continuaba diciendo literalmente:

—Su Marina (la Marina Imperial de los Moros), consistia en tres grandes cárabos (1), en que trasportaban de la *Aduana* al fondeadero los cargamentos que contituian su comercio con Gibraltar. Sin embargo, pasábanse meses y meses sin que ni un solo barco de ningun país echase el ancla en ese Puerto, ni cruzase cerca de estas playas...

—¡Oh! ¡qué dulce soledad! (pensaba yo). ¡Qué hermoso olvido! ¡Qué felices serian los Moros al comprender que Europa no se acordaba de ellos!

—Siempre que ha habido escasez en las naciones civilizadas (proseguia Santiago), vg. durante las guerras de Oriente y del Piamonte, he visto llegar aquí muchos buques ingleses, portugueses, ó franceses, y alguna vez españoles, en busca de trigo, cebada, curtidos, cera, miel y ganado vacuno, tra-

(1) Especie de faluchos, con velas y remos.

yendo en cambio hierro, plomo, acero, pólvora, azufre, y alguna vez metales para la moneda de estos perros...

—¡Belicosa raza! (meditaba yo). ¡Sus artículos de lujo son el hierro y el fuego, y da su pan por un puñado de pólvora!...

. . . .

En esto habíamos llegado á la *Aduana*.

La *Aduana* es un vasto edificio, mal conformado, nada oriental en su aspecto, cuyas puertas, ventanas y alacenas parecen hechas por maestros españoles. Sus puertas son cuatro, y cada una da entrada á cierto número de habitaciones, incomunicadas con las demas.

Los patios y los extensos aposentos bajos revelan claramente que estaban destinados á almacenes de mercancías. Las escaleras, pinas y angostas, y las puertas, sumamente estrechas, tienen mucho carácter morisco. En los pavimentos y en el zócalo de las paredes vénse algunos groseros alicatados que recuerdan el estilo de las losetas valencianas. Los techos, en fin, son lujosos por lo regular; pero no arábigos. Más bien se parecen á los que vemos en las antiguas y más pobres casas solariegas de Castilla.

Los muchos corredores que atraviesan el edificio en todos sentidos, dan entrada á más de cincuenta tugurios ó pequeñísimas celdas, nada interesantes.—En ellas se alojaban los mercaderes, miéntras que la Administracion de Rentas del Imperio examinaba sus géneros y les marcaba los derechos de importacion ó exportacion,—que siempre eran excesivos.

Tosco vidriado roto, esteras de junco, utensilios de palma, lechos de hierbas secas, vestigios de víveres y de pólvora, y algunos harapos que habian sido turbantes y albornoces, hacian de aquellos aposentos unas verdaderas pocilgas. Y (¡singular contraste!) al lado de semejante incuria, de tan completo olvido de la policía, de la higiene y del decoro, llamaba la atencion el ver admirablemente blanqueado hasta el último rincon de la más oscura estancia.—Particularidad es esta que he notado en los pobres *Aduares*, en los ruinosos *Morabitos*, en todos los edificios moros.

—La cal (me dice Santiago á propósito de esto) es la manía de los Marroquíes. El más sucio y miserable mendigo blanquea su vivienda todas las semanas.

En el edificio de que tratamos, hay un departamento independiente, que merece especial mencion, por ser más artístico y lujoso que los otros, y por haberlo habitado (probablemente hasta hace dos dias) el Administrador del Sultan.

Aquel departamento de preferencia se reduce á una escalera revestida de alicatados y alizares, á una azotea, á un cuartito y á una gran sala cuadrada.

Esta sala (la del *divan*, segun la llamó Santiago) tiene en medio una esbelta columna del más puro gusto árabe, que sostiene un precioso y labrado techo. El pavimento es de mosaico de colores, así como la parte inferior de las paredes. Dos ventanas, con cristales y de bien trabajadas maderas, dan luz á la habitacion cerca del suelo.—De este modo, el señor Administrador, sentado *sobre sus*

piés, podia ver el magnífico paisaje que se descubre desde ellas.

—Aquí (me decia mi amigo) se reunian á fumar y callar algunos Moros ricos y dos ó tres Ingleses que componian la tertulia del alto Funcionario marroquí. Alrededor de toda la sala habia una especie de cama corrida ó sofá muy bajo (un divan, en fin) de damasco verde, y sobre él una multitud de almohadas y cojines de todos tamaños y figuras. ¡Cuántas veces he venido yo á esta habitacion á dejarme desollar por aquel perro, y he encontrado más de veinte haraganes tendidos á la larga en torno mio, mirándome con ojos estúpidos, envueltos en el humo de sus pipas, y aspirando los narcóticos olores que despedian los braserillos atestados de mirra y de benjuí!—¡Cuántas veces me he apoyado en esa columna, embriagado materialmente por semejante atmósfera y confundido ante aquellas miradas, ante aquel silencio y ante la sonrisa irónica del Administrador!...—Siempre que me veia (eran sus palabras) «se ponia á calcular qué le sería más conveniente: si hacerme cortar la cabeza y robarme todos mis bienes y tesoros, ó dejarme vivir hasta que los acrecentase más!»—¡Ira de Dios¡ ¡Si me lo encontrase ahora!

. . . .

Salimos de la *Aduana*, en ocasion precisamente de pasar por allí el General García con sus Ayudantes y una pequeña escolta.

El infatigable y animoso Jefe de Estado Mayor iba á practicar un reconocimiento de la parte alta del Llano; es decir, á enterarse de cuál será el mejor camino para avanzar en su dia sobre *Tetuan*

con la Artillería rodada y con un Tren de Sitio que recibiremos pronto de Sevilla.

La coyuntura no podia ser más á propósito para que Santiago y yo continuásemos sin riesgo alguno, por el lado allá de nuestras avanzadas, el reconocimiento artístico que íbamos haciendo... Me agregué, pues, al General García, y, al cabo de pocos minutos, hollábamos ya terrenos todavía vírgenes de pisadas de nuestras tropas...

—¡Buena ocasion para ver el *Cementerio cristiano!* — me dijo entónces Santiago, llamándome aparte.

—¡Cómo! ¿qué cementerio?

—El destinado por los Moros á recoger los restos de los Católicos y Protestantes que mueren en esta tierra.

—¿Qué dice usted? ¿Los Moros entierran á los Cristianos?

—Sí, señor; lo cual es tanto más de agradecer, cuanto que (como usted sabe), si algun Mahometano muriese en España, no encontraria ni la sombra de un árbol en que dormir el sueño eterno ...

—¡Oh... sí! ¡Los Moros son hospitalarios hasta con la muerte!—dije yo, por decir algo.

En esto habíamos llegado ya á un pequeño recinto, cercado de pitas, cubierto de copiosa hierba, y atravesado de Norte á Sur y de Oriente á Poniente por dos fajas de empedrado que se cruzan en el centro de la final morada.

—¡Ahí tiene usted el famoso *Cementerio cristiano!* —exclamó mi amigo.

No le respondí. Yo habia formado ya mi composicion de lugar, y encontrado que nuestro Enter-

ramiento era inmejorable.—Aquella extensa Cruz, trazada con menudas y blancas piedras sobre toda su superficie, parece como que estrecha entre sus brazos á los Fieles que yacen en aquel suelo enemigo...—Creyérasela un escudo que los protege, una madre que los cobija, la espada de un querubin que los guarda.

Anchos y profundos fosos, abiertos por la parte interior de la cerca, rodean completamente el lugar sagrado, convirtiéndolo en una especie de Isla... (¡así debia ser!); y el *Martin*, que pasa besando aquella fúnebre colonia de europeos, suspira blandamente al alejarse de ella, como si llevase á la mar algun mensaje de cariñosas memorias, ó cual si compadeciese á los que duermen en la tumba léjos de su madre patria.

—¡Ahí tengo yo un hermano! (exclamó mi amigo.)—¡Ahí hay mucha gente!...—añadió despues, sondeando con la vista el verde tápiz que cubria las huesas, cual si de este modo sondease tambien sus recuerdos...

Partimos.

. . . .

Pocos pasos más allá ví en el suelo algunos surcos circulares.

—Aquí ha habido tiendas...—exclamé.

—¡Y no pocas! (respondió Santiago).—Mire usted por esta parte...

Era indudable que los Moros habian tenido allí un gran Campamento durante muchos dias.

—Acamparian aquí (observó el astuto mercader) cuando creian que los *Españoles* iban á empezar la Campaña desembarcando en *Rio Martin.*

—¡Nos llama *los españoles!*—reflexioné yo con disgusto.

Millares de cáscaras de naranja alfombraban, por decirlo así, el lugar que habia ocupado el Campo moro. La cebada esparcida por los sitios en que estuvieron sus caballos habia nacido ya, y algunas manchas negras que se veian en el suelo indicaban ser de pólvora, disuelta por la lluvia.

Figúrate los graves pensamientos que me asaltarian en aquel lugar...

Más adelante, marchamos por una estrecha carretera empedrada.—Esta carretera, ó, por mejor decir, esta calzada, construida sobre un terreno muy pantanoso, se prolonga como un cuarto de legua, pasando sobre dos puentecillos de un solo ojo, labrados con piedra y cal, y echados, el uno sobre el *Rio Alcántara*, y el otro sobre una cenagosa acequia.

Al fin del empedrado empiezan unas praderas extensas y lozanas, encharcadas casi todas; pero con tal disimulo, que no lo echa uno de ver hasta que el caballo se ha atascado en ellas.

Por último, volvimos á dar otra vez en el *Rio Alcántara*,—que culebrea mucho por el valle.

Allí se habia detenido el General García buscando un vado, que acabó por encontrar, y que le condujo á terreno consistente.

Yo seguí en pos suyo, miéntras que Santiago, por el bien parecer, ó por no exponer el pellejo, se quedaba con su humilde cabalgadura á la orilla del Rio.

En cuanto á nuestros caballos, fatigados de luchar con el lodo, ó de resbalarse en las piedras,

complaciéronse mucho en correr y caracolear sobre aquel prado liso y espacioso, terso y mullido como una alfombra de terciopelo.

Así adelantamos otro cuarto de legua, siempre examinando el horizonte, donde no aparecia sombra viviente, ó devorando con la vista á *Tetuan*, que iba agrandándose á nuestros ojos...—De las tiendas moras estaríamos ya á unos mil setecientos metros.

En esto vimos alzarse al pié de las más bajas una blanca y espesa humareda; oimos un lejano estruendo; percibimos en el aire una trepidacion parecida al ruido de una locomotora, y vimos caer cerca de nosotros y sumergirse en la tierra una voluminosa bala de cañon.

—¡Tienen cañones!—fué nuestra primera frase.

Y yo sentí cierto patriótico remordimiento por haberlo deseado.

—Tiran de la llanura...—dijo el General García.

—Es que han atrincherado y artillado su Campamento,—añadió un Ayudante, alargándole el anteojo.

Durante estas reflexiones, habia caido otro pesado proyectil al pié de nuestros caballos.

—¡No apuntan mal!—exclamaron los que habian corrido más cercano riesgo.

—Vamos *adelante*,—añadió tranquilamente el Jefe de Estado Mayor.

Y aún avanzamos otro kilómetro, andando al paso, miéntras que los Moros dispararon seis ú ocho cañonazos más.

—¡Si creerán que vamos á tomarles el Campamento veinte hombres solos!—iba yo pensando.

El General García se detuvo al fin.

Desde aquel paraje se descubria perfectamente toda la llanura.—Estudió, pues, la direccion de los rios; el lugar de cada pantano; la naturaleza del terreno, y la disposicion relativa de *Tetuan* y de los Campamentos enemigos; y, despues de ver venir otros dos ó tres disparos muy bien dirigidos, y que, á haber sido hechos con proyectiles huecos, nos hubieran estropeado indudablemente), volvió grupas, sin hablar palabra, y emprendió la marcha á *Rio Martin.*

Ya era tiempo; pues empezaba á llover.—¡Media hora habia bastado para convertir la más transparente atmósfera en un celaje oscuro y nebuloso!

¡Pero hoy, á lo ménos, nos ha cogido el turbion con las tiendas plantadas!

En este momento, que son las once de la noche, llueve todavía con tanto ímpetu, como si no hubiese caido una gota de agua hace diez años...—¡Pícaro Alá! ¡Cómo se conoce que es nuestro enemigo!

Sin embargo, yo estoy muy contento: 1.°, por haber conocido á Santiago; 2.°, por las muchas cosas que he averiguado hoy; 3.°, porque ya he oido zumbar sobre mi cabeza las balas de cañon; y 4.°, porque ya sé que los Moros tienen cañones...

Acerca de este último punto, guárdame el secreto de mi regocijo; pues no todos comprenderán tan bien como tú, que discurro y siento patrióticamente al desear *que nuestro enemigo sea digno de nosotros.*

Y hasta mañana, si Dios quiere.

V.

Contemplacion.

En el Rio, á bordo del *San Cayetano*.—Dia 19.

No ocurre novedad.

Desembárcanse muchos miles de raciones.

Empréndense las obras de fortificacion de la *Aduana* (destinada á gran *Almacen* de víveres, por si la mar vuelve á incomunicarnos con nuestros barcos) y la construccion de un *Reducto* en la extrema derecha de nuestra vanguardia, casi en el centro de la Llanura.

(Se llamará *Reducto de la Estrella*, por tener la forma de tal.)

Tetuan sigue durmiendo, y los Moros no se presentan por ninguna parte. Pero su Campamento crece diariamente, apoyándose en el Llano.

Por lo demas, todo el Valle está por nosotros, y nuestros soldados se alejan durante el dia hasta una legua de la trinchera, sin encontrar ni un solo enemigo.

Vivimos con más comodidad, aseo y abundancia que ántes.—La proximidad de un gran rio, la cercanía de un buen fondeadero, y la curiosidad que inspira esta comarca, nos proporcionan recursos y distracciones, así como muchas visitas de Gibraltar y del litoral español...

Todos los dias llegan nuevos industriales y co-

mercientes, y va estableciéndose en la playa un gran *Mercado*, en el cual, si bien á peso de oro, hallamos muchas cosas de que carecíamos.

A mayor abundamiento, cerca de mi tienda se alza una *Fonda francesa*, instalada en una tienda enorme, donde se pasan ratos muy agradables...

En fin, ya no hay cólera, sino muy poco y muy ligero en la Division-Rios, que, como recien llegada, sufre los efectos de la aclimatacion.

La Campaña, pues, ha templado sus rigores.

. . . .

Iriarte, los Intérpretes y yo nos venimos por las tardes con Santiago á bordo de su falucho *San Cayetano* (anclado en el *Rio Martin*, cerca de nuestro Campamento), donde nos aguarda una de aquellas estimulantes y sabrosas comidas que hacen célebre la cocina marinera.

Aquí, tendidos *sobre cubierta*, bajo un toldo hecho con una vela latina, aplicamos el vaso de zinc á un voluminoso tonel de rico mosto, y hablamos indistintamente de España ó de Marruecos, entre bocado y bocado, entre libacion y libacion.

Por la parte de proa se ve á *Tetuan*: por la de popa se extienden la *Ria* y el *Mediterráneo*.

A estribor se alzan todos nuestros Campamentos, donde resuenan en este instante los acordes de una banda militar, que toca la sinfonía de la *Semíramis*; y, detras de las tiendas, asoma el bosque de mástiles que resulta de tantos y tantos buques surtos en la Rada.

Mirada así la playa, á la indecisa luz del crepúsculo, hace el efecto de una grande y populosa Ciudad marítima.—Las tiendas parecen más al-

tas... El humo de los vivaques semeja salir de otras tantas chimeneas. Los rumores de mil conversaciones, el relincho de los caballos, los golpes de los mazos sobre las estacas, los gritos remotos de las maniobras de los marineros; todo remeda el ruido de los talleres, el murmullo de las fábricas, el eco de tareas urbanas y pacíficas.

En primer término, se distingue el Cuartel General del General en Jefe, anchísima calle formada por corpulentas tiendas, en la cual se pasean ahora mismo O'Donnell y Prim, departiendo tranquilamente; varios Oficiales extranjeros; el Conde d'Eu (Príncipe de la familia de Orleans, que ha llegado hoy, vestido con el honroso uniforme de húsar de la Princesa, y que militará á las inmediatas órdenes del General en Jefe); muchos otros Generales y Oficiales; algunos paisanos; más de cien personas, en fin...—¡Es completamente un simulacro de la vida social, que nos recuerda antiguas costumbres, llevando nuestra imaginacion á España, á Madrid, al *Prado*, donde en este momento se estarán paseando tantos amigos nuestros, y tantas amigas...

A babor, ó sea al otro lado del Rio, se descubre una campiña verde, sola, dilatada, que termina en unos montes velados ya por la niebla. En medio de esa campiña se ven unas trescientas vacas de nuestra propiedad, que pacen tranquilamente.—Semejante cuadro pastoril tiene tambien su poesía, y habla al alma el dulce lenguaje de otra clase de recuerdos...

Las estrellas empiezan á tachonar de puntos de oro la inmensidad del espacio. La luz del dia se

extingue lentamente. El mar, hoy apacible, reluce como un espejo de acero. Las aguas de la Ria toman, por el contrario, cierto color de ópalo, cuya suavidad se refleja en mi fatigado espíritu...

Estos momentos de calma y de reposo me infunden la más grata melancolía.—Véome en posesion de un bien soñado, y experimento aquella plácida tranquilidad que produce la dicha á los que no están acostumbrados á ella. Aquí recuerdo aquella otra tarde que pasé hace mes y medio en los montes de Málaga, á la puerta de un cortijo, viendo á lo léjos el litoral de Africa, y oyendo el sordo eco de los cañonazos de la Accion del 9 de Noviembre... El deseo que me asaltó entónces de venir á la guerra, á seguir la suerte de mis compatriotas, y el anhelo anterior, que ha llenado toda mi vida, de visitar la tierra de los Moros, vense ya realizados afortunadamente...—¡Esta es *Africa*! ¡aquel es *Tetuan*!... La espada del soldado aventurero hállase ahora entre mis manos, como ayer la lira del cantor apesarado, como ántes el báculo del peregrino que buscaba un nombre.—¡Todo es verdad en la vida!... ¡Quizás lo único que hay falso en ella es la idea de la muerte!

¡Morir!!... ¡Yo no lo comprendo!—Cuando todas las ilusiones terrenales se realizan; cuando toda necesidad tiene su satisfaccion en la Naturaleza; cuando todas las esperanzas mundanas llegan aquí abajo á seguro cumplimiento, ¿cómo no ha de realizarse, satisfacerse y cumplirse nuestro deseo de inmortalidad, nuestra ánsia de conocer á Dios?—El amor, la gloria, la ambicion, los ensueños del artista y del poeta, todo llega á convertirse, al fin,

en hechos evidentes y tangibles, en logros materiales...—¿Cómo ha de ser vana quimera el ideal más sublime, la inspiracion más constante de nuestra alma?

¡Ah! sí: ¡la muerte es mentira!—Morir es despertar de un sueño, como dijo nuestro gran poeta.

VI.

De cómo celebró el Ejército de Africa los dias del Príncipe de Asturias.—Combate solemne.—Nuestra Infantería forma el *cuadro*.—El Conde d'Eu.—La Caballería española y la marroquí.—Gran parada.

Campamento de Guad-el-Jelú, 24 de Enero.

Despues de tres dias de completo descanso para todo el Ejército (menos para los Ingenieros, quienes han trabajado sin cesar en el *Reducto de la Estrella*), despertónos ayer, 23, la poderosa voz de cien cañones, que, resonando en mar y tierra con redoblados ecos, nos hizo sospechar á algunos si se habria prolongado nuestro sueño más de lo permitido, é irian ya muchas horas de reñirse una gran batalla á que estaríamos faltando ignominiosamente.

Empero, en esto, observamos que el alegre toque de diana se unia al ronco són de tan extraño cañoneo, lo cual queria decir que estaba amaneciendo en aquel instante... (Y, en efecto, el lienzo de nuestras tiendas filtraba apénas una dudosa claridad).—

¿Qué significaban, pues, aquellos cañonazos tirados tan á deshora?

Pronto supimos que estábamos á 23 de Enero, dia de San Ildefonso, y dia por consiguiente del presunto Heredero de la Corona de España.

Aquellos cañonazos eran, pues, salvas de pólvora sola.

—¡Dentro de pocas horas tiraremos con bala!— exclamaron algunos.

Todos opinábamos lo mismo. Un dia semejante no podia pasar como cualquiera otro. El General O'Donnell desearia celebrarlo; y, por otra parte, los Moros acudirian como siempre al reclamo de nuestros cañones: si sabian que celebraban una fiesta, para turbarla; y si habian tomado los disparos por un nuevo desafío, para recoger el guante y sostener el duelo.

Equipóse, pues, de guerra todo el mundo desde la primera hora del dia: ensilláronse los caballos preventivamente: dióse la órden de acclerar los ranchos: requirió sus armas cada uno; y cundió, en fin, por todo el Campamento aquella febril animacion y bárbara alegría que son ya entre nosotros indicio cierto de la proximidad del combate.

Y el caso fué que nuestros presentimientos se cumplieron.

—¡A caballo! (se oyó decir en el Cuartel General á eso de las nueve.) ¡El General O'Donnell va á montar!... ¡Parece que se ven Moros!

Montaron, pues, tambien los cuarenta ó cincuenta Jefes, Oficiales y Agregados que constituyen el Cuartel General, y, seguido de ellos y de su escolta de Carabineros y Guardias Civiles, tomó el

General en Jefe el camino del *Reducto de la Estrella*, atravesando por todos los Campamentos, que le batieron Marcha Real, segun es de ordenanza.

Pasamos la trinchera y llegamos al *Reducto*.

Este se halla bastante adelantado. Constrúyese con tierra, hojas de pita y ramas de árboles, y su destino es conservar la comunicacion entre la Escuadra y el Ejército el dia que éste avance hácia *Tetuan*.

Protegian ayer los trabajos dos Escuadrones de Caballería, un Batallon de línea y un Escuadron de Artillería de á caballo, á las órdenes del renombrado Brigadier Villate, quien comunicó al General O'Donnell la creencia en que estaba de que los enemigos se disponian á atacar sériamente aquellas obras.

En efecto: el Ejército moro habia salido de sus tiendas, formando grupos de infantería y de caballería, que estaban inmóviles y como en observacion delante de sus Campamentos más bajos, y al mismo tiempo veíanse deslizarse por los montes circunvecinos largas y apretadas hileras de aquellos fantasmas que ya conocíamos tanto.

Más de una hora permaneció el General O'Donnell estudiando los intentos del enemigo; pero éste no se separaba de sus artilladas trincheras, como si, en lugar de prepararse á atacarnos, esperase una acometida de nuestra parte: lo cual nos hizo discurrir del siguiente modo:

«Los Moros recuerdan sin duda que nuestro Ejército celebró el dia de la Reina inaugurando la Campaña, y temen que hoy, por ser dia del Príncipe de Asturias, demos el ataque á *Tetuan*.»

Con gran placer (me atrevo á asegurarlo) lo hubiera hecho así el General O'Donnell; pero aún necesitaba y necesita preparar muchas cosas ántes de volver á tomar la ofensiva (entre otras, recibir y montar el Tren de Sitio). Por consiguiente, ayer mañana, viendo que los Moros no atacaban, dió algunas instrucciones al Brigadier Villate, y regresó á *Fuerte Martin*, no sin gran sentimiento del Ejército, que esperaba sacudir el fastidio inherente á seis dias de no castigar al enemigo.

Una hora habria pasado desde que volvimos á nuestras tiendas, y proyectaba ya cada uno la mejor manera de emplear el ócio, cuando volvió á escucharse la misma voz que por la mañana:

—¡A caballo! ¡El general O'Donnell va á salir!... ¡Parece que nos atacan los Moros!

A todo esto serian las doce, y brillaba con todo su esplendor uno de esos hermosísimos dias de Enero que tan frecuentes son en Andalucía; un dia enteramente primaveral, cuyo fulgor y magnificencia, aquí como allí, sólo pueden compararse á la límpida claridad de sus noches.

Todos volvimos á montar, teniendo que meter espuelas para alcanzar al General O'Donnell, quien ya atravesaba nuestros Campamentos, dando órdenes por sí mismo. Al General Ros le mandó que lo siguiese con su Cuerpo de Ejército; al General Galiano que avanzase tambien con la Division de Caballería, y al General Rios que adelantase algunos Batallones por la izquierda, para protegerla en caso necesario, miéntras que dos Escuadrones de Artillería de á caballo y una Compañía del Tercero de Posicion emprendian la marcha rápidamente.

Entretanto, el enemigo, cansado de esperarnos delante de sus tiendas, se nos venía encima por todos lados, proponiéndose quizás apoderarse de las nuestras, ó meramente con el santo fin de verter sangre española.

Al llegar O'Donnell al *Reducto de la Estrella*, ya se encontraban á tiro de fusil numerosos enjambres de Infantería mora, miéntras que su Caballería (más copiosa y regular que nunca) descendia por la derecha, rebasando nuestro frente, y nos amenazaba por aquel flanco, bien que desde el lado allá del rio de la *Judería*, que aún no se habia atrevido á pasar.—¡Siempre la *media-luna*...! ¡siempre el afan de envolvernos!

El animoso Brigadier Villate esperaba tranquilo la llegada del General en Jefe, defendiendo el *Reducto* con sus escasas fuerzas; pero tan hábil y valerosamente, que tenía á raya por todas partes los intentos del enemigo, sin apartarse del puesto que se le habia mandado sostener.

La situacion podia ser crítica, y no debia perderse ni un momento...—Miéntras llegaba la Infantería (que naturalmente no habia podido seguir el galope del Cuartel General), el Conde de Lucena mandó avanzar por el flanco derecho al General García con doscientos caballos y con unas guerrillas de Cazadores, que el General Ustariz situó convenientemente, quedándose con ellas y dirigiendo sus comprometidas operaciones en medio de un incesante tiroteo.—Porque hay que advertir que, entre nuestras posiciones y el ejército enemigo, habia una larga sucesion de pantanos y lagunas, ó sea una especie de foso muy difícil de sal-

var, y que la Accion estaba empeñada entónces de orilla á orilla; lo cual no podia dar otro resultado que mayores ó menores bajas en unas filas ó en otras.

En un combate de aquel género, habrian salido ganando los Marroquíes, caso de prolongarse indefinidamente; puesto que su línea era más dilatada y ménos densa que la nuestra. Pero el Conde de Lucena lo comprendió así desde el primer instante, y hé aquí la razon de que el General García saliera tan aceleradamente con la Caballería á poner término á aquel ocioso tiroteo.

Pronto lo consiguió.—La Caballería árabe, que seguia corriéndose hácia el mar por la derecha, volvió piés atras y se replegó al centro del Llano, no bien vió avanzar aquella recia, aunque reducida, falange de jinetes nuestros.—Y fué que los Moros comprendieron que nosotros, caminando siempre transversalmente, hubiéramos concluido por cortar su línea y dejar aislados y prisioneros (entre nuestros caballos, el mar, *Cabo Negro* y nuestro Campamento) á cuantos se habian atrevido á aproximarse á la playa.

Condensóse, pues, el enemigo sobre nuestro frente, en tanto que nuevas fuerzas, viniendo del lado de *Tetuan*, nos amenazaban ya por la izquierda.—Es decir, que en un instante cambió por completo la mutua posicion de los combatientes y el plan de ataque de los Marroquíes.

Esta prodigiosa movilidad, estas contínuas y rápidas mudanzas de los Moros, son indudablemente habilísimas, y ponen á prueba la prevision, la pericia y la paciencia de los Generales más experi-

mentados. — ¡Nadie sabe cómo se las componen unas tropas tan desorganizadas para comunicarse á cada momento nuevos designios; para obrar concertadamente en las circunstancias más imprevistas; para ir y venir, variar de objeto, volver al intento que abandonaron, ó disiparse como el humo, y todo ello uniforme y simultáneamente, segun las peripecias de la lucha!—Acaso no es ciencia, ni obedecen á premeditadas instrucciones, sino que todos y cada uno se guian por un maravilloso instinto, semejante al de los ejércitos de abejas ó de hormigas.

De cualquier modo (y gracias á la experiencia consiguiente á tantos combates como ha sostenido ya con esta ágil y astuta raza), el General O'Donnell, no habia distraido sus fuerzas por la derecha, cuando parecia formalizarse allí la lucha, ni ménos dejado desamparada su izquierda; ántes bien, habia previsto la nueva evolucion de los Moros, y los aguardaba por el centro, con la Artillería dispuesta, apuntando precisamente al sitio en que habian de intentar el segundo ataque.

Vinieron, pues, contra nosotros millares de infantes y de jinetes, lanzando bárbaros gritos, y llegaron á la opuesta orilla de las lagunas del frente, haciendo un fuego espantoso... Pero en esto empieza á tronar nuestra Artillería: una espesa cortina de humo nos roba por un instante la vista del enemigo; y, cuando se aclara la atmósfera, vemos huir por todos lados á peones y caballeros en el mayor desórden, miéntras que algunos se afanan, con riesgo de su vida, por arrastrar los muertos y heridos que acaban de morder la tierra...

Sin embargo, no se ha acabado la Accion...—¡Vive Dios! que la morisma es una brava gente!... ¡Apenas repuestos de la primera sorpresa, estudian la colocacion de nuestros cañones; aclaran sus filas, y vuelven al mismo lugar que acaban de bañar en sangre, esgrimiendo sobre su cabeza las argentadas espingardas y tirando contra nosotros en el momento de revolver sus caballos!...—Los de infantería, por su parte, se arrastran cautelosamente entre la hierba; surgen de pronto ante nuestra vista; hacen fuego con la presteza del relámpago, y vuelven á arrojarse al suelo, tal y como los fantasmas se hunden por escotillon en los teatros...

Por lo demas, así entre los jinetes como entre los peones, habia ayer gentes nuevas, ó que, á lo ménos, no recordábamos haber visto hasta entónces.—Una pintoresca variedad de trajes habia sucedido á la antigua uniformidad de sus blancas ó pardas vestimentas.—Quiénes vestian largos ropones encarnados, quiénes alquiceles azules y casquetes rojos: habia muchos con jaique negro, y no pocos con abultados turbantes y ancho calzon amarillo ó verde; pero todavía la generalidad llevaba la clásica y monumental vestidura blanca, siquier en todos se notara más lujo y ostentacion que en los demas combates...—Indudablemente, ayer nos las hubimos con *tropas de rey*, con soldados imperiales, con la flor del ejército marroquí.

Nuestros cañones acabaron de despejar el frente, disipando aquella nube preñada de mortífero plomo.—El General O'Donnell se corrió entónces un poco á la izquierda para seguir los movimientos del enemigo (que el humo le impedia ver

en el otro lado), y desde allí percibimos todo el Ejército moro, disperso ya por la llanura, y en actitud de volver á sus Reales, cual si se hubiese convencido de la inutilidad de sus acometidas...

Pero, en esto, cierta guerrilla de la Division del General Rios pasó temerariamente una Laguna próxima á la *Aduana*; y, llevada de un excesivo ardor, cargaba, ó por mejor decir, perseguia á la Caballería mora,—lo cual, si era en cierto modo una imprudencia, no dejaba de ser al mismo tiempo un alarde de valor heroico, que nos hizo palpitar de orgullo.—¡Ah! Nuevos en esta guerra; recien llegados al Ejército de Africa; ansiosos de recibir el bautismo del fuego y de la gloria, aquellos soldados veian alejarse al enemigo, sin haber tenido ocasion de demostrarle y demostrarnos á nosotros que eran dignos de figurar al lado de los vencedores de tantos combates; y, llenos de noble impaciencia y exaltado patriotismo, no se contentaban con haber rechazado al enemigo en union de sus predecesores en la. campaña, sino que buscaban una ocasion de luchar con él separadamente y de vencerlo por sí solos!

Los Marroquíes vieron á aquel puñado de valientes, que se encontraban separados de sus compañeros por una ancha laguna; y, creyendo llegada la hora de su venganza, volvieron sobre sus pasos y se dirigieron en considerable número contra la incomunicada guerrilla...

Pero el General Rios volaba ya en auxilio de ésta, despues de haber tratado (ya tarde) de contener su intèmpestivo arrojo.—Lanzóse, pues, tambien en la Laguna, á la cabeza de un Batallon del

Regimiento de *Cantabria*; atravesó con él á paso de carga por en medio de las ondas y con el agua hasta la mitad del cuerpo, y, unidos ya todos á la guerrilla, corrieron al encuentro de los rehechos Musulmanes.

Mas, si el General Rios habia sextuplicado la fuerza aislada que trataban de aniquilar los Moros, éstos, en cambio, habian centuplicado las huestes con que venian contra ella...—¡Puede decirse que *todo su ejército* se dirigia ya hácia aquel atrevido Batallon, rodeándolo, envolviéndolo, acosándolo ferozmente, sin consideracion alguna al fuego de nuestra Artillería!...—¿Qué les importaba morir, si ya estaban seguros de matar? ¡Mermaran en buen hora nuestras granadas sus enfurecidas huestes; pero el Batallon de *Cantabria* habia caido en su poder, y no dejarian escapar la presa, ni áun á costa de toda la sangre marroquí!

¡Vana ilusion! ¡Quimérica jactancia!—¡El Batallon se defenderá por sí mismo del formidable enemigo que lo cerca, y el General O'Donnell castigará á los insensatos que amenazan destruirlo!

O'Donnell habia empezado por mandar al General Rios que se detuviera, viendo mejor sin duda, desde el lugar en que se encontraba situado, el espantoso riesgo que iban á correr los de *Cantabria*...; pero las Lagunas impiden que la órden llegue con oportunidad.—Decide entónces correr en su socorro, y áun aprovechar aquella ocasion para derrotar nuevamente á los africanos, haciéndoles pagar caro su feroz intento...; tanto más, cuanto que el Tercer Cuerpo se le ha incorporado ya; toda nuestra Caballería está formada á la de-

recha, y la Artillería se encuentra allí, á dos paso de él...

Su plan es instantáneo, enérgico, decisivo como las circunstancias.—El General Galiano, Jefe de la Caballería, saldrá al escape por la derecha con los dos Escuadrones de *Lanceros de Farnesio*, con una Seccion del Regimiento de *Albuera*, y con la *Escolta* del General en Jefe, compuesta de Carabineros y Guardias Civiles de Caballería; lo arrollará todo; pasará por pantanos y lagunas; envolverá el Llano, trazando un ancho semicírculo, y cruzará como una tromba por en medio del Ejército marroquí.—El General Ros, entre tanto, avanzará de frente con su Cuerpo de Ejército; se arrojará tambien por en medio de las Lagunas, y volverá en auxilio del General Rios, cuando se halle á la misma altura que él.—El Brigadier Morales de Rada, de la Division-Rios, seguirá el movimiento iniciado por *Cantabria*, y protegerá á Galiano, cargando con su Brigada de infantes al mismo tiempo que la Caballería.—La Artillería, en fin, marchará tambien de frente; salvará todos los obstáculos; penetrará en el agua como todo el mundo, y se colocará en terreno sólido al lado de la infantería del Tercer Cuerpo.

Comunicado el plan á los que han de ejecutarlo, las cornetas tocan ataque: las trompetas de caballería repiten la tremebunda señal: parten nuestros jinetes por la derecha á galope tendido, y el Tercer Cuerpo se lanza al agua sin vacilar un punto...—El General en Jefe, con su Cuartel General, va al frente de la Infantería...

Mil vivas, mil voces de «*¡adelante y á ellos!*» re-

suenan en todas partes...—Los soldados caminan cubiertos por el agua hasta la cintura...; pero conservan la formacion y avanzan impetuosamente.—Alguno cae..., y desaparece bajos los turbios cristales de la laguna; mas, en tanto que consigue levantarse, yese aún sobrenadar su brazo derecho empuñando la carabina!...

—*¡Cuidado con las armas!* (gritan los Jefes) *¡Que no se mojen!*

—*¡No hay cuidado!*—responden los que cayeron, alzándose con el semblante lleno de lodo; pero inflamado y sonriente...

—*Ya queda poco*... ¡Adelante!—gritan más allá los Oficiales.

—*Ya queda poco*...—repiten los soldados para infundirse ánimo unos á otros.

Y así llegan á la orilla opuesta.—Y, segun van llegando, se alinean como en una parada.

La forma de sus piés y el color de sus botines y pantalones desaparecen bajo la masa de barro que han sacado de las Lagunas...—¡Así salen al paso de carga!... ¡Así corren al encuentro del enemigo!

La Artillería, en tanto, cruza al trote los pantanos, con agua hasta los cubos de las ruedas y ocultándose enteramente entre los borbotones de espuma que saltan á su alrededor... Las mulas bracean en las ondas y en el fango, sin encontrar fondo duro en que apoyar las manos.—Pero cruje el látigo de los artilleros; mil gritos de *¡Hála! ¡Hála!* alientan y enardecen al ganado..., y pasan todas las piezas milagrosamente, sin que haya volcado ni una sola!

Con todo, ¡en un tránsito semejante se han empleado ocho, diez, doce minutos!...—¿Qué ha sido durante este tiempo del amenazado Batallon de *Cantabria*?

¡Oh dicha! ¡Oh gloria! El Batallon de *Cantabria* habia formado el *cuadro*.

El General Rios y su Estado Mayor estaban encerrados dentro de él.—Una legion inmensa de jinetes árabes lo rodeaba, acometiéndole por los cuatro lados al mismo tiempo, pero sin decidirse á asaltar aquella viviente fortaleza.—En todas partes se encontraban frente á frente de redobladas filas de soldados, que (con la bayoneta calada unos, y en actitud de resistirles cuerpo á cuerpo, y con las carabinas á la cara otros, haciendo un fuego nunca interrumpido) formaban cuatro murallas de fuego y hierro, á las que no osaban acercarse los asombrados Moros.—Algunos temerarios, que se habian lanzado resueltamente contra ellas, esperando conmoverlas y quebrantarlas con tan arrogante acometida, se revolcaban ya en su sangre, dentro de la region de fuego y humo que rodeaba el *cuadro*!

¡Loor eterno á los valientes de *Cantabria*, los primeros que decidian la cuestion de si nuestros soldados se mantendrian inmóviles en medio de la caballería enemiga! ¡Loor eterno al bisoño Batallon y á sus bravos Jefes y Oficiales; á nuestros recien venidos compañeros; á nuestros ya camaradas de armas!

Dentro del *cuadro* estaban, como te he dicho, el General Rios y su Cuartel General, el Coronel Naneti, que mandaba el Batallon de *Cantabria*, la Sa-

nidad, la Música, el Capellan y los heridos...—que tambien los tuvo! (1)

Por encima de todos sobresalian dos ó tres figuras, y entre ellas, la del General Rios, que no se habia desmontado, y que, con la espada en la mano, arengaba á aquellas nobilísimas tropas, decididas á morir en puesto tan glorioso...

¡Ah! nosotros las aplaudimos silenciosa y ardientemente en lo íntimo de nuestro corazon..., en tanto que los Escuadrones de Lanceros y la restante Caballería, que partiera por la derecha, cargaban ya impetuosamente á los jinetes enemigos...

Estos corren... Aquellos los persiguen, los alcanzan, pasan por en medio de ellos, los alancean y acuchillan sin piedad.. —En pos de los nuestros va una lluvia de balas que les dispara la vil morisma... Pero adelantan siempre, y para un Español que cae, ruedan por el polvo diez Marroquíes!—Así recorren todo el Llano, que los Moros abandonan por último, apartándose del Batallon de *Cantabria*... Y así llega la fuerza española al pié del Campamento enemigo, donde se pára y se rehace en formacion, esperando nuevas órdenes del General en Jefe.

Un Lancero se presenta entónces al valeroso y esforzado Brigadier don Francisco Romero Palomeque, que ha capitaneado esta brillantísima carga, y le entrega un estandarte que ha cogido á la caballería mora, dando muerte al que lo llevaba...

---

(1) Uno de ellos fué el Coronel Puente, Jefe de Estado Mayor de la Division recien llegada, y hermano de aquel otro Coronel Puente, amigo mio (y tambien Jefe de Estado Mayor) que murió del cólera en Ceuta.

¡Honor á nuestra Caballería! ¡Era la segunda vez que luchaba cuerpo á cuerpo con la árabe; y ayer, como el dia de Castillejos, recogia en prenda de victoria una bandera mahometana! (1)

Al mismo tiempo daban parte al bizarro Brigadier de que un jóven, casi un niño, de bella y

---

(1) El memorable hecho de armas que acabo de referir, valió al citado Brigadier don Francisco Romero Palomeque, Jefe de la brigada de Lanceros del ejército de Africa, una honrosísima y especial recompensa que no debo pasar en silencio.

En un Certámen Literario celebrado en el Ateneo de Cádiz, obtuvo el premio, que consistia en una FLOR DE ORO, la composicion titulada *Fe, Esperanza y Caridad,* «á la salida de las naves de Colon del puerto de Palos.»

Al abrirse el pliego que contenia el nombre del autor, halláronse en otro sobre, estos dos versos:

No he escrito, no, para la gloria mia:
he escrito sólo para ajena gloria.

El autor era el Sr. D. Eugenio Quijano, y aquel sobre encerraba una carta firmada por el mismo, en que decia al Jurado que cedia la FLOR DE ORO (pues en el hecho de haberse abierto aquella carta, ya era suya) á un oficial que se distinguiera por un brillante hecho de armas en la guerra de España con Marruecos.

«No me parece bien, decia, que los aficionados á las Letras disputemos hoy para nosotros los laureles. Por eso, si los he disputado, ha sido para uno de los valientes que dan su sangre y áun su vida por el honor de la patria en las arenas africanas.»

Remitida, pues, la FLOR al General en Jefe del Ejército de Africa, la confirió al dicho señor Brigadier por su comportamiento en la Accion que voy relatando, dando parte de ello al Ateneo de Cádiz en una notable comunicacion.

Creo innecesario elogiar, como se merece, la delicada y patriótica idea del poeta premiado, ni ménos encarecer la importancia de esa FLOR DE ORO, que simboliza al mismo tiempo dos diferentes triunfos, uno alcanzado en el campo de las letras, y otro en el campo de batalla.—El señor Romero Palomeque puede estar ufano de tan preciosa conquista.

suave fisonomía, vestido con el uniforme de Alferez de *Húsares de la Princesa*, se habia incorporado á los Lanceros y tomado parte en la carga, distinguiéndose por su arrojo y bravura.—Era el Conde d'Eu, nieto del último Rey de los Franceses, Luis Felipe I de Orleans.

En el ínterin, el Tercer Cuerpo y la Artillería avanzaban por el centro, tomando posesion de toda la llanura y hollando el terreno que algunos momentos ántes ocupaba el enemigo, y que ya estaba cubierto de sangre, de cadáveres, de caballos muertos, de armas y de pertrechos de guerra.

Llegó, pues, tambien nuestra Infantería á verse muy cerca de los Campamentos moros, y se detuvo en el mismo paraje donde hacía ya rato que el General Galiano, con los de *Farnesio*, esperaba nuevas órdenes del General en Jefe...

De buena gana habiera mandado el Conde de Lucena dar un asalto á las tiendas de los Marroquíes...—¡Todos los semblantes expresaban este deseo, y la solemnidad del dia estimulaba los ánimos á tan gloriosa empresa!—Pero eran las cuatro de la tarde: dos horas despues sería de noche, y estábamos á más de una legua de nuestro campo, sin víveres, con pocas municiones y sin nada dispuesto para tan importante operacion, que implicaba un cambio total en nuestros propios Campamentos, en el plan de la Campaña y en los cálculos prudentísimos de O'Donnell, el cual no quiere fiar nada á la suerte, como lo fió en mal hora el imprudente D. Sebastian de Portugal...

No habia, por lo tanto, otro remedio que renun-

ciar una vez más á apoderarnos de un Campamento que teníamos casi bajo la mano...

—¡Dejémoslo! ¡Otra vez será! (decian los Jefes á las tropas, para consolarlas del *sacrificio* que se les pedia de no empeñar ayer tarde otra refriega). ¡Es cuestion de algunos dias! Cuando el General en Jefe dice que no conviene, sus razones le asistirán para ello. ¡Pero no tengais duda de que pronto dormireis dentro de esas tiendas!

Esta promesa hizo que todos se resignasen á desandar lo andado.—Por lo demas, el dia no se habia perdido... Las ventajas alcanzadas por nuestros Escuadrones sobre la numerosísima caballería de los Moros; la resistencia opuesta á la misma por nuestros infantes formados en *cuadro*; la facilidad con que habíamos recorrido toda la llanura, á pesar de los inconvenientes del terreno; el arrojo con que nuestra Artillería se lanzó por en medio de las aguas, y la lluvia de granadas que todavía arrojaba sobre las tiendas enemigas, eran más que suficientes conquistas y laureles para un combate que no se habia buscado. Todo ello sin contar que las pérdidas de los Moros excedian con mucho á los ocho muertos, cincuenta heridos y cuarenta contusos que nos habia costado aquella victoria, grande seguramente por su efecto moral en uno y otro ejército!

Ordenóse, pues, la retirada, de cuya direccion se encargó el General García...—Y aquí principia la parte solemne de la jornada de ayer.

La tarde era tan apacible y deliciosa como habia sido la mañana. El sol se ocultaba detras de *Tetuan*, haciendo reverberar los elegantes alminares

de sus mezquitas y resaltar más y más la blancura de las casas sobre el verde purísimo de las colinas ó sobre el azul intenso de los cielos.

Algunas granadas pasaban zumbando por encima de nuestras cabezas para ir á caer en el Campamento enemigo, que no respondia á nuestro fuego.—Aquellos disparos parecian los últimos truenos de una tormenta pasada, y eran el único rumor que interrumpia el silencio de la Naturaleza, sumida en no sé qué sueño majestuoso.

La retirada de la Infantería habia principiado, y nosotros, desde lo alto de la llanura, veíamos moverse por las praderas remotas nuestros compactos Batallones, que marchaban ordenada y tranquilamente, reflejando los últimos rayos del sol en sus triunfantes bayonetas.

Por otro lado, la Caballería, inmóvil y tendida en batalla, como protegiendo aquella operacion, entregaba á la suave brisa de la tarde las vistosas banderolas de sus lanzas, que ondulaban graciosamente como las amapolas entre los trigos.

La Artillería, en fin, despues de haber cañoneado muchas veces el Campamento africano, y no viendo ya por ninguna parte enemigos que dispersar, tornaba lentamente hácia la playa, asemejándose sus largos y macizos trenes, dibujados en oscura silueta sobre el verde luminoso de los prados, á aquellas comitivas de carros griegos que se ven en los bajo-relieves de Fidias y que representan el bélico poderío de Agesilao ó de Epaminondas.

¡Ah! ¡Yo no he visto en toda la campaña un cuadro de guerra tan clásico y aparatoso como el de ayer!—La amplitud del terreno, las grandes

distancias ocupadas por nuestras tropas y la pura diafanidad del ambiente prestaban á las perspectivas cierta fantástica grandeza que se apoderaba luégo del ánimo.

Partimos, por último, tambien nosotros.

El Cuartel General de O'Donnell se habia aumentado con el de Ros de Olano, con el de Rios y con Prim y algunos Ayudantes suyos que habian acudido como espectadores al teatro de la Accion.—Eramos, pues, más de cien jinetes, de variado uniforme, de distintas armas, de diversas graduaciones, paisanos algunos, otros extranjeros, todos amigos...

Marchábase sin formacion ni órden, en animado y revuelto grupo, al trote de los impacientes caballos,—alegres como nosotros con la expectativa de un próximo descanso...

Los Generales iban en medio del frente de tan lúcida cabalgata. Varias conversaciones circulaban al mismo tiempo. Cada uno referia el episodio que habia presenciado; y la bandera cogida á los Marroquíes pasaba de mano en mano, excitando donosas ocurrencias y oportunos dichos...

De pronto hizo alto el General en Jefe, y, buscando con la vista al Conde d'Eu, que formaba parte de la comitiva, exclamó con afable y ceremonioso acento:

—Monseñor...

El Príncipe llevó su mano á la visera y se acercó á O'Donnell.

—Monseñor (prosiguió el Conde de Lucena): V. A. ha hecho hoy sus primeras armas con la bizarría propia de los que llevan el ilustre apellido

de *Orleans*, habiendo añadido un nuevo timbre á los muchos que distinguen su augusta casa. Yo me ufano de que V. A. haya recibido bajo mis órdenes el bautismo de fuego, y tengo la honra de nombrar á V. A., en uso de las facultades que me ha conferido S. M. la Reina de España, Caballero de la órden militar de San Fernando.

Así diciendo, el General en Jefe pidió á uno de sus Ayudantes una placa de dicha Cruz que llevaba al pecho, y la entregó al jóven Conde d'Eu.

Este, ruborizado y conmovido, dió las gracias al General O'Donnell, y colocó en su dorman de húsar la noble Insignia española con tanto orgullo como alegría. . . . .

Volvimos á pasar las *Lagunas*.

Una vez á la otra orilla, empezamos á encontrar los Batallones que regresaban del combate, y que, á la aproximacion del General en Jefe, se iban formando en récias masas.—Con gallardía, pues, y un aire marcial que no les hubiera dado el mejor artista, presentaron las armas al que tantas veces los habia llevado á la victoria; y, al mismo tiempo, las músicas tocaban la Marcha Real, cuyos magníficos ecos se prolongaban por la serena atmósfera, hasta resonar en las montañas vecinas...

¡Era, sí, una Gran Parada! ¡Era, casualmente, la celebracion de la fiesta nacional del dia.

Y el Cuartel General avanzaba: y allá, de muy léjos, otros Batallones, que caminaban hácia su Campo, le enviaban el mismo saludo; y la armonía triunfal no cesaba ni un momento, sino que, por el contrario, resonaba á la vez en diferentes regiones de la *Llanura*...

Anochecia ya.—Detras de nosotros iba estableciéndose el cordon de escuchas ó de centinelas que guardan nuestros Campamentos por la noche.—Es decir, de trecho en trecho, quedaba un soldado solo, con su arma al brazo, inmóvil y como clavado en su puesto.—Aquello, visto á cierta distancia, de Oriente á Poniente como nosotros lo veíamos, en la hora fantástica del oscurecer, y en una planicie tan desarbolada, producia un efecto extraño, misterioso, aterrador; pues parecia que aquella fila de hombres solitarios, cuyos sombríos cuerpos se destacaban y perfilaban en negro sobre el diáfano ambiente del crepúsculo, era una serie de gigantes que tocaban con la cabeza en el cielo, ó una hilera de espectros luctuosos, que venian del Campo enemigo á reclamarnos la vida que les habíamos arrancado aquella misma tarde.

Ganamos, al fin, nuestras trincheras por la parte del Campamento del General Rios,—compuesto todo de grandes tiendas, como las de los Oficiales de los demas Cuerpos de Ejército...

Allí, en primera línea, esperaba al General en Jefe el Batallon de *Cantabria*, formado en masa, con la bandera desplegada todavía, presentando las armas al Caudillo y batiéndole Marcha Real...

O'Donnell detuvo su caballo enfrente del bizarro Batallon, y lo arengó de esta manera:

—¡*Cantabria!* El primer dia que habeis entrado en fuego, os habeis conducido como un Batallon de aguerridos veteranos. Estoy muy satisfecho de vuestro esforzado comportamiento. — Soldados: ¡Viva la Reina!

Este *viva* fué contestado unánime y ardientemente, y seguido de otro al General O'Donnell.

Al llegar éste al Campamento del Tercer Cuerpo, entraban en él los Batallones de *Baza* y *Ciudad-Rodrigo*, cubiertos de gloria; y, para no estorbar el paso al Cuartel General, ni verse obligados á interrumpir su desfile, salieron á la carrera con aquel ímpetu y compostura que distinguen á nuestra Infantería, arrancando aplausos y vivas á los demas Cuerpos que los contemplaban.

Un momento despues, descansábamos todos en nuestras tiendas.

Así terminó aquel paseo militar y dió fin la jornada del 23 de Enero.

Réstame decir que el Ejército de Africa ha deseado que la bandera cogida ayer á los Moros sea regalada al Príncipe de Astúrias, á quien se dedicó desde el primer momento la Accion, á fin de solemnizar sus Dias.

VII.

Hábitos militares.—La noche despues de una Accion.

El mismo dia.

El combate que acabo de referirte (primero de una nueva serie, y diferente por su índole y circunstancias de todos los que hasta ahora habíamos sostenido), ha hecho subir de punto la alegre confianza y plácido reposo que se notan en ol Ejército

desde que salimos de entre matorrales y montañas.

Unido esto á las noticias que recibimos diariamente de los grandes sacrificios con que la madre Patria corresponde á nuestro amor, hace que la guerra se vaya convirtiendo, de bárbaro tormento y dolorosa prueba, que era hace algunos dias, en poético torneo ó caballeresca cruzada; en una de esas campañas embellecidas por el romance ó por la tradicion, que nos han entusiasmado á todos en los dias de nuestra dorada adolescencia, y que llevan los inmortales nombres de *Guerra de Flandes*, *Conquista de Méjico* ó *Dominacion de Italia*.

Y es que ya, hasta los soldados de las últimas quintas son veteranos aguerridos. El cuerpo se ha hecho duro: todas las fisonomías están ennegrecidas por el sol y por la pólvora; y rotos y malparados todos los trajes, á consecuencia de una vida tan desastrada y feroz.—Las costumbres pacíficas, los hábitos urbanos, las necesidades inherentes á la civilizacion, las preocupaciones propias de una existencia regalada, van desvaneciéndose en nuestra memoria y cediendo su puesto á otras costumbres, á otros hábitos, á otras necesidades y preocupaciones.—La guerra ha encarnado en nosotros.

Yo mismo creo haber nacido en ella, y encuentro muy naturales sus molestias é inconvenientes. Ya no comprenderia un amanecer sin toque de *diana*, ni un anochecer sin toque de *retreta*. La tienda es una casa inmejorable: el lecho ha dejado de parecerme duro: mi comida no puede ser más apetitosa. Acostarse á las diez es trasnochar. El que no ve salir el sol, no madruga. No desnudarse para dormir, tiene sus ventajas...

Además: cuando se nos dice que un amigo nuestro ha sido herido, nos produce ya el efecto que nos hubiese causado ántes oir decir que habia perdido al juego.

—¿Es mucho?—se pregunta.

Y se pasa á otra conversacion.

Morir equivale á viajar.

—«*Fulano ha muerto,*» es como si se dijera: «*Fulano se ha ido de África.*»

—«*¡Hombre! lo siento... Era un buen chico...*»

Hé aquí lo más que se dice de él por vía de oracion fúnebre.

Entrar en Accion es como ir á los toros.—Reunirse en una tienda á hablar, representa un placer tan dulce como un baile ó una ópera. Ver en el campo un cadáver moro, le sorprende á uno como si encontrase una flor de su gusto. No dormir en un charco de agua, es el *non plus ultra* del *confort* y de la comodidad.

Vivimos, pues, en la guerra como en nuestro elemento: mil pueriles placeres ocupan nuestros dias: nuestras necesidades se han reducido al nivel de los medios de satisfacerlas; y la alegría, ahora como siempre, ha venido en pos de la resignacion...

Anoche, por ejemplo, con motivo del combate que acababa de reñirse, hubo en algunas tiendas un rato de animada *soirée*, en que se cantaron coros, se bebió alguna botella de buen vino, se jugó con moderacion, se contaron cuentos, se refirieron historias de amores, se ensayaron las fuerzas *echando el pulso*, se escribieron versos, áun por los más profanos, se disfrazaron de Moros algunos

hombres graves, y se rió, en fin, á más no poder y con razon ó sin ella, hasta que sonó el toque de silencio.

Yo asistí á la *soirée* de los Jefes y Oficiales de Carabineros.—A uno le habian matado el caballo: otro habia *perdido* el sargento de toda su confianza: el de más allá se curaba una ligera herida: algunos nombraron dos ó tres veces á un compañero de bromas que acababa de morir, y de quien se hablaba á propósito de su cama, ó de su caballo (no me acuerdo bien), que habia quedado vacante...;—pero todos estaban de muy buen humor.

Son estos Carabineros una bizarra y cordialísima gente, acostumbrada á sufrir en tiempo de paz trabajos no ménos rudos que los que soportamos todos ahora. Los servicios que prestan, siempre en despoblado, persiguiendo contrabandistas ó ladrones, les han hecho connaturalizarse con la soledad, con la intemperie, con la hoguera del pastor, con la desmantelada venta, con el mísero cortijo. Para ellos, pues, la tienda es un palacio: la vida de campaña una festividad constante, y la pelea una feliz ocasion de repetir en público los mismos hechos de armas que tantas veces acometieron en secreto.—¡Qué serenidad la suya! ¡qué llaneza! ¡qué conocimiento de todo género de peligros! ¡qué experiencia del mundo y de los hombres! ¡qué resistencia contra el sueño, contra el hambre, contra las enfermedades, contra las inclemencias de la atmósfera!

Yo no olvidaré nunca el efecto que me producian anoche aquellos hombres curtidos por toda una vida de ásperos afanes, y que acababan de car-

gar valerosísimamente entre nuestra Caballería, al verlos, en apiñado grupo y fatigosas posturas, bajo el lienzo de su reducida tienda, tan contentos y satisfechos como si no esperasen ni recordasen un momento de mayor bienestar y reposo.

Llamó, sobre todo, mi atencion un Teniente de bastante edad, fuerte como una encina centenaria, que bebia en silencio, echado boca abajo sobre un cajon que habia tenido municiones.—Cuando se entonó el *coro* en que vinieron á parar las libaciones, todo el mundo cantaba una estrofa, cuyo principio era:

¡A beber! ¡A beber! etc.

El viejo Carabinero (catalan, si no me equivoco), en vez de repetir lo mismo que los demas, decia con una voz desapacible y ronca:

¡A vivir! ¡A vivir! etc.

Fuera intencional ó casual esta *variante*, siempre revelaba un consuetudinario apego á la vida tan franco y natural, que me hacia reir y entristecerme á un mismo tiempo, y mirar con cierto respeto á aquel valeroso anciano que brindaba modestamente *por la conservacion de su existencia.*

Tal fué la noche de ayer.—En cuanto al dia de hoy, ha trascurrido monótonamente, sin añadir una sola línea importante á mi libro de memorias.

Ah! sí... Tengo que anotar que el cólera nos ha abandonado casi por completo.

En cambio, se padece mucho de disentería.

VIII.

Juramentos y promesas de dos Moros.

Dia 25 de Enero.

Anoche hubo una ligera alarma: los Moros vinieron en medio de las sombras á derribar los trabajos hechos en el *Reducto de la Estrella*; pero nuestros centinelas los avistaron y les hicieron fuego, con lo que terminó el incidente.

Hoy han llegado de Ceuta dos de los prisioneros moros que visité hace dos semanas, y se les ha encerrado en el *Fuerte Martin*, por cuya plataforma se paseaban esta tarde, dirigiendo á *Tetuan* miradas de afectuosa pena...

Ambos se han ofrecido espontáneamente á servirnos de espías, si se les pone en libertad, y, aunque la proposicion tiene todos los visos de ser una estratagema esencialmente moruna, el General en Jefe ha accedido á soltar á uno de ellos, considerando que lo peor que puede sucedernos, si no vuelve, es tener un cuidado ménos y un enemigo más; pero enemigo que aterrará á sus compatriotas cuando les describa nuestra fuerza, nuestro poder, el número de nuestros cañones, la fabulosa abundancia de municiones y víveres que tenemos de repuesto y otras muchas cosas que habrá observado en Ceuta, en el Mar y en nuestros Reales.

Sin embargo, el prisionero ha sido puesto en libertad con ciertas condiciones que han dado márgen á escenas interesantísimas.

Primeramente, se sometió á los dos Moros la cuestion de cuál de ellos habia de partir, y cuál quedarse en nuestro poder como garantía de la próxima vuelta del otro con noticias del Campamento africano.

Los prisioneros de que se trata son el *primero* y el *tercero* (siguiendo el mismo órden con que te los fuí describiendoen Ceuta): esto es, *el viejo de fisonomía innoble, pero muy inteligente*, que te dije entónces, y aquel otro tan *tosco y feroz, que tenía el aire de ser un pobre montañes y terrible soldado.*— El viejo se llama *Abdalla*, y habla español; y el otro se llama *Aben-Amurat*.

La posicion de los dos era hoy tan grave como dificultosa.—El que partiera debia fingir que se habia escapado de su prision; pasar un dia en el Campamento de Muley-Abbas; adquirir todos los datos posibles acerca de los planes de éste, del número de sus tropas y del espíritu que las anima, y volverse á los tres dias á nuestro Campo, en cuyas avanzadas lo aguardaria la misma escolta que habia de acompañarlo al salir.—La recompensa de tan infame traicion consistiria en una *gruesa cantidad* de dinero (¡cosa de unos 1.000 reales á cada uno!), con la cual pasarian á establecerse en la Argelia, á donde nosotros nos encargaríamos de conducirlos.—En cambio, el que se quedara, *responderia con su cabeza* del cumplimiento de la palabra empeñada por el otro.

Dicho se está que semejante amenaza no pasaba

de ser una *frase de efecto*, y que no se piensa degollar al que se ha quedado, aunque el otro falte á su promesa... que es lo más verosímil... Pero ellos tomaron el asunto por lo serio, y conferenciaron más de una hora secretamente...

Yo los veia.—Estaban sentados sobre las piernas, frente á frente, ó por mejor decir, rodillas contra rodillas, en un ángulo de la prision, y de las anchurosas mangas de sus jaiques salian sus brazos desnudos á animar y como á solemnizar el diálogo con aquellos lentos, enfáticos y severos ademanes que tanto carácter dan á las conversaciones de los Agarenos.

A cada instante colocaba el uno su mano derecha sobre el pecho del otro, y se la llevaba despues á la frente ó á los labios, como dando á entender que lo que decia la boca debia ser la verdadera idea de la cabeza y el verdadero sentimiento del corazon. Otras veces el viejo dejaba caer sus dos manos sobre los muslos tendidos del jóven y lo miraba intensamente, como si quisiera leer sus intenciones en sus ojos. Por último, diéronse la mano de la manera que ya sabes (como entre nosotros se da el agua bendita), besándose despues las yemas de los dedos, y se levantaron.

—¿Estais convenidos?—les preguntó Aníbal Rinaldy.

Por toda contestacion, diéronse la mano nuevamente, encajando dedos entre dedos y cruzándolos con ahinco; abrazáronse primero con el brazo derecho, luégo con el izquierdo, y *Abdalla* murmuró algunas frases en árabe, cerrando los ojos como si experimentase una especie de éxtasis.

—¿Qué dice?—le pregunté á Rinaldy.

—Ha recitado estos versículos del capítulo XVI del *Coran*:

«106. En verdad, Dios no dirige á los que no creen en sus signos; pero les reserva un castigo cruel.

»107. Los que no creen en los signos, cometen una mentira y son unos embusteros.

»108. El que despues de haber creido se haga infiel, siendo obligado á ello, y no tomando parte su corazon, no es culpable. Pero la cólera de Dios caerá sobre el que abra su corazon á la infidelidad, y un castigo terrible le aguarda.

. . . .

»111. Pero Dios es indulgente y está lleno de misericordia con aquellos que han abandonado su país despues de haber sufrido desgracias, y que luégo han combatido por la causa de Dios soportándolo todo con paciencia.»

—Me admira (exclamé yo) que ese fiero salvaje sepa tanto.

—Quizás no sabrá otra cosa (me respondió Aníbal). Todos los Moros tienen en la memoria el *Coran* verso por verso. Vea usted, si no, cómo repite las mismas palabras este otro Musulman, á pesar de ser más fiero y más salvaje...

En efecto, *Aben-Amurat* repetia el sagrado texto citado por *Abdalla*.

—Conque ¿cuál se queda?—les preguntó nuestro jóven intérprete.

—¡Me quedo yo! (respondió el anciano, cuya vulgar fisonomía se revistió de cierta grandeza.) Yo me quedo, y éste marcha: despues vuelve éste,

y nos marchamos yo y él; y ya no volvemos nunca él ni yo, ni los dos juntos.

—¡Eso es! (respondió Aníbal, respetando aquella singular retórica á que estaba tan acostumbrado.) Cuando vuelva *Amurat*, los dos sois libres.

—¡Libres!—repitieron ambos Moros, extendiendo las manos como si ya divisaran horizontes ilimitados.

—Y si *Amurat* no vuelve, los Cristianos le cortan la cabeza á *Abdalla* dentro de tres soles.

Esto lo dijo *Abdalla*, cogiendo mi mano y obligándome á figurar que yo le cortaba el cuello con ella, como con una gumía.

—*Amurat* vuelve,—respondió *Amurat*, besándole la mano, despues de llevársela al corazon.

Abdalla levantó los ojos y las manos al cielo, como pidiéndole á Dios fuese testigo de aquella promesa.

—¿Volverá?—le pregunté yo á Rinaldy.

—¡Si puede, sí! (me respondió mi amigo). Pero es muy fácil que los Moros lo maten al verlo, sospechando todo lo que está sucediendo en este instante.

—Mira... (le dijo el viejo á Aníbal, interrumpiendo nuestra conversacion y llevándonos aparte.) No le deis ahora dinero á *Amurat*, pues los Moros le preguntarian de dónde lo habia sacado, y él se pondria triste para mentir, y ellos le cortarian la cabeza, y vosotros me la cortariais á mí dentro de tres soles. Dadle un duro nada más, para que coma, y dadme á mí los otros 49 duros suyos y los 50 duros mios, que hacen 100 duros menos uno; y, si no vuelve *Amurat* y vosotros me cortais la cabeza, os podeis quedar otra vez con todo el dinero;

pues, como yo estaré entretanto encerrado en esta torre, no habré podido esconderlo en el campo debajo de una piedra, ni cerca de un árbol, ni en el sepulcro de un Moro muerto, y marcharme al Riff, para volver dentro de muchos años, cuando ya os hubieseis ido á España, á buscar mi tesoro...; sino que el dia de mi muerte encontrareis todo el dinero en esta prision, donde no puedo esconderlo, pues el centinela lo veria, aunque yo lo escondiera de nóche, y os lo contaria por la mañana.

—Todo eso está muy bien (respondió Aníbal); pero hasta que vuelva *Amurat* y te declaremos libre, ¿qué falta te hace el dinero? Si es que no te fias de nosotros, ¿no se te ocurre que siempre podríamos quitártelo á la media hora de habértelo dado? Y, por otra parte, ¿qué te propones tú al querer conservar el dinero de tu amigo?

—¡Te diré! (respondió el Moro con una sonrisa astuta y delicada). Si vosotros me dais ahora el dinero, y *Amurat* vuelve ántes de tres soles (como yo le pido á Alá y espero de la formalidad de mi amigo), vosotros, aunque tengais muy mala memoria, no podreis ya olvidaros de pagarnos; ni, aunque tengais más ocupaciones que hoy, os vereis obligados á dejarlas para contar el dinero de los pobres Moros; ni, aunque te mueras tú y todos los cristianos, quedará nuestro trato sin cumplimiento por falta de testigos que declaren que nos debeis esa cantidad; ni podrá haber pleito con vosotros sobre si el espionaje se ajustó en tanto ó en cuanto, puesto que nosotros no pediremos más de lo que hayamos recibido, si lo hemos recibido todo, ni vosotros nos lo dariais, aunque lo pidiéra-

mos. En cuanto al dinero de *Amurat*, deseo conservarlo en mi poder, porque nos hemos instituido recíprocamente nuestros herederos, y él pudiera morir, ó faltar á su promesa, y vosotros perdonarme la vida.—¿Qué nuevos despropósitos puedes responder á todo esto?

—Que tienes mucha razon; pero que hasta que vuelva *Amurat* no se os dará lo prometido.

—Bueno... —respondió *Abdalla*, cruzando los brazos con el estoicismo del sabio que desespera de que lo comprendan.

Y, sentándose en sus piés, se puso á fumar tranquilamente. . . . .

Al anochecer ha partido *Amurat* para la Aduana, escoltado por dos Guardias civiles.—Desde allí, ántes de rayar el dia, se dirigirá al Campamento moro, y nuestras avanzadas le harán fuego, aunque sin apuntarle, á fin de que su fingida fuga tenga alguna verosimilitud.

La despedida de los dos Moros ha sido solemne, rápida, silenciosa. Hánse dado la mano de muchas maneras distintas, y *Amurat* ha marchado sin hablar una palabra.

El solitario *Abdalla* fumaba reposadamente cuando yo lo dejé hace un instante.

¡Muy preocupado debía de estar, cuando no me ha ofrecido tabaco!

Preguntóme la hora, se la dije, y me dió las gracias con un abrir y cerrar de ojos.

¡Pobre viejo! ¡Qué ganas se me han pasado de darle á entender que su vida no correrá peligro, aunque *Amurat* no vuelva!—Ya cuidaré de que se lo diga pronto quien tenga autoridad para ello.

IX.

Tetuan despierta.

Dia 26 de Enero.

Esta mañana á las cuatro se oyeron dos ó tres tiros hácia la Aduana.

—¡Ya es libre *Amurat*!—dije yo en mis adentros, miéntras que algunos de mis compañeros de tienda, que no estaban en el secreto de lo que sucedia, se preparaban á levantarse, creyendo que se trataba de un ataque matutino como el del primer dia de Pascua.

—¡Ya es libre *Amurat*!—volví á decirme, en tanto que reconciliaba el sueño; y esta palabra *libre* resonó en mi imaginacion de una manera tan vibrante, que desde aquel momento no he vuelto á abrigar confianza alguna en que el libertado Moro torne á parecer por nuestro Campo.—Quizás él abjuraba en aquel mismo instante todas sus promesas, comprendiendo que la libertad es preferible á un puñado de plata; que la Patria no vale ménos que un juramento, y que O'Donnell es incapaz de quitar la vida al pobre viejo que se ha quedado en rehenes.

Ahora, que son las dos de la tarde, oimos nutridas descargas en el Campamento enemigo...

¿Qué pueden significar? ¿Celebrarán la llegada

del prisionero? ¿Habrá éste revelado la mision que llevaba? ¿Se burlarán así los Moros de nuestra candidez?

No lo creo. Las descargas son demasiado vivas y gozosas para un asunto de tan poca importancia...

¿Festejarán á algun gran personaje recien llegado á su Campo? ¿Habrá venido el Emperador en persona á tomar el mando de su Ejército?

Esto es más posible, é induce á creerlo el ver, sobre el alminar de la *Mezquita Mayor* de *Tetuan*, una bandera blanca y un extenso gallardete amarillo, que ondean á merced del viento.

—Esa bandera (me dice Santiago), puede ser otra cosa. Hace tres dias que ha entrado la luna nueva, y esta tarde se la verá brillar por primera vez. Mañana es viérnes, ó, como quien dice, el *domingo* de los Moros... Quizás celebran la víspera de alguna gran fiesta religiosa.

—Pero ¿y las descargas?

—En efecto: eso es raro. Ellos no corren la pólvora en tiempo de guerra, sino en circunstancias muy solemnes... Quizás hayan recibido refuerzos de las provincias de Tafilete y de Mequinez, y las tropas que habia aquí y las recien llegadas se hacen saludos marciales...

Como quiera que sea, este brusco despertar de *Tetuan* ha excitado fuertemente mi fantasía.

—¡Conque la Ciudad está habitada! (me he dicho). ¡Conque *existe*! ¡Conque se adhiere al Ejército acampado á sus puertas!

Empiezo, pues, á imaginarme nuevos y desconocidos sucesos. Adivino la defensa de la plaza; veo en lontananza el bombardeo, el asalto, el escala-

miento, la brecha, la entrada á saco, el incendio, los ayes de las víctimas, el cuadro completo, en fin, el pavoroso y magnífico cuadro tantas veces descrito por los poetas de todas las edades...

Y, sin embargo, todo esto me parece mejor que mis anteriores presentimientos.—*Tetuan* vigilante es ménos pavoroso que *Tetuan* dormido. La expectativa de una *toma* á viva fuerza no me aterra tanto como la de encontrar desiertas sus calles y sus casas. El negro de la mecha; la pólvora inflamada; *Tetuan* volando hecho cenizas, y nuestro Ejército aniquilado en un tremendo cataclismo puramente físico, atormentaban contínuamente mi imaginacion... ¡Prefiero ver representar con sangre y fuego otro canto de la *Jerusalem libertada*! ¡Prefiero el cerco y la defensa; el asalto y sus horrores!

More alcuno, altri cade: egli sublime
poggia, é questi conforta, é quei minaccia.
Tanto é giá in su, che le merlate cime
puote afferrar con le distese braccia.
Gran gente alor vi trae, l'urta, il reprime,
cerca precipitarlo, é pur nol caccia.
(¡Mirabil vista!) á un grande é fermo stuolo
resistir puó sospeso in aria un solo.

Ello dirá. El dia no puede tardar mucho, y yo lo aguardo con la pluma en ristre.—¡Diérame Dios el númen de Tasso ó la fácil vena de nuestro Ercilla, y, no en humilde y desbarajustada prosa, sino en acordadas cláusulas y numerosos versos te cantaría los últimos libros de esta epopeya! Y, áun careciendo de tan especiales dotes, tal vez ensayara algunas veces dejar la péñola por la lira, si las fa-

tigas de la campaña, y el tumulto que me rodea á todas horas, me acordasen treguas de soledad y descanso en que departir á solas con mi pobre musa.

. . . .

Nada más por hoy.

Ha hecho bastante calor, á pesar de la fecha; y ahora, que principia á anochecer, empieza á sentirse un relente sumamente nocivo, que tiene ya en el Hospital á muchos de nuestros soldados.—¡En todo es igual esta naturaleza formidable!—Pero, ¡qué bella y resplandeciente, en medio de todos sus horrores...!—¡Qué cielo, qué montañas, qué campiñas!

Está anocheciendo, como digo. La luna de Enero, la más plácida y luminosa del año, muestra ya un estrecho limbo de oro, tendido en el cielo de Poniente, sirviendo como de simbólico remate á la torre de la Mezquita Mayor de *Tetuan*. Más alto y esplendoroso que la creciente luna, tiembla sobre la Alcazaba el lucero de la tarde, el melancólico Héspero, el dios que preside á las tristezas de los que vagan solos por el campo, llenos de lúgubres memorias ó de irrealizables anhelos. Uno y otro astro se bañan en las suaves claridades del crepúsculo que agoniza, y *Tetuan*, que sirve de foco á estas tres combinadas luces, las rechaza como un espejo, reverberando de tal modo, que se creería dotada de luz propia su deslumbrante, nítida blancura.

Entre tanto, las ranas cantan á lo léjos, indicándome el lugar de las lagunas y mi camino para volver al Campamento. Ecos vagos de cantares

españoles resuenan por el otro lado del rio... Es algun soldado que vuelve cargado de leña, y que, al verse solo y en la penumbra, fuera de nuestras trincheras, previene de ese modo á los centinelas avanzados «que no tiren, que el que llega es compatriota y amigo»...

Por lo demas, figúrate el efecto que produce el fandango ó la jota que viene cantando aquel hijo de álguien, aquel antiguo habitante de algun pueblo, aquel Español expatriado...

La copla última que he oido esta tarde decia así:

Algun dia llorarás,
cuando ya no haya remedio:
me verás y te veré;
pero no nos hablaremos.

Concluyo diciéndote que el viejo *Abdalla* sabe ya que, de nuestra parte, no tiene nada que temer por su vida.

X.

Fortificaciones.—El Vapor, el Ferro-carril y el Telégrafo en Marruecos.—Reconocimiento.—Un espía.—El General Zabala.—El Gobernador de Gibraltar.—El Tren de Sitio.

Dia 27 de Enero.

Pasó otro hermosísimo dia de sol, que no ha alumbrado nada nuevo.

Como viérnes que ha sido, hánse visto banderas sobre todas las mezquitas de *Tetuan*.

Nuestras fortificaciones adelantan de una manera maravillosa.—Ya están concluidos los fosos y parapetos que han de defender á *Fuerte-Martin* el dia que levantemos el Campo. La *Aduana* ha sido rodeada tambien por una extensa y sólida trinchera. Dentro de ella, quedan encerrados algunos edificios de tablas, que se han construido para almacenar municiones, así como dos grandes tinglados, en que hay ya de repuesto un millon de raciones, además de las que se desembarcan incesantemente para la provision diaria del Ejército.

Formando un ángulo recto con estos dos fuertes, se encuentra el *Reducto de la Estrella*, de que tanto te he hablado, llamado así por tener la forma de una estrella de seis puntas.—Largas trincheras enlazan estas tres soberbias posiciones, que, unidas á los Rios y Lagunas, constituyen una respetable defensa de nuestra base de operaciones.

Tambien se ha planteado esta semana un ligero Parque de Artillería, y se ha alistado todo lo necesario para desembarcar y montar el Tren de Sitio en el momento que llegue, que será mañana sin falta.

Ya ves que no nos dormimos, como acaso te imaginas tú desde ahí, al vernos parados tanto tiempo en estas playas...

En cuanto á los Moros, trabajan tambien incesantemente.—Su Campamento, centinela avanzado de la Ciudad, está rodeado de baterías, fosos, parapetos y trincheras. La espuerta y la pala no descansan tampoco entre ellos. Pasan de mil hombres los que vemos ir y venir contínuamente alrededor de sus posiciones, cargados de ramaje, pitas,

piedras y cuanto puede servirles para fortificarse.

Indudablemente, se preparan grandes sucesos.

Dia 28.

Alarma ántes de amanecer.

Los Moros trataban de inutilizar las obras del *Reducto de la Estrella*, creyéndolo desguarnecido; pero, habiéndose encontrado con que, á pesar de lo extraordinario de la hora, los recibiamos á balazos, han huido en precipitada fuga.

Llega el Tren de Sitio.

De los Buques en que ha venido, se le ha trasladado luégo á grandes lanchas, remolcadas por Vapores de poco calado, que han podido pasar la *barra*, hendir las aguas de la Ria y subir hasta la *Aduana*.

Es la primera vez, segun Santiago, que penetra en el *Martin* un barco de Vapor.—¿Qué dirán los Moros al ver subir por el Rio esas columnas de humo?

Nosotros contemplamos esta inauguracion con patriótico regocijo, envaneciéndonos de que sea España la primera que despliegue en Marruecos el lujo de la cultura europea.

Y no es que nadie atribuya á estos hechos más importancia de la que realmente tienen: ni tan siquiera es que yo confie en que pueda ser permanente la posesion que hoy toman de una parte del Imperio de Marruecos la Cruz y la civilizacion... ¡No! si tal esperanza pude concebir ántes de pisar este suelo, hoy la he modificado ó aplazado indefi-

nidamente.—El mahometismo está herido de muerte en todas partes, y sobre todo en Africa; nosotros aceleraremos su muerte con esta guerra; pero el cadáver del bárbaro coloso aún permanecerá insepulto muchos años.

Con todo (lo repito), me entusiasma el ver que los Españoles hemos traido á este caduco y estacionario Imperio los más opimos frutos de la civilizacion.—Hoy rompe una nave de Vapor las ondas perezosas del Guad-el-Jelú..., y esa nave ostenta el pabellon amarillo y rojo. Ayer quedó establecido un Telégrafo eléctrico entre *Fuerte-Martin* y la *Aduana*, y el vívido alambre, al trasmitir el pensamiento humano como luminosa exhalacion, lo hacía en el idioma de Cervantes. Mañana quedará tendido un Ferro-carril sobre esta tierra, y será tambien España la que dé su nombre á ese camino.

Pero ¿qué significa todo eso? (dirás acaso.) ¿A qué sellar tan solemnemente un suelo que no nos proponemos conservar en nuestro poder, que para nada necesitamos, y que sería hoy un gravámen para España?

Te diré, mi querido amigo.—Estas grandes y solemnes obras (como las llaman los periódicos de Madrid, al soñar con una nueva España ultramarina) no se construyen para empeñar prendas con el porvenir, sino para satisfacer urgentes necesidades de la guerra. El Ferro-carril, vg., no pasa de un par de kilómetros; y es, en resúmen, un medio cómodo y decente de trasladar nuestro inmenso material de guerra á traves de este llano pantanoso. El Telégrafo es tambien necesario, estrictamente necesario, para mantener una rápida inte-

ligencia entre el Cuartel General y la Escuadra el dia que marchemos sobre *Tetuan*. En cuanto al Vapor..., no creo que estábamos en el caso de anularlo, á fin de no comprometernos con la Historia...

Concluyamos por hoy.

Las satisfacciones mencionadas no han sido las únicas que hemos experimentado en este dia.

Otra muy tierna hemos sentido al ver desembarcar en *Fuerte-Martin* al General Zabala, de regreso de Ceuta, muy aliviado de su parálisis y dispuesto á continuar la campaña.

El bravo Caudillo se ha vuelto á encargar del mando del SEGUNDO CUERPO, que ha desempeñado interinamente y con tanta bizarría el General Prim, y en este instante las músicas de los Regimientos que alternativamente han llevado á la victoria, dan al uno la serenata de despedida y al otro la felicitacion por su llegada.

El Conde de Reus volverá á encargarse del mando de la Division de Reserva, que, unida á la del General Rios, formará un CUARTO CUERPO de Ejército.

Dia 29.

Domingo.

Se dice Misa sobre la plataforma de la *Aduana*, y la oye todo el Ejército, formado en la llanura.

Llegan nuevos Oficiales extranjeros á estudiar esta Guerra, é ingresan en el Cuartel General de O'Donnell.—Ya los hay suecos, austriacos, rusos y bábaros.—Se esperan franceses y piamonteses.

Al fin de la Misa se hace un gran Reconocimiento por todo el Llano.

El Cuartel General cruza las Lagunas con agua hasta los cinchas de los caballos. Vadéase el rio *Alcántara* por diferentes puntos, y se eligen los parajes en que han de echarse *puentes* el dia de nuestro avance.

El General García, algunos Ayudantes y la Escolta llegan hasta cerca de las huertas de *Tetuan*.—Yo voy con ellos.—Los Moros nos hacen fuego de cañon, y el agua que levantan los proyectiles al caer cerca de nosotros nos salpica de piés á cabeza.

Estamos á tiro de fusil de las trincheras enemigas, cuya importancia y disposicion observa escrupulosamente nuestro animoso Jefe de Estado Mayor general.—Los cañonazos que nos disparan desde allí le sirven para conocer la colocacion, el número, el calibre y el alcance de las piezas que los Marroquíes han puesto en batería sobre la llanura.

Algunos infantes salen detras de los parapetos y nos hacen fuego con las espingardas.—Nosotros no contestamos ni nos movemos; y, afortunadamente, no tenemos ninguna baja.

Las huertas de *Tetuan* son amenísimas: rodéanlas setos de cañas, y encierran muchos y muy variados frutales. Entre ellos vemos algunas Casas de campo, de dos pisos, con azoteas y miradores. Por los alrededores de la Ciudad distinguimos, con auxilio de los anteojos, mucha gente que va de un lado á otro, y largas recuas de camellos, mulos y asnos...

De pronto oimos una gran algazara remota... Aunque somos tan poca gente, nuestra aproximacion ha infundido verdadero pánico á los descuida-

dos Tetuaníes, y vénse correr en todas direcciones grandes manadas de ellos, con los jaiques recogidos, y gritando como perseguidas hembras...

En cuanto empuñen sus armas, este miedo se convertirá en júbilo y furor; pero nosotros nos volvemos en el ínterin á nuestro Campo, enterados ya de lo que deseábamos saber.

A eso de las dos de la tarde óyense frecuentes y cerradas descargas en los Campamentos enemigos, y el viento nos trae á veces vagos rumores, que nos parecen de fiesta y alegría...

Indudablemente acontece algo extraño á las puertas de *Tetuan.* — ¿Habrá llegado otro Ejército?

A la noche, ó por mejor decir, al oscurecer, aparece en nuestras avanzadas un muchacho moro (que nadie habia visto atravesar por el Llano), y, agitando las mangas de su jaique blanquizco, y riendo bondadosamente, da á entender á los centinelas que viene de paz y que quiere ver á *nuestro rey.*

O'Donnell le habla unos momentos, y luégo le entrega á la curiosidad de su Estado Mayor.

El muchacho tendrá catorce ó diez y seis años: es de fisonomía alegre, viva y maliciosa, y trae mucha hambre, como todos los prisioneros que hemos hecho hasta ahora.

—¿De dónde vienes?—le preguntan varios intérpretes, de los muchos con que ya contamos.

—De *Tetuan.*

—¿Y por dónde has venido?

—Por entre la hierba.

—¿Qué te trae á nuestro Campo?

—Venía con una carta de un comerciante de *Tetuan* para vuestro *rey*.

—¿Y dónde está la carta? — Tú no le has dado ninguna al General O'Donnell...

—Se me ha perdido. — ¡Créelo, cristiano!

—¿Cuándo se te perdió?

—Al pasar el rio.

—¿Y por qué no te volviste?

—Porque deseaba conoceros. ¡Créeme, cristiano!

Y, así diciendo, mira al cielo y se lleva la mano al corazon.

Luégo se sonríe, y arranca enormes bocados á un pan que acabamos de darle.

—¿Y qué decia la carta?

—No lo sé.

—¿Pero sabrás cómo se llama el comerciante que te la ha dado?...

—No lo sé tampoco.

—¿Y tú? ¿cómo te llamas?

—Almanzor.

—¿Eres soldado?

—No: soy mozo de mulas.

—¿Has pasado por el Campamento de los Moros?

—¡Cá! no... He venido por el otro lado.

—De modo que no sabrás la causa de los festejos de hoy...

—Sí, la sé. Es que ha llegado Muley-Ahmed con mucha Caballería.

—¿Y quién es Muley-Ahmed?

—Un hermano del Emperador y de Muley-el-Abbas.

—¿Cuánta gente ha traido?

—Ocho mil Moros.

—¿De dónde vienen?

—De Fez.

—¿Y Muley-el-Abbas? ¿Cuánta fuerza tiene?

—Le quedaban veinticinco mil hombres el dia de la última batalla; pero anteayer llegaron cinco mil soldados de rey.

—Son treinta y ocho mil entre todos.

—Treinta y ocho mil, y los que van á llegar de muy léjos,—responde el Musulman, sentándose en el suelo al lado de una hoguera.

En esto, vienen á buscarle para encerrarle en *Fuerte-Martin.*

—¡Es un espía!...—se susurra en todo nuestro Campamento.

El pobre muchacho se aterra mucho cuando lo dicen que suba por la escala que sirve para entrar en *Fuerte-Martin*; pero el intérprete le tranquiliza asegurándole que allí encontrará otro Moro y que su vida no corre peligro.

Por lo demas, creo inútil decirte que *Amurat* no ha vuelto...

¡Hace perfectamente!

Dia 30.

Anoche vinieron otra vez los Moros á atacar el *Reducto de la Estrella.* Su número era más considerable que en las anteriores intentonas nocturnas; pero la guarnicion de la fortaleza estaba en acecho, y bastaron algunos tiros para hacer desistir á los enemigos de su temerario propósito.

Esta mañana, al amanecer, todos creíamos que

íbamos á tener Accion. Los Moros, que, segun parece, han terminado ya sus obras de atrincheramiento y defensa, coronaban todas las alturas de Sierra-Bermeja, miéntras que algunos jinetes paseaban por el Llano, si bien fuera del alcance de nuestros cañones.

Todos estos son indicios seguros de próxima tempestad.—Dijérase que los Moros nos desafían.

O'Donnell los ha estado observando largo tiempo, miéntras que á la orilla del Martin se trabajaba con indecible actividad para desembarcar y montar el Tren de Sitio...—¡Ah! dentro de dos ó tres dias estaremos en disposicion de marchar sobre *Tetuan*, rápida, enérgica, decididamente, provistos de todo lo necesario para librar una gran batalla, poner sitio á la Ciudad y destruirla en veinticuatro horas.

Sin embargo, opínase generalmente que ántes tendremos que rechazar una formidable arremetida del reforzado Ejército moro, nó ménos impaciente que el nuestro por venir á las manos.—Segun las confidencias recibidas de su Campo, la llegada de Muley-Ahmed y de su gente, con nuevas instrucciones del Emperador, con proclamas de los *santos* y *derviches* de lejanas tierras y con grandes repuestos de víveres y municiones, ha envalentonado mucho á Muley-el-Abbas, haciéndole recobrar la esperanza, que ya casi habia perdido, de vencernos alguna vez.

Por lo demas, fuerza es reconocer que la posicion de los Marroquíes es ahora más ventajosa que nunca. Nosotros hemos de avanzar por el Llano á pecho descubierto, y ellos nos aguardan en altas

colinas defendidas por parapetos y cañones, fosos y lagunas. La Artillería de la Alcazaba y de las Puertas de *Tetuan*, con más la que tienen en la *Torre de Geleli* y sobre la llanura, nos acribillará á balazos tan luégo como nos acerquemos al Campamento enemigo, miéntras que sus miles de caballos y ágil y numerosa infantería podrán acometernos por todos lados y presentarnos una segunda batalla á retaguardia, en el momento que nos alejemos del mar...

Bien sé que todas estas contingencias las pesa y analiza hace muchos dias nuestro Caudillo, y que no dará el paso decisivo y supremo de la Campaña sin asegurarse ántes de su buen éxito; pero esto no obsta para que, al mismo tiempo que ansiamos el combate, experimentemos todos cierta impaciencia mezclada de sobresalto por conocer el plan del General en Jefe.—¡Oh! Dios le ilumine como hasta aquí.—¡Un desastre á las puertas de *Tetuan*, por pequeño que fuera, anularia toda la Campaña, haria estériles los pasados triunfos, y sumiria á la Patria en un horrible desconsuelo!

Conque mudemos de conversacion.

Hoy hemos recibido una importante y rara visita, que ha sido objeto de muchos y diversos comentarios, áun entre la gente más lega de nuestro Ejército.

Mister Codringthon, famoso General inglés y actual Gobernador de la plaza de Gibraltar, llegó esta mañana en un Vapor á la boca de la Ria y pidió permiso al Conde de Lucena para desembarcar con algunos Oficiales y recorrer nuestro Campamento.

O'Donnell le contestó mandándole á la playa doce

caballos ensillados, para él y su acompañamiento, y una escolta de Guardia civiles.

—¡Qué curioso es mister Codringthon! ¡Y cómo se deja arrastrar por su curiosidad! (han exclamado algunas personas, sonriendo epigramáticamente.) ¡Con tal que lo que vea en nuestro Campo no se publique mañana en la *Crónica de Gibraltar*!

Pero ¿qué nos importa que se publique, ó que llegue por otro conducto á conocimiento de los Moros? ¿Ni qué podrá ver en nuestros Reales el ilustre General de los Tres Reinos Unidos?—¡Verá treinta mil hombres apercibidos al combate, y un Tren de Sitio capaz de hacer polvo á *Tetuan*! Verá unas tropas como no las tuvo ni tendrá nunca la Gran Bretaña; y verá tambien que, á pesar de los millones que nos reclamó hace pocos dias su generoso Gobierno con tan delicada oportunidad, y que le hemos pagado en veinticuatro horas, enviándoselos envueltos en una parte de nuestras victorias, no nos hemos quedado tan pobres que carezcamos de vastos almacenes llenos de municiones y víveres!

Dios nos libre, pues, de enfadarnos con quien ha venido á honrar nuestra soledad y á saludar nuestra victoriosa bandera. Por el contrario, imitemos la afabilidad y galantería con que el General O'Donnell le ha mostrado todos nuestros recursos, todos nuestros medios de ataque y de defensa, y hasta todos nuestros planes!

De todo ello, lo que más ha llamado la atencion de mister Codringthon, ha sido el Tren de Sitio, que, por confesion suya, y de los Oficiales de Artillería é Ingenieros que lo acompañaban, así como en el sentir de otros Oficiales extranjeros agregados

al Cuartel General de nuestro General en Jefe, es el más completo, lujoso y bien acondicionado que pudiera presentarse en Europa. De excesivo y suntuoso, esto es, de demasiado bueno han podido tacharlo solamente.—Y es que (guárdame el secreto) algunos armones son de caoba!—Pero ¿qué remedio? ¡Se nos vino esta guerra encima; carecian nuestros Parques de otra madera más barata, y echaron mano de una gran partida de caoba..., materia excelente para carruajes y cureñas! — ¡Siempre pequemos así!—¡Siempre se nos encuentre superabundantes y derrochadores en todo aquello que pueda contribuir á la gloria y al poderío de nuestra patria!

Sea como quiera, el hecho es que, aunque lego en la materia, me ha entusiasmado á mí tambien el aspecto del Tren de batir.—Todas las piezas estaban ya montadas. Pasan de sesenta. Las hay de todas clases y calibres; enanos y sólidos obuses, recios morteros, pedreros formidables. Alineadas entre los cañones, vénse altas pirámides de balas, bombas y granadas de todos tamaños. En otra parte, encuéntranse enormes pilas de barriles de pólvora, botes de metralla, espeques, ruedas de repuesto, cadenas de hierro y otros mil enseres cuyos nombres desconozco; pero que completan el tremendo conjunto de tanta fuerza destructora.

. . . .

Paso á hablarte de una profunda pena que he experimentado hoy al penetrar en la tienda del General Zabala.

Esperaba yo encontrar bueno, como lo dejé el dia ántes, al valeroso General; pero ¡cuál fué mi

sorpresa y cuánto mi dolor al verlo tendido en su humilde cama de campaña, pálido como la cera, con la expresion de una suprema angustia en los nublados ojos y bañado de lágrimas aquel noble semblante, tantas veces enardecido por la victoria!

El Conde de Paredes estaba otra vez baldado.—Dos noches de tienda en esta húmeda llanura habian bastado para determinar tan súbita é inesperada recaida.

El bravo General no se quejaba tanto de la parte de vida que perdia, como de la parte de gloria que este infortunio le arrebataba. Despues de haber pasado en Ceuta veintisiete dias de angustiosa reclusion, habia volado en busca del Ejército, al primer asomo de salud, ansioso de tomar parte en las grandes luchas que han de preceder á la entrada en *Tetuan*. Su mala fortuna le ha negado tan noble satisfaccion; y el General, desesperado ya del todo, ha resignado definitivamente su mando; dado un adios tristísimo al Campamento, y partido esta tarde de las playas marroquíes con rumbo á la madre España.

¡Vaya tranquilo! El batallador del 30 de Noviembre y del 9 de Diciembre en los bosques del Serrallo; el arrogante auxiliar del Conde de Reus en la Batalla de los Castillejos; el mártir de Ceuta, puede estar satisfecho y orgulloso de la parte de gloria y penalidades que le ha cabido en la Campaña. Él ha dado á su país cuanto puede darle un buen hijo: primero, su poderosa ayuda; despues, su salud, y últimamente, su alegría. ¡Inutilizado en el campo del honor, inválido victorioso, cuando ma-

ñana pise las playas españolas, lo saludará agradecido el númen de la Patria!

Réstame decirte que el General Prim ha tomado en propiedad el mando del SEGUNDO CUERPO, y que las dos Divisiones de RESERVA seguirán á las órdenes del General Rios.

XI.

Combate de *Gual-el-Jelú*, ó del 31 de Enero.

Escrito en mi tienda el 1.° de Febrero.

De pantanos procuran guarecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen á veces acogerse
si viene á suceder desbaratallos:
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos,
que el falso sitio y gran inconveniente
impide la llegada á nuestra gente.

(ERCILLA.—*Araucana*, C. I.)

Nuestros presentimientos se han cumplido: la tempestad que hace algunos dias se cuajàba en la atmósfera estalló al fin de una manera formidable...—¡Bendigamos á Dios! Los nuevos Ejércitos marroquíes han sido rechazados tambien por nuestras tropas, y el Príncipe Muley-Ahmed comparte ya con su hermano Muley-el-Abbas las amarguras del vencimiento.

Ayer por la mañana, ambos Caudillos salieron de su Campo con el temerario propósito de venir á dormir al nuestro; y, puestos al frente de sus bárbaras

y copiosas legiones, atacaron este Campamento por tres distintas líneas de batalla.—A la tarde estábamos ya nosotros al pié del suyo, amenazándolo muy de cerca, despues de haber visto á sus infantes y jinetes huir cubiertos de sangre y de ignominia.—Anoche, en fin (á la hora en que terminaba este inolvidable mes, cuyo primer sol iluminó la Batalla de los Castillejos), nuestros soldados se encontraban de vuelta en sus inviolables tiendas, ideando otra próxima Batalla, en que nos tocará á nosotros acometer y á los Moros resistir; en que iremos á asaltar su Campo, como ellos han venido á lanzarse sobre el nuestro, y en que les haremos conocer que el tigre de la Libia no puede compararse con el leon castellano.

Sin embargo, el combate de ayer fué tremendo. Toda una noche ha pasado sobre él, y aún se dibujan en mi imaginacion vivos y ardientes sus tremendos episodios, sus grandes peripecias, su magnífico conjunto.—Tanto batalló nuestra gente, que la diana se ha tocado hoy muy tarde, á fin de darle algunas horas más de reposo; pero todos los individuos del Cuartel General estamos todavía rendidos, á consecuencia de las doce horas de contínua refriega que pasamos, recorriendo sin cesar, á traves de pantanos y lagunas, una línea de más de una legua; ora siguiendo las cargas de la Caballería; ora acompañando á los cañones que corrian á escape; ya envueltos entre las masas de Infantería, ya atacando las posiciones de nuestros adversarios, y siempre bajo un sol abrasador, completamente en ayunas, cubiertos de lodo y agua, y luchando con nuestros caballos que se

asustaban de los cohetes *á la congreve.*—En cambio, pocos dias habré podido contarte una Accion con tanta copia de datos como hoy.—¡Todo, todo lo ví ayer! La amplitud del terreno, liso y despejado, permitióme estudiar la lucha en globo y en sus pormenores, por la derecha, por la izquierda y por el centro, á tal punto, que puedo asegurar sin exageracion que estuve á un mismo tiempo en todas partes.—Dígalo, si no, mi pobre *Africa*, que no acertaba á dar un paso al final de la contienda.—Pero vamos al asunto.

Serian las siete de la mañana, ó poco más. El sol naciente doraba ya la superficie del Mediterráneo; daba horizontalmente en nuestras húmedas tiendas, de las que su calor extraia azulados vapores; reverberaba en todas las matas y hierbas que sobresalen del Llano, y resplandecia, en fin, sobre los blancos muros de *Tetuan* y de su Alcazaba, y sobre las innumerables tiendas del Campamento moro.

Cuando el sol empezó á calentar, y se despejó la atmósfera; es decir, á eso de las nueve de la mañana, advirtióse que el Ejército enemigo estaba en movimiento, y pronto se le vió, tendido por el Llano, en un semicírculo de legua y media, venir resueltamente contra nosotros.

Nadie se sorprendió en nuestro Campo, pues hacía muchos dias que todos esperábamos este ataque; sin embargo, no pudimos ménos de admirar la osadía de los Moros, así como su terquedad ó su constancia.

En cuanto al número y á la actitud en que se presentaban ayer, eran más imponentes que nun-

ca. Indudablemente, los Príncipes marroquíes iban á hacer un esfuerzo desesperado, y nos tomaban la delantera, por decirlo así, convencidos de que nosotros estábamos disponiéndolo todo para atacarles resuelta y definitivamente.

En aquel momento habian desplegado ya en batalla más de veinte mil hombres, la tercera parte de caballería, formando dos Ejércitos separados, cada uno de los cuales se movia independientemente del otro.—El que se extendia á nuestra derecha, mandado por Muley-Abbas, segun supimos luégo, se apoyaba en la *Torre de Jeleli* y en un estribo avanzado de *Sierra-Bermeja*.—Este era el Ejército más numeroso y el que por lo visto llevaba la iniciativa en la Accion. Conocíase tambien que dejaba á retaguardia numerosas reservas escondidas en las primeras ondulaciones de la Sierra, y á él pertenecian, en fin, muchos y muy respetables grupos de infantes, que iban ocupando poco á poco todos los accidentes del terreno que habia de ser teatro de la lucha; colinas, chozas, setos y bosquecillos.—El otro Ejército, mandado por Muley-Ahmed, y fuerte de unos seis mil infantes y dos mil caballos, cubria nuestra izquierda, apoyándose en las huertas de *Tetuan* y extendiéndose hasta las orillas del *Guad-el-Jelú*.

Es decir, que lo más recio de la Caballería enemiga nos amenazaba por el flanco derecho, ó sea por el *Reducto de la Estrella*, como si su intento fuese atacar por aquel lado nuestra retaguardia, cuando avanzásemos por el Llano arriba, cortarnos la comunicacion con el mar y apoderarse de nuestras tiendas.—Para ello bajaban incesantemente

masas de Caballería á colocarse á nuestra derecha, llegando algunos temerarios jinetes hasta muy cerca de la playa, por el lado allá del Rio de la *Judería*, á una media legua de nuestro Campo.

Grandioso era en verdad el cuadro que ofrecian tantos blancos caballeros, esparcidos por la dilatada llanura, marchando ora á la *desfilada*, ora en lucidos pelotones, tan reposadamente como si fuesen de paseo, parándose á veces para mirarnos, retrocediendo otras, desparramándose en ocasiones como una bandada de palomas que se dispersa, reuniéndose en seguida para continuar su atrevida marcha, y cautivando siempre nuestra atencion con su gracioso cabalgar y fantásticas vestiduras. ¡Parecia imposible que aquella gente pudiese hacernos daño alguno, ni que una nube tan aérea, tan impalpable, tan vaga, encerrase tantos rayos de fuego, tanto poder, tanta fuerza, tan infernales propósitos!

El General O'Donnell adivinó desde el primer instante cuáles eran éstos, y se apercibió á un tiempo mismo á la defensa de su amenazado Campo y á dar á los Marroquíes el condigno castigo por su bárbara y soberbia insensatez —A este fin encargó al General Rios que sostuviera nuestro flanco izquierdo con sus Batallones, con un Escuadron de *Lanceros de Villaviciosa* y una Compañía de Artillería de montaña; y el bravo General ejecutó la órden rápidamente, escalonando en masa todo el Cuerpo de Reserva, apoyado en el puentecillo por donde la carretera empedrada de que te hablé el otro dia atraviesa el *Rio Alcántara*.— Al mismo tiempo la Division de Caballería, al mando del Ge-

neral D. Félix Alcalá Galiano, formó en dos líneas de Batalla, y, siguiendo la direccion que el Conde de Lucena le marcaba con su acero, avanzó oblícuamente por la derecha en busca del enemigo, á fin de estorbar que siguiera corriéndose por aquel lado hácia la playa, y obligar á los jinetes árabes á retroceder sobre sus pasos, si no preferian quedar aislados entre nuestra Caballería y el Mar.

Los astutos Agarenos no tardaron en darse cuenta de su situacion, y retrocedieron efectivamente ántes de que el General Galiano hubiese podido interponerse entre ellos y *Sierra-Bermeja.* — Quedó, pues, limpio de adversarios y asegurado por entónces el flanco derecho de nuestra línea; pero, en cambio, fortalecido el centro enemigo con la llegada de los jinetes rechazados, ofreció á nuestra vista un verdadero mar de gente, que amenazaba inundar el Llano en cuanto se desbordase.

Nuestra Caballería se replegó por su parte al *Reducto de la Estrella*, una vez frustrado el intento de la contraria; y esperó allí nuevas órdenes, que no tardaron en llegar...

Pero ántes diré que el Tercer Cuerpo, mandado á la izquierda por el General Turon, á la derecha por el General Quesada, y en el centro por su Comandante en Jefe el General Ros de Olano, habia avanzado entre tanto hácia el enemigo, llevando de reserva seis Baterías (tres de ellas de Posicion, y las otras tres del Segundo Regimiento montado), miéntras que el Segundo Cuerpo, mandado por el General Prim, quedaba fórmado á retaguardia, á la derecha de nuestro Campamento,

con órden de avanzar cuando lo creyese necesario.

Estaban, pues, en guardia uno y otro Ejército.—Aún no habia sonado un tiro.—Eran las diez de la mañana.

En este momento rompióse el fuego por la izquierda entre las guerrillas del General Rios y las avanzadas de Muley-Ahmed; y, como si el incendio latente que cundia por ambas líneas sólo hubiera esperado una chispa para estallar, el primer tiro puso en conflagracion todo el Llano... Al fuego de la izquierda respondieron mil detonaciones en la derecha y en el centro; y, al cabo de un minuto, ya no se veia en ninguna parte sino humo, cadáveres, ráfagas de lumbre, charcos de sangre, tacos quemados, cartuchos rotos, fusiles por el suelo. El cañon unió, en fin, su grave y pavoroso acento á la confusa y bárbara armonía de la refriega.—¡La *suerte estaba echada*, y Dios iba á decidir una vez más del destino de los pueblos!

. . . .

Al principio, lo más fuerte del combate fué hácia la *Aduana*; esto es, á nuestra izquierda.

Allí se veia marchar al General Rios al frente del Regimiento de *Iberia*, de un Batallon de *Cantabria* y del *Provincial de Málaga*, llevando consigo una Compañía de Artillería de Montaña, mandada por un bravo Capitan que se ha distinguido extraordinariamente en esta guerra y de quien se habla, entre justos elogios, en los partes de todas las Acciones dadas hasta hoy; por D. José Lopez Dominguez, en fin, que ha hecho las campañas de Crimea y de Italia, comisionado por nuestro Gobierno cerca del Ejército frances, y cuyas proezas

en Africa celebran desde los Generales hasta los soldados de todas las Armas é Institutos.

El General Rios penetra el primero en los pantanos, á donde le siguen las tropas, llenas de ardor y de alegría.—La Infantería infiel, que se habia atrevido á acercarse á la nuestra más que de costumbre, contando con que el terreno que las separaba era intransitable, deja de hacer fuego, al ver á los intrépidos Españoles marchar hácia ella por el pantano adelante, y retrocede en busca de parapetos desde donde batirse á mansalva... —Pero nosotros no la dejamos volver la cabeza, ni pararse, ni rehacerse; sino que vamos en su seguimiento hasta las mismas huertas de *Tetuan*.

Allí salen fuerzas de refresco, y nos hacen cara. —Rios cuenta con la vista sus nuevos enemigos.. ¡Son demasiados!... ¡Lo ménos triplican nuestro número!... —Pero ¿qué importa?—Manda, pues, tocar *ataque*, y los nuestros se lanzan en columna sobre aquel copioso y revuelto rebaño de Infantería, que huye atribuladamente algunos momentos, cual si tratase de ganar los próximos setos y matorrales...

En esto brotan de aquellos laberintos de ramas y de cañas numerosos grupos de Caballería mora, lujosamente ataviada, compuesta de extraños séres adornados con vestimentas rojas y turbantes blancos, ó con jaiques blancos y altos casquetes rojos; mulatos casi todos; negros algunos; armados de pistolas, gumías y espingardas, y caballeros en ágiles, flacos y pequeños bridones que apénas tocan el suelo con los piés...—Parece que un conjuro les ha hecho salir del seno de la tierra. Por

aquí aparecen veinte; por allí cincuenta; por un lado ciento; por otro cien y cien más...¡Ya pasan de mil...!—¡Es la famosa *Guardia Negra!...*

¡No importa!—Rios manda hacer alto á sus Batallones; los arenga; les ordena formar *cuadros oblicuos*, y espera tranquilo el formidable choque.

Acércanse los jinetes árabes dando espantosos aullidos y blandiendo sus espingardas como leves juncos.—*¡Fuego!* grita el General Rios; y de dos caras del *cuadro* brotan descargas cerradas, que siembran la muerte en rededor, miéntras que las filas exteriores, con la bayoneta calada y la rodilla en tierra, se disponen á resistir cuerpo á cuerpo á caballeros y caballos...

Muley-Ahmed recuerda sin duda entónces la lúgubre historia de su hermano el Emperador..., la Batalla de Isly..., los *cuadros* de infantería francesa..., y no insiste más en sus ataques contra aquellos reductos vivientes que forman nuestros Batallones.—Huyen, por tanto, las hordas montadas, como acababan de huir las de á pié; y el General Rios completa su obra destacando de los *cuadros* unas guerrillas de Cazadores, que persiguen á la Guardia Negra hasta obligarla á refugiarse en los bosquecillos que rodean la *Torre de Jelelí.*

O'Donnell, que lo ve todo muy de cerca, mándale detener sus fuerzas en aquel punto. Hácelo así Rios, recomponiendo sus *cuadros*, y espera nuevas órdenes, libre ya de enemigos, si bien enviando algunas granadas á los bosques y barrancos en que sabe que se albergan, y adonde los empuja por otro lado nuestra animosa Caballería.

. . . .

Pero no abandonemos este ala del Ejército para volver los ojos hácia el *centro* de nuestra línea (donde tuvo lugar lo más recio y encarnizado de la Accion de ayer), sin referir un terrible episodio en que figuró más tarde el mismo Cuerpo de Reserva, y con el cual completó su parte de gloria en tan memorable jornada.

Fué el caso que, á eso de las tres de la tarde, cuando más violenta era la lid al pié de *Sierra-Bermeja*, algunas fuerzas moras de infantería se corrieron á todo lo largo de *Guad-el-Jelú*, á fin de cortar la retirada al General Rios, interponiéndose entre él y nuestro Campamento.

El bizarro General Rubin, que se hallaba al frente de la primera línea por aquel lado, se penetró en seguida de las intenciones de los Moros, y las previno oportunamente, mandando á un Escuadron de *Lanceros de Villaviciosa* que avanzase diagonalmente, cargase á los enemigos y los obligase á retroceder.

Así lo ofrece el Escuadron, sin reparar en el número de los adversarios.—Sale, pues, hácia ellos, los alcanza, los alancea, y les hace huir como espantados corzos...

No contentos con esto, nuestros bravos siguen en su persecucion; pero repentinamente míranse en el mismo trance que los Húsares el dia de Castillejos. ¡El terreno se hunde bajo los piés de los caballos! ¡Han dado en un lodazal blando y profundo! ¡han caido en él! ¡están atascados! ¡están perdidos!

En efecto: los Moros, que los han llevado á aquel lugar arteramente, se agrupan al otro lado del

foso de cieno, y comienzan á fusilarlos con entera impunidad...

Los de *Villaviciosa* no piensan al principio en retroceder, como lo aconseja la prudencia; sino en avanzar, salvar el estorbo, ganar la opuesta orilla y vengar la sangre que derraman en tan malhadada situacion...—Pronto se convencen, sin embargo, de que es imposible adelantar una pulgada de terreno, é intentan volver grupas... Pero ya es tarde: los caballos no pueden bracear; no pueden moverse; ¡están materialmente clavados en el lodo! —¿Qué hacer?

Más de la mitad del Escuadron encuéntrase todavía sobre un suelo medio firme, y puede emprender fácilmente la retirada... Pero ¿cómo abandonar á una muerte segura, alevosa, cruelísima, á sus infelices compañeros, que van cayendo uno á uno sobre el ceniciento fango, atravesados por las balas enemigas?

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—Pasan algunos momentos de perplejidad y de agonía... Los Moros se burlan diabólicamente desde el lado allá del lodazal, cada vez que hieren á un Lancero... Sus espantosos gritos se mezclan á los tremendos juramentos de nuestros soldados...—¡Ah! ¡qué horror! Ya han caido veinte... ¡Así van á caer todos...! ¡Oh cruento, espantoso sacrificio!

Pero no... ¡Eso es imposible! El compañerismo y la caridad van á hacer un milagro...—Nuestra Infantería ha visto desde léjos el tremendo apuro en que se encuentran sus hermanos..., y el *Provincial de Málaga* (¡honor á él!) viene á la carrera en auxilio de los *Lanceros de Villaviciosa*...

Llega: penetra resueltamente en el pantano; y lo que no han podido hacer los caballos, lo hacen los hombres... ¡Atraviesan el movible muro que les llega hasta la cintura: remueven el lodo con piés y manos; los unos se ayudan á los otros; saltan, brincan, se arrastran; nadan, por decirlo así, dentro del cieno; y, cayendo y levantando, heridos algunos de ellos, llegan á la otra orilla, con el fusil inútil, es verdad; cubiertos de barro hasta la cabeza..., es cierto...; pero con la bayoneta calada, con la terrible bayoneta, que se limpia y abrillanta al atravesar el cuerpo de los asesinos y luégo se lava ó enrojece con su fementida sangre!

Ya ha quedado á retaguardia de los ágiles andaluces el comprometido Escuadron: ya pueden bajar de sus caballos los de *Villaviciosa* y sacar del lodazal á los muertos, á los heridos y á los que aguardan su última hora enhiestos sobre las sillas: ya están redimidos; ya están vengados!—¡Vengados, sí!—Los de *Málaga* no se han contentado con servir de escudo á nuestros Lanceros, sino que van en pos de los asombrados Africanos, hiriéndolos, matándolos, desbaratándolos á golpes y puñaladas, haciendo arma de la culata de la carabina, de la llave, del cañon, de la bayoneta, y empleando además la navaja de su país... ¡la terrible navaja española!

En esto se retiraban ya los de *Villaviciosa*, cubiertos, sí, de infortunio, pero tambien de gloria y de grandeza; y el General Rubin, juzgando ya inconveniente tener distraidos en aquel flanco sus fuerzas, tocó alto y retirada al denodado *Provincial*.

. . . .

Veamos lo que sucedia entre tanto en nuestro frente.

Como llevo dicho, el fuego se habia hecho general en toda la línea. La numerosa Caballería de los dos Príncipes moros, reconcentrada en torno de la *Torre de Jelelí*, acechaba un momento oportuno para caer sobre nosotros, miéntras que su desparramada y cuantiosa Infantería nos hacía fuego por mil lados, causándonos muchas y muy sensibles pérdidas. Verdad es que nuestras guerrillas y las granadas y la metralla que vomitaban nuestros cañones vengaban con usura á cada Español que caia; pero semejante compensacion era insuficiente para la gloria y la felicidad de nuestras armas.— Mandó, pues, el General O'Donnell al General Galiano que se metiese en aquel Océano de enemigos con toda nuestra Caballería y pusiese término á tan costoso y estéril tiroteo.

¡Momento sclemne fué aquel para cuantos se enteraron de la órden!—Nuestros caballos se lanzaron al trote en las diáfanas lagunas, y yo partí en pos de ellos, arrastrado por no sé qué vaga inquietud...—Afortunadamente, habia más agua que lodo, y pronto llegamos á la otra orilla.

El Brigadier Villate y los Escuadrones de Coraceros de su mando marchaban como á una fiesta. Detras de dichos Escuadrones, que eran del *Príncipe* y de la *Reina*, iban de reserva uno del *Rey* y el Primero de *Húsares*, desplegado en guerrilla por la derecha, á fin de tener á raya á algunos grupos de caballos moros que caracoleaban por la llanura.—Mandaba la *Reina* D. Eulogio Albornoz, y el *Príncipe* era acaudillado por D. Federico de Soria Santa-Cruz.

Estos dos Escuadrones fueron lós que cargaron en primera línea, é hiciéronlo *á fondo* con el mayor denuedo, penetrando como un huracan en el lleno del Ejército enemigo. Sus espadas relucian como centellas, y descargaban tajos y reveses á diestro y á siniestro... Un ancho reguero de sangre señalaba su paso al traves de las huestes marroquíes.

¿Necesitaré decirlo una vez más?—¡Ni los infantes, ni los jinetes moros se atrevieron á hacer frente á aquella briosa acometida!—Unos y otros se declararon en precipitada fuga, dejando sus muertos en nuestro poder, y amparándose en una hondanada ó vallecillo situado al pié de *Sierra-Bermeja*; especie de abrigado golfo, formado por la prolongacion de dos estribaciones de la montaña.

¡Qué temeridad!—Los Coraceros, que miran reunidos en aquel paraje á millares de fugitivos, olvidan lo sucedido en los Castillejos á los *Húsares de la Princesa*, y penetran en el barranco. —Pero no bien se acercan á tiro de fusil, ven salir de la tierra una espesa línea de fuego y oyen silbar las balas sobre su cabeza, miéntras que algunos dóblanse sobre la silla, murmurando con entera conformidad:—«Estoy muerto.»

¿De dónde vienen aquellos tiros?—¿Quién los dispara?—¡Ah! ¡Es que los Moros tienen una trinchera á la entrada de aquel fatítico recodo!...

—¡Adelante, Coraceros! (grita Villate.) ¡Saltemos ese parapeto, y no quedará un infiel con vida!...

Así lo hacen aquellos bravos.

La trinchera es de poca consideracion, y los Marroquíes la abandonan tambien, al ver el arrojo de nuestros jinetes...

Estos la saltan; la dejan atras, y caen como un torrente desencadenado sobre la acorralada morisma...—Óyense primero gritos de terror, de espanto, de agonía... Las espadas de los Coraceros se hartan de sangre y de exterminio. Los jinetes moros se defienden muy mal con sus gumías. Los infantes no tienen espacio ni serenidad para cargar sus espingardas...

Mas, de pronto, aquellos lamentos de los vencidos truécanse en aullidos de júbilo y furor... —Mil quinientos caballos, casi todos de la Guardia Negra, que estaban escondidos en un pliegue del monte, han dado la vuelta y aparecido á retaguardia de los Coraceros, envolviéndolos completamente, cortándoles la retirada, encerrándolos en el mismo golfo donde ellos tenian encerrados á sus enemigos!

¡Desastroso momento! La acosada morisma cobra valor y ánimo con aquel refuerzo formidable. Por todos lados caen sobre nosotros miles y miles de adversarios, armados de gumías y de unos chuzos por el estilo de lanzas. Hácennos fuego á quemaropa... Los infantes pululan entre los piés de los caballos... ¡Cada Español tiene que luchar con una jauría de Marroquíes!

No se abaten, sin embargo, nuestros Escuadrones. Antes se revuelven con mayor furia, trazando en torno suyo círculos de muerte con sus tajantes espadas... Van, vienen, tornan, atropellan, acuchillan, cruzan por entre bosques de aceros; alcanzan, empujan, y derriban á los jinetes que les estorban al paso, y salen, al fin, de aquella lúgubre hondonada, á todo el escape de sus corceles, llevándose

por delante una revuelta turba de Moros de á pié y de caballos sin jinete, que aquí tropiezan, allí caen; ora huyen con direccion á nuestra línea, esto es, con direccion á otra muerte; ora se esparcen por la llanura, buscando salvacion en la distancia.

Muchos de los nuestros vienen heridos; muchos han caido muertos... Pero de los que vuelven, ni uno solo ha dejado de verter sangre africana. Todas las espadas están rojas de sangre; éstas melladas, aquéllas rotas...

¡Ah! ¡Si hubieses visto aquel tremebundo cuadro!—Yo recuerdo haber contemplado algo semejante en grabados y tapices que representaban el *Paso del Gránico*, *Maraton*, *Los Campos cataláunicos* ó *Queronea*...—Nada faltaba ayer para completar mi ilusion. La lucha con arma blanca; los caballos encabritados sobre los muertos; los grupos de miembros palpitantes; los cascos de los Coraceros; los clásicos trajes de los Moros; la faz horrible de los negros; la forma antigua de las espadas; las lanzas; las banderas; la trompeta vibrante de nuestra Caballería tocando á degüello...; todo, todo era artístico, monumental, heroico, como Yugurta luchando con los Romanos, como César en las Galias, como Aníbal en la Lombardía, como Napoleon en las Pirámides...—Fué un momento nada más; fué un rápido episodio...; pero tan terrible y épico, como las historias pasadas, como el poema fabuloso, como el increible bajo-relieve.

Pues imagínate ahora la segunda parte, ó sea el lúgubre momento de nuestra salida al Llano.—Figúrate el turbion de los deshechos Escuadrones que pugnan inútilmente por rehacerse... Figú-

rate aquel escape revuelto y desordenado... Oye los gritos, las trompetas, las imprecaciones, las voces de mando, los gemidos de los que ruedan por el polvo... Y, como vanguardia de este ruidoso torbellino, imagínate diez ó doce caballos árabes, sin jinete, enjaezados con grandes caparazones de color de escarlata, corriendo sin direccion fija, heridos unos, ensangrentados todos, con la crin erizada, relinchando medrosamente, como si buscasen á sus dueños ó lamentasen tanta desventura...

—¡Ah! ciertamente: ¡la guerra tiene una poesía peculiar, una poesía que sobrepuja en ciertos momentos á todas las inspiraciones del arte y de la naturaleza!

Al desembocar á campo abierto aquel huracan desencadenado, encontróse con otro que corria en direccion opuesta, lo cual aumentó la confusion y el tumulto de tan espantoso cuadro.—Era nuestra formidable Artillería Montada, que venía á todo escape, con estridente ruido, saltando y botando, ora sobre pantanos y lagunas, ora sobre zanjas y malezas, ansiosa de unir sus estragos á los de nuestra Caballería y de ahogar con su ronco estruendo la feroz algazara de los Moros.—Crúzanse, pues, y confúndense caballos y cañones: cruje el látigo de los Artilleros sobre las espantadas mulas; y únense en bárbara armonía los gritos á los juramentos, los golpes á los relinchos, las órdenes á los ayes...

En semejante tribulacion, en tal infierno, vemos pasar un extraño grupo, que nos arranca al mismo tiempo recias carcajadas y gritos y aplausos de admiracion.—M. Iriarte, el artista frances, que se

encontraba hoy sin caballo, corria la posta montado en un cañon, á fin de llegar ántes al teatro de la lucha... Llevaba su álbum de dibujo debajo del brazo, el sombrero tirado atras y un revólver en la mano derecha; y, en aquel idioma ilustre que tantas veces resonó en los campos de batalla, en el frances de la Argelia, de Italia y de Crimea, apostrafaba á las mulas, á fin de que arrastrasen más de prisa su caprichosa carga...—Por cierto que el noble extranjero que así se dirigia al combate, no volvió de él ménos gloriosamente. Tres horas despues, cuando yo me retiraba á nuestro Campamento por fuera de camino, viendo á mi paso los despojos de tan encarnizada refriega, volví á encontrarme á M. Iriarte, prestando su hombro á una camilla en que iba herido un Oficial...

Mas volvamos á la batalla.

Los denodados Coraceros lograron al fin rehacerse y recobrar su primitiva formacion por Escuadrones.—Sus pérdidas consistian en cincuenta y cinco hombres muertos ó heridos, entre ellos ocho Jefes y Oficiales, y muchos caballos inutilizados ó muertos.—Pero ¿qué importaba, si acababan de llenar de espanto al Ejército enemigo?

Sin embargo, los Moros venian otra vez en su persecucion, tomando aquella retirada por una derrota, y hubo que volver á la carga, como suele decirse. Así lo mandó el Brigadier Villate, lanzándose el primero contra los pertinaces Africanos, y llevando en pos, además de sus Coraceros, á los Lanceros de *Villaviciosa* y de *Santiago*, con el General Galiano á la cabeza...—Pero los Moros no se atreven esta vez á aguardarnos, sino

que vacilan..., deliberan entre sí, y al cabo huyen...

Emprendemos entónces la retirada, protegida por el bizarro Brigadier Conde de la Cimera,—que habia arrollado entre tanto por la izquierda otras fuerzas moras con su *Brigada de Lanceros*, sostenida por un *Escuadron de Húsares* y otro de *Cazadores de la Albuera*, y termina al fin aquel terrible episodio de la batalla, en que tanto habia padecido nuestra impetuosa Caballería.

. . . .

Mas no por esto podia darse el asunto como terminado. Los Marroquíes vuelven al ataque con la misma facilidad que huyen. Cuando no encuentran manera de conseguir su objeto, se contentan con causarnos bajas, y, si son tantos en número como en el combate de ayer, unas fuerzas relevan á otras, y acometen varias veces la misma empresa hasta que todos se convencen de la inutilidad de sus esfuerzos.—Rehiciéronse, pues, los Islamitas, luégo que se vieron libres de nuestros Escuadrones, y vinieron por tercera vez sobre nuestro frente,—ocupado ya por algunos Batallones del TERCER CUERPO, què se habian colocado en primera línea, llevando á su cabeza á los Generales Ros y Turon y al Brigadier Cervino.

El General O'Donnell mandó á nuestra Caballería echar pié á tierra y mantenerse un poco á retaguardia, y él esperó tranquilamente á los Moros, en medio de los Batallones de *Ciudad-Rodrigo*, *Baza* y la *Albuera*, decidido á dejarles llegar tan cerca como quisiesen, á fin de dar á su terco orgullo el último y decisivo golpe.

La primera fuerza enemiga que entró en fuego contra nuestros infantes, fué una copiosísima legion de jinetes... Pero los aguerridos Batallones de la *Albuera*, *Baza* y *Ciudad-Rodrigo* formaron *cuadros* con admirable serenidad y prontitud, y todos los que estábamos á caballo nos encerramos dentro de ellos.

Era la primera vez que yo me veia en semejante situacion, y en verdad te digo que es imponente á sumo grado encontrarse dentro de una fortaleza de carne humana, rodeado de enemigos por todas partes, sintiendo cruzarse las balas en direcciones opuestas, cercado de un anchuroso círculo de humo, y escuchando por intervalos sordos lamentos que revelan otras tantas bajas en el grupo de que forma uno parte...

Tambien esta vez respetó la Caballería árabe nuestros *cuadros*, y se mantuvo á cierta distancia, sin atreverse á caer sobre ellos con todo el ímpetu de sus bridones, viendo lo cual el Conde de Lucena, ordenó que saliesen algunas guerrillas á contestar al fuego diseminado del enemigo, marchando él entretanto, con su Cuartel General, á recorrer toda nuestra línea, á fin de formar juicio exacto de la situacion de cada fuerza ántes de mandar el ataque general y en grande escala que debia poner fin á la lucha;—ataque que constituye uno de sus más bellos episodios de esta guerra...

Pero no adelantemos los sucesos.

El estado de nuestra línea era el mismo que por la mañana, y nada habia ocurrido allí, salvo un incidente digno de especialísima mencion.

Fué el caso que el General D. Genaro Quesada,

al avanzar por la extrema derecha con los Batallones de *SanFernando* y el *Infante*, al mando del Brigadier Moreta, sostenidos por otros tres Batallones á cuyo frente marchaba el Brigadier Otero, habia pasado cerca de un bosquecillo muy espeso que hay en medio de la llanura, y que parece (por lo aislado) un gran ramillete de árboles, cuyo nombre de *Campo-Santo* y algunas lápidas que se ven por el suelo demuestran que es un Cementerio moro.

A la sazon, unos cuatrocientos Musulmanes vivos hacian compañía á los difuntos.—Es decir, que cuatrocientos jinetes estaban allí emboscados, esperando alevosamente una ocasion de sorprender nuestra retaguardia... — Viólos el General Quesada; adivinó su intencion, y fuése derecho á ellos.

Los Moros, creyendo que se trataba de un simple tiroteo, mantuviéronse firmes al principio; pero, conociendo al poco rato que nuestra Infantería trataba nada ménos que de cargarles á la bayoneta..., terciaron las espingardas sobre el arzon, desalojaron el Cementerio, y esparciéronse por la llanura.

Quesada, entusiasmado con su Infantería, que, de progreso en progreso, no se contentaba ya con resistir á pié quieto á la Caballería árabe, sino que osaba arremeter contra ella, tomó posesion del bosquecillo; apoyó en él sus masas, y destacó algunas guerrillas en todas direcciones, á fin de que respondiesen á los disparos de los desparramados jinetes, quienes, comprendiendo que aquella lucha les era desventajosa (dado que ellos presentaban

más blanco que nuestros Cazadores), marcharon á reunirse al grueso de su ejército.

Nuestro General, por su parte, dejó cuatro Compañías en dicho Cementerio, haciendo que un Escuadron de *Húsares*, que acababa de incorporársele, cubriese su derecha, y marchó con el resto de su fuerza en pos de los Marroquíes, hasta que, al llegar á rebasar nuestro frente, recibió órden de hacer alto y esperar en aquella posicion á que se determinase el ataque general.

. . . .

Así las cosas, y revistado ya por el General en Jefe todo nuestro Ejército, hubo un momento de pausa, en que estudió la situacion del enemígo y las posiciones que ocupaba.

Serian las tres de la tarde. Hacía mucho calor. No corria ni una ráfaga de viento, y el humo del combate se elevaba lentamente á la serena atmósfera, como nube de incienso portadora del último suspiro de los que morian.

Iban cinco horas de incesante fuego. De la *Torre de Jeleli* y de las baterías rasantes que lós Moros habian establecido á su pié, alzábanse por momentos blanquecinas y solitarias humaredas. Eran otros tantos cañonazos, cuyos proyectiles no nos alcanzaban, pero cuyos estampidos oíamos al modo de lejanos truenos. En cambio, nuestra Artillería no cesaba de vomitar granadas y metralla dentro de las revueltas haces agarenas, miéntras que la Infantería de uno y otro bando se tiroteaba vivamente en una extension de cerca de una legua.—¡Qué ruido! ¡Qué agitacion! ¡Qué infierno!—¡Y cuán numeroso era toda-

vía el Ejército marroquí, cuán audaz y temerario!

Yo habia vuelto á reunirme al Cuartel General del General en Jefe, y, una vez á su lado, tuve ocasion de lamentar más que nunca el excesivo valor, la imprudente serenidad de nuestro Caudillo. — O'Donnell se encontraba á caballo en primera línea, entre nuestras guerrillas de tiradores, con el pecho á las balas, olvidado de sí mismo y de la muerte, observando con sus anteojos los movimientos del enemigo.—¡En ménos de cinco minutos, fueron heridas várias personas de las que estaban á su lado ó detras de él, todas pertenecientes á su Cuartel General!

—¿Qué es eso?—preguntaba sin volverse, al oir un golpe ó un gemido, ó al notar que bajaban del caballo á este ó aquel individuo de su comitiva.

—Nada... Que han herido á Fulano...—le respondia el que se encontraba más cerca de él, no sin añadir respetuosamente:—Mi General: usted no está bien aquí...

Pero O'Donnell no le oia ya, y continuaba sus observaciones desde el mismo puesto, ó adelantaba algunos pasos más hácia el enemigo...

Así cayeron en torno suyo un Correo de Gabinete, herido en un brazo, un Guardia civil de su Escolta, con un muslo partido, el Auditor de guerra Sr. Castillo, con una fuerte contusion en el pecho, y dos ordenanzas, gravemente heridos.

Por último, el anciano Brigadier Comandante general de Artillería, Sr. Dolz, que se hallaba precisamente al lado del General O'Donnell, lanza un suspiro ahogado, y exclama con una voz que condolió á todo el mundo:

—¡No veo! ¡No veo!... ¡Me han matado!

Y, llevándose las manos á los ojos, cae sobre el cuello del caballo, miéntras su espada rueda por el suelo.

Corremos á incorporarlo, y vemos que tiene un balazo en la frente.—La sangre que sale á borbotones de la herida enrojece ya todo su rostro y su blanca y majestuosa barba...—La lesion es mortal; pero el noble anciano respira todavía.

Una profunda piedad enternece nuestro corazon... Del corazon de O'Donnell se apodera en cambio una espantosa ira.—El, como todos, habia visto caer al infortunado Dolz; pero, en vez de pensar en aquel daño, que ya no tenía remedio, resuelve tomar en sangre de los Moros una pronta y tremebunda venganza. Inflámase, pues, su rostro: lanzan rayos sus miradas: busca con la vista á sus Ayudantes, y les da órdenes para todos los Generales...

Yo no las oigo; pero veo que el Caudillo señala con su espada á las últimas alturas ocupadas por los Marroquíes...

—¡Hasta allí hemos de llegar!—dicen algunos con admiracion.

Y tenian razon para admirarse. ¡Entre aquellas alturas y nosotros habia un cuarto de legua, poblado por veinte mil Moros, casi todos de Caballería!...

Ya, en esto, cundia por nuestro frente cierta animacion, cierto regocijo, cierta sacudida de entusiasmo, como si el mismo riesgo de la empresa fuese parte á alborozar los corazones...

—¡A ellos! ¡á ellos...!—murmuraban nuestros

soldados, produciendo un sordo rumor, semejante al que precede á la tormenta.

—¡A ellos! muchachos... ¡á la bayoneta...! ¡Viva España!—gritaban los Jefes, agradecidos de antemano á sus valerosas tropas.

. . . .

Suena, al fin, el ardiente y vertiginoso toque de ataque..., y muévense nuestras columnas; primero lentamente; luégo más de prisa; por último á la carrera...

Ciudad-Rodrigo y *Baza* cargan en primera línea. —En pos de ellos van los Batallones de *Albuera*.— Ros de Olano, Turon y Cervino capitanean aquel enérgico avance.—La bandera de mi Batallon ondea sobre una mar de bayonetas.—Los vivas y las aclamaciones ahogan el estruendo de mil tiros.

¡Oh! ¡qué momento!—Los Moros no piensan ni remotamente en resistirnos. ¡Conocen demasiado estos ataques de nuestra Infantería para intentar defenderse! Saltan, pues, de entre los cañaverales, de los pliegues de la sierra, de detras de los parapetos, de todas las posiciones en que estaban ocultos, y trepan á la montaña como tímidas liebres; corren atribulados por todas partes; se agarran á las matas para subir; se derrumban de lo alto de las peñas; se deslizan, como sierpes, con el vientre por el suelo, ó andan con piés y manos entre las jaras, como bestias feroces, como parduzcas hienas.

¡Sublime, arrebatadora era la vista que presentaban aquellos arrojados Batallones, corriendo en masa y llevándose por delante, barriendo materialmente, á millares y millares de infantes y jinetes, revueltos en desesperada fuga! — ¡Yo no habia

visto nunca (y lo mismo decian los veteranos) carga tan audaz, tan enérgica, ¡tan brillante!— «*¡Bravo...! ¡Bien por los Cazadores...!*»—exclamaban Jefes, Oficiales y soldados, al ver á *Ciudad-Rodrigo* y *Baza* arrollarlo todo sin detenerse, fosos, trincheras, malezas, barrancos y colinas...

. . . .

En tal momento, tengo ocasión de presenciar una escena que me interesa en alto grado...

El General Ros, que ve avanzar á sus Batallones más de lo conveniente, llevados de su ardor y su denuedo, vuélvese al primer Ayudante que ve cerca de sí, y le dice con energía:

—¡Al escape! ¡Al momento! ¡Que se detengan aquellas fuerzas!

El Ayudante que recibe la órden es su hijo..., el jóven teniente D. Gonzalo Ros de Olano.

Saluda éste á su Padre y General con el respeto debido, y parte como una exhalacion.

Para llegar á donde se le ha mandado, hay dos caminos: uno muy largo, haciendo un rodeo y pasando por la retaguardia de nuestras tropas: otro cortísimo, faldeando la montaña y cruzando por entre los dos fuegos que, de arriba á abajo y de abajo á arriba, se hacen los Marroquíes y nuestros Cazadores...

El bizarro Ayudante comprende que no hay tiempo que perder, y elige este último.

¡Es decir, que su padre lo ve desaparecer entre un diluvio de balas!...—Pero, no el dolor, no la zozobra se pinta en el rostro del guerrero poeta, sino un gozoso y resplandeciente orgullo!

. . . .

Algunos momentos despues vése venir por el opuesto lado, flanqueando la posicion enemiga, un jinete á todo escape...—Los Moros, que lo distinguen, le hacen fuego... Pero no le tocan, y el jinete se incorpora á nosotros.

Es el mismo Ayudante; es el Teniente Ros de Olano.

—Mi General (dice plantando su caballo delante del de su padre, y saludando á éste con la más severa etiqueta): la órden está cumplida.

—Hijo mio (responde tranquilamente el General): estoy muy satisfecho de tí.

Y, con una profunda mirada, pregunta á su jóven heredero si está herido. Este le significa *que no* con una sonrisa tierna... Y los que presenciamos aquel mudo y patético coloquio, sentimos enternecido nuestro corazon y fortalecida nuestra alma.

. . . .

Al mismo tiempo, el valeroso y distinguido General Makenna escalaba con dos Batallones el extremo del cerro en que se apoyaban los Moros, y el General Quesada subia con *San Fernando* y el *Infante* por detras de la empinada posicion, miéntras que el Brigadier Otero tomaba á la bayoneta otras alturas aún más distantes, sobre el extenso Aduar de *Mel-lely*.—¡Por cierto que, para llegar á aquel punto, la Division Quesada ha tenido que pasar entre dos pantanos muy profundos y que cargar otra vez á la Caballería enemiga!—Pero la oportunidad con que aparece casi á retaguardia de los Moros, le vale las alabanzas de todo el Ejército.

Los pobres Marroquíes, cogidos entre dos fuegos, rodeados, perseguidos por todas partes, tienen que

retroceder en su fuga y descubren de pronto á nuestra vista sus numerosísimas huestes, que buscan otra salida por un barranco próximo á la *Torre de Jeleli*.—Parecian una inmensa manada de ovejas acosadas por hambrientos lobos...—¡Cuántos..! ¡cuántos eran todavía! ¡y qué patente, qué ignominioso su vencimiento! ¡qué total y definitiva su derrota!

Aguardábales, sin embargo, una nueva amargura.—La *Batería de Cohetes* ve enfrente de sí aquel apiñado enjambre de acobardados monstruos, y empieza á lanzar en medio de ellos sus extraños y espantosos proyectiles...

Parten los *cohetes* como centellas, hendiendo el aire con estridente ruido; penetran como culebras de fuego en las haces musulmanas; serpean, saltan, y vibran su larga cola, azotando con ella á peones y caballeros; otros se arrastran por la tierra, silbando y retorciéndose; algunos, en fin, trazan en la serena atmósfera ámplias curvas, al modo de desencadenados cometas, y vienen á reventar sobre los Moros, sembrando el estrago y la muerte por todas partes.

—«¡*Esto es fuego del cielo!*» (nos ha dicho un prisionero que exclamaban ayer tarde los Marroquíes). «¡*Los cristianos disponen á su antojo de las exhalaciones de lo alto*! ..» (1)

---

(1) Uno de los Tenientes que figuraban en esta Batería, el Sr. D. José Navarrete, ha escrito hace poco un precioso libro titulado *De Vad-ras á Sevilla*, cuya lectura recomiendo á todos los que quieran tener idea completa de todos los cuadros de aquella inmortal campaña.

(Nota de esta segunda Edicion.)

Ni era esto todo. Nuestra Artillería vomitaba andanadas contínuas de granadas y metralla sobre los aterrados Agarenos, sobre su Campo, sobre las huertas de *Tetuan*, sobre sus quintas y aduares...—¡Qué desolacion! ¡Qué castigo! ¡Qué bárbara venganza! ¡Cómo debieron de arrepentirse de habernos provocado tan temerariamente! ¡Qué lúgubres presagios harian en aquel momento sobre la suerte de su Ciudad querida!

Entretanto, músicas y aclamaciones resonaban allá en las alturas que el General O'Donnell designó con su espada al ordenar el ataque...—Aquellos himnos celebraban nuestra completa victoria.—La bandera de España ondeaba sobre todas las cumbres de *Sierra-Bermeja* que ocupaba poco ántes el enemigo, el cual ocultaba su dolor y su vergüenza en las fragosidades de las montañas próximas, dejando en nuestro poder centenares de muertos y una infinidad de armas y municiones.

. . . .

Concluyamos.

Dicho se está que el General en Jefe y su Cuartel General habian subido los primeros á las posiciones tan valerosamente conquistadas.—Desde allí, desde aquellas empinadas lomas, abarcábase de una sola ojeada toda la llanura que acabábamos de recorrer. Por un lado veíamos el Cuerpo de Reserva, formado en *cuadros*; por otro, la brigada Mogrovejo, escalonada en columnas; allá nuestra *Caballería*, tendida en batalla; más cerca, la *Artillería*, tronando aún y coronada de blancas humaredas... Por todas partes guerrillas; grupos sueltos de soldados que conducian heridos; Jefes y

Ayudantes que corrian en varias direcciones; cargas de cartuchos que venian de nuestros Campamentos; camilleros de las *Compañías de Sanidad* que buscaban nuestros muertos entre la alta hierva, y acaso alguna que otra tertulia de Oficiales, que almorzaban á aquella hora pan y queso, salchichon y vino, sobre la tierra que acababan de ensangrentar sus compañeros...—¡Qué alegre, qué animada, qué marcial perspectiva!—Aquel Llano, relumbrante de bayonetas, poblado de Batallones ó de guerreros diseminados, parecia un vasto lienzo de esos que constituyen la gloria de los pintores de Batallas...

Pero ¿qué rumor de músicas y tambores se percibe allá á lo léjos? ¿Qué Ejército es aquel que avanza por la otra solitaria planicie que atraviesa el Rio de la *Judería*?—¡Ah! Son los Batallones del SEGUNDO CUERPO; es el General Prim, que acude al teatro de la victoria á la cabeza de su Ejército.

¡Imponente y magnífico alarde! Aquellas aguerridas fuerzas, que hoy han permanecido ociosas, vienen á banderas desplegadas y tambor batiente, en perfecta y vistosa formacion, al traves de pantanos y lagunas, completando nuestro dominio sobre todo el anchuroso valle, y como diciendo á nuestro General en Jefe y á los Caudillos mahometanos:—«*Aún quedábamos nosotros: aún estábamos de reserva para lo que pudiese ocurrir.*»

El Conde de Reus, adelantándose á su Ejército, llega á todo escape á incorporarse al Cuartel General de O'Donnell y á cumplimentar á éste por el hermoso triunfo que acaba de obtener; despues de lo cual le refiere un notable hecho de armas que

ha tenido lugar allá abajo, miéntras que nosotros tomábamos estas posiciones.

. . . .

Fué el caso que, estando parada en la llanura la Division del General O'Donnell (D. Enrique), un jinete árabe, vestido de grana, que habia dirigido por la derecha las fuerzas enemigas durante toda la lucha, se adelantó (con seis jinetes más, que parecian constituir su escolta) hácia aquella Division inmóvil, como en són de desafío ó de parlamento.

El hermano de nuestro General en Jefe hizo avanzar por su parte á su Ayudante Sr. Maturana, seguido de cuatro Guardias civiles y dos ordenanzas, con el solo encargo de observar las intenciones de los que venian; pero, al llegar nuestros jinetes al punto que se les habia señalado (á gran distancia ya de todos sus compañeros), encuéntranse enfrente del extraño caballero moro, que habia reforzado su escolta con veinte jinetes más.— Nadie habia visto llegar aquel refuerzo, que sin duda estaba escondido entre los altos juncales de las lagunas...

Sin vacilar ni un instante, el Sr. Maturana carga entónces á los treinta Agarenos, yendo siempre á la cabeza de los seis valientes que le acompañan; y por un momento quedan revueltos y confundidos Moros y Cristianos...—Mas los nuestros se dan tal arte, que logran infundir miedo á los Marroquíes.

Retíranse éstos casi sin luchar..., y Maturana y los suyos, viendo que nuevas fuerzas moras vienen por la derecha tratando de envolverlos, emprenden tambien la retirada para incorporarse al grueso de nuestras tropas...

Pero uno de los Guardias civiles, cuyo caballo acababa de recibir un balazo, cae en esto á tierra, sin que lo noten sus compañeros, y Maturana oye su voz que pide auxilio con tanta mayor vehemencia, cuanto que el Jefe encarnado y seis ó siete Moros más lo cercan ya, tratando de llevárselo prisionero...

Maturana lo ve, y retrocede *solo*, armado de su revólver de seis tiros. Llega al grupo de Moros, que salen á su encuentro esgrimiendo afiladas gumías: apunta contra el Jefe, y lo mata: dispara tres tiros más, y hiere á otros dos infieles, con lo cual huyen los restantes, dejando prisioneros en poder del bravo oficial á los dos amedrentados heridos.

Bien quisieran rescatarlos y castigar al audaz Maturana unas fuerzas que acudian en auxilio del ya difunto jinete rojo; pero al mismo tiempo llegaron en ayuda de los nuestros dos Compañías de la *Princesa* y una de *Toledo*; visto lo cual, desistieron de su intento los Marroquíes, pronunciándose en retirada.

Salvo ya el Guardia civil, y recogidos los dos prisioneros, éstos declararon que el Jefe muerto era de elevadísima graduacion; cosa que tambien revelaban su rico traje de lana y seda y su excelente caballo..., que en adelante montará el General Prim.

Por lo demas, esta marcha del Conde de Reus al traves de la llanura, sin Caballería ni cañones, ha sido tan osada como aplaudida. Muchas veces vióse obligado á formar *cuadros* para hacer frente á los jinetes moros (que no se atrevieron á acercár-

sele): otras destacó guerrillas en su seguimiento, causándoles algunas bajas; y, á no haberle detenido la mala condicion del terreno, su llegada al teatro de la Accion por la retaguardia del enemigo hubiera hecho aún más sangrienta la vergonzosa fuga de éste.

. . . .

Pero he dicho que iba á terminar por hoy.—Describamos rápidamente nuestra retirada.

Esta se verificó con el mismo disgusto de las tropas y del General en Jefe que la del dia del Príncipe de Astúrias.—¡Estábamos tan cerca del Campamento enemigo! ¡Nos habia costado tanta sangre llegar allí!...

Sin embargo, era forzoso volver á nuestros Reales.—El ataque á *Tetuan* debe verificarse por el otro lado de la llanura, por la orilla del rio Martin, asaltando de frente los grandes parapetos guarnecidos de cañones que allí han construido los Marroquíes..., y O'Donnell no improvisa ni cambia nunca sus planes...; por lo cual los realiza siempre...

Nos retiramos, pues.—Los Moros trataron várias veces de picarnos la retaguardia cuando la noche cubrió el valle de tinieblas; pero el General Quesada por un lado, y los Brigadieres Villate y Cervino por otro, cargaron nuevamente al enemigo, que se resignó al fin á dejarnos marchar ufanos con nuestra victoria.

En cuanto al Cuartel General, pasó, á su vuelta, por el teatro de las cargas de caballería.—Aún se veian algunos muertos nuestros, y muchos, innumerables Mahometanos...—Dióse órden de recoger aquellos, y dejamos á los Moros el cuidado de

enterrar á sus compatriotas.—Algunos caballos de uno y otro Ejército agonizaban de pié, con el cuello tendido al aire y desangrándose lentamente... Otros yacian al lado de sus jinetes exánimes... Las armas descansaban tambien en tierra, como cansadas de matar... —¡Qué cuadros de tan lúgubre poesía!

Entre los despojos del reciente combate, encontróse una bandera roja, al lado del que la habia paseado todo el dia por el campo de batalla.—Era éste un mulato corpulento, vestido con túnica encarnada, pantalon azul y turbante blanco. Dormia el sueño de la muerte con la faz al cielo, y su brazo derecho, extendido hácia la bandera, parecia pugnar por defenderla todavía...

En fin; cerca ya de nuestro Campo, habló rápidamente O'Donnell con uno de los prisioneros hechos en la jornada, mísero anciano medio desnudo, de melancólica y grave fisonomía.

—¿Erais muchos hoy?—le preguntó entre otras cosas el General en Jefe.

—*¡Muchos! ¡muchos!* (respondió el Moro, extendiendo las manos y agitando los dedos, como si viese ante sí las numerosas haces que habia contemplado reunidas aquella mañana).—*¡Muchos!... ¡muchos!...—Pero ¿de qué nos ha servido?*

Y al pronunciar esta frase, expresaba el rostro del anciano una desesperacion tan profunda, que su patriotismo y su desgracia nos inspiraron respeto.

Concluyo diciéndcte que nuestras bajas en el combate de ayer consistieron en ochenta muertos y sobre quinientos cincuenta heridos.—Las de los

Moros... (todos pudimos verlas) fueron atroces!...— Sólo los muertos, pasaron de trescientos.

Por lo que á mí toca, no tengo valor para dejar la pluma sin darte cuenta de la alegría y orgullo que me embargan... — El General O'Donnell me concedió ayer la *Cruz de San Fernando en el Campo de batalla*, recompensando así con usura la parte insignificante que tomé en los trabajos y peligros de tan memorable dia.

Es decir, que, miéntras viva, adornarán mi pecho los colores amarillo y rojo, ¡los colores de la Bandera Nacional!, y que, despues de terminarse esta guerra y mi compromiso de soldado, aún permaneceré unido con lazo tan hermoso al bizarro Ejército Español.

¡Sea en buen hora! ¡Luzca sobre mi corazon el más sagrado símbolo de la Patria, la más honrosa recompensa militar, la noble enseña española, y ella me inspire en todos tiempos sentimientos de amor y adoracion entusiasta hácia la ilustre Nacion que bendigo ausente y de quien me envanezco de ser hijo!

XII.

Dia de la Candelaria.—Misa solemne.—Reconocimiento.— Conferencia de los Generales y Plan de próxima Batalla.

2 de Febrero.

El dia de ayer (que yo pasé escribiendo la Batalla del 31) trascurrió sin novedad. Dedicóse al embarque de heridos, al *municionamiento* de las tropas,

al descanso de la refriega, y á los preparativos de la marcha hácia *Tetuan*.

Esta se verificará pasado mañana al amanecer: las órdenes están dadas, y todo dispuesto con la más escrupulosa prevision.

En cuanto al dia de hoy, ha sido solemne por todo extremo y de inolvidables emociones.

En primer lugar, esta mañana oyó Misa todo el Ejército con la ardiente devocion de siempre, aumentada por las circunstancias del momento. El ser dia de la *Purificacion* motivó realmente la santa ceremonia; pero el hecho de encontrarnos abocados á una grande y decisiva Batalla; la evidente proximidad de nuestra entrada en una ciudad infiel, y el temor, que no podíamos ménos de abrigar todos y cada uno, sobre si aquella Misa sería la última que oyésemos ántes de comparecer en la Eternidad, han dado al acto religioso de hoy cierta mística tristeza, cierta suprema y celestial dulzura, no sé qué grandiosidad austera y melancólica, que no podia ménos de contrastar con el humilde aparato y militar desaliño del Templo, del Altar, del Sacerdote y de los Fieles.

Celebrábase la Misa en la plataforma del torreon de la *Aduana*, bajo la serena bóveda del cielo. El Altar se apoyaba en el muro; y, cerca de él, asomado á las almenas aspilleradas, hallábase un corneta de cazadores, quien, con agudas señales, iba indicando á las numerosas huestes tendidas por la llanura la marcha silenciosa del incruento Sacrificio.

Yo no pude ménos de volver muchas veces la cabeza para contemplar el magnífico cuadro que

presentaban nuestras tropas en aquel momento.— En una parte, se veian oscuras masas de Batallones formados entre los claros de sus tiendas; en otra, columnas apretadas de Caballería, cuyas espadas centelleaban al sol, ó cuyas lanzas entregaban al manso viento sus vistosos banderines: aquí, un grupo aislado de jinetes; allá, cuatro ó seis Guardias Civiles alineados en otra direccion: ora algun soldado solo, que habia interrumpido su marcha; ora los Ingenieros apoyados en sus herramientas: en un lado, el Cuartel General de tal ó cual Cuerpo de Ejército, parado en pintoresco peloton, con los Generales y Brigadieres á la cabeza; en otro, los acemileros y las gentes de mar, descubierta la frente, pero colocados tambien en regulares filas: ya una Escolta, ya un Regimiento, ya una masa de Artillería, ya un centinela solitario...; y todos silenciosos, todos inmóviles, todos atentos á un punto fijo; al Torreon arábigo en que se celebraba la Misa.

No habia semblante que no revelara juntamente ferocidad y ternura... Dijérase que, al traves del duro aspecto y de la amenazadora expresion que los rigores de la Campaña y los crueles hábitos de la guerra han prestado á todas las fisonomías, fulguraba la suave luz del espíritu evangélico... Dulces y generosos afectos se reflejaban en aquellos ojos familiarizados ya con el sombrío espectáculo de la sangre y de la muerte. Las memorias de la Patria, los recuerdos de la familia, los cuidados del alma, la cercanía de la vida eterna, todo conspiraba á enternecer y mejorar el corazon, á exaltar el sentimiento religioso, á inflamar el amor divino.

Todos rezaban, pues, ó sostenian con el Sér Supremo más íntimos coloquios. Quién le rendia una fervorosa accion de gracias por haberle protegido hasta entónces y conservádole para su atribulada familia; quién le rogaba que fuese su escudo y su defensa en los próximos combates; quién le encomendaba la custodia de séres queridos que temia no volver á ver; quién, en fin, conmovido por más grandes agitaciones, pedia para las armas españolas la ayuda y el favor del Dios de los Ejércitos, ofreciéndole en cambio, si necesaria era para la felicidad de su patria, una desdichada vida, que no aspiraba á más alta gloria ni á mejor ventura que ser de algun provecho al género humano!

Una regalada música poblaba en tanto de melodías la pura atmósfera de la mañana: el sol enviaba sus más cariñosos rayos á los que vió en otro tiempo pacíficos moradores de lejanos hogares y hoy encontraba, en extranjero suelo, dando su vida en flor en defensa de la honra nacional. Dios, rey del universo, acudia, en fin, gozoso á la nueva tierra en que sus hijos se reunian en su nombre y le llamaban...—¡*Tetuan* y sus guardadores debieron de sentir el frio de la muerte en tan augusto y misterioso instante!

Veinticinco mil soldados españoles estábamos de rodillas, presentando las armas con humildad al *Dios de Sabaoth*, al Caudillo del pueblo de Israel. Los jinetes, firmes sobre sus bridones, llevábanse al corazon la cruz de la espada, como ofreciendo la fuerza de su brazo y la sangre de sus venas á la Víctima que veian inmolar. Todos los ecos del valle resonaron entónces con los acordes del himno triun-

fal de España, repetido por mil marciales instrumentos. La consagrada Hostia brilló al sol y eclipsó su lumbre, y el Cáliz misterioso, al alzarse sobre la cabeza del Sacerdote, destacóse sobre el azul del cielo, como si en aquel sacrosanto bríndis se hubiese unido la Eternidad á lo Creado.

Al fin de la Misa, el General en Jefe, que durante toda ella habia permanecido con la cabeza baja y la empuñadura del acero apoyada en el corazon, emprendió silenciosamente el camino de los Campamentos moros, seguido de un numeroso Cuartel General y de todos los Generales del Ejército.

Su objeto era reconocer nuevamente el camino que hemos de recorrer pasado mañana, y enterar á los demas Generales de las observaciones hechas por el General García en los anteriores reconocimientos, designándoles al paso los sitios por donde han de conducir sus tropas, á fin de esquivar en lo posible los parajes pantanosos...

Llegamos, pues, hoy, como los dias precedentes, hasta muy cerca de los parapetos del enemigo, quien no dejó por su parte de recibirnos á cañonazos; pero tampoco por esta vez nos causaron ningun perjuicio, á pesar de que las voluminosas balas rasas caian algunas veces á los piés de nuestros caballos...

Terminado el Reconocimiento, volvimos á ganar nuestras trincheras; y, una vez allí, el General O'Donnell invitó á todos los Generales á que subiesen con él á la plataforma de la *Aduana*, desde donde, como te tengo dicho, se abarca perfectamente toda la llanura.

A nadie se le ocultó que el General en Jefe iba á revelar y explicar su plan de batalla á los que pasado mañana han de secundar sus órdenes dando el anhelado ataque á los Campamentos enemigos.

Los Generales Ros de Olano, Prim, García, Rios, O'Donnell (D. Enrique), Orozco, Turon, Quesada, Galiano, Ustariz, Mackenna y Rubin, así como los Comandantes generales de Artillería y de Ingenieros, componian aquella asamblea al aire libre, que nosotros divisábamos desde abajo con la curiosidad que puedes imaginarte.

La plataforma en que tenía lugar aquella importante escena era la misma en que pocos momentos ántes se habia celebrado la Misa de Campaña. — O'Donnell, avanzado á las almenas del Oeste, designaba á los demas caudillos varios puntos de la llanura, miéntras que el General García, como Jefe de Estado Mayor general, mostraba el plano del terreno; y Ros de Olano y Prim, agentes principales que han de ser de la obra, se ponian de acuerdo sobre los puntos que han de acometer con sus respectivas fuerzas.

¡Porque (sábelo, como ya lo sabemos todos) el plan del Conde de Lucena consiste en atacar á un mismo tiempo de frente y de flanco las posiciones enemigas y tomar á la bayoneta parapetos, cañones, tiendas y todo lo que encierren los Campamentos moros!

La idea no puede ser más sencilla, más grande, ni más atrevida.—Ninguna tampoco más del gusto de nuestros soldados.

—¡Al fin (dicen) vamos á apoderarnos de la presa que hemos tenido al alcance de la mano en *Casti-*

llejos, en *Monte Negron* y en *Rio Azmir*, y que tan de cerca amenazamos en los combates del 23 y del 31 de Enero!

Y una vertiginosa alegría reina en toda la extension de este Campo...

De nuestras inquietudes acerca de la próxima lucha, te hablaré mañana con más viveza y propiedad que pudiera hacerlo hoy; pues mañana es la verdadera víspera del dia solemne, y nada tendremos que hacer sino filosofar con el pié en el estribo...

XIII.

La Víspera de la Batalla.—*Molendris*, víctima política.—Llegan los *Voluntarios Catalanes*.—Los arenga Prim.—Despedidas.

Dia 3 de Febrero.

El dia de hoy me lo habia yo imaginado muchas veces ántes de venir á la guerra.—Quiero decir que sus peculiares emociones, su solemne expectativa, sus terrores y sus regocijos, corresponden exactamente á lo que yo habia presentido siempre que pugnaba por figurarme la víspera de una batalla.

Hasta hoy nos eran desconocidas estas inquietudes: y es que, hasta hoy, nunca hemos tenido completa seguridad de combatir á determinada hora; nunca hemos atacado con premeditacion; nunca

hemos buscado al enemigo.—Pero hoy sabemos todos (lo mismo los Jefes que los Oficiales y los soldados) que mañana al amanecer iremos sobre las huestes contrarias, á batirlas, á asaltar su Campo, á apoderarnos de él..., huestes y Campo que no podrán huirnos, ni hallarse más acá ó más allá; sino que están ahí, á nuestra vista, esperándonos hace mucho tiempo, con trincheras y cañones, con fosos y parapetos.—La lid, por consiguiente, será segura, inevitable, tremenda.

Ahora; en lo que sí se parecerá el combate de mañana á todos los librados desde que Ceuta dejó de ser nuestra base de operaciones, es en la necesidad absoluta que tenemos de triunfar en él; de vencer irremisiblemente; de lograr por completo nuestras intenciones...—Al amanecer decamparemos: los soldados marcharán con sus tiendas á la espalda, provistos de raciones y con todo su equipo en las mochilas. Las acémilas nos seguirán con municiones y víveres, con hospitales y oficinas, botiquines y material de Ingenieros...—¡O vencer ó morir; ó ganarlo ó perderlo todo!...—Hé aquí nuestra culminante situacion. — O mañana dormimos en las tiendas de Muley-el-Abbas, ó vamos de cabeza al mar...—Ó mañana *Tetuan* es nuestro, ó tenemos el trágico fin del Ejército del Rey D. Sebastian.

Ni creas que me complazco en abultar la importancia de los riesgos que vamos á correr, con el poético propósito de que luégo te parezca mayor nuestra victoria.— Casualmente, tenemos noticias frescas del Campamento moro, las cuales no dejan lugar á duda acerca del formidable aparato y de-

sesperada furia con que nos aguardan los Marroquíes.—Las enormes pérdidas que tuvieron en el último combate han sido repuestas y hasta superadas por tres ó cuatro mil *voluntarios* que Muley-el-Abbas ha reclutado entre los pacíficos vecinos de *Tetuan*, obligándoles á tomar las armas y á seguirlos.—Al mismo tiempo, el belicoso Príncipe ha recibido de su hermano el Emperador un considerable convoy de víveres y municiones, que empezaban á escasear (sobre todo los primeros) en las filas enemigas. Unido esto á que los Moros saben tambien que mañana se juega el todo por el todo; que la batalla decidirá de la suerte de *Tetuan*, y que lo que no consigan en tan fuerte posicion, con Artillería, parapetos y casi doble número de combatientes que nosotros, no lo conseguirán ya nunca, hace que hayan recobrado la *moral* perdida, que su confianza en la victoria sea mayor que en los últimos encuentros, y que su natural fiereza esté sobrexcitada con el deseo de vengar tantas derrotas.

Así se expresa, á lo ménos, un pobre Moro, enfermo y casi moribundo, que se nos ha pasado esta mañana, poseido tambien de un terrible espíritu de venganza..., no contra nosotros, sino contra sus compatriotas y hermanos.

Parece que este infeliz (hombre de unos cuarenta años, flaco y amarillo como un espectro, y vestido de un modo que revela su pasado bienestar) ha recibido en dos años *cinco mil palos*, todos por causas políticas, ó sea en virtud de un odio encarnizado que la familia imperial profesa á la suya hace medio siglo. Su padre y sus hermanos fueron degollados, so pretexto de desobediencia á las órdenes so-

beranas; pero, realmente, por ser amigos y allegados de cierto Pretendiente al trono, que quitó mucho tiempo el sueño al difunto Abderraman. El desgraciado de que se trata ha pasado casi toda su vida en oscuros calabozos. El actual Emperador lo soltó hace pocas semanas, en vista de que se moria, á fin de que recobrase su salud y tuviese fuerzas para padecer algunos más años; pero, con motivo de no haber tomado las armas (como se le mandó) en el reciente combate de Guad-el-Jelú, acaba de recibir doscientos palos más, que han redondeado la cifra de *cinco mil* que constituye su lamentable historia. Ansioso de venganza, como te digo, y deseando favorecernos en contra de un Soberano que no ha sido sino sù verdugo, llega hoy á nosotros el desventurado *Molendris* (este es su nombre), y nos da con febril y sanguinaria complacencia todos los datos y noticias que estima pueden sernos de alguna utilidad para la grande empresa que proyectamos...

¡Dios se lo pague!—Como quiera que sea, todo está pronto. Los equipajes se hallan empaquetados: sólo falta quitar las tiendas y hacer las cargas. Los caballos tienen hoy doble racion de cebada y heno. Nuestros criados y asistentes preparan la frugal comida de mañana, á fin de que no ayunemos como otros dias de Accion. Las armas están prontas; los cañones, las carabinas y los *revolvers* han sido inspeccionados particularmente, pero con más escrupulosidad que en una solemne Revista. Las treinta mil cartas consabidas (las que preceden á toda marcha ó encuentro que medio se haya sospechado) hállanse ya en la tienda del Correo.—

¡Apostaría cualquier cosa á que de todas esas cartas, ni la mitad siquiera dan la noticia de que mañana atacamos al enemigo!—Pero ¡cómo se dejará adivinar en los dulces *adioses* que precederán á cada firma!

. . . .

Son las cinco de la tarde, y vengo de presenciar una escena verdaderamente sublime.

Las Compañías de *Voluntarios Catalanes* que la noble y patriótica tierra de Roger de Flor envia al Ejército de África, como precioso é inestimable donativo, han desembarcado hace una hora.

¡Afortunados aventureros!—Más felices que los *Tercios Vascongados*, á quienes en balde estamos esperando desde que principió la campaña, llegan á tiempo de participar de los mayores peligros y más gloriosos laureles de esta guerra.

Son cerca de quinientos hombres. Visten el clásico traje de su país: calzón y chaqueta de pana azul, gorro frigio, botas amarillas, canana por cinturon, chaleco listado, pañuelo de colores anudado al cuello, y manta á la bandolera. Sus armas son el fusil y la bayoneta. Sus cantineras, bellísimas. Su Jefe es un Comandante, jóven todavía, llamado D. Victoriano Sugrañés. Tres cruces de San Fernando adornan su pecho, lo cual es de feliz agüero para su futura gloria. Los demas Oficiales se han distingnido en muchas ocasiones, y alguno de ellos ha militado, tambien voluntariamente, bajo las banderas de Pellisier y de Mac-Màhon.

La tropa toda ostenta en su fisonomía aquel aire de dureza y atrevimiento, de laboriosidad y astucia que distingue á la raza catalana. Facciones an-

gulosas, cabellos castaños ó rubios, recia musculatura y ágiles movimientos, propios de gente montañesa: hé aquí los principales caracteres de los generosos Voluntarios.

El General Prim, como paisano suyo, ha deseado que ingresen en su Cuerpo de Ejército, á lo que ha accedido el General en Jefe, miéntras que ellos han pedido por su parte al Conde de Reus *ir mañana en la vanguardia*.—Tambien se les ha otorgado esta merced.

Pero vamos á la interesante escena que te he anunciado.

Los Catalanes iban formando, segun desembarcaban, al pié de *Fuerte-Martin*. Todos los hijos del Principado que ya militaban en este Ejército habian acudido á saludarlos. Mil abrazos, mil votos y ternos, mil diálogos en cerrado catalan se seguian á cada reconocimiento, á cada sorpresa. Entretanto, la Música de no sé qué Regimiento del CUERPO mandado por Prim, llegaba á dar la bienvenida á nuestros nuevos compañeros de glorias y trabajos, y el dicho General acudia en pos de ella, tan contento y orgulloso como si fuese al encuentro de sus hijos.

El Héroe de los Castillejos montaba aquel caballo árabe, cogido á un Jefe moro, de que te hablé el otro dia. Vestía, como casi siempre, ancho pantalon encarnado; una modesta levita azul, sin más adorno que dos grandes placas; képis de paño (con la visera levantada, al estilo frances, y con los dos entorchados de Teniente General) y un sable muy corvo, parecido á una cimitarra.

Luégo que estuvieron reunidas las cuatro Com-

pañías de *Voluntarios*, Prim se colocó en medio de ellas, y, en dialecto catalan, en aquel habla enérgica y expresiva que recuerda los romances heroicos provenzales, las arengó del siguiente modo:

«Catalanes:

»Acabais de ingresar en un ejército bravo y aguerrido; en el Ejército de Africa, cuyo renombre llena ya el universo.

»Vuestra fortuna es grande; pues habeis llegado á tiempo de combatir al lado de estos valientes.—Mañana mismo marchareis con ellos sobre Tetuan.

»Catalanes: vuestra responsabilidad es inmensa: estos bravos que os rodean y que os han recibido con tanto entusiasmo, son los vencedores de veinte combates; han sufrido todo género de fatigas y privaciones; han luchado con el hambre y con los elementos; han hecho penosas marchas con el agua hasta la cintura; han dormido meses enteros sobre el fango y bajo la lluvia; han arrostrado la tremenda plaga del Cólera, y todo, todo lo han soportado sin murmurar, con soberano valor, con intachable disciplina.—Así lo habeis de soportar vosotros. No basta ser valientes, es menester ser humildes, pacientes, subordinados: es menester sufrir y obedecer sin murmurar: es necesario que correspondais con vuestras virtudes al amor que yo os profeso, y que os hagais dignos con vuestra conducta de los honores con que os ha recibido este glorioso Ejército, de los himnos que os ha entonado esa Música, y del General en Jefe bajo cuyas órdenes vais á tener la honra de combatir; del bravo O'Donnell, que ha resucitado á España y reverdecido los laureles patrios; y tambien es menester que os hagais dignos de llamar camaradas á los soldados del SEGUNDO CUERPO con quienes vivireis en adelante, pues he alcanzado para vosotros tan señalada honra...

»Y no queda aquí la responsabilidad que pesa sobre vosotros. Pensad en la tierra que os ha equi-

pado y enviado á esta campaña; pensad en que representais aquí el honor y la gloria de Cataluña; pensad en que sois depositarios de la bandera de vuestro país... y que todos vuestros paisanos tienen los ojos fijos en vosotros para ver cómo dais cuenta de la mision que os han confiado.

»Uno solo de vosotros que sea cobarde, labrará la desgracia y la mengua de Cataluña.—Yo no lo espero. Recordad las glorias de nuestros mayores, de aquellos audaces aventureros que lucharon en Oriente con Reyes y Emperadores, que vencieron en Palestina, en Grecia y en Constantinopla. A vosotros os toca imitar sus hechos y demostrar que los Catalanes son en la lid los mismos que fueron siempre.

»Y si así no lo hiciereis; si alguno de vosotros olvidase sus sagrados deberes y diese un dia de luto á la tierra en que nacimos, yo os lo juro por el sol que nos está alumbrando, ¡ni uno solo de vosotros volverá vivo á Cataluña!

»Pero si correspondeis á mis esperanzas y á las de todos vuestros paisanos, pronto tendreis la dicha de abrazar otra vez á vuestras familias, con la frente coronada de laureles; y los padres, las madres, las mujeres, los amigos dirán llenos de orgullo, al estrecharos en sus brazos: *Tú eres un bravo catalan.*»

Imposible es que te figures ni que yo te describa la manera que tuvo el Conde de Reus de pronunciar esta brillante alocucion.

Al principio la interrumpieron vivas y aclamaciones... Al final todo el mundo lloraba (todos llorábamos), miéntras que el gran batallador, de pié sobre los estribos del árabe corcel, rígido, convulso, inflamado, parecia trasportado á los antiguos tiempos, á los dias de los Jaimes y Berengueres, y comunicaba á todos los corazones el entusiasmo

heroico de su alma, el calor de su sangre belicosa y la extrema energía de su temperamento.—¡Cuán tremendo en la amenaza! ¡Qué arrebatador en el elogio! ¡Qué insinuante en la promesa! ¡Qué sublime, al evocar la pasada historia!.

¡Llorábamos todos, sí; viejos y niños, Generales y soldados, españoles y extranjeros! ¡Todos comprendian en tal instante aquel idioma extraño; todos palpitaban á compas con aquel corazon embravecido; todos ansiaban ardientemente la llegada del nuevo dia, la hora de la refriega, el momento de la embestida y el asalto!

¡Ah! ¿qué pensarian los Moros prisioneros en *Fuerte-Martin*, al contemplar desde las almenas aquel magnífico espectáculo?—¿Qué dirán mañana las hordas enemigas al divisar en la llanura esta nueva hueste, de tan raro uniforme y que con tanto ímpetu acometerá al frente de nuestros Batallones?

¡Eterno, inolvidable será el dia que nos espera!—¡Húndase pronto en Occidente el sol de hoy, y luzca sin tardanza la nueva aurora!

A las 9 de la noche.

Aún cojo la pluma para copiar algunas frases que oigo en este instante y que te revelarán, mejor que yo pudiera hacerlo, el estado de los ánimos y las preocupaciones que nos agitan en esta solemne noche.

A dos pasos de mi tienda hay una Fonda Francesa, de que creo haberte hablado. En ella se reunen ordinariamente muchos Jefes y Oficiales á be-

ber y á conversar, hasta las nueve de la noche, en que resuena el toque de *silencio*, se apaga la luz, y todo el mundo se va á dormir.

Es esa hora: las cornetas han dado la última señal, y la tertulia de la Fonda se dispersa á la puerta de mi tienda.

—¡Adios! (dice uno): hasta mañana á la noche, si estamos vivos.

—Que no hagas locuras...—responde otro.

—Mándame á tu asistente, despues de la batalla, con noticias tuyas...

—Que Dios quiera que nos veamos...

—Y, si me ocurre alguna cosa, no olvides los encargos que te he hecho...

—Adios: ¡buena suerte!

—Adios... ¡hasta el valle de Josaphat!

—Adios... ¡y viva España!

—Adios, y sea lo que Dios quiera...

Este murmullo de tiernos y alegres *adioses* se aleja poco á poco, apagándose con el rumor de los sables y de las espuelas...

Ya no se oye en todo el Campamento más ruido que la palpitacion eterna del vecino mar, el canto de las insomnes ranas, y el *¿quién vive?* de algunos centinelas.

Yo me despido tambien de tí, como acabo de hacerlo de mi familia: te prometo escribirte mañana á la noche, si no me lo estorba algun accidento, además del cansancio de la batalla; y apago la luz, murmurando en lo íntimo de mi corazon la última frase que resonó hace poco detras de esa pared de lienzo:—«*¡Sea lo que Dios quiera!*»

XIV.

Batalla de Tetuan.

Del Campamento enemigo, á 4 de Febrero 1860.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
cayó vencido el reino lusitano
y se acabó su generosa historia,
no estés alegre y de ufanía llena
porque tu temerosa y flaca mano
alcanzó tal victoria,
indina de memoria:
que si el justo dolor mueve á venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza
compensarás muriendo el hecho ultraje,
y Luco amedrentado el mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

(Herrera.)

¡Victoria! ¡victoria!—Dios ha combatido con nosotros! ¡Ya no tenemos enemigos! ¡*Tetuan* será nuestro dentro de algunas horas! ¡Gloria á España! ¡Gloria á O'Donnell! ¡Gloria á nuestro invencible Ejército!

¡Echad las campanas á vuelo! ¡vestíos de gala! ¡corred á los Templos, y alzad himnos de gratitud al Dios de las misericordias! ¡Regocijaos, Españoles! ¡Pasead en triunfo, por ciudades y aldeas, por campos y montañas, el pabellon morado de Castilla! ¡Empavesad los barcos: prended de los balcones vistosas colgaduras: recorred las calles con músicas y danzas: visitad los sepulcros de nuestros mayores: despertad de su sueño eterno á los once Al-

fonsos, á los Sanchos y Fernandos, á Isabel la Católica y á Cisneros, al Cid y á D. Juan de Austria: encomendad al padre Tajo que lleve la fausta nueva á nuestro hermano el Portugal: repique gozosamente la Campana de la Vela: cubrid de negros paños el alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada: sembrad de flores las llanuras del Salado, de las Navas y Clavijo: resuenen desde Irun á Trafalgar y desde Reus á Finisterre salvas y aplausos, vítores y serenatas: canten los poetas: entonen un *Te-Deum* los Sacerdotes: enjuguen su llanto las madres, las huérfanas y las viudas que han perdido en esta guerra las más queridas prendas de su alma, y sea la tierra leve, y gloriosa la resurreccion, á los ínclitos héroes que han muerto á nuestro lado!

¡Oh! ¡qué felicidad, amigo mio! La mera fecha de esta página te lo dice todo... ¡Hemos vencido una vez más! ¡Hemos vencido de una vez para siempre! ¡Hemos coronado nuestra larga obra!—Estamos á las puertas de *Tetuan*: los Campamentos enemigos han caido en nuestro poder: los Ejércitos marroquíes huyen deshechos y atribulados por esas montañas. Sus cañones, sus tiendas, sus equipajes, sus víveres, todo lo han dejado en nuestras manos.—Te escribo en la tienda del Príncipe y General Muley-Ahmed. Nuestros más humildes soldados dormirán esta noche sobre las alfombras y bajo las tiendas de los vencidos Jefes del Imperio. El pabellon de España ondea sobre la *Torre de Jeleli*, sobre la tienda de Muley-Abbas, sobre cien quintas y caseríos!—Los himnos que tocan en este instante nuestras músicas son repetidos por los ecos de las murallas de *Tetuan*. Nuestros cañones,

puestos ya en batería, amenazan á la Ciudad infiel, y sólo la clemencia y el respeto á la desgracia nos impiden reducirla á escombros...—¡Qué triunfo tan rápido, tan completo, tan maravilloso!

Anoche á estas horas... tú lo recordarás... nos hallábamos á dos leguas de aquí, en la arenosa playa, agitados por mil ocultos temores.—Hoy... ya está todo terminado. La misma guerra acaso ha concluido. El Sitio de la plaza será de todo punto innecesario... ¿Qué puede hacer sino rendirse?—¡Se acabó, pues, la sangre! ¡Terminó el largo martirio de nuestras tropas!—¡Oh... ¡qué dichosa será España dentro de algunos momentos!—¡Patria del corazon! ¡Cómo nos gozamos en tu alegría!

Pero demos tregua por un instante á tan inefable regocijo, á tan celestial entusiasmo. Apartemos la consideracion de tantas esperanzas, de tantas emociones, de tantas ideas como nos agitan desde que penetramos triunfantes en los Reales enemigos. Recordemos el dia de hoy: retrocedamos á nuestro antiguo Campamento: describamos la portentosa batalla, ántes de que nuevas impresiones borren ó empalidezcan sus vivísimas imágenes: hagamos, en fin, que vuelva á aparecer en Oriente el fausto sol que acaba de ocultarse, y que su bendecida llama alumbre otra vez este venturoso 4 DE FEBRERO, que vivirá eternamente en las páginas de la Historia.

Toda la noche de ayer sopló un helado viento del Norte, que por vez primera nos hizo probar este

año el riguroso frio del invierno. Antes del dia nevó un poco, despues de lo cual mudóse el viento en manso Levante, que dulcificó la temperatura y convirtió la nieve en ligera llovizna. Por último, al amanecer de hoy observamos que todos los buques surtos en la Rada se hallaban ya en franquía, dispuestos á abandonarnos si arreciaba el viento: en cuya virtud, y visto el cáriz de temporal que presentaba la atmósfera, revocóse la órden de decampar y se mandó á todo el Ejército esperar armado y con los equipajes corrientes hasta recibir nuevo aviso.—¡Figúrate nuestra desesperacion!...

Al fin, á las ocho y media, despejóse un tanto el cielo y salió el sol; cambióse de pronto el Levante en un Poniente seco y apacible, y apagaron los Vapores sus calderas...

Dióse, pues, la órden de marcha, y la más dulce alegría volvió á todos los corazones.

Un momento despues no habia otras tiendas á las orillas del Martin que las del Cuerpo de Reserva; el cual debia permanecer allí defendiendo los Fuertes últimamente construidos y protegiendo nuestra retaguardia.—Las demas tiendas del Campamento en que hemos vivido los últimos diez y ocho dias desaparecieron como por encanto, y una larga hilera de acémilas empezó á desfilar rio arriba con direccioná *Tetuan*.—Es decir, que jugábamos el todo por el todo.

Entretanto, la tropa habia tomado un ligero rancho y se formaba ya por Batallones en el lugar que ántes ocupaban sus tiendas. El General en Jefe y su Cuartel General recorrian la llanura en obser-

vacion del enemigo, y sus Ayudantes y los Oficiales de Estado Mayor iban de un lado á otro, á todo el correr de sus caballos, trasmitiendo órdenes y organizando la expedicion.

En el Campamento moro notábase tambien alguna novedad. El número de sus tiendas se habia aumentado, y muchas de ellas habian cambiado de lugar durante la noche, ocupando ahora las crestas de las montañas, cual si se hubiesen puesto tambien *en franquía*, temiendo otra tempestad.—Indudablemente, los Moros sabian que les atacábamos hoy.

Dióse, por último, la señal de partir, y las tropas empezaron su movimiento, atravesando el rio Alcántara por cuatro puentes que el Cuerpo de Ingenieros habia echado anoche, al amparo de las tinieblas. Por lo tanto, á los pocos minutos de marcha, nuestro brillante Ejército estaba formado en una hermosa y dilatada llanura, á la vista del enemigo, en el mismo órden que debia conservar durante toda la batalla.

Este órden era el siguiente:

El Segundo Cuerpo, al mando del General Prim, marchaba por la derecha, con dos Brigadas escalonadas por batallones, y las otras dos, á retaguardia, en columnas cerradas.—Entre unas y otras iban dos Baterías de Montaña y dos del Segundo Regimiento Montado.

El Tercer Cuerpo, mandado por el General Ros, caminaba á la izquierda en la misma forma, ocupando su centro tres Escuadrones del Regimiento de Artillería de á caballo.

Entre ambos Cuerpos de Ejército iba el Regi-

miento de *Artillería de Reserva*, precedido de los *Ingenieros*.

Y detras de éstos, extendíase toda nuestra CABALLERÍA en dos líneas, como cerrando la marcha y escoltando á las masas de Batallones.

En cuanto al CUERPO DE RESERVA, á las órdenes del General D. Diego de los Rios, ya dejo indicado que debia avanzar independientemente, por nuestro flanco derecho, hasta la altura del *Reducto de la Estrella*, en donde permaneceria amenazando de contínuo la extrema izquierda del Campamento moro; pero sin empeñar Accion, á ménos que el enemigo cayese sobre él ó intentase atacar nuestra retaguardia.

Quedaban con este Cuarto Cuerpo dos Baterías, una de ellas de Montaña y la otra del Quinto Regimiento Montado (1).

Cerca de una hora pasaria aún sin escucharse ni un solo tiro. El SEGUNDO y el TERCER CUERPO adelantaban lentamente por el Llano, con el arma al hombro y en la más correcta formacion. Un silencio imponente y majestuoso reinaba en las filas, interrumpido tan sólo por el sordo y acompasado andar de las masas sobre la hierba y por el áspero crujir de las ruedas de los cañones.

A eso de las diez se saludaron al fin los dos Ejércitos. Una de las *Lanchas Cañoneras* que subian por el Martin protegiendo nuestro flanco izquierdo con-

---

(1) Recordarás que el PRIMER CUERPO de Ejército, mandado por el General Echagüe, se quedó guarneciendo el *Serrallo* cuando emprendimos nuestra marcha el 1.° de Enero.—Por eso no he vuelto á hablarte de él.

tra el daño que á mansalva hubiera podido hacérsenos desde el lado allá del rio, avistó algunos Moros que venian por aquel lado, y les hizo fuego. —Este primer cañonazo bastó para alejarlos; pero, como si aquella hubiese sido una señal aguardada con impaciencia, á nuestro disparo respondieron inmediatamente los cañones moros que guarnecian sus parapetos, y dióse por principiada la batalla.

Los gruesos proyectiles que nos lanzaba el enemigo alcanzaban á nuestros Batallones, si bien no les causaban gran daño. Los artilleros marroquíes tiraban por elevacion, y las balas caian casi siempre en los claros de las filas.—Seguimos, pues, caminando, sin atender á aquel mal dirigido fuego ni contestarle por entónces.—Nuestras masas continuaban alineadas y unidas como en un simulacro; y las que encontraban un pantano ó una laguna, penetraban en el agua sin perder la formacion.

Así llegamos á situarnos á unos mil setecientos metros de las baterías contrarias.—Su cañoneo era cada vez más vivo: la *Torre de Jeleli* habia unido sus disparos á los de la llanura: los globos de plomo pasaban zumbando sobre nuestra frente, como aerolitos atraidos por la Tierra: las columnas de aire que conmovian, azotaban á veces nuestro rostro, y el golpe brusco y ahogado que daban al sepultarse en el suelo, se parecia al último resoplido del toro cuando fenece, ó de la locomotora cuando se para.

Los Moros, entretanto, viendo que nuestro movimiento era siempre de frente y con direccion al extremo Sur de sus trincheras, comprendieron en parte nuestro plan; y, dejando á sus cañones y á

sus infantes el cuidado de defender los amenazados Campamentos, avanzaron por nuestra derecha en número de cuatro ó cinco mil jinetes, con el visible propósito de interponerse entre nuestro Ejército y el terreno que acabábamos de abandonar, y atacarnos por retaguardia cuando más empeñados estuviésemos por el frente.

Pero el General O'Donnell no se inquietó por esto. Lo admirable de su plan era haber adivinado y prevenido todo lo que los Mahometanos habian de intentar hoy. El CUARTO CUERPO, que permanecia inmóvil y sobre las armas en el *Reducto de la Estrella*, no tenía precisamente otro encargo que evitar el que los Moros nos envolviesen de la manera que ya pensaban hacerlo. Dejó, pues, el Conde de Lucena al General Rios el cuidado de entenderse con la Caballería africana, y continuó su resuelta marcha de frente.

Llegamos, en fin, á encontrarnos á un kilómetro de las baterías enemigas, y sólo entónces mandó el General en Jefe hacer alto á nuestras masas y avanzar á la *Artillería de Reserva*.—Diez y seis cañones ocuparon instantáneamente nuestra vanguardia, y rompieron un vivísimo fuego contra la posicion enemiga. Una densa cortina de humo nos robó por un instante la vista del Campamento moro: un largo trueno ensordeció el espacio, y la soledad salvaje de los montes circunvecinos se estremeció hondamente con el fragor de la descomunal batalla...—¡Magnífica, soberbia sinfonía: digno prólogo de la espantosa tragèdia que se preparaba!

Ya en adelante, la ruidosa tempestad fué aumentando en rápido *crescendo*. Á la *Artillería de Reser-*

va, que empezó á ganar terreno, marchando por Baterías, unió pronto sus bárbaros estampidos la *Artillería Rayada* de á cuatro, de la que un Regimiento entero salió al galope por nuestra izquierda, principiando á batir el flanco derecho de los atrincheramientos marroquíes.

Aflojó, en su consecuencia, un poco el fuego de las piezas enemigas. El nuestro, en cambio, se duplicó en breves instantes. Dos nuevos Regimientos de Artillería (seguidos y sostenidos por los treinta y dos Batallones de Infantería, que volvieron á ponerse en marcha) entraron juntos en accion, vomitando granadas encendidas, miéntras que dos Baterías más, del Segundo Regimiento Montado, cañoneaban el extremo Norte del Campamento moro y rechazaban las fuerzas de infantería y caballería que bajaban á apoyar á los seis mil jinetes agrupados en torno de las posiciones del General Rios.

Por lo que allí pudiera acontecer, mandó entónces el Conde de Lucena al Brigadier Villate que se corriese por aquel lado con sus Escuadrones de Lanceros, y obrase en combinacion con el Cuerpo de Reserva si los Moros insistian en atacar nuestra retaguardia: dispuesto lo cual, nosotros continuamos marchando por nuestra parte en el seno de una verdadera tormenta.

Aun no se habia disparado un tiro de fusil ó de espingarda.—Sólo el cañon tronaba reciamento en la llanura.—Así llegamos á unos seiscientos metros de las fortificaciones enemigas.

En este momento se presentaron por nuestra izquierda, siguiendo el curso del Guad-el-Jelú, algunos Moros de á pié y de á caballo; pero el General

Mackenna se adelantó á su encuentro con dos Batallones, y el fuego de nuestras guerrillas bastó para rechazar á los Agarenos hácia la Plaza. Sin embargo, el bravo General (ya protegido por la *Brigada de Lanceros*, que mandaba en persona el General Galiano) permaneció hasta el fin de la Batalla en aquella comprometida posicion, interpuesto entre la Ciudad y el Campo de los Marroquíes.

En el ínterin, el TERCER CUERPO se adelantaba al SEGUNDO, que habia vuelto á hacer alto; seguia un recodo del Martin; rebasaba denodadamente el ángulo de la trinchera enemiga; hacía un cambio de frente sobre la derecha, y amenazaba el flanco izquierdo de los Moros, á cuatrocientos metros de distancia de sus cañones...

A igual altura se puso por el frente el SEGUNDO CUERPO.—Es decir, que el Campamento de Muley-Ahmed estaba medio envuelto.—¡Acercábase, por tanto, el momento de la suprema embestida!...—Nuestras columnas se pararon por tercera vez.

. Tratábase de apagar los fuegos de la Artillería enemiga ántes de emprender la lucha de unos infantes contra otros. Pero las trincheras de los Musulmanes, construidas con tierra y arregladas á los adelantos del arte, no permitian á nuestras piezas desmontar las suyas. Causaban, sí, grandes destrozos en las fortificaciones; introducian la muerte y el espanto en los que las custodiaban; hacian callar á veces á todas sus bocas de fuego...; mas al poco rato volvian éstas á bramar sedientas de matanza, miéntras que desde la *Torre de Jeleli*, desde la Alcazaba de *Tetuan*, y desde las artilladas Puer-

tas de la misma Plaza nos enviaban una incesante lluvia de sólidos proyectiles...

Nuestros bizarros Artilleros no desisten, sin embargo, de su propósito; y, adelantados á todo el Ejército, á pecho descubierto (y no detras de espesas murallas como los Marroquíes), colocan en batería cuarenta piezas, y rompen un cañoneo horroroso, cerrado, incesante, contra los fuertes enemigos.—¡Nunca faltan del aire diez ó doce granadas!—¡Nunca se interrumpe el prolongado trueno de los bronces!

En esto principian á alzarse nubes de polvo revueltas con el humo de las Baterías contrarias...—¡Es la trinchera que se derrumba!—Además muchas granadas entran en el Campo contrario y revientan á nuestra vista, incendiando las tiendas y destrozando á los hombres, cuyos cuerpos vemos volar en pedazos...—¡Todo inútil, sin embargo! ¡Nada quebranta hoy el desesperado valor de los Agarenos!

De pronto, elévase una anchísima, densa y aplomada columna de humo, que, arrancando de entre las tiendas islamitas, sube á nublar el infinito cielo; y un estruendo nunca oido, superior al estampido de mil truenos, resuena al mismo tiempo en aquel lugar, haciendo estremecerse hasta el húmedo suelo que pisamos...—¡Oh ventura! ¡Es que una granada nuestra ha caido en un repuesto de pólvora y lo ha volado!—¡Qué regocijo en nuestras filas! ¡cómo se adivinan los estragos que habrá producido esta catástrofe en el Ejército enemigo!

Y nuestra Artillería avanza siempre, corriendo y disparando, estrechando cada vez más en un círculo

de bronce el codiciado Campamento...—Las *Baterías de á caballo* se baten en guerrilla... Hay una, la del capitan Alcalá, que gallardea vistósamente delante de los cañones marroquíes... En pos de ellas avanzan las restantes con pasmosa serenidad. Y por los claros de las piezas adelántanse tambien los Batallones; *paso á paso*, porque así lo mandan los Jefes; pero agitados, impacientes, fogosos, enardecidos hasta el frenesí por el olor de la pólvora, por el estallido de los cañones, por la proximidad de la presa...

—*¿Cuándo? ¿Cuándo?*—parece que dicen nuestros soldados, nuestros bizarrísimos infantes, requiriendo sus bayonetas...

—*¿Cuándo? ¿Cuándo?* —parece que preguntan Ros de Olano y Prim, refrenando sus impacientes bridones, á la cabeza de las ordenadas tropas...

—*¿Cuándo? ¿Cuándo?*—exclama todo el mundo, viendo caer deshechos á algunos de nuestros soldados bajo las ponderosas balas de los cañones enemigos...

—*¡Ahora!—¡Ya!—¡Viva la Reina! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!*—grita de pronto el General O'Donnell, cuando calcula que nuestra Infantería puede llegar de un solo aliento, de una sola carrera, á las trincheras moras, y saltarlas, y penetrar en los Campamentos...

—*¡A la bayoneta! ¡A ellos!* — contestan veinte mil voces.

Y todas las músicas, todas las cornetas, todos los tambores repiten la señal de *ataque*; y los treinta y dos Batallones, y la Caballería, y el Cuartel General, y la Artillería, y los Ingenieros, ¡to-

dos, en fin! acometen furiosamente á las posiciones enemigas, como impulsados por un solo y mágico resorte, como un pantano que rompe su dique, como la mar, cuando la vuelca sobre la playa un terremoto.

¡Oh momento!—¡Yo no sé; yo no puedo describirlo! Su mero recuerdo inflama mis sentidos y agolpa á mis ojos lágrimas de entusiasmo...—¡Qué embriaguez! ¡Qué vórtigo! ¡Qué locura aquella!—La alegría, el furor, la soberbia española, el miedo de que los Moros tuvieran tiempo de rehacerse y nuestros soldados para cansarse; la súbita aparicion de la Patria, regocijada por tan hermoso triunfo; la admiracion y la gratitud que los unos sentíamos hácia los otros; la larga agonía pasada; la desesperacion hasta entónces reprimida; la curiosidad de conocer el Campamento árabe; todo nos enardecia, todo nos arrebataba, todo nos trastornó la razon á tal punto, que, jóvenes y viejos, próceres y reclutas, todos se saludaban, todos se hablaban sin conocerse, todos se daban la mano, todos reian y lloraban á un mismo tiempo, como los que se vuelven locos de felicidad!

¡Y, sin embargo, aquel momento era horrible; era mortal; era desastroso! Corriendo, como íbamos, entre músicas y aclamaciones, entre *vivas* y jubilosa fiesta, mil y mil tiros nos recibian á boca jarro.—¡Treinta mil enemigos guarnecian las dilatadas trincheras! ¡treinta mil espingardas nos apuntaban al corazon!...

Y ¡cómo caian nuestros Jefes, nuestros Oficiales, nuestros soldados! ¡Cuántos, cuántos, Dios mio!—Fueron treinta minutos de lucha; treinta minutos

solamente..., y más de mil españoles se bañaban ya en su sangre generosa!

Pero ¿qué importaba?—¿Ni quién reparó en ello?—¿Qué importaba, si nuestras tropas habian acometido de frente y de flanco, escalado el muro de tierra con manos y piés, derribado á las numerosas huestes que lo guardaban, tomado los cañones á la bayoneta (despues de recibir sus últimos y mortíferos disparos á quema-ropa), invadido el Campamento como una inundacion, luchado cuerpo á cuerpo, fuera y dentro de las tiendas, entre los cañaverales y los árboles, sembrado de muertos su triunfal camino, y puesto en vergonzosa fuga á todo el Ejército mahometano?

¿Y he de decirte yo quién mereció más, quién penetró el primero, quién derramó más sangre fementida?—¡Todos fueron iguales! ¡Todos eran uno solo! ¡Todos acometieron con igual brío! ¡Nadie pensó en sí propio, sino en el resto del Ejército! ¡Nadie deseó triunfar por sí mismo, sino que triunfase España! ¡Nadie trató de llegar por sí al término de aquella carrera, sino de que llegase el Estandarte Nacional!—¡Eran veinte mil hijos de una misma madre; criados á sus pechos; poseedores de su sangre de leona, que luchaban por su fama y en su nombre, y que triunfaban ó morian allí donde los colocó la suerte, peleando con los primeros enemigos que hallaban á las manos, sin otro pensamiento que la Cruz y su Bandera, símbolos sagrados de su Dios y de su Patria!

. . . .

Y, con todo, ¿cómo pasar en silencio los más culminantes episodios de tan heroica embestida?

¿Cómo callar los hechos inmortales que he tenido la felicidad de ver?

Diré, pues, en primer lugar, el arrojo y bravura del General en Jefe, de D. Leopoldo O'Donnell, del héroe de la Batalla...

Desde el dia de los *Castillejos*, nadie le habia vuelto á ver convertido, de ordenador de la lid, en instrumento de ella, de Jefe supremo en batallador, de General en soldado...—¡Hoy sí! Hoy volvió el entusiasmo á su alma, el fuego bélico á sus venas, la ardiente poesía del combate á su corazon.—Hoy, como nunca, inflamado, vehemente, impetuoso, dominaba con su talla marcial y arrogante las masas de Infantería y Caballería; hoy, como en sus heroicos tiempos de coronel, de brigadier y de mariscal de campo, lanzábase á las balas con el acero desnudo, buscando al enemigo, arengando á las tropas, lleno de actividad y de fuerza, resplandeciente el rostro de júbilo y de ternura, con el llanto del amor patrio en los ojos, inspirado, grandioso, verdaderamente sublime!

—*¡En avant! ¡En avant!* (adelante! ¡adelante!) *¡Viva la Reina!* — gritaba, saltando la trinchera, metiendo su caballo en lo más recio de la lid, y penetrando de los primeros en el Campamento enemigo...

—¡*Soldados*! ¡*Viva España*! — exclamaba otras veces, dirigiéndose á los que luchaban y á los que morian.

—*¡Viva la Infantería española!*—añadia, por último, volviendo el rostro hácia su Cuartel General, como él entusiasmado al ver la violencia irresistible de nuestros Batallones.

Y la voz, el gesto, la actitud del ilustre Caudillo nos arrebataban á todos; nos subyugaban materialmente; nos hubieran hecho despreciar mil vidas que tuviéramos.

—¡*Viva O'Donnell*!—gritaban Generales y soldados...

—¡*Viva la Reina*!—gritaba el General en Jefe.

—¡VIVA EL DUQUE DE TETUAN!—se oyó por primera vez en las filas de no sé qué Regimiento.

—¡VIVA EL DUQUE DE TETUAN!—repitieron mil y y mil voces, saludando espontánea, tierna, cariñosamente al antiguo vencedor de Lucena, al actual vencedor del Moro!

Y los acordes de la Marcha Real, confundidos con el *toque de ataque* que resonaba en una extension de legua y media, solemnizaban aquella augusta aclamacion; la más verdadera, la más legítima, la más espontánea de cuantas he presenciado en toda mi vida!

. . . .

Diré tambien de los *Voluntarios Catalanes* la singular hazaña con que han levantado su nombre en un solo dia al grado de esplendor que ya gozaban los más afortunados héroes de toda esta guerra.

Los nobles hijos del Principado iban de vanguardia, como desearon, capitaneados por el General Prim; pero, en el instante crítico de la carrera y del ataque, cuando ya les faltaban veinte pasos para llegar á la artillada trinchera, encontráronse cortados por una zanja pantanosa, que altas hierbas acuáticas encubrian y disimulaban completamente.

Caen, pues, déntro las primeras filas de *Volun-*

tarios Catalanes, y, no bien lo notan los Moros (que contaban con semejante accidente), pónense de pié sobre sus parapetos y fusilan sin piedad á nuestros hermanos. ¡Pero éstos no retroceden! ¡Sobre los primeros que se han hundido, pasan otros, y los muertos y heridos sirven como de puente á sus camaradas!...

¡Vano empeño! ¡Inútil heroísmo!—Los Moros siguen cazándolos á mansalva, y ya no apuntan sino á aquellos que penosamente logran salvar el pantano y pasar á la otra orilla... ¡Así van cayendo, uno detras de otro, aquellos bravos!...

Y, á pesar de esto, no desisten... Aunque la zanja está llena de muertos y heridos, han logrado juntarse al otro lado de ella unos cien *Catalanes*... Intentan, pues, avanzar hácia la próxima trinchera; pero los Moros, que han crecido en número por aquella parte, les hacen descargas cerradas que los diezman y aniquilan...—¿Qué partido tomar?—Los *Voluntarios* se paran, como preguntándose si deben morir todos inútilmente en lucha tan desigual y bárbara, ó si les será lícito retroceder...

El General Prim, que estaba á retaguardia de los *Catalanes*, alentándolos para que ninguno dejase de pasar el tremendo foso, ve aquella perplejidad y oscilacion de los que ya han saltado á la otra orilla, y corre á ellos, á todo escape de su caballo moro; pónese á su frente, sin cuidarse de las balas, y, con voz mágica, tremenda, irresistible:

—¡*Adelante, Catalanes*! (grítales en su lengua:) ¡*No hay tiempo que perder*!... ¡*Acordaos de lo que me habeis prometido*!

¡No fué menester más! Los *Voluntarios* bajan la

cabeza y acometen como ciegos toros á la formidable trinchera.

Prim va delante, como el dia de los Castillejos... Llega; ve un portillo en el muro, y mete por él su caballo, cayendo como una exhalacion en el Campo enemigo. .

Espántanse los Moros ante aquella aparicion... Algunos retroceden... Uno, más osado, llega blandiendo su gumía á dar muerte á nuestro bizarro General...

Este se convierte en soldado; blande su corvo acero, y derriba á sus piés al insolente Moro.

Simultáneamente, los *Voluntarios* se encaramaban como gatos por la muralla de tierra; penetraban por las troneras de los cañones; ensangrentaban sus bayonetas hasta el cubo; vengaban, en fin, á sus compañeros, asesinados poco ántes á mansalva!

¡Brava gente! La tierra que los ha criado puede envanecerse de ellos. La primera vez que han entrado en fuego han perdido la cuarta parte de su fuerza. Su Jefe, el Comandante Sugrañés, ha muerto como bueno á las veinte horas de desembarcar en Africa, cumpliendo al General Prim la palabra empeñada de dar su vida por el honor de Cataluña!—¡Honor á él y á sus valientes soldados! ¡Gloria á la tierra de Roger de Flor! ¡Vítores sin cuento á la madre España!

. . . .

Miéntras así se portaban los *Catalanes*, los Batallones de *Leon* y *Saboya* hacian iguales prodigios por su lado.

Saboya acometió de frente á un cañon..., al úl-

timo que pudieron cargar los Moros... Ya lo tocaba con la mano, cuando el formidable monstruo vomitó un torrente de metralla sobre la Compañía de Granaderos; y, ¡ay! la mitad de ella fué barrida, deshecha, bárbaramente mutilada!—Un Teniente (D. Miguel Castelo), todos los sargentos, y treinta y cinco individuos de tropa cayeron muertos ó espantosamente heridos...—El Teniente murió en el acto.

Mandaba la Compañía el Capitan D. José Bernad y Tabuenca.—*Mi General* (habia dicho éste á Prim pocos momentos ántes): *¡quíteme usted de delante esa guerrilla!*—Y, una vez despejado su frente, entró en columna por la tronera, perdiendo la mitad de su tropa de la manera que te he dicho.—¡Pero la primera persona que Bernad encontró en el Campamento moro fué al mismo General Prim, quien avanzó á recibirlo y le tendió la mano, felicitándole ardorosamente!

Proezas semejantes realizaban por todos los puntos del parapeto el Regimiento de *Leon*, los Cazadores de *Alba de Tormes*, el primer Batallon de la *Princesa* y los dos de *Córdoba*.—¡Todos iban penetrando en los Reales enemigos, bajo el más espantoso fuego, ora disparando sus carabinas, ora empleándolas como mazas, ora acometiendo á la bayoneta!—¡Prim estaba henchido de gratitud y de entusiasmo, al verse á la cabeza de tales hombres!

. . . .

Al mismo tiempo que se tomaba de este modo el frente de la trinchera, el Cuerpo de Ejército del General Ros de Olano, con el cual iba el General O'Donnell, penetraba como un torbellino por el

flanco izquierdo del Campamento moro...—¡Tambien allí encontramos fosos y acequias, parapetos y bardales: tambien allí el aire estaba cuajado de balas, y la muerte se cernia sobre todas las cabezas: tambien allí cada paso costaba una preciosa vida, y cada grito de «¡*España!* ¡*España!*» celebraba prodigios de valor, arranques de heroísmo!

El Regimiento de *Albuera*, mandado por el intrépido Alaminos; *Ciudad-Rodrigo*, mi ilustre Batallon; el de *Zamora*, y el Primero de *Astúrias*, entran los primeros en aquel laberinto infernal, en aquel cáos de gloria y de matanza... Cada tienda mora, cada árbol en flor, cada cañaveral, cada seto, presencia un desafío, un lance personal, una lucha cuerpo á cuerpo. Los Jefes ensangrientan sus espadas: los Oficiales responden á pistoletazos á las espingardas morunas. El fuego es á quemaropa... El arma blanca y la de fuego se emplean á igual distancia. Los gritos de triunfo y los de agonía resuenan en discordante confusion. La muerte, ciega ya y fatigada, no escoge sus víctimas, sino que blande su segur á diestro y siniestro, y así derriba á Moros como á Cristianos, y acaso muchas veces una misma bala hiere al adversario y al amigo, ó un Moro mata á otro, ó un Español derrama sin querer la sangre de su hermano...

¡Horror! ¡Horror! — Una escena semejante no podia durar mucho tiempo sin acabar con una y otra hueste...—¡No duró!—Fué, como te he dicho, una tempestad de treinta minutos... ¡Treinta minutos en que quedaron más de tres mil hombres fuera de combate!

. . . .

Llegó al cabo un momento en que los Moros se vieron envueltos materialmente. El temerario General García, con algunos Guardias Civiles, llegaba *por retaguardia*... El General Mackenna los estrechaba más arriba... Ros de Olano, Turon y Quesada arremetian por toda la extension de sus posiciones... Prim y Orozco avanzaban de tienda en tienda, siempre de frente y cada vez con mayor brío... D. Enrique O'Donnell subia ya por la derecha, con su Division, apoderándose del Campamento de Muley-el-Abbas y encaminándose á la *Torre de Geleli*. Nuestros cañones, en fin, volvian á tronar, lanzando una lluvia de granadas sobre los barrancos en que podian estar escondidos los Musulmanes tratando de rehacerse...—¡Un minuto más de resistencia, y aquel anillo se cerraba, y todo su Ejército era nuestro prisionero!...—¡Ceder ó morir! ¡Adandonar su Campo ó entregarse con él!...—A tal alternativa habíamos reducido al enemigo.

Decidióse, pues, por la fuga... Pero ¡de qué modo! ¡Nadie la vió nunca más resuelta, más declarada, más lastimosa!—Alguien debió de dar la voz de «*¡Sálvese el que pueda! ¡Estamos envueltos! ¡Estamos cortados!*»... Ello es que, repentinamente, aquellos indómitos luchadores que sabian pelear como acosados jabalíes, y que parecian hoy decididos á perder la última gota de su sangre ántes que abandonar sus Campamentos, depusieron las armas, prorumpieron en gritos de terror, saltaron de entre los setos y la lona y huyeron por todos lados, levantando las manos al cielo, y volviendo la cabeza para maldecirnos, ó para saludar sus ama-

das tiendas, en que dejaban todo su haber y además su honra y su esperanza...

Este pánico cundió por todas partes. La Caballería mora, tendida por la llanura (y que no habia osado rebasar el *Reducto de la Estrella*, temerosa de verse envuelta por los Batallones del General Rios), salió tambien á todo el escape de sus corceles, dispersa, desordenada, despavorida, y se amparó de las montañas colindantes, por cuyas crestas desapareció bien pronto.—¡Todos... todos huyeron!—Y nadie los seguia; y ellos continuaban su cobarde fuga...

Dijérase que los habian abandonado á un mismo tiempo la fe, el valor, la dignidad, el patriotismo, ¡todo!...—¡*Está escrito*! habrian exclamado probablemente; y corrian, corrian á ocultar su desventura, á reconciliarse con su Dios, á hacer penitencia, á llorar á solas, ó tal vez á matarse los unos á los otros en fratricida contienda, para no ver su mutuo dolor, ó para demostrarse recíprocamente que aún quedaba en sus almas abatidas un resto de ferocidad africana.

¡Y cuán numeroso era el miserable enjambre de los fugitivos! ¡Y cuánto nuestro orgullo al verlos desaparecer atropelladamente!—¡Ya no podrian negarse á sí mismos, ni ocultar á su Emperador, ni disfrazar á los ojos de sus compatriotas el desastroso vencimiento que habia castigado su soberbia! ¡Ya no podrian ménos de confesar que siempre los habíamos derrotado; que todas las fuerzas del Imperio eran nada contra nosotros; que su Dios temblaba ante nuestro Dios; que Marruecos debia rendir homenaje á España!

—«¿Qué ha sido de vuestras tiendas, de vuestros cañones, de vuestra pólvora, de vuestras vituallas? (les preguntarán mañana las ciudades en que irán á guarecerse.) ¿Por qué teneis hambre? ¿Por qué pedís pan? ¿Por qué llorais? ¿Qué habeis hecho de nuestros hermanos y de nuestros hijos?»

Y ellos tendrán que responder:

—«¡Todo, todo ha caido en poder de los Españoles! ¡Dios no quiere que podamos resistir á los Cristianos!»

Pero olvidemos á los Moros por un momento... ¡Vuelve, amigo mio, vuelve tus miradas á nuestras vencedoras tropas, que recorren los cuatro Campamentos enemigos, al són épico de la Marcha Real!

¡Ah! ¡qué botin tan glorioso!—¡El Ejército marroquí ha dejado de merecer este nombre! Ochocientas tiendas de campaña de gran tamaño, muchas con adornos de colores, y entre ellas las de los dos Príncipes y las de todos los Jefes, están en nuestro poder. En las de los Muleyes habia ricas alfombras, blandos divanes, lujosos muebles, vajillas de gran precio y otros curiosos objetos. Muchas se hallaban atestadas de víveres: las habia llenas completamente de naranjas, de harina, de cebada, de galleta, de dátiles y de maíz: en otras encontramos grandes provisiones de pólvora, de balas y de metralla: en todas habia mantas, esteras, jaiques, arneses, espingardas, gumías, pistolas, puñales, jarros, morteros de piedra, mil y mil objetos de que

se ha incautado al paso nuestra regocijada tropa, como señora y dueña, por derecho de conquista, de lo que ha ganado en buena lid.

Yo me he contentado con una *guzla* estrecha y larga (una especie de bandurria de dos cuerdas) sumamente melodiosa, construida con madera de olivo y piel de cordero, y en cuyo mástil torneado se ven misteriosas inscripciones.—Pienso conservarla toda mi vida, formando trofeo con mi vieja tizona toledana.—¡Será una reliquia melancólica que legaré á mis hijos, si Dios me los da en su gracia!—Y, cruzados en humilde panoplia, ambos instrumentos encerrarán toda mi pobre historia de poeta y de soldado, de admirador y enemigo de los Moros...

En la trinchera y en la *Torre de Jeleli* hemos tomado nueve cañones. A la puerta de várias tiendas pacian mansamente algunos jumentos enanos y hasta ventiseis camellos, que nos servirán de acémilas. Trescientas sesenta granadas y una infinidad de bombas han sido encontradas en el campamento del Oeste; y, por último, Nuestra Señora de Atocha ha enriquecido su Museo heroico con dos hermosísimas Banderas, azul la una y la otra amarilla, cogidas en el Real del Príncipe Muley-el-Abbas.

Pero nada de esto es lo que yo queria decirte. Lo que yo quisiera que te imaginaras es la impresion que nos produjo esta tarde el aspecto general de los Campamentos, sumando en tal impresion la extrañeza, la curiosidad, la admiracion y la alegría con que observábamos sus más insignificantes pormenores...

Desearia hacerte ver el pintoresco cuadro que presentaban las tiendas entre los floridos árboles; los cañaverales en que estaban atados los asnos y los camellos; las vistosas ropas y raros muebles esparcidos por la tierra; las pilas de naranjas y los cajones ingleses llenos de pólvora; nuestros soldados, riendo y gritando cada vez que encontraban un objeto curioso; la hermosura de la tarde, y las flores silvestres que ya decoran algunos parajes de estas antiguas huertas; y desearia además que comprendieses el encanto que nos causaba el pensar que todo aquello habia pertenecido á los Moros hasta pocos minutos ántes; que en aquel momento lo estarian echando de ménos; que cada objeto acreditaba nuestra victoria, la documentaba, la materializaba, por decirlo así; que podríamos mandar á España aquellos trofeos como testimonio de nuestro completo triunfo; que los habíamos ganado, en fin, al glorioso juego de las armas, y que nada semejante habian conseguido de nosotros los Africanos cuando atacaban nuestros Campamentos del Serrallo, de la Concepcion, de Rio-Azmir y de Guad-el-Jelú...

. . . .

Pero ¡ay! aún nos estaba reservada hoy una impresion de tristeza, que debo contarte por sus especialísimas circunstancias.

Hallábase parado O'Donnell con su Cuartel General en medio del Campamento de Muley-Ahmed, dictando medidas para asegurar su triunfo y guarnecer las posiciones que rodean estas huertas y las muchas casas de labor que se ven por todos lados.

—Ya no se oia ni un solo tiro... Hacía una tarde

hermosa y trasparente. Todos los individuos y agregados del Cuartel General estábamos en torno del Caudillo, llenos de júbilo y entusiasmo, dándonos el parabien como Españoles, ántes que como militares.

Allí se encontraban tambien los Periodistas extranjeros, que habian llegado á cumplimentar á O'Donnell; los Corresponsales de la *Epoca* y de *La Iberia*, señores D. Cárlos Navarro y Rodrigo y don Gaspar Nuñez de Arce, que nos habian acompañado todo el dia y asaltado la trinchera como todo el mundo; el señor D. Jorge Díez Martinez, distinguidísimo caballero, que no se ha separado un instante del General en Jefe durante toda la Campaña; el Conde d'Eu; los Oficiales extranjeros; todo el Cuartel General, en fin, — verdadera tertulia amistosa, en que el contínuo trato y la comunidad de penas y alegrías han unido con inextinguibles afectos todos los corazones.

De pronto, óyese un tiro próximo, y percíbese el silbido de una bala, que pasa por entre nuestras apiñadas cabezas, sintiéndose al mismo tiempo un golpe seco, como el de una aldabà, y un ronco gemido entrecortado por la muerte...

Miramos, y vemos á un anciano, Correo de Gabinete, que ha hecho toda la Campaña, doblarse pausadamente sobre la silla... De su cerebro cae un caño de sangre sobre la grupa de su caballo tordo, y la barba blanca de la infortunada víctima levántase lentamente, á medida que su cabeza, atravesada de parte á parte, va inclinándose hácia atras...

—Muerto... Está muerto... (murmura el General O'Donnell.) Vamos adèlante...

Y, en tanto que pronuncia estas lacónicas palabras, pasa otra bala por enmedio de nosotros; pero sin tocar á nadie...

Indudablemente, un Marroquí se habia quedado escondido en alguna tienda, decidido á asesinar al General O'Donnell.

Miéntras se le buscaba (y por cierto que no se le encontró), nos alejamos de aquel sitio, tristemente afectados por una desgracia tan estéril, tan inesperada, tan alevosa, y, sobre todo, por la consideracion de que aquella bala habia podido matar, despues de su gran victoria, al que ya denominábamos todos EL DUQUE DE TETUAN!

Bajamos, pues, á la trinchera (prudentes y egoistas por la primera vez, como si el triunfo hubiese despertado en nuestro corazon cierta codicia de vivir), y en verdad te digo que en aquel lugar nos aguardaba otro espectáculo mucho más espantoso, pero que no por eso conmovió ni un punto nuestra alma.

Veíase allí el efecto producido por nuestra Artillería en el Campamento de Muley-Ahmed.—Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbon; en el otro charcos de sangre; huellas de pólvora inflamada, jirones de ropas berberiscas, caballos muertos, vituallas y municiones esparcidas al acaso... ¡Oh! era una cosa horrible; pero era tambien una patente de gloria y de fortuna para nuestra Artillería.

Sobre los parapetos y las trincheras veíanse tambien los muertos por la bayoneta ó la carabina de nuestros infantes, y muchos heridos que se que-

jaban lastimosamente.—A éstos se les curó; pero ninguno tenía remedio.

En cuanto á nuestros muertos y heridos, habian sido ya retirados á las Casas de campo inmediatas.—No nos amargó, pues, las alegres horas de esta tarde el cuadro de nuestras lamentables pérdidas, que (segun acaban de decirme) han consistido en mil ciento quince hombres.

. . . .

Voy á concluir.

En este momento son las nueve de la noche.

Nuestras tiendas han sido levantadas entre las de los Moros; pero muchos dormiremos en las de ellos...; más por ufanía que por comodidad.

Nuestros caballos están atados con los mismos cordeles y en las mismas estacas que les servian á los Agarenos para amarrar los suyos.

El pienso que les tenian preparado para esta noche, se lo comen tranquilamente nuestros caballos.

En fin: las reses recien muertas (vacas y ovejas) con que pensaban refocilarse los Marroquíes despues de la batalla, han sido condimentadas y consumidas por nuestros soldados...

¡Ah! ¿qué será entretanto de nuestros desgraciados enemigos? ¿Cómo pasarán la noche? ¿Qué comerán? ¿Dónde encontrarán amparo?

¡Infelices!—Allá se fueron, por lo más áspero de esas montañas, desprovistos de todo, solamente cargados de vergüenza y de infortunio!—¡Qué frio pasarán; qué hambre; qué desesperacion!

Pero á todo esto, mi buen amigo, no te he dicho lo más importante que está ocurriendo miéntras dejo correr la pluma sobre el papel...

¡Admira nuestro valor, y vé si somos ó no somos ya soldados aguerridos!..

Es el caso, que los cañones de la *Alcazaba de Tetuan* no dejan de lanzar balas rasas á este Campamento. Cuatro horas hace que terminó la lid, y desde entónces, de minuto en minuto, caen entre *nuestras* tiendas pesados proyectiles, que afortunadamente no nos han causado todavía daño alguno, pero que bien pudieran más tarde convertir nuestro reposo temporal en sueño eterno!...

Creemos, sin embargo, que esos disparos cesarán muy pronto...—Los habitantes de la Ciudad se habrán reunido en consejo al vernos acampados á sus puertas, y no podrán ménos de resolver la rendicion de la Plaza; con lo cual dejará de hostilizarnos la vigilante fortaleza.

. . . .

Son las diez de la noche, y los cañones de *Tetuan* siguen haciendo fuego...

Que yo sepa, hasta ahora no nos han causado ninguna baja; pero, moralmente, esos cañonazos nos incomodan mucho, pues nos revelan que los Marroquíes son tan tercos, que van á obligarnos á reducir á cenizas, en cuanto amanezca, la Ciudad que idolatran tanto...

Yo, sin embargo, espero todavía en su prudencia.—¡Ah! ¡fuera horrible que entrásemos en *Tetuan* á sangre y fuego!

Y seré franco... No es sólo la piedad la que me mueve á pensar así.—Es la curiosidad artística.—¡Yo quisiera ver un pueblo moro en su estado normal, y no convertido en ruinas! ¡Yo tiemblo á la idea de que todos sus habitantes tomen el camino

de la montaña!—Para monumentos árabes, bastantes he visto en Andalucía.—Yo quiero ver la poblacion, las costumbres, los trajes, los ritos, las fisonomías de los Moros. Quiero hablarles; ser amigo de ellos; penetrar en el fondo de su alma; sorprender el misterio de su extraña vida.

. . . .

¡Las diez y media, y todo sigue lo mismo!

Voy á apagar la luz, no sea que el lienzo de la tienda deje paso á su claridad, y esta sirva de blanco á los cañones moros...

Adios... amigo mio; y ¡adios, *cuatro de Febrero!*

¡Oh! ¡qué dia tan largo! ¡qué dia tan grande!—¡El será eterno en nuestra historia!

A estas horas sabrá ya toda España el triunfo que han alcanzado hoy sus hijos...—¡Quién estuviera ahí!—¡De placer y entusiasmo se me eriza el cabello cuando me imagino la alegría, la emocion, la gratitud que va á experimentar nuestra bendita Patria!...

¡Ah, noble madre; viuda de grandes reyes y fortísimos guerreros, arroja tus crespones de luto; gózate; resucita; rejuvenécete, y haz alarde de tu pasada fiereza!—¡Tenías hijos... y éstos han mirado por tu honra y alegrado tu triste ancianidad!—¡Tenías hijos, destronada Reina, y ellos te vuelven á hacer soberana!—¡Gloria á tí; que no á ellos! ¡Gloria á tí, que fuiste el modelo de sus virtudes y serás el espejo de su gloria!

. . . .

Vuelvo á encender la luz.—¡El cañon ha dejado de sonar!—Son las once, y hace ya cerca de un cuarto de hora que no dispara.

Es cosa concluida: el titan ha muerto... *Tetuan* se rinde... La guerra ha concluido.

Nadie lo duda: la melancólica *Paz* lucirá mañana en el Oriente, traida de la mano por la siempre alegre y sonrosada *Aurora*...

XV.

Alegría.—Primeros Parlamentarios moros.—Intimacion á la Plaza.—*Tetuan* capitula.—De las guerras indefinidas.—Los *renegados*.

Dia 5 de Febrero, ántes de amanecer.

¡Qué dulce y sosegado ha sido esta noche el sueño de los que hemos dormido!—Diríase que nuestra alma, libre ya de todo recelo y sobresalto acerca de los enemigos que acabábamos de aniquilar, ha aprovechado las horas del reposo para volver á España y tomar parte en sus regocijos.—Hemos dormido, en fin, como patriarcas, debajo de estas tiendas imperiales, y aún dormiríamos, si no nos hubiese despertado el ya extemporáneo *toque de diana*.

Al escuchar sus primeros sones hemos abierto los ojos con cierta pena, creyendo que la total victoria de ayer habia sido un sueño, y que los clarines matutinos nos avisaban, como otras veces, la hora del afan y del combate; pero, pronto, la misma gracia y alegría que respira hoy la conocidísima tocata, nos han recordado á todos la brillante reali-

dad de nuestra fortuna, y de aquí el largo aplauso y gozoso vocerío con que saludan en este momento las tropas (ni más ni ménos que al principio de la campaña) los madrugadores acentos de tambores, músicas y cornetas.

Por lo demas, aún no lucen en el Oriente señales del amanecer. Son las cinco de la mañana, y la más densa oscuridad reina en el Campamento. Sólo se ve alguna leve claridad al traves del lienzo de tal ó cual tienda, cuyos moradores acaban de encender luz, miéntras que muchos soldados soplan á los mal apagados tizones de las hogueras en que cocieron ayer su rancho, á fin de reanimarlos y hacer el café.

Cesa, por último, la *diana*; pasa un cuarto de hora, y principia á clarear el dia sobre las olas del remoto mar...

Entónces empieza á sonar una nueva *diana*, que no habíamos oido hasta ahora en los inhospitalarios parajes que hemos habitado.—Hablo del canto de los pájaros.

Ni los montes bravíos, ni los arenales estériles son lugares á propósito para que los ruiseñores y las alondras entonen melodiosas serenatas; pero en este Campamento, poblado de tantos árboles como tiendas, en este jardin de Marte, en este verdadero oásis, lleno de flores y de verdura, los cantores del aire saludan el primer albor de la mañana, sin sospechar que no son ya Africanos, sino Españoles, los guerreros aquí acampados que escuchan hoy sus trinos; como á nosotros nos parece oir los mismos suaves conciertos que escuchábamos en las patrias alamedas.

Amanece, al fin. El cielo está azul y transparente desde la primera hora. Ni una nube empaña su infinita lucidez. Torna, por último, á nuestro horizonte el padre Sol, gloria y alegría de los mundos, y con él renace en todos los pechos el ánsia de nuevas emociones.

Ni los cañones de la Alcazaba ni los de las puertas de *Tetuan* han vuelto á hacer disparo alguno en toda la noche ni en lo que va de mañana.—Es, pues, seguro que la Ciudad se rinde.

Sin embargo, nuestros Artilleros lo disponen todo para un bombardeo inmediato, miéntras que en la tienda del General en Jefe se determina alguna cosa de gran importancia, y que yo necesito averiguar inmediatamente...

. . . .

¡Ya lo sé todo! ¡Se trata de enviar á *Tetuan* un mensaje ó Parlamento, intimando á sus habitantes la rendicion!

Los Comisionados elegidos son el preceptor de Aníbal Rinaldy, ó sea el cosmopolita Mustafá Abderraman (que, como sabes, habita en la misma tienda que yo), y un Moro de alguna categoría, hecho prisionero en la batalla de ayer, y llamado *Sidi-Mohammad*.—Mustafá Abderraman va vestido á la europea, y usa hoy su nombre primitivo, que es *Pedro Dejean*, lo cual indica que este hombre universal fué Frances en sus primeros años.

La intimacion á la Plaza está redactada de una manera digna, sencilla y solemne, propia del Capitan que la suscribe, de las circunstancias que la ocasionan y del mísero pueblo que ha de leerla.

Dice así:

«Al Gobernador de la Plaza de Tetuan.

»Habeis visto vuestro Ejército (mandado por los Hermanos del Emperador) batido, y su Campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenia, ocupado por el Ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir vuestra Ciudad en cortas horas.

»No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

»Entregad la Plaza, para la que obtendreis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

»Debeis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto: evitadlos á Tetuan, ó, de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas, y desaparecer la poblacion rica y laboriosa que la ocupa.

»Os doy veinticuatro horas para resolver: despues de ellas, no espereis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.

»El Capitan General y en Jefe del Ejército español,

LEOPOLDO O'DONNELL.

»Campamento junto á la Plaza, 5 de Febrero de 1860.»

Al mismo tiempo se ha leido á nuestras tropas la siguiente *órden del dia;* documento no ménos notable que el anterior:

«Soldados: En el dia de ayer habeis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos, su artillería y sus cuatro Campamentos con todas sus tiendas y bagajes. Habeis correspondido dignamente á lo que la Reina y la Patria esperaban de vosotros, y habeis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del Ejército español.

»Soldados: continuad con la misma constancia con que habeis luchado durante tres meses contra los elementos de un clima duro, y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfaccion cumplida de sus agravios, é indemnizacion de los sacrificios que ha hecho.

»Vuestro General en Jefe,

O'Donnell.»

Volviendo á la *intimacion*, te diré que Iriarte y yo hemos resuelto seguir extraoficialmente á nuestros Mensajeros, saliendo ántes que ellos por una senda que nos han indicado. Una vez fuera de las avanzadas de nuestro Ejército, nos uniremos á la Embajada, y mi amigo Pedro Dejean nos hará penetrar con él y con el Moro en la Ciudad Santa de los Marroquíes.

¡Figúrate nuestra alegría! ¡En este momento no nos cambiaríamos por ningun monarca de la tierra!

—¡Que lleves tu album de dibujo!—le digo yo á Iriarte.

—¡Que lleves tu libro de memorias!—me dice él á mí.

Y apénas nos acordamos de almorzar, ni de que esta expedicion nos puede costar la vida.—¡Para el uno como para el otro, lo primero de todo es el Arte, es ver á *Tetuan*, es verlo habitado; es contemplar sus seculares misterios..., ántes de que los profanen nuestros cañones!

. . . .

Son las nueve de la mañana, y Mustafá Abderraman y Sidi Mahommad se preparan á partir...

Vàn á pié... ¡Tanto mejor! —Nosotros dejamos tambien nuestros caballos, y penetramos en unos cañaverales muy intrincados, que no recorreríamos con tanta calma á no respirarse paz y amistad en el sosegado ambiente de esta mañana inolvidable.—Sin embargo, vamos armados de *revólvers*, por lo que pueda acontecer.

Sidi Mahommad nos ha dicho que los aguardemos donde terminan estos cañaverales.—El General O'Donnell ignora nuestra determinacion; para la cual no le hemos pedido permiso, adivinando que nos lo hubiera negado como á todos, pues dicho se está que el Ejército entero queria formar parte de la Embajada.

Acompañan á nuestros Parlamentarios cuatro Guardias Civiles, más bien con objeto de evitar que les siga nadie, que como escolta de seguridad contra el enemigo.—Así es que, no bien se encuentran ambos Comisionados, fuera de nuestras avanzadas y en la estrecha senda empedrada que conduce á la Ciudad, los Guardias hacen alto, sin dejar avanzar á los curiosos, miéntras que Mustafá y Mahommad siguen marchando solos por el tortuoso camino.

Nosotros nos deslizamos entónces hácia la izquierda, dando un ancho rodeo, y nos unimos á ellos.

El Moro lleva un pañuelo blanco izado en una baqueta de espingarda, como señal de Parlamento...

De nuestro Campo á la Plaza habrá poco más de un cuarto de legua.—Todo este espacio es un laberinto de árboles, acequias, puentecillos, setos, bar-

dales, casas de campo, caminos cubiertos por bóvedas de follaje, y brazales y collados, vestidos ya de gala por una primavera precoz.

Descubrimos, al fin, completamente á *Tetuan*.—Sobre sus murallas aparecen algunas cabezas adornadas de blancos turbantes, y que van ocultándose á medida que nos ven avanzar...— Ya percibimos distintamente los cañones, la bandera verde del Profeta, levantada en la Alcazaba, los arcos de herradura de dos puertas de la Ciudad, los alicatados de colores que revisten los alminares, las agujas que los coronan, las blancas azoteas á que dan acceso estrechos y bajos postigos; mil y mil accidentes y detalles de arquitectura, impregnados del más genuino orientalismo, del más característico gusto árabe...—¡Ah! ¡nos parece un sueño!

¡Y qué silencio! ¡Qué calma en derredor! ¡Qué mañana tan apacible! —Sólo las flores de los árboles y los pájaros que saludan la vuelta de la estacion amorosa parecen habitar en estas comarcas. Respírase un ambiente cargado de balsámicos aromas. El sol hermosea con sus ardientes caricias, piedras, aguas, troncos, praderas, edificios, montañas, cuanto su luz cariñosa alumbra... ¡Y el corazon, con su fiel instinto, late alborozado dentro del pecho, como adivinando largos dias de felicidad y reposo, de gloria y bienandanza!...

—¡Escribe!—me dice Iriarte.

—¡Dibuja!—le digo yo á él.

Y, al par que andamos, vamos tomando apuntes de cuanto vemos...

. . . .

Mas ¿qué gente es aquella que viene hácia nosotros por entre unos cañaverales?

¡Forzosamente, ha salido de *Tetuan* al mismo tiempo que nosotros de nuestro Campo!...

¡Ah! ¡Otra *Bandera blanca*!...—¡Bendigamos á Dios! ¡La Ciudad capitula, anticipándose á nuestra intimacion!...—¿Qué otra cosa pudiera significar ese mensaje?

Nuestros Enviados se paran, y dejan avanzar á los del enemigo.

Estos son cinco.—De ellos, cuatro vienen á pié, y el otro encaramado, que no montado, en una mula, vistosamente enjaezada.

Tan extraño caballero constituye la retaguardia.—A vanguardia camina el de la Bandera, que es un morazo grosero, vestido sencillamente con un jaique blanquecino.

De los otros tres, uno viste con lujo y más bien al estilo de Argel que al de Marruecos.—Los dos restantes parecen Moros de Rey, ó sea *soldados regulares*.

Sin embargo, los cinco vienen sin armas.

No bien divisa esta comitiva á la nuestra, los cuatro que vienen á pié empiezan á agitar sus arremangados jaiques y á tremolar la bandera blanca...

—¿Qué significa eso?—preguntamos á Mahommad.

—Significa paz y buena intencion,—responde el Moro.

—Pues guardemos nuestra carta, y recibamos la que indudablemente traerán ellos,—responde el sabio Mustafá Abderraman, ó sea el cosmopolita Pedro Dejean.

Y se mete en el pecho la intimacion de O'Donnell.

Mahommad responde entretanto á las señas de los Marroquíes con otras semejantes, hecho lo cual, nos adelantamos los unos hácia los otros, y se entabla en árabe el siguiente diálogo entre Pedro Dejean y el Moro de la mula:

—¡Alá te guarde!—dice este último.

—¡Él te conserve! (responde nuestro Enviado.) ¿Qué mensaje es el tuyo?

—De paz.

—Bien venido seas.

—Busco al *Gran Cristiano*...

(Así designan los Moros al General O'Donnell.)

—¿De parte de quién?

—De parte de los vecinos de *Tetuan*.—¿Quieres llevarme á la tienda de tu Emir? (*Emir* significa *General en Jefe.*)

—Vamos andando,—responde Dejean.

Y todos nos dirigimos hácia el Cuartel General de O'Donnell.

Los Moros vienen tristes, pálidos, con el sello de un profundo terror en sus abatidos semblantes.—Durante el camino, trábase naturalmente conversacion entre ambas Embajadas, y de todo ello, y de mis indagatorias y observaciones, resulta lo que sigue:

El Parlamentario principal de los Moros (el de la mula) es un anciano de severa y trabajada fisonomía, alto, flaco y duro como una palma combatida muchos años por los vientos. Viste ancho calzon azul, media blanca europea, babucha amarilla, jubon de merino negro bordado de seda, largo caf-

tan de paño de color de café y gran turbante blanco, como la faja redoblada que envuelve su cintura.—Llámase el *Hach-Men-Abet.*

Este ilustre Moro desempeña en el Imperio el cargo de Cónsul de Austria. Ha viajado mucho, y habla algo el español.—Acompáñale un niño de corta edad, que parece ser su hijo, el cual se quedó atras cuando nos descubrieron, y no ha tardado en agregársenos al ver que tambien nosotros veníamos de buenas.

De los otros cuatro personajes, el único digno de mencion es el que viste á la argelina. (El traje argelino recuerda, más que ningun otro, al Moro tradicional de España, ó sea al que sale todavía en nuestras mascaradas y teatros. Las prendas que lo componen son: calzon anchuroso de color muy vivo, albornoz ondulante, vistoso chaleco, lujosa faja y muchos alamares y bordados en toda la ropa.)—Este Enviado, viejo tambien, habla el español á las mil maravillas, segun nos dice con expresivas señas el de la bandera blanca (que, entre paréntesis, es un Moro estúpido y maligno), y áun me parece que este último quiere significarme que el de la ropa argelina es tan Español como yo, ó, por mejor decir, que *lo ha sido*...—Sin duda se trata de algun ex-presidiario andaluz, renegado ó sin renegar.

Entretanto, Dejean habla con el Cónsul de Austria, el cual le cuenta las grandes cosas que ocurren en *Tetuan.*

Hé aquí su traduccion libre:

—«La Ciudad se halla en la mayor tribulacion. Muley-el-Abbas y Muley-Ahmed entraron en ella

ayer tarde, despues de la pérdida de los Campamentos, á todo el escape de sus corceles y seguidos de algunos Jefes principales.

—«¡El Cristiano está á las puertas! (dijo Muley-Abbas) El que me quiera, el que sea fiel al Emperador, que me siga! Nosotros no podemos defender á *Tetuan*. ¡Dios ha abandonado nuestras huestes! *Dejemos á Tetuan como una isla* (1). ¡Que el Cristiano no encuentre nada en ella!...—Pero el que quiera quedarse, que se quede.—¡Dios Todopoderoso lo juzgará en su dia!»

»Despues de pronunciar estas palabras en medio de la plaza, el Emir entró en casa del Gobernador. Cargáronse de dinero y alhajas hasta treinta mulas; sacó de la cárcel algunos presos políticos, casi todos *alcaides* que habian sido; proveyóse de una tienda y de algunos víveres, y partió por la puerta que da al camino de Tánger.—¡Segun su cuenta, anoche mismo debiais dormir dentro de nuestros muros!...

»Muchas familias de *Tetuan* han seguido hoy en su fuga á los Príncipes y Jefes militares del Imperio, sobre todo las mujeres y la gente rica. El camino de Tánger está cubierto por una larga caravana de camellos, caballos, mulas y asnos, cargados de muebles, ropas y víveres. La emigracion es espantosa...

»Los Príncipes y los pocos servidores que aún les permanecen fieles, acamparon anoche en otra llanura que hay del lado allá de *Tetuan*.—Con ellos van los susodichos presos...—En cuanto al Ejército

(1) Textual.

derrotado, vivaqueó anoche en la Sierra; pero á las dos de la madrugada el hambre y el frio les hicieron acercarse á *Tetuan*...

»Vieron entónces las feroces y desesperadas kabilas que los Cristianos no ocupabais todavía la Ciudad, y acordaron aprovechar la noche saqueando el Barrio de los Judíos...

—«Todo lo hemos perdido esta tarde (dijeron); pero la *Judería* nos ofrece abundante desquite... ¡A la *Judería!* ¡A la *Judería!*»

»Asaltaron, pues, las murallas del Norte, hácia donde cae el Barrio de los Judíos... ¡y yo no podria explicaros lo que ha pasado allí esta noche! Sólo sé que hemos oido tristes lamentos, confundidos con el golpe del hacha sobre las puertas... Por las azoteas de las casas vagaban doloridas sombras, que elevaban los brazos al cielo... El incendio alumbraba á veces aquel cuadro... ¡La sangre ha debido correr como un desatado torrente! ¡El saqueo y la violencia habrán sido espantosos!—Nosotros, los pacíficos habitantes de *Tetuan*, que no podemos abandonarla, porque la amamos demasiado y tenemos en ella grandes intereses, estábamos entretanto reunidos en Consejo...—¡Ah... ninguno ha dormido!...—¿Qué hacer en tamaña tribulacion?—Si estuviéramos solos, os entregaríamos la Plaza; pero las kabilas nos observan; Muley-el-Abbas acecha nuestros movimientos desde la otra llanura, y no bien comprendan que nos rendimos; ántes que vosotros hayais penetrado por una puerta, nuestros cadáveres habrán salido arrastrando por otra!—Al fin, esta mañana nos hemos resuelto los que aquí ves á demandaros consejo y proteccion...

—*Tetuan* quiere entregarse; pero no puede. Nosotros hemos venido sin que nos vea *la gente de guerra*; pero *la gente de paz* lo sabe y nos bendice. Si vosotros nos hiciérais el favor de acometer hoy nuevamente á Muley-el-Abbas y á las kabilas, todos se irian mucho más léjos, y la Ciudad os abriria sus puertas, porque nosotros sabemos que los Cristianos no queman, ni roban, ni matan al Moro desarmado, ni hacen llorar á las mujeres...—Pero á lo que no nos atrevemos, en el actual estado de las cosas, es á seguir entre dos fuegos...»

. . . .

Por aquí va en su discurso el *Hach-Men-Abet*, cuando llegamos á nuestras avanzadas.

Por consiguiente, ya no nos es posible entendernos con ellos, ni pensar más que en la propia conservacion...

Una innumerable multitud de soldados nuestros se apiña al paso de los Marroquíes...

—¡Tetuan se rinde!—gritan mil y mil gozosas voces, al ver la Bandera blanca de los Enviados de la Ciudad.

Y la alegría, la curiosidad, la sorpresa, mil afectos que puedes imaginarte, agitan nuestros Campamentos, hacen salir de sus tiendas á Generales y soldados, y arremolinan á nuestro paso un mar de ávidas cabezas.

Los Parlamentarios moros miran con terror y admiracion esta muchedumbre vencedora, tantos y tantos pabellones de fusiles, tantas largas hileras de Artillería, todo este cúmulo de poder y de fuerza amontonado á las puertas de su Ciudad amada...—Cruzan, pues, tristes y pensativos uno

y otro Campamento.—¡Las tiendas moras se levantan aún entre las nuestras!...—¡Qué espectáculo para los míseros Islamitas!

—«Este... (dirán), este ha sido el teatro de la batalla que ayer ensordecia los vientos... Estos son los vencedores de nuestros Príncipes... Estos son los indomables guerreros de que hemos oido contar tantas hazañas... Estos son los que nuestros *Santones* y *Derviches* nos dieron tantas veces por derrotados... Estos los que luchaban allá abajo con las tormentas, con la epidemia, con el *Levante* y con las privaciones!—¡Y aquí, aquí mismo, han aniquilado hace pocas horas á nuestro soberbio Ejército! Este suelo está húmedo todavía de sangre de nuestros hermanos... ¡Nuestro ha sido cuanto nos rodea!—¡La marea creciente que se desbordó de Ceuta hace dos meses y medio, ha subido hasta el Boquete de Anghera, ha devorado despues seis leguas de costa, ha invadido una llanura de dos leguas, penetrado en las huertas de Tetuan, inundado los Campamentos musulmanes y hoy amenaza tragarse á nuestra Ciudad santa, á nuestra Ciudad querida...»

Y sólo ahora comprenderán los Tetuaníes toda la extension del infortunio que ha militado bajo el estandarte del Profeta y las derrotas sucesivas que ha experimentado Muley-el-Abbas desde el principio de la guerra.

Pero hénos ya en el Cuartel General de O'Donnell.

El General en Jefe no se encuentra en él.—Díceso que montó á caballo hace una hora, y que recorre todas las posiciones ganadas ayer al ene-

migo desde la orilla del Guad-el-Jelú á la Torre de Geleli.

Búscasele, pues, por todas partes, á fin de que reciba á los Enviados de la Plaza; pero no se le encuentra en ningun lado...

Esta circunstancia da tiempo á que se ordene y solemnice en cierto modo la entrevista de nuestro Caudillo y de los Embajadores africanos.—La gran calle que, como en todos nuestros anteriores Campamentos, trazan las tiendas del Cuartel General del General en Jefe, ha sido despejada y está cubierta por dos filas de Carabineros. A la puerta de la tienda del General O'Donnell hállanse alineados los cinco Parlamentarios, en actitud humilde, pero digna. Cerca de ellos forman un grupo todos nuestros Generales. La habitual comitiva de O'Donnell y una infinidad de Jefes y Oficiales de todas armas componen otro grupo más á la derecha; y, á los dos lados de esta explanada anchurosa, vénse oscilar millares de cabezas agitadas por una ardiente curiosidad... ¡Son los soldados... los beneméritos soldados, á quienes interesa tanto ó más que á nadie el resultado de la entrevista que se prepara!

Así pasan algunos minutos de inmovilidad y silencio.—Sólo se escucha de vez en cuando alguna órden para que se busque al General en Jefe por este ó por aquel camino.

Al fin resuenan de pronto las majestuosas armonías de la Marcha Real: los centuplicados centinelas presentan las armas, y el General O'Donnell aparece á caballo por un lado de la extensa vía, seguido de un solo Ayudante.

Apéase el victorioso Caudillo á la puerta de su tienda; saluda con grave y cortés ademan á los Enviados, y penetra en ella el primero, indicando al paso á los Embajadores, con otra accion llena de exquisita superioridad, que pueden penetrar en pos de él.

Hácenlo así los Moros, no sin clavar ántes á la puerta de la tienda la *bandera blanca*, y un nuevo silencio, que deja adivinar la preocupacion de todos, reina en nuestros dilatados Campamentos durante los breves minutos á que se reduce aquella conferencia tan solemne.

Los que estamos más cerca de la tienda percibimos algunas palabras de O'Donnell y de los Parlamentarios.—Todos hablan en español. El General en Jefe se produce con sentido enojo, con severa fortaleza, con cierta mezcla de rigor y lástima. Las palabras *crueldad*, *inhumanidad*, *barbarie* salen de sus labios. (Alude sin duda á la saña feroz con que los Moros han tratado á nuestros prisioneros, degollándolos despiadadamente.) Luégo habla de *generosidad*, de *perdon*, de *tolerancia* con los vencidos; de *Tetuan reducido á escombros;* de *bombardeo;* de *plazo improrogable*...

Los Marroquíes tartamudean excusas; hablan en voz baja; se quejan; repiten mucho las palabras *cristiano... piedad... proteccion...*, y protestan de su buena fe, de la verdad de sus palabras, de la lealtad de su mensaje.

Al fin el General en Jefe llama á un Ayudante y le pide el pliego que Dejean y Mohammad se habian encargado de llevar á la Plaza.

Vuelve el pliego á poder de O'Donnell, y al cabo

de un momento los Marroquíes salen, trayéndolo en la mano.

Es decir, que ellos mismos harán en nuestro nombre la intimacion á *Tetuan*.

—Mañana á las diez disparo el primer cañonazo,—dice O'Donnell al Cónsul de Austria, cuando éste le saluda para marcharse.

—Antes de las diez tendrás la contestacion... (responde el Moro); pero desde el amanecer debes mirar á la Alcazaba.—¡Si no ves en ella nuestra bandera, es señal de que *Tetuan* se rinde!

—Pues hasta mañana,—concluye el General en Jefe.

Parten, finalmente, los Marroquíes, escoltados por algunos caballos nuestros, miéntras que mil y mil voces preguntan en nuestro Campo:

—¿Qué hay? ¿Qué dicen? ¿Qué se ha resuelto?

Entónces corre de boca en boca el siguiente resúmen auténtico de la conferencia:

—La Ciudad quiere entregarse; pero no se atreve á hacerlo por miedo á las kabilas. Los tetuaníes nos ruegan que vayamos á ayudarles contra su mismo Ejército. Nosotros hemos contestado que si mañana á las diez no ha abierto la Ciudad sus puertas, á las once será un monton de escombros.—¡Allá arreglen los Marroquíes sus desavenencias domésticas! ¡El Ejército y el vecindario de *Tetuan* verán, pues, lo que más les conviene!—Por nuestra parte, no estamos dispuestos á fiar la vida de un solo soldado á la lealtad y la palabra de cuatro Moros oficiosos...

Reprodúcense, pues, las cavilaciones y las conjeturas.—La rendicion de *Tetuan* (pensamos to-

dos), áun dado caso de que se verifique, no traerá forzosamente consigo, como creíamos ántes, la terminacion de la guerra; puesto que el Ejército marroquí, ó por decir mejor, Muley-el-Abbas, representante del Imperio, protesta contra la entrega de la Plaza, léjos de capitular con ella...—Es decir; que quien demanda *paz* no es el enemigo que combatíamos; no es el Emperador; no son sus tropas, sino los habitantes inermes de una Ciudad desguarnecida. ¡Es decir, que tantas derrotas no han quebrantado aún el fiero orgullo de nuestros adversarios; los cuales, ó esperan todavía en su valor, ó están resueltos á perecer desde el primero hasta el último sin confesarse vencidos!...

Ciertamente, nada peor podia sucedernos...—Te diré por qué.

Las guerras de desesperacion, ó, por mejor decir, las guerras *á la desesperada* (como la de la *Independencia*, que sostuvimos nosotros contra los Franceses hace cincuenta años), no tienen término ni límite, y, si llegan á concluir, es por consuncion de los Ejércitos triunfantes.—Cuando un pueblo se resuelve á no capitular con el invasor, las victorias son vanas quimeras, máxime si se trata de una nacion desorganizada, sobria, que carece de industria y de grandes intereses colectivos, como el imperio de Marruecos.

Aquí, donde casi no existe unidad social; donde cada individuo se rige y sostiene por su propia cuenta; donde el hombre vive de la caza ó de los frutos de su huerto; donde apénas se reconocen otras necesidades que el comer, y el comer se limita á triturar un poco de maíz ó á exprimirse en

los labios una naranja; aquí, digo, casi no tiene *trascendencia nacional* la pérdida de una plaza, de una provincia ó de la mitad del Imperio.—La poblacion, arrojada de sus hogares, se replegaria al Sur; y, provista de pólvora y de balas, volveria todos los dias sobre nosotros y lucharia años y años sin debilitarse, miéntras que nosotros destruiríamos lentamente la organizacion nacional; empobreceríamos nuestra Hacienda; aniquilaríamos nuestro Ejército.

Aquí no hay Ejército ni Hacienda: todos son soldados voluntarios, y todos viven de recursos propios...—Para herir, pues, de muerte al Estado, tendríamos que extirpar toda la raza; que hacerla desaparecer; que matar diez millones de hombres y ocupar veinte mil leguas cuadradas de territorio ..—¡Yo me estremezco, por consiguiente, á la idea de que el Enemigo no se dé ya por dominado, de que no se alarme por la pérdida de *Tetuan*; de que se resuelva, en fin, á hacer la guerra indefinidamente!

Y, si no, díme: ¿Qué partido podria tomar España, si Marruecos siguiese tenaz en semejante porfía?

—¡Quedarse con lo conquistado! (me responderás tal vez): incautarse de todo el territorio que abandonen los Marroquíes: conservar á *Tetuan* y tomar á *Tánger*...; bombardear todos los puertos del Atlántico... etc., etc., etc.

—¿Y qué conseguiríamos?—Tener algunos presidios más, en que invertir numerosas y costosísimas guarniciones; presentar una extensa y débil línea á los ataques del enemigo; alimentar una guerra permanente... ¿Y qué más?

Nada más.—Los puertos y las factorías en suelo extranjero, son útiles cuando se mantienen relaciones con el país en que están enclavados, cuando la colonia comercia con el interior, cuando es el punto de contacto de dos industrias, de los productos de dos pueblos...—¿Y mantendríamos nosotros relaciones con los Moros desde Tetuan, Tánger, Rabat ó Mogador? ¿Tratarian éstos amistosamente con sus conquistadores?

Respondan Ceuta y Melilla... ¡Responda la Inglaterra, que para llegar á ser, como es hoy, el vampiro de Marruecos, tuvo que empezar por evacuar á Tánger, de que se habia apoderado imprudentemente, y prometer á los Moros no arrebatarles nunca ni un palmo de terreno!

Y, áun prescindiendo de que nada lográsemos y mucho perdiésemos por el lado de nuestros intereses materiales, ¿adelantaríamos alguna cosa por el lado de la influencia moral? ¿Contribuiríamos á la civilizacion y mejoramiento del Imperio? ¿Realizaríamos de este modo la mision providencial que España está llamada á cumplir en Africa?—Ménos aún. La desconfianza, el recelo, el odio, el rencor nos mantendrian más alejados á Españoles y Marroquíes el dia que ocupásemos veinte Plazas moras, que hoy que sólo habitamos cuatro estériles peñones...—¡Ah! No es la violencia el mejor camino para asimilarse á un pueblo como el que tenemos enfrente...

Ved, si no, la Argelia.—¿Ha influido Francia en las costumbres de aquel país? ¿Lo ha civilizado? ¿Lo ha ganado al cristianismo? ¿Se ha identificado con él?—De ningun modo.—Francia manda apé-

nas en el terreno que pisa: es sólo obedecida en donde tiene bayonetas; y su única ventaja consiste en mantener allí una gran parte de su exuberante poblacion.—Sírvele, en fin, la Argelia como desahogo para su plétora de hombres, de industrias y de actividad moral....

¿Y estamos nosotros en el mismo caso? ¿Nos falta territorio? ¿Nos sobra poblacion? ¿Pecamos de exceso de actividad? ¿Necesitamos espacios nuevos en que emplearla? ¿Está ya todo hecho en nuestro país? ¿No se encuentran despobladas é incultas Sierra-Morena, la Mancha y otras zonas de la Península? Nuestros capitales, ¿nada tienen que emprender en ellas? ¿Tan sobrados estamos de ferro-carriles, de Marina, de canales de riego y navegacion, de puertos hábiles, de caminos carreteros y de fábricas, de productos, de manufacturas?

Pero ¿á dónde vamos á parar? —Volvamos á nuestra relacion, y esperemos los sucesos.—¡Quién sabe si todas estas reflexiones serán anticipadas y prematuras! ¡Muley-el-Abbas y su hermano el Emperador podrian muy bien abrir los oidos á los consejos de la prudencia!...

. . . .

Decia que acaban de marcharse los Parlamentarios de *Tetuan*.

Nosotros, aunque poco satisfechos del mensaje, no estamos, sin embargo, tan serios y preocupados como pudieras deducir de las precedentes reflexiones; pues lo cierto es que, á lo ménos por ahora, se acabó la sangre; que el Ejército enemigo está deshecho; que hemos coronado felizmente la Campaña; que nos encontramos vivos en el momento di-

choso de la victoria; que el cólera ha desaparecido casi completamente; que *Tetuan* nos abrirá sus puertas de un modo ó de otro dentro de veinticuatro horas, y que allí nos aguardan mil curiosos espectáculos, mil extrañas aventuras...—Si más adelante es menester volver á pelear, ¡pelearemos!

Por otra parte, el regocijo que ahora mismo conmoverá á toda España, parece que vibra ya en el ambiente que respiramos, y aquellas remotas alegrías nos causan una emocion todavía más grande que la que experimentamos ayer en el trance supremo del maravilloso triunfo...

¡Fuera, pues, importunos pensamientos! ¡Abandonémonos al placer de nuestra fortuna; bendigamos á Dios que nos ha sacado salvos y con honra de tan multiplicados peligros, y creamos y esperemos en mayores felicidades!

Por lo pronto, suceda lo que quiera, nosotros no podremos olvidar nunca este domingo que pasamos en los Campamentos moros, en medio de magníficas huertas, y respirando un aire balsámico que encierra ya las promesas de una primavera anticipada.

. . . .

A cosa de las doce, vienen á visitarnos otros cuatro vecinos de *Tetuan*. — Este segundo parlamento no tiene ningun carácter oficial ni oficioso, guerrero ni municipal.—La curiosidad solamente trae á nuestras tiendas á los cuatro Africanos.

Dos de ellos son Argelinos, y todos parecen gente pacífica y de oscura posicion. Nos agasajan mucho, y ponderan el deseo que tenian de que ganásemos la Ciudad. Describen los malos tratos que

han recibido de las Autoridades imperiales; nos ponderan la oposicion de los Tetuaníes á la continuacion de la guerra, y nos hablan de futuras concordias, de alianzas entre Moros y Españoles, del odio que sienten hácia los Ingleses, y de otra porcion de falsedades...

—«¡Los ingleses nos han engañado! ¡Nos han vendido! (dicen.) Primero nos aseguraron que érais muy pocos y muy cobardes; que no teníais cañones ni comida, y que, al cabo de ocho dias de penas, os veríais obligados á volver á España, ó quedaríais todos aquí muertos y prisioneros, como el Ejército del Rey don Sebastian. ¡Despues nos prometieron ayuda y proteccion contra vosotros; y ya veis que nos han abandonado!—Español... bueno y valiente... (concluye uno, que medio habla castellano.) Moro... tambien valiente y bueno. Inglés... falso; y tú y yo cortar cabeza de Inglés.»

En esta segunda diputacion viene tambien un *renegado*, el cual ha tenido la franqueza de confesarnos que lo es.—Llámase *Robles*; fué relojero en Cádiz, y vive en el Imperio hace más de veinte años.—Cualquiera le hubiera tomado por un árabe puro y neto... ¡Tan mora es su fisonomía!

Por lo demas, la aparicion de cada uno de estos desenterrados ó resucitados que van surgiendo á nuestra vista á medida que turbamos el largo silencio en que ha yacido el Imperio de Marruecos; quiero decir, la contemplacion de cada *renegado* que encontramos en esta tierra no perteneciente al mundo conocido, nos produce una emocion extraordinaria, muy digna de análisis ó de psicológico estudio.

El supersticioso asombro que yo experimento pudiera compararse al que te causaria encontrar vivo, al tiempo de derribar una casa, á un hombre que hubiese sido *emparedado* muchos años atras, ó á la impresion que te produciria descubrir una ciudad subterránea, ignorada de los geógrafos y arqueólogos, y *habitada* por gentes incomunicadas siglos y siglos con el resto de los humanos.

Digo más: al tropezar en estas inexploradas regiones con semejantes personajes, olvidados del mundo en que se agitaron algun dia, muertos civilmente, muertos tambien para sus familias, perdidos en el tiempo como fastasmas disipados en el espacio; y al encontrarlos vivos, con memoria de lo que fueron, hablando la lengua patria con cierto rubor ó sobresalto, cual si creyesen ofender el venerable idioma de sus padres (¡aquel idioma que abandonaron, que procuraron olvidar, que no ha resonado en sus oidos durante tanto tiempo, pero que dormia en su alma, vívido, inalterable, incorruptible, como un remordimiento en la conciencia); al oir á estos miserables decir: «*yo soy* (ó más bien) YO ERA *Fulano*»; al oirlos citar su nombre, que ya no es su nombre; hablar de su pueblo, que ya no es su pueblo; referirse á una esposa, que han reemplazado con otra; aludir á sus hijos ó á sus padres, de los que ignoran (¡viles, inicuos, desalmados como fieras!) *¡hasta si existen todavía!*...; al oir todo esto, digo, acuden á mi mente mil maravillosas escenas ideadas por la fantasía de los vates ó predichas en los Libros Santos de nuestra Religion.

Y ya recuerdo la bajada de Eneas á las Regiones

Infernales, y sus encuentros con los pasados Griegos y los *futuros* Romanos; ya el paseo de Dante por los tres Reinos de la Muerte; ya el prodigioso descubrimiento de Pompeya y Herculano; ya la exhumacion de las seculares momias egipcias;—ó bien presiento las supremas entrevistas del Valle de Josaphat; el Dia de la gran Cita de los Pecadores, y los diálogos que luégo tendrán lugar, en la Gloria, en el Infierno ó en el Purgatorio, entre los hijos de todas las Edades...

Pero veo, amigo mio, que estoy por demas hablador. — Reservemos para mañana estas felices disposiciones; pues mañana no han de faltarme interesantísimos asuntos en que emplearlas, si, como creo, se verifica nuestra entrada en *Tetuan*.

XVI.

Entrada del Ejército Español on *Tetuan*.

TETUAN, 6 de Febrero.

¡Al fin llegamos! ¡Al fin puedo fechar estas cartas en *Tetuan*, despues de haberlo hecho en tantos puntos del escabroso camino!—*Ceuta*, el *Serrallo*, la *Concepcion*, *Castillejos*, *Rio Azmir*, *Cabo-Negro*, *Guad-el-Jelú*, las *tiendas enemigas*..., todos estos nombres, coloreados de sangre, con que he encabezado tantas veces mi DIARIO, me parecen ya ensueños de la imaginacion. Aquellas ciudades

móviles han desaparecido como vanas quimeras. Nuestros Campamentos sólo viven ya en la Historia. Tantas noches pasadas bajo la tienda ó al amor de la lumbre, en la cima de ásperas montañas, en ignorados bosques, en solitarias llanuras, á la márgen de olvidados rios; el triste invierno en que hemos vivido al raso, á la intemperie, como las fieras, en parajes despoblados y melancólicos; esos dos meses de peregrinacion, de lucha con los elementos, de incomodidades y de privaciones, de rudas fatigas, de tétrico abandono; ¡todo ha concluido! Mi dura penitencia ha terminado. Mi alejamiento de la sociedad y del mundo entero; mi vida sin hogar; aquella soledad y desamparo en que pasé la Noche-Buena, el Año-Nuevo, el dia de Reyes, el de San Anton, el de la Candelaria; todo queda relegado á la region de los recuerdos inmortales; todo huyó para no volver...—¡Ya me cobija un techo; ya me alberga una Ciudad; ya estoy otra vez en el mundo!

Pero ¡en qué mundo!—¡En el mundo no civilizado! ¡en el mundo islamita! ¡en el mundo de los misterios! ¡en una Ciudad musulmana!

¡Tetuan!—¡Estoy en Tetuan!—La aspiracion de toda mi juventud se ha convertido en un hecho, y mi deseo de toda la campaña en viva y palpable realidad...—Pero ¿qué importo yo?—¿Ni qué es mi júbilo en comparacion del de la Madre Patria?

«*¡Tetuan por España!*»—Hé aquí lo que debemos exclamar todos.—Siglos hace que no han resonado en oidos españoles palabras semejantes. ¡La bandera amarilla y roja ondea sobre una ciudad extranjera! ¡Feliz la generacion que asiste á esta vuelta

de nuestras antiguas glorias!—El dia de hoy busca, al traves de los tiempos, otros dias análagos en edades apartadas. A su vivo esplendor se divisan los muros de Nápoles, de Oran, de Bruselas, de Pavía, de San Quintin, de Méjico, de Roma, de Brda y de otras mil y mil ciudades tomadas por nuestros ilustres antepasados. — ¡Venturosos los que presenciamos esta magnífica resurreccion!... Las horas de hoy serán eternamente las más grandes y luminosas de nuestra vida. ¡Nada más digno y noble tendremos que recordar en los dias de nuestra vejez, por larga y gloriosa que Dios haga nuestra existencia! ¡Siempre, siempre diremos, llenos de orgullo y de entusiasmo, y como una prueba de que nuestro destino no se ha deslizado inútil y oscuramente:—«¡Yo fuí uno de los que entraron en *Tetuan!*»

Y ahora séame lícito volver á hablar de mis emociones personales.—¡Qué dia el de hoy!—Aun prescindiendo de lo que he gozado en él como Español y como Cristiano, todavía es el más sublime de mi existencia, si lo considero por el lado artístico, por el lado poético, y atiendo á los maravillosos cuadros que he visto, á las sorprendentes escenas que durante él han herido mi imaginacion.—¡Hoy sí que desconfio de mis fuerzas para describirte los múltiples y solemnes espectáculos á que he asistido! ¡Hoy sí que desearía la pluma de Xenofonte, el arpa de Virgilio ó el pincel de Rubens, á fin de poder fijar ciertas impresiones y eternizar ciertos instantes!...—Pero, aunque no sea más que reseñada en mi humilde prosa, paso á referirte la historia de nuestra feliz entrada en *Te-*

tuan y de todo lo que llevo visto en este inolvidable dia.

. . . .

Cuando al amanecer resonó el toque de diana, casi todo el Ejército se encontraba ya de pié.

Tan rara diligencia estaba justificada por dos razones: primera, porque todos ansiábamos ver si ondeaba la Bandera marroquí sobre las almenas de la Alcazaba; y segunda, porque queríamos tener dispuesto nuestro equipaje para el momento en que el General en Jefe diese la órden de marchar á *Tetuan*.

La mañana se presentó al principio fria y nublada; pero á eso de las siete salió el sol, y sus primeros rayos disiparon la bruma que empañaba la atmósfera...

Todos fijamos los ojos en la Alcazaba de *Tetuan*...

¡Oh dicha!... ¡La Bandera mora no estaba izada! —Con anteojos y sin ellos, percibíase claramente el asta, desnuda, lisa, escueta, trazando una línea oscura sobre el azul del cielo...

¡*Tetuan* se rendia, por consiguiente!... ¡Los Emisarios de la Plaza no podian tardar!...

Almorzó, pues, rápidamente todo el mundo y dióse prisa á liar su equipaje, miéntras que los que ya estábamos libres de estos quehaceres montábamos á caballo y nos dirigíamos á nuestras avanzadas, á fin de ver llegar á la indefectible Diputacion mora.

Una vez allí, preguntamos á unos Oficiales que habian pasado la noche en la trinchera, si habia ocurrido algo de particular miéntras nosotros dormíamos.

—Creo (dijo uno), y lo mismo cree toda mi Compañía, haber escuchado algunos tiros dentro de *Tetuan* y al otro lado de sus muros. Tambien nos ha parecido oir (pero esto puede ser una preocupacion nacida de lo que nos contó ayer mañana el *Hach)* lejanos lamentos y misteriosos y lúgubres ruidos, que turbaban el silencio de la alta noche. No sé lo que habia en la atmósfera ó en mi corazon...; pero yo he respirado con dificultad en medio de las tinieblas; he sentido un vago terror, una secreta angustia; y cuando esta mañana rayó el dia y ví á *Tetuan* en su sitio, tan blanco y tan inmóvil como lo perdí de vista ayer tarde, me sorprendió sobremanera; pues me hubiera parecido más natural no encontrar piedra sobre piedra ó hallarme con que la Ciudad se habia desvanecido como por mágia.

—¡Lo de los tiros es seguro, mi Capitan! (exclamó un soldado.) Yo estaba de *escucha* allá, bien léjos, y he oido más de veinte en toda la noche.—Y debian de ser en las calles de *Tetuan*, pues retumbaban mucho, y los tiros en campo abierto retumban poco.

En esto ya eran las ocho ménos cuarto, y empezamos á notar cierta agitacion en nuestro Campamento, como si, desde alguna altura y con ayuda de anteojos, hubiesen visto salir por las puertas de *Tetuan* á la ansiada comitiva.

Entónces nosotros (una docena de curiosos) metimos espuelas á los caballos y avanzamos hácia la Ciudad...

Pocos pasos habíamos andado, cuando, al revolver de unos cañaverales muy espesos, distingui-

mos como á medio cuarto de legua un Jinete con traje blanco, que avanzaba al trote hácia nuestro Campamento.

—¡Trae bandera blanca!—exclamó uno de mis compañeros de descubierta.

—No viene á caballo... Viene en mula...—añadió otro al cabo de un momento.

—No viene solo; le acompaña otro Moro á pié,—dijo un tercero, cuando hubieron pasado algunos instantes.

—¡Es *Robles!* ¡Es el renegado de ayer!—repuso al fin el que primero habia divisado al tetuaní de la mula.

Entretanto, el tal Jinete habia llegado ya á pocos pasos de nosotros.—En efecto; era Robles.

Respondimos con los pañuelos á las señales que nos hizo con la bandera blanca, y entónces se acercó sonriendo.

—Buenos dias, caballeros...—nos dijo en intachable español.

—Buenos dias, paisano... (le respondimos.) ¿Qué hay de nuevo?

La pregunta era excusada.—El semblante de Robles, pálido y demudado, su jaique manchado de sangre y su mirada torva y afligida nos revelaron los horrores que habian ocurrido en *Tetuan* la noche última.

—¡Mucho malo para los Moros! ¡Mucho bueno para España!—respondió Robles con indefinible expresion.

A todo esto íbamos marchando hácia el Cuartel General de O'Donnell, y rodeaba ya al Enviado una inmensa muchedumbre.

—Pero ¡bien! ¿Se entrega la Plaza, ó no se entrega?—le preguntamos en confianza.

—¡Se entrega!—contestó el Renegado en voz baja, llevándose una mano al pecho, como indicando que traia un importantísimo papel entre sus ropas.

¡Figúrate nuestro regocijo!

—Hace bien en entregarse (observó un soldado de Artillería); pues nuestro General tiene puestos ya en batería doce morteros como doce rosas, con abundante dotacion de municiones...

—¡No quiera Dios que hagais uso de vuestra fuerza contra la infortunada Ciudad! (replicó Robles.) *Tetuan* es á estas horas un mar de sangre y llanto.—¡Qué noche! Si la de anteayer fué horrible, la de ayer ha sido desastrosa...—Y áun en el momento que os hablo; ahora mismo... ¡Dios sabe lo que estará sucediendo dentro de aquellos muros! Cuando yo salia por una puerta, los kabilas volvian á la carga por otra... El robo y la matanza de dos noches no les han bastado... Buscan nuevo botin y nuevas víctimas... ¡Están locos de furor!... ¡Ya no son hombres!... ¡Son perros rabiosos! — Despues de haberse ensañado con los Hebreos, ahora atacan tambien las casas de los Moros pacíficos...—¡Ah! ¡por humanidad solamente, no debeis tardar un minuto en ocupar á *Tetuan*!

Al llegar á este punto, hizo alto la cabalgata.

Estábamos en el Cuartel General.

. . . .

O'Donnell entró en su tienda seguido de Robles, quien ya habia sacado una carta de su jubon...

La conferencia duró breves instantes.

El Conde de Lucena volvió á aparecer, visiblemente afectado por el espantoso relato que acababa de oir.

—¡A caballo! (dijo.) ¡Que formen todas las fuerzas para marchar!

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando todas las tiendas habian desaparecido...—Y ¡qué júbilo, qué entusiasmo demostraba el Ejército!...—«*¡A Tetuan!*» «*¡A Tetuan!*» decian treinta mil voces...

O'Donnell daba entretanto varias órdenes... —Prim, que estaba acampado en las alturas de *Sierra-Bermeja*, faldearia la montaña con sus Batallones y ocuparia la Alcazaba, situada al Norte de la Ciudad, en una altura.—Rios marcharia por el camino que habia traido Robles, y entraria en la Plaza por una Puerta *que encontraria abierta*, al decir del Emisario.—En pos de él iria el mismo General en Jefe, con el TERCER CUERPO mandado por Ros de Olano.

Emprendióse, pues, el movimiento en esta forma. Eran las nueve de la mañana.

. . . .

—¿Qué dice el pliego que ha traido Robles?—nos preguntábamos unos á otros.

—Lo que ya saben ustedes (respondió uno que se habia enterado de todo): que *Tetuan* gime bajo la violencia y el saqueo, y que la escasa poblacion pacífica que ha quedado en sus casas nos pide auxilio. Nosotros, pues, vamos á entrar en la Plaza de grado ó por fuerza; es decir, á todo riesgo. Un deber de humanidad nos impone esta conducta...

Hablando así, avanzamos lentamente hasta la Ciudad.

Yo tenía formado propósito de no separarme del Cuartel General de O'Donnell en tan solemnes momentos. El Conde de Lucena era la representacion del Ejército y la personificacion de España, y sólo aquellos que entrasen á su lado en la Ciudad marroquí presenciarian la verdadera *toma de posesion* y verian los episodios más importantes de tan supremo acto.—Renuncié, pues, al gusto de ser de los primeros que penetrasen en la Plaza, y caminé siempre lo más cerca posible de nuestro afortunado Caudillo.

Delante de nosotros iba un Batallon de la Infantería mandada por el General Rios; y, como las sendas eran muy estrechas, nos veíamos obligados á llevar nuestros caballos muy lentamente y á pararlos á cada instante, detenidos por aquella gente de á pié.

La mañana, aunque fresca, estaba deliciosa. El sol brillaba más alegremente que nunca, y parecia sentirse la palpitacion de la tierra, ansiosa de desarrollar los tesoros de flores, de hojas y de frutos que ya germinaban en su seno...

En cuanto á nosotros... ¡imagínate el alborozo que sentiríamos; el placer que inundaria nuestra alma! La misma inquietud, el mismo sobresalto que aún nos agitaban respecto de la sinceridad de los Moros, eran parte á conmover y exaltar todos los corazones, y la febril impaciencia que experimentamos hacía locuaces á los más taciturnos, y alegres y decidores á los más graves y circunspectos...

¿Cómo olvidar nunca este paseo matinal tan interesante y grato?—¡Yo creo firmemente que será uno de los recuerdos que más fijos conservaremos todos durante el resto de nuestra vida!

El General O'Donnell, excitado como el que más por tan varios y poderosos afectos, abandonábase á una expansion franca y cordial, y nos referia episodios de la Guerra Civil de los Siete años, en que tambien mandó en Jefe.—La mañana de hoy le recordaba otras semejantes... Él lo decia del modo más natural, fijándose solamente en la lentitud de nuestra marcha y en la circunstancia de ir detenido el Cuartel General por una columna de Infantería; pero todos los que lo escuchábamos comprendíamos que el General O'Donnell se veia á sí mismo esta mañana á la fulgente claridad de su gloria (sin darse cuenta de ello), y coordinaba instintivamente los más célebres dias de su vida de soldado, uniendo por primera vez á sus pasados hechos de armas las grandiosas jornadas de esta Guerra, ya coronadas por una brillante y definitiva victoria.

Entretanto, veíamos avanzar por las alturas de la próxima Sierra á las tropas del General Prim con direccion á la *Alcazaba*.—Los Voluntarios Catalanes se distinguian por sus gorros encarnados. Iban en la vanguardia como anteayer, y trepaban y corrian por las escarpadas peñas con la agilidad propia de todos los hijos de montaña...

En cuanto á los Batallones que nosotros seguíamos, su cabeza debia encontrarse ya muy cerca de *Tetuan*, y cada vez que se paraba la columna, obligándonos á detener nuestros caballos, experi-

mentábamos cierta emocion de placer, como si aquello nos indicase que habíamos llegado ya al pié de los muros de la Ciudad...

Pronto, empero, volvia á moverse dicha columna; y nosotros seguíamos en pos de ella, devorados de curiosidad acerca de lo que sucederia allá delante y de lo que ya verian los que marchaban en la vanguardia...

. . . .

Por lo demas, el camino que recorríamos no podia ser más pintoresco. A veces pasábamos bajo bóvedas de naranjos; otras teníamos que ir á la desfilada por estrechos y sombríos callejones formados por altos y verdes setos ó espesos y sonantes cañaverales, y en todas partes veíamos, ya recientes fosas, de las que salia un pié, una mano ó la cabeza de un cadáver mal enterrado por los Moros durante la batalla del 4; ya caballos ó camellos muertos; ya instrumentos de labor; ya Casas de campo abandonadas; aquí pozos; allá acequias; en un lado prados de flores; en otro verdes sembrados; ora puentecillos rústicos; ora chozas y cuevas de tan gracioso como miserable aspecto... ¡mil señales, en fin, de la antigua paz y de la reciente guerra!

Era aquel un espectáculo tan alegre como melancólico, que predispuso nuestro ánimo á la piedad para con los vencidos Musulmanes, por lo mismo que á todos nos recordaba los alrededores de nuestro pueblo natal... — En cuanto á mí, encontraba un maravilloso parecido entre aquellos lugares y los Callejones de Gracia, por donde se entra en Granada, yendo del Norte; ó bien creia re-

correr, como en tiempos inolvidables, las afueras de aquella otra Ciudad morisca en que rodó mi cuna y florecieron todas mis esperanzas...

. . . .

Serian las nueve y media cuando salimos al fin de tales laberintos y volvimos á descubrir á *Tetuan*.—Ya sólo distaba de nosotros unos cuatrocientos metros...—¡Su blancura nos deslumbraba enteramente!—En aquel momento habíamos hecho alto para dejar avanzar á los que nos cortaban el paso, y todos mirábamos á las torres de las Mezquitas y á los muros de la *Alcazaba*, esperando á cada instante ver ondear en ellos una bandera española...

¡Qué momentos tan largos y tan solemnes! ¡Qué emocion la nuestra! ¡Qué hora para España!... ¡Para España, que nada sabía de lo que estaba sucediendo!

Reinaba un silencio religioso.—¡Era el instante crítico!...—¿Habian encontrado nuestras tropas algun obstáculo? ¿Las aguardaba una traicion? ¿Ibamos á ver volar la Ciudad?

Nada se oia tampoco en nuestra remota vanguardia.—Sólo algun tiro (ó á veces dos ó tres) se escuchaba á grandes intervalos.—Todos aquellos tiros eran de espingarda, segun lo ronco de la detonacion.—Sin embargo, no podian significar *resistencia*, sino protestas aisladas ó emboscadas individuales, como las que siempre abundan en los alrededores de Melilla...—Aquellos disparos nos arrullaban, pues, como lamentos de un enemigo moribundo.

—¡Veo gente en la *Alcazaba*!—exclamó en esto uno de nuestra comitiva.

—¡Son los *Catalanes*!—dijo otro.

—¡Tratan de izar una bandera!...—añadió un tercero.

—¡Sí!... ¡sí!... ¡la *Alcazaba* está en nuestro poder!...

—Tambien se ve gente en las murallas de *Tetuan*... ¡y otra bandera!... Ved... ¡es la Española!...

—¿Dónde?

—¡Sobre la puerta de la Ciudad! ¡Ya *estamos* dentro! ¡*Tetuan* por España!

Era cierto: lejanos vivas y los ecos de la Marcha Real, que allá tocaban músicas, tambores y cornetas, no nos dejaron lugar á duda...; y, para colmo de dicha, un momento despues ondeaba ya la misma enseña vencedora sobre el asta-bandera de la *Alcazaba*, sobre los muros, sobre las azoteas, sobre los alminares de la Ciudad!...

Entónces hubo una gran explosion de júbilo en los Batallones que nos precedian, y áun en el Cuartel General.

—*¡Viva España! ¡Viva O'Donnell!* — se escuchó por todas partes.

Eran las diez...

En tal instante se oyó á lo lejos un cañonazo.

Todos nos miramos sorprendidos...

Un sombrío recelo anubló el rostro de O'Donnell...

Cesaron las músicas, y un nuevo cañonazo, y luégo otro, y hasta cinco ó seis resonaron en la Ciudad...

¿Qué era aquello?—Mil confusos temores nos asaltaron en tropel...—Sin embargo, nadie hablaba.

—¡Adelante! — gritó por último el Conde de Lucena.

Y, poniendo su caballo al galope, se dirigió á *Tetuan*, pasando por medio de la columna de Infantería.

Todos echamos detras de él.

El trozo de camino que recorrimos á escape era una carretera empedrada, que pasaba luégo por una calzada ó puente y terminaba bajo los muros de la Ciudad. Los caballos producian un estruendo formidable sobre las gruesas y desnudas piedras, y este marcial ruido inflamó de nuevo en nuestras almas el espíritu bélico, amortiguado hacía dos dias...

—¡Si se resisten, tanto peor para ellos! (dijimos.) ¡Tendremos drama, y venceremos como siempre!

. . . .

Llegamos por último á la Puerta.

Era ésta un arco de herradura, con dos ajimeces encima, por los que asomaban dos cañones.

El arco formaba el principio de una calle embovedada y retorcida, que nada nos permitia ver del interior de la Ciudad.

En el dintel habia centinelas españoles y un Oficial de Estado Mayor.

—¿Qué cañonazos son esos?—le preguntó á éste el General O'Donnell.

—Son los voluntarios Catalanes que disparan los cañones de la *Alcazaba* contra fuerzas rezagadas del Ejército marroquí, que están en el otro Llano y amenazan penetrar de nuevo en la Ciudad por la Puerta de Tánger. Pero ya han salido á rechazarlos y perseguirlos algunos Batallones con Piezas de Montaña...

—¿Dónde está el General Rios?

—En el *Zoco* ó Plaza Principal.

—¿Y el Conde de Reus?

—En la *Alcazaba.*—Tengo órden de decir á V. E. que nuestras tropas van recorriendo toda la Ciudad sin encontrar resistencia alguna.

Y entónces el Oficial refirió á O'Donnell los pormernores de cuanto habia pasado, que era lo siguiente:

. . . .

Los Generales Rios y Makenna llegaron los primeros al pié de las murallas, seguidos de algunos Batallones y acompañados de Robles, el Parlamentario de la Ciudad.

Contra lo prometido, la Puerta estaba cerrada y no se veia á nadie por ningun lado.

—¿Qué significa esto?—preguntó Rios al Mensajero, que se hallaba pálido como la muerte.

—Señor... ¡no sé!—Quizás habrán vuelto los Moros...

—¡Tanto mejor! (replicó Rios.) ¡A ver! ¡que avancen dos cañones y derriben esa puerta!

En esto, se vió aparecer la cabeza de un Moro sobre un cañon de los que guarnecian los altos ajimeces...

Makenna y Rios se miraron con asombro.—Aquello tenía todos los aires de la más negra traicion.

—Descuida, señor... (dijo Robles.) Ese Moro no va á hacerte fuego... Es un amigo mio.

—¡Díle que abra la puerta, ó teme por tu vida!—exclamaron nuestros Generales.

El Moro montado en el cañon daba entretanto, en árabe, unas voces que nadie entendia...

—Dice ese Moro (balbuceó Robles) que el Gobernador acaba de huir, llevándose todas las llaves de la Ciudad...

—¡Que abra la puerta..., ó ponemos fuego á Tetuan!—respondió el General Rios.

Nuestros Artilleros llegaban ya con dos cañones y los cargaban con bala rasa.

Al mismo tiempo se asomaron algunos Judíos por lo alto de las almenas, gritando desaforadamente:

—¡Entrad pronto! ¡entrad pronto!... ¡Los Moros están penetrando por la otra puerta! ¡Vienen á matarnos!... ¡Viva la Reina de España!

Miéntras tenian lugar estas conversaciones, algunos soldados del *Regimiento de Zaragoza* pugnaban por forzar con sus bayonetas y á pedradas la cerradura de la puerta, á lo cual conocieron que les ayudaban por la parte de adentro...

—¿Quién anda ahí?—preguntaban nuestros soldados.

—¡Somos Judíos! ¡somos amigos!—respondian algunas voces en español, á traves de las ferradas tablas.

Y los golpes de adentro y los de fuera se respondian como ecos.

Saltaron, al fin, las cerraduras, y la puerta se abrió de par en par...

Al otro lado de ella no habia nadie.—Los Judíos habian desaparecido llenos de miedo.

Pero los de la muralla, más audaces, porque tenian asegurada la fuga, caso de que nuestras tropas se hubiesen manifestado hostiles, exclamaban con grandes voces:

—¡Tocad la música! ¡Tocad los tambores! ¡Tocad las trompetas, para que huyan los *Morios*!

(Así nombran á los Moros los Hebreos.)

—¡Adelante!—gritó Rios á sus tropas.

Y las músicas entonaron la Marcha Real; y, acompañado de Makenna, avanzó resueltamente por las tortuosas calles de la Ciudad, seguido del *Regimiento de Zaragoza*, que fué el primero que tuvo la gloria de pisar las calles de la Ciudad musulmana..

. . . .

Diez minutos habrian trascurrido despues de todo esto, cuando nosotros llegamos á la misma Puerta.

O'Donnell hizo allí alto.

—Nadie me siga,—dijo.

Y, acompañado de un solo Ayudante, pasó bajo el arco ó retorcida bóveda de la puerta, y entró en *Tetuan*.

Veinte segundos despues estaba de vuelta.

Aquello habia sido una mera fórmula oficial de *toma de posesion*; y una vez realizada, tornó á colocarse á nuestro frente, pronunciando estas palabras:

—¡Es un espectáculo horrible! —Vamos ahora por aquí...

Y, apeándose del caballo, empezó á subir una empinada cuesta en que se apoya la muralla por aquella parte.—Cauto y previsor como siempre, queria, ántes de penetrar en la Ciudad con nuevas tropas, estudiar la estructura de ésta y las posiciones que la rodeaban.

La cuesta susodicha hallábase cubierta de es-

combros, de blancos cimientos y de algunos diminutos edificios.—Todo esto nos hizo creer á primera vista que allí habia habido un barrio extramuros; pero, considerado aquel paraje más de cerca y más despacio, conocimos que era un antiguo *Cementerio*.

Y en verdad que nadie habrá visto Camposanto tan alegre y delicioso como aquel.—Su posicion en anfiteatro y vasta extension sobre la montaña me recordaron el *Enterramiento del Padre La-Chaisse* de Paris; pero la forma de las sepulturas, sus arcos árabes, sus calados doseletes y los blancos recintos y panteones, semejantes en cierta manera á muebles góticos, le dan un carácter monumental, histórico, exquisitamente artístico, que no se nota en ningun Cementerio de nuestra Europa. Entre los sepulcros, de una blancura deslumbrante, crecen el jazmin y la hiedra, festoneándolos con primor. Flores silvestres, higueras, pitas, algarrobos y otros árboles sombrean los panteones más lujosos. En cambio, no vimos sobre ninguno de ellos ni un nombre, ni una fecha, ni una inscripcion.—La muerte es allí tan muda y elocuente como en la imaginacion del hombre...

Por tan sagrado lugar subíamos nosotros indiferentes, aunque sacrílegos, saltando de tumba en tumba, escalándolas materialmente, hollándolas con los piés, y haciendo resonar sobre sus losas el regaton de nuestras espadas.—A este rumor de armas extranjeras, de aceros cristianos, debieron de estremecerse en su eterno lecho las pasadas generaciones tetuaníes, los nobles Moros que nacieron en Granada y vinieron á morir en esta tierra,

los antiguos guerreros, los fanáticos Santones, los que fueron Alcaides de esta Ciudad hoy conquistada, los que nunca imaginaron que llegase un dia de tanta tribulacion para los descendientes y adoradores del Profeta...

—¡Oh! ¡Si despertaran!... (pensaba yo con cierta mezcla de cruel orgullo y de respeto religioso.) ¡Si levantaran la cabeza y nos viesen, con la cruz al pecho y ociosa al cinto la vencedora espada, cansada ya de triunfos sobre Ejércitos marroquíes!... ¡Si supiesen hasta dónde ha llegado el infortunio de sus hijos!...

Trepamos al fin á la cumbre del Cementerio; á lo alto de la montaña...

El vasto panorama que desde allí se descubria nos dejó completamente absortos.—Todo *Tetuan* se desarrollaba á nuestros piés. A un lado veíamos entera la Llanura de Guad-el-Jelú, teatro de los últimos combates, y, como término de ella, el mar. Al opuesto lado de la Ciudad se nos presentaba una nueva planicie, no tan ancha, pero más larga que la anterior y muy más verde, graciosa y pintoresca. Es decir, que la Ciudad, engarzada entre las dos montañas que forman el lecho del Martin, es la divisoria de dos Llanos; los domina; se enseñorea sobre ellos, y presenta á los que vienen de Tánger ó de Fez una perspectiva semejante (siquier invertida) á la que nos habia ofrecido á nosotros hasta entónces por la parte del Mediterráneo.

Tetuan, contemplado así, á vista de pájaro, era todavía interesantísimo.—Su planta tiene la forma de una estrella. Las calles son tan angostas y el

caserío tan apiñado, que toda la poblacion parece componerse de un solo edificio. Una vastísima azotea, dividida en pequeños cuadros, más altos ó más bajos, la cubre por completo. El piso de esta azotea, ó de estas mil azoteas yuxtapuestas, hállase escrupulosamente bañado de cal, y su blancura es tan deslumbradora, que ofende y daña la vista, y hace que *Tetuan* parezca revestido de una chapa de plata acabada de labrar por primoroso artífice. — Nada más monótono que semejante aspecto de Ciudad; pero nada tampoco más misterioso y característico. Sólo interrumpen acá ó allá la uniformidad de aquella gran colmena de marfil (que se diferencia de Cádiz en no tener balcones ni casi ventanas que maticen tanta blancura) los altos alminares de las Mezquitas, cubiertos por lo regular de alicatados de vivísimos colores. El de la *Mezquita Mayor* es elegante á sumo grado, y recuerda la *Giralda* de Sevilla. Todos los demas lucen por su esbeltez y artísticas proporciones.

De buena gana me hubiera pasado horas y horas contemplando á *Tetuan* desde aquella altura. Ciertamente, nada habria visto que no hubiese observado á la primera ojeada... Pero ¿era acaso la materialidad de un conjunto de edificios lo que yo consideraba con tal avidez, con tal emocion, con tal recogimiento?—¡Oh!... no. La Ciudad que yo miraba no era aquella que se extendia bajo mis piés, sino la Ciudad de mis recuerdos, la de mi soñadora fantasía, la de mis amores de poeta! Era la Ciudad oriental, la Ciudad árabe, cualquiera que ella fuese, llamárase de este ó de aquel modo: era el misterioso albergue de una raza apartada del

mundo: era el secreto de una olvidada historia: era la realidad de mis ilusiones de niño: era la Granada del siglo xiv: era Damasco: era Medina: era Ispahan...: era la díscola civilizacion mahometana, que no va ya nunca á visitarnos á Europa; que quiere pasar por muerta; que vive escondida y solitaria!...—Suelen los poetas llamar *la desposada del conquistador* á cualquiera Ciudad que abre sus puertas al extranjero...—¡Imágen exactísima! ¡Ella traduce perfectamente lo que he sentido hoy al tocar con la mano la verdad, la presencia, el sér del orientalismo!

En tanto que mi imaginacion viajaba de este modo, mis ojos se entretenian en seguir un bando de palomas blancas que revolaba sobre la Ciudad. Estrepitosas músicas, *vivas* y otras voces resonaban allá abajo en las invisibles calles; y, espantadas sin duda por tan desusado ruido, las tímidas aves vagaban en el espacio, no sabiendo en donde guarecerse. Al fin hicieron lo que suelen hacer los humanos en sus grandes tribulaciones: se refugiaron en un Templo. El alto alminar de la *Mezquita Mayor* las albergó á todas, y allí, sin recelo de ningun peligro y ajenas al gran tumulto que las habia asustado, descansaron de su vuelo y de sus temores.

Al mismo tiempo (y hasta quizás por idéntico motivo) aparecieron en varias azoteas algunas personas, que así podian ser hombres como mujeres; pues como unos y otras llevan aquí faldas, no era fácil determinar desde tan léjos el sexo de cada figura...—Sólo puedo decir que todas aquellas *personas* vestian jaiques blancos.

Ni una ráfaga de humo empañaba la trasparencia del aire azul, donde se destacaba la limpia silueta de los muros que ciñen á *Tetuan* con estrechísimo abrazo. Del lado afuera de ellos veíanse huertas y jardines, cubiertos ya de flores y verdura. El *Martin* corria á poca distancia de la Ciudad por la parte del Sur, poniendo en comunicacion los dos Llanos que te he dicho. Pasado el rio, empezaban á escalonarse, hasta perderse en las altas quebradas de una montaña abrupta, mil caseríos medio ocultos en espesas arboledas, graciosos Aduares y algunos verdes sembrados. En fin, la mañana era hermosa; el aire sano y ligero; el sol estaba alegre como nosotros; los campos esperaban vestidos de gala la llegada de la primavera; los montes proyectaban largas sombras que convidaban á la siesta y al placer...—¡Todo, todo sonreia en la comarca, menos sus antiguos moradores!

La mayor parte de éstos huia en tropel por el Llano de Poniente, ó sea hácia el *Camino de Tanger*, cuya descripcion he reservado para lo último, por lo mismo que sospecho que es la que esperas con más curiosidad, así como fué la que yo apunté más detenidamente esta mañana.

¿Cómo no?—Tetuan, la llanura de Guad-el-Jelú, el Serrallo, el boquete de Anghera, los Castillejos; todo el terreno que habíamos recorrido hasta hoy, se descubre á lo lejos desde los mares; lo ve todo el que pasa por las costas africanas; está mirando á Europa; es, por decirlo así, la *fachada pública* de esta tierra; y sabido es (y, si no, sábelo ahora) que de nada se cuidan ménos los Moros que de las fa-

chadas. El aliño de todos sus goces es el misterio: la mejor habitacion de sus casas la más oculta: su mujer más preciada la que nadie haya visto: su más profunda conviccion ó puro sentimiento el que nunca manifestaron á nadie.—Yo sabía esto de antemano, y de aquí deducia que la verdadera patria de los Moros debia de empezar allí donde nunca hubieren penetrado miradas *infieles*, ó sea en la llanura que principia *detras de Tetuan*; llanura que no se descubre desde el Mediterráneo, y donde, por consiguiente, puede ya gozar el Africano de su querida soledad, considerarse libre, y vivir más en contacto con su alma; más cerca de su Dios...

Y, en efecto; aquella comarca aparecia más poblada y mejor cultivada que el Llano de Guad-el-Jelú.—Muchas Casas de campo (algunas de ellas vistosísimas), Aduares, Morabitos y Aldeas, veíanse esparcidos en los pliegues de las montañas. El *Martin* serpeaba por en medio de huertas y campiñas hasta desaparecer por el Sur en busca de su orígen. Una faja amarillenta señalaba, en fin, sobre los verdes prados el camino del *Fondak*; camino que se perdia de vista al Noroeste por entre dos elevados montes...

Marchando en esta direccion, y en confusa y numerosa caravana, alcanzamos á ver, con ayuda de los anteojos, la emigracion tetuaní; los restos del Ejército de Muley-el-Abbas; las feroces kabilas enriquecidas por el saqueo; ¡todo aquel mundo que huia espantado ante nosotros!..

Las fuerzas que el General Rios habia enviado en seguimiento de los míseros fugitivos acababan

de recibir órden de volverse y dejar ir en paz á aquella infortunada gente, de la cual formaban parte casi todos los ancianos, mujeres y niños de la poblacion *mora* de Tetuan...;—y especifico lo de *mora*, porque la poblacion *judía* ha considerado más prudente quedarse con nosotros los vencedores, que marcharse con los vencidos...

¡Ah! ¡pobres Moros!—¡Cuán interesante, qué patético, qué conmovedor era el lejano aspecto de aquel pueblo que volvia á la vida nómada que fué su orígen!—Las mujeres, con sus pequeñuelos en los brazos; los viejos, llevando de la mano á los adultos; los heridos, atados sobre mulas y camellos; los guerreros, confundidos con la gente desarmada; los caballos de batalla, cargados de muebles, ropas y dinero, y los Príncipes y los Generales, cabalgando en medio de sus más humildes súbditos, traian á mi imaginacion mil recuerdos de escenas semejantes, consagradas por la Historia ó por la Poesía; siendo, de todas ellas, las que más vivamente veia allí representadas, el abandono de Troya, la huida de la familia de Lot, el desamparo de los Moriscos y Judíos cuando fueron expulsados de España, y, por de contado, la larga peregrinacion del Pueblo de Israel.

No se niegue que hay dignidad y grandeza en este modo de abrazarse á su infortunio. Los Moros han sido vencidos, y saben que somos generosos en la victoria: en nuestra intimacion á la Plaza les prometíamos respetar su religion, sus costumbres, sus mujeres, sus propiedades...; y, sin embargo, prefieren todo género de trabajos, privaciones y miserias á la humillacion de aceptar su derrota y

declararse dominados.—Esto es heroico, antiguo, clásico, propio de la vieja Roma y de la inmortal Esparta!—Hacer ilusorios los triunfos de la fuerza denota una gran virtud de que ya se ven raros ejemplos. Para ello es preciso poseer el temple de alma que aún conservan los Africanos: es necesaria su profunda y sincera fe religiosa, su entereza primitiva, su sencillez de costumbres.—Sólo el pueblo ruso, retirándose hácia el Norte, segun avanzaba Napoleon el Grande por aquel dilatado Imperio, y quemando sus ciudades para que el Conquistador no dominase sino sobre montones de cenizas, ha dado modernamente en Europa pruebas de un patriotismo tan exaltado, como Sagunto y Numancia las dieron en la antigüedad.

En tanto que yo me entregaba á estas fantasmagorías, el General en Jefe habia terminado sus observaciones militares acerca de *Tetuan*.—Bajamos, pues, atravesando de nuevo el Cementerio, hasta donde nos esperaban los caballos: montamos con el apresuramiento y el gusto que puedes suponer; y nos dirigimos, por último, á la Ciudad, esperando que en ella encontraríamos aún algunos Moros y Moras con quienes trabar amistad y adquirir confianza, á fin de estudiar detenidamente la vida y costumbres de los Marroquíes.

XVII.

Dentro de *Tetuan*.

Desde que penetramos por la almenada y artillada Puerta de *Tetuan*, ofreciéronse á nuestra vista lúgubres señales de los pasados horrores, y claros indicios del tremendo espectáculo que nos aguardaba en el *Zoco* ó Plaza principal.

La primera calle en que entramos era larga, desigual y sombría. Cubríanla espesos emparrados y zarzos de cañas, que impedian que el sol bajase á ella, y estaba muda y solitaria como uno de aquellos barrios malditos de nuestras ciudades del siglo XIV, en que no habitaba nadie por miedo á los demonios ó á los duendes.

Era evidente que aquella calle habia sido asiento del Comercio; y conocíase esto en los miles de armarios, escaparates y cajones destrozados que se veian por el suelo, entre restos destruidos de várias mercancías. Vajilla rota, cristales quebrados, hojas de libros, raíces de extrañas hierbas, semillas, muebles deshechos, ropas desgarradas, cofres descerrajados, puertas caidas, pedazos de alfombra, de estera y de pintadas pieles, herramientas de varios oficios, multitud, en fin, de objetos inutilizados, como se ven en el *Rastro* de Madrid, formaban altos montones, ó, por mejor decir, obstruian la calle, haciendo sumamente dificil la marcha de nuestros caballos, que cada vez que sentaban un pié rompian ó trillaban con melancólico

estrépito aquellos despojos del saqueo, aquellos desperdicios del completo botin que se habian llevado las kabilas...

Por lo demas, la estructura de aquella calle y de cada uno de sus edificios respondia exactamente á la idea que yo me habia forjado de los pueblos árabes.—Las casas no tenian ventanas ni balcones, sino, cuando más, algunas estrechas hendeduras, como aspilleras, cubiertas de seculares telarañas. A cada paso la calle se convertia en angosto cobertizo que ponia por arriba en comunicacion las casas de una acera con las de la otra. Todas las puertas se hallaban cerradas, y no se veia alma viviente por ninguna parte. Las destrozadas tiendas no pertenecian al cuerpo de los edificios adyacentes, sino que eran adherencias exteriores por el estilo de nuestros puestos callejeros de libros, y habian sido como arrancadas de cuajo.

Al penetrar en la segunda calle, tambien llena de tiendas destruidas, encontramos al fin un sér humano.—Érase un Moro viejísimo, de larga barba como la nieve, adornado con un recio turbante y vestido con un jaique de lana.—Estaba sentado á la puerta de una tiendecilla, que indudablemente habia sido suya, y cuya puerta y armarios veíanse tambien por el suelo...

Aquel anciano, de rostro patriarcal, tenía cruzadas las manos sobre las rodillas y los ojos clavados en tierra, como sumido en la contemplacion de tantos desastres. Nuestra ruidosa marcha no le hizo levantar la cabeza para mirarnos, ni moverse á fin de evitar que los caballos lo pisasen.—Todos lo compadecimos al pasar; todos lo consideramos

en silencio, mostrándonoslo unos á otros con la mano; y él siguió inmóvil, indiferente, yerto como una estatua, aguardando yo no sé qué... ¡tal vez una muerte que apetecia y que por lo mismo no llegaba!...

Más adelante empezaron á aparecérsenos flacas y pálidas mujeres ó endebles y afeminados mancebos, vestidos con raros trajes de vivísimos colores.—Eran Judíos, apostados en los huecos de las puertas y en las esquinas de las calles para saludarnos al paso...

—¡*Bien venidos*! ¡*Bien venidos*! ¡*Viva la Reina de España*! ¡*Vivan los señores*!—gritaban en castellano aquellas gentes; pero con un acento particular, enteramente distinto del de todas nuestras provincias.

Y, diciendo así, las mujeres agitaban sus delantales, y los mancebos echaban al aire unos gorrillos negros como solideos, que apénas les tapaban la coronilla; y unas y otros se metian entre los piés de los caballos para cogernos las manos ó besarnos las piernas; todo ello con una falsa y aduladora sonrisa en los labios, ¡cuando sus ojos estaban marchitos de tanto llorar!...

Así sus figuras, como su actitud, como el alarde que hacian de hablar el español, nos repugnaron desde luégo profundamente. — Yo los comparé con el anciano Moro que acabábamos de encontrar, y conocí en seguida la profunda diferencia que hay entre raza y raza. ¡Cuánta dignidad en el Agareno! ¡Qué miserable abyeccion en el Israelita!

Al principio creí que aquellas palabras españolas

las habian aprendido ayer para lisonjearnos; pero luégo recordé que el *castellano* es el habla habitual de todos los Judíos establecidos en África, Italia, Alemania y otros países.—De cualquier modo, la alegría que siempre causa oir el idioma patrio en suelo extranjero, se eclipsaba hoy al reparar en la vileza de las personas extrañas que se producian en nuestra lengua.—Y, con todo, aquello tenía algun encanto. ¡Sin duda halagaba nuestro orgullo de Españoles y de Cristianos, ya que no nuestra ufanía del momento! ¡Sin duda recordábamos glorias de nuestra raza y supremacías sobre la Hebrea mayores que la Toma de *Tetuan!*

—¡*Viva!* ¡*Viva!*—seguian gritando con desentonadas voces aquellas pobres gentes sin Patria.

Su número crecia por momentos, y la variedad de sus trajes (que ya te describiré) era cada vez más rara y sorprendente...

Las hembras llamaban sobre todo nuestra atencion...—¡Ya veíamos mujeres!—Habíalas muy bellas...; y chocábanos particularísimamente la precoz pubertad de algunas muchachas, así como el que, tanto éstas, como otras mozas más formales, y hasta las mujeres hechas y derechas, estuviesen casi desnudas, especialmente de la cintura para arriba...

Segun he sabido luégo, tamaña desvergüenza es vicio inveterado de las Hebreas; llevado hoy á la exageracion por las de *Tetuan*, para afectar suma pobreza, en virtud de un miedo ruin á que las creyéramos ricas y acabásemos de robarles lo poco que les han dejado los *Morios*...—Como quiera que fuese, todas aquellas singularidades eran parte

á aumentar el interes artístico y la ardiente curiosidad con que yo habia entrado en la Ciudad musulmana..., y, por consiguiente, mi entusiasmo poético no tenía límites.

Por de pronto, la raza judía resultaba tal como yo me la habia figurado... ¡tal como me la habian descrito historiadores y poetas!—Además... algunos Moros, blancos ó negros, cruzaban á veces de una casa á otra; lo cual queria decir que la Ciudad no estaba completamente vacía de Musulmanes.—¡Todo, pues, me prometia una larga temporada de observaciones, de estudios, de aventuras, de encontrados afectos, de inspiraciones contínuamente renovadas!

Entretanto, seguíamos marchando hácia el *Zoco* ó Plaza principal, cuyo distante rumor me hacía comprender que allí nos esperaba el verdadero cuadro de la *Toma de Tetuan*, del que no eran sino episodios las cosas que iba viendo al paso.—Y, sin embargo, ¡qué multitud de escenas interesantísimas, de espectáculos extraordinarios dejábamos atras!...—¡En cualquiera otra ocasion, ellos hubieran bastado á detenerme horas y horas!

Porque todavía no te he dicho que, sobre los escombros, encontrábamos á veces el cadáver de un Moro ó de un Judío, víctima de la tremenda pasada noche: todavía no te he hablado de los charcos de sangre que veíamos en las puertas de las casas; de las huellas de manos ensangrentadas que descubríamos en las paredes, y de los rescoldos de recientes incendios que hallábamos al paso: ni tampoco he hecho mencion de las fuentes públicas que murmuraban bajo los emparrados, como en los dias

de la paz; de las fachadas elegantes de algunas Mezquitas, en que apénas teníamos tiempo de fijar los ojos, y de algunos preciosos patios que distinguíamos al traves de las puertas rotas...—Pero ya te lo describiré todo en mejor ocasion.

Cerca de la Plaza hízome reir y dióme que pensar el siguiente diálogo, que acabó de revelarme la historia entera y el carácter de los Judíos:

—¡*Viva la Reina... inglesa!*—exclamó un Hebreo de diez ó doce años, fingiendo un entusiasmo loco al vernos pasar.

—¡*No digas eso!*—le advirtió una muchacha, ó por mejor decir, una *mujèr* de su misma edad.

—¡*Viva la Reina... francesa!*—rectificó entónces el chico con redoblada energía.

—¡*Hombre, no!...* — repuso la jóven, llena de miedo.

—¡*Viva la Reina... española!*—exclamó por último el Israelita, temblando como un azogado.

Pero en esto llegábamos ya á la Plaza.

Un Ayudante se habia adelantado á anunciar la llegada del General en Jefe, y una corneta habia lanzado dentro del *Zoco* el agudo toque de *atencion*.—Al tumulto y vocerío que poco ántes escuchábamos, empezaba á suceder una tregua de silencio.—Sólo las sonoras pisadas de nuestros caballos se oian ya bajo los arcos de la *Calle de la Meca*.

Mi corazon latia aceleradamente... En aquel momento no pensaba ya tanto en lo que iba á ver, como en lo que verian los Moros y Judíos reunidos en el *Zoco*. Mi imaginacion se trasportó de nuevo á los dias históricos, y, convirtiéndome de actor en espectador, creí encontrarme en Roma, el dia que

entraron en ella las tropas de Cárlos V; en Granada, cuando la tomaron los Reyes Católicos, ó más bien en Jerusalen, cuando llegó Tito á cumplir la Profecía...

Penetramos por último en el *Zoco.*

El General O'Donnell iba delante.— A su aparicion, prorumpen las músicas en solemnes armonías, y mil y mil vivas se unen á los acordes de la Marcha Real.

Algunos Batallones del General Rios están formados en medio de la extensa Plaza. Todas las azoteas que la circuyen se ven coronadas de Moros y de Israelitas. Las aclamaciones de las mujeres resaltan sobre el universal estruendo. Las quejas, los lloros, las súplicas, los discursos de niños y viejos, de ancianos miserables y de jóvenes doncellas, forman en torno nuestro una infernal algarabía que nos aturde y vuelve locos...— ¿Qué espectáculo! ¡Qué momento! ¡Qué confusion! ¡Qué desórden!— ¿Por dónde principiar á describirlo?

Desde luégo te declaro que yo no he visto ni espero ver en toda mi vida nada tan grande, tan imponente, tan lleno de animacion y poesía como el cuadro que pretendo copiar en este instante. El género artístico y literario á que pertenece, no es ya el clásico que entreví en la carga de Caballería del 31 de Enero; tampoco es el moderno con que Horacio Wernet ha pintado la Epopeya Napoleónica; ménos aún recuerda el estilo romántico, el fantástico ó el realista... ¡no!—El espectáculo que tenemos enfrente pertenece á aquella gran pintura mural en que solemos ver representados asuntos como la *Degollacion de los Inocentes,* el *Paso del*

Mar Rojo, el *Diluvio universal*, las *Plagas de Faraon* ó el *Escándalo de Babilonia*; á la pintura de los tapices célebres; á la familia de los frescos de Miguel Angel.

Empieza por imaginarte las masas del Pueblo, no á la manera que hasta ahora las conoces, sino como fueron en la Antigüedad, como se reunian en el *forum* romano ó en la plaza de Atenas. Fíngete á los hombres, no con nuestros trajes desprovistos de aptitud para la estatuaria, sino todos con la ropa talar que tanto ennoblece á las figuras; no con sombreros de esta ó de aquella forma, sino con la frente descubierta cómo los Césares, los Alcibiades ó los Escipiones; no con la vulgar patilla ó el prosaico bigote de nuestros tiempos, sino con toda la barba, al modo monumental y mitológico; no, en fin, vestidos de negro ó de gris, como estamos acostumbrados á ver á nuestras muchedumbres, sino ostentando los colores más vistosos; el amarillo, el verde, el rojo, el azul, el blanco y el violado. Figúrate venerables cabezas de ancianos israelitas, verdaderas cabezas de Patriarcas, llenas de una majestad que contrasta con la vileza de sus pensamientos; rostros de mujeres, envueltos en blancas tocas, como nos pintan á las Dalilas y á las Rebecas; decrépitas abuelas, mostrando su desnudez entre los harapos; mancebos esbeltos, ciñendo luengas túnicas; impúdicas doncellas, cuyos ligeros y desaliñados vestidos marcan todas las formas del cuerpo, las piernas, las caderas, el seno, los hombros y los brazos, como vemos en las antiguas estatuas... Imagínate todo esto, digo; y, cuando te lo hayas imaginado, anima todos esos personajes,

inflama todas esas cabezas, agita todos esos rostros, dáles la expresion del terror, de la alegría, de la pena, de la admiracion, del sobresalto...; añádeles las lágrimas falsas ó la sonrisa mentida, el gesto hipócrita, la actitud del ruego, el ademan de la oracion ó la compostura del verdadero sentimiento... Aquí la vírgen ultrajada, pálida aún y llorosa; allí la madre que estrecha á un hijo contra su corazon, miéntras que otros dos ó tres pequeñuelos se asen á sus faldas; acá el adolescente acobardado; allá la esposa, de rostro dulce y enamorados ojos, herida en la frente por el bárbaro montañés; en este lado el viejo Rabino que reza los psalmos del Antiguo Testamento, meciéndose como una caña batida por el aire; en aquel otro el Mahometano sombrío y taciturno que pasa sin mirar á nadie por entre las oleadas de la multitud...—¡Forma un inmenso grupo con todas estas figuras, y díme si puede concebirse un cuadro de más vida, de mayor interes, de tan maravillosa grandilocuencia!

Pero donde la perspectiva se presenta más grandiosa é indescriptible, es desde el Arco que da entrada la *Judería*...

Por allí se descubre una larga calle cuajada de cabezas, que se asoman unas sobre otras... Miles de ojos ávidos se fijan en la Plaza... Hace siglos que los Hebreos viven encerrados en aquel Barrio, de donde les estaba vedado salir en gran número y sin formal licencia... Todavía dudan muchos de ellos si los Cristianos serán más tolerantes... Todavía no se atreven á invadir el *Zoco*, lugar de honor en que jamás se les permitió exparcirse...—¡Qué

espectáculo aquel! ¡Qué gritería en árabe, en español y en hebreo! ¡Qué rio de gente! ¡Qué variedad de colores en los trajes! ¡Qué movimiento! ¡Qué agitacion!...

Poco á poco va desembocando en la Plaza aquella detenida corriente; y las primeras escenas habidas con las tropas de Rios se reproducen con el Cuartel General...

—¡Todo, señor! ¡todo nos lo ha robado el *Morio*!... —exclaman lastimosamente los hijos de Israel.

—¡Mire, señor! ¡nos han dejado en cueros!...

—¿Por qué no vinísteis ayer mañana?

—¡Nos han saqueado los baules!...

—¡Nos han matado los padres!...

—¡Nos han maltratado las mujeres!...

—¡Nos han quemado las casas!...

—¡Saul ha muerto, señor!... ¡el virtuoso Saul, que no hizo daño á nadie!...

Y hablando así, hombres y mujeres, viejos y niños, nos mostraban sus heridas, ó sus cuerpos desnudos, ó sus trajes destrozados, miéntras que algunas madres levantaban á sus hijos sobre la cabeza, diciendo con desgarradores gemidos:

—¡Mire, señor, al hijo de mis entrañas! ¡Tiene hambre!... ¡No ha comido hace tres dias!

Vieras entónces á nuestros Oficiales vaciar sus bolsillos en las manos de los Judíos; vieras á los Judíos pelearse como furias del infierno por arrebatarse las monedas; vieras á los soldados entregar sus fusiles á las mujeres para abrir el morral y repartir todo su pan, toda su galleta, ¡su rancho de dos ó tres dias!... entre los quejumbrosos He-

breos...; vieras aquella santa y bendita escena en que los ángeles del cielo debieron de llorar de gozo; en que la caridad cristiana bañó de un placer divino el semblante de los vencedores; en que los adustos Moros, que aún no se habian dignado mirarnos, levantaron la frente por primera vez y fijaron la vista en nuestras tropas, asombrados de tan noble comportamiento; y en que los Judíos, comparando nuestra benignidad con la inhumana fiereza de los Musulmanes, nos abrazaban y besaban, gritando medio sincera, medio interesadamente:

—*¡Dios os ha traido! ¡Ya era tiempo! ¡Vivan los Españoles! ¡Viva la Reina del mundo! ¡Viva el General O'Donnell!...*

Vieras luégo á nuestros nobilísimos soldados, crédulos y llorosos, consolando á los Judíos, jurándoles no hacerles daño alguno, y cobrando estas mercedes con alguna mirada codiciosa dirigida á la desnudez de las doncellas, con alguna sonrisa epigramática, ó con algun chiste murmurado entre amigos y en voz baja... Vieras á los Generales y Jefes contemplar extasiados la virtud instintiva de las tropas, que se indemnizaban de tantas privaciones y sufrimientos socorriendo las necesidades de su prójimo... Vieras tremolar pañuelos y tocas sobre las azoteas, hervir la muchedumbre en la Plaza, combinarse artísticamente millares de grupos episódicos, dignos de los más sabios pinceles; grupos en que formaban primoroso contraste los conquistadores y los conquistados: aquellos, relucientes, pardos, armados, caballeros en briosos trotones, ciñendo el duro casco, embrazando la robusta lanza, llenos de galones, cruces y otras

insignias y adornos que entonaban fuertemente sus figuras; y éstos, humildes, descubierta la cabeza, inermes, á pié, con sus pacíficos trajes talares...— Vieras, en fin, este lienzo inconmensurable, de contornos bíblicos, palpitante de realidad, alumbrado intensamente por el sol, y animado por la gritería y por las músicas, y confesarias, como yo confieso, que no hay palabras, que no hay imágenes, que no hay elocuencia suficiente en genio humano para poder dar ni remota idea de tan múltiple accion, de tan varios accidentes, de tragedia tan inmensa, de epopeya tan grandiosa!

. . . .

Pues aún habia de subir de punto el interes de esta escena; aún podia rayar más alta una situacion tan culminante...—Faltaba la catástrofe de la tragedia.

Fué el caso, que miéntras algunos nos hallábamos en la puerta de la *Judería*, en medio de aquellas masas que no me cansaba de mirar, rodeados nuestros caballos por una multitud de desarrapados Hebreos que nos referian tremendos episodios de la pasada noche, el Conde de Lucena y su Cuartel General habian penetrado en la Casa del Gobernador, situada al otro extremo de la Plaza.

Este edificio es á la vez palacio y castillo, y sobre su plataforma habia cañones y pertrechos de guerra.—De pronto, y cuando más ajenos estábamos ya á ciertos temores de que te he hablado várias veces, óyese allí una espantosa detonacion que estremece á todo *Tetuan!*... Veinte mil alaridos de espanto resuenan al mismo tiempo... Una dilatada y espesa humareda tapa la Casa del Gobernador...

La muchedumbre se repliega, huyendo hácia la *Judería*... Los Batallones se precipitan tambien sobre ella... Los caballos atropellan á los infantes... Los lamentos ensordecen el espacio...

—¡*Pólvora*! ¡*pólvora*!—exclama todo el mundo. Una segunda detonacion y una segunda humareda aumentan la consternacion general...

Yo me acuerdo de mi sueño...—*Tetuan* va á volar hecho cenizas! ¡Nuestras victorias terminarán al fin por un desastre!...

Ni es este el único peligro que nos amenaza. Hay otro más inmediato... ¡El atropello; la confusion; el tumulto; los caballos que se meten espantados entre las olas de la muchedumbre; el peligro, en fin, de ser aplastados ó ahogados en aquel infierno!...

Yo creo perecer...; pero no pienso en mí. Sólo pienso en que el General en Jefe se halla dentro del pavoroso edificio en que suenan aquellas horribles explosiones...—¿Qué vale mi vida; qué valen mil vidas, comparadas con la de nuestro Caudillo, con la del Vencedor de Africa?

En esto, por un claro del humo que rodea la Casa del Gobernador, veo al General O'Donnell atravesar corriendo la plataforma de la fortaleza, como quien huye de un incontrastable riesgo... Otros varios Generales y Jefes del Cuartel general corren tambien en várias direcciones por las azoteas inmediatas...

El terror oscurece mi vista... Y ya creo ver vacilar la casa... Ya creo ver hundirse sus paredes, sepultando á nuestro General y á tantos otros bizarros militares...—¡Morir! ¡morir tantos héroes en

el momento del triunfo!...—¡Ah, bárbaros Marroquíes! ¡Desventurada España!!...

—¡No es nada! ¡no es nada! ¡No correr!—gritan en este momento muchas voces desde el lugar de la catástrofe.

Y vemos aparecer en la puerta de la Casa del Gobernador al General O'Donnell, seguido de su Cuartel General.

La explicacion de aquel pánico cunde entónces rapidísimamente.—Ha ardido una cantidad insignificante de pólvora. El conflicto ha sido casual. Los Moros no han tenido parte alguna en él.—En la Casa del Gobernador habia habido durante la guerra un almacen de municiones. Ayer, al escapar Muley-el-Abbas, se las llevó consigo; pero la operacion se hizo tan de prisa, que el suelo quedó regado de pólvora. Un soldado nuestro tiró sobre ella inadvertidamente un cigarro encendido, y hé aquí el orígen de tan alarmante acontecimiento.

De él han resultado gravemente quemadas dos ó tres personas, y muchas otras heridas y contusas á causa del tropel que se movió en la Plaza.—Pero ¿qué es esto, en comparacion de lo que hemos temido?

Pasado aquel momento de angustia, procedióse al alojamiento de la Guarnicion de *Tetuan*, y nosotros, los poetas de oficio, nos desparramamos por las calles en busca de nuevas emociones y de extraordinarias aventuras.

XVIII.

Primer paseo por *Tetuan*.—Cristianos, Moros y Judíos.—
El Negro de mi sueño.—Hospitalidad hebrea.

El mismo dia.

Antes de descender á referirte los mil curiosos pormenores que he recogido y las peregrinas escenas que he presenciado durante mi primer paseo por esta maravillosa Ciudad, juzgo conveniente y necesario darte una ligera idea de su conjunto; empezando por advertirte que mi opinion acerca de *Tetuan* no es la de la mayoría de mis compañeros de armas.—La generalidad del Ejército está desencantada despues de haber visto de cerca á la *odalisca* que tanto hemos adorado desde léjos.—Yo, en cambio, estoy más enamorado que nunca de *Tetuan*.

Todos tenemos razon, y la diferencia de nuestras opiniones consiste en que consideramos la Ciudad por diferente prisma.

Sus detractores, comparándola con los pueblos europeos, echan de ménos en ella una porcion de cosas que real y verdaderamente no tiene.—«*Tetuan* (dicen) es peor que la última Ciudad de España. Sus calles son sucias, irregulares, tortuosas y estrechas; están completamente desempedradas, y no tienen aceras, alcantarillas, nombre ni numeracion. El aspecto de sus casas es pobrísimo y miserable. Apénas se ve entre ellas un edificio que merezca llamarse tal. Aquí no hay monumentos,

ni paseos públicos, ni teatros, ni fondas, ni cafés, ni casinos, ni mercados. La policía urbana no se ha sospechado siquiera. De noche no hay alumbrado ni serenos. ¡Esto es horrible! ¡Esto es detestable! ¡Aquí no se puede vivir! ¡Un pueblo de la Mancha ofrece más comodidades y recursos!...»

Todo esto es verdad; y, por lo mismo que lo es, encuentro yo á *Tetuan* delicioso, magnífico, inmejorable... ¡Si poseyera todos los encantos europeos que le faltan, sería para mí una de tantas ciudades como he visto en este mundo y como habria podido ver, sin necesidad de venir á Africa!—¡Para calles tiradas á cordel, soberbios edificios, suntuosos teatros, lindos paseos, buenas fondas y excelente policía, ahí están Paris y Lóndres, Marsella y Burdeos, Cádiz y Sevilla, Málaga, Bilbao y Barcelona, y mil y mil otras capitales!—El mérito de *Tetuan* consiste precisamente en no parecerse á ninguna de ellas.—¡Desgraciado de mí si me las recordase en cualquier modo! ¡Adios, entónces, mis ensueños africanos! ¡Adios, arte! ¡adios, poesía! ¡adios, originalidad! ¡adios, orientalismo! ¡adios, todo lo que he venido á buscar en esta tierra!

Comprenderás por lo dicho que yo no considero á *Tetuan* sériamente, como se dice ahora, sino con ojos de poeta ó de artista; esto es, de hombre tan inútil como perjudicial.—Desconfía, pues, de mi opinion.—Y, hechas estas salvedades, oye mi *voto particular* acerca de la *Sultana del Guad-el-Jelú*.

Tetuan es lo que debia ser; lo que yo deseaba que fuera: una ciudad completamente árabe; un pueblo diferente en todo de los de Europa; un nido de Moros; una resurreccion de la antigua Granada. La

forma de sus calles, la disposicion de sus casas, todo lo que encierra, y aquello mismo de que carece, revela la índole, la historia y las costumbres de sus moradores. Solamente los Islamitas pudieran hallarse bien avenidos en una ciudad semejante: las preocupaciones de su espíritu y los afectos de su corazon se ven retratados en los menores accidentes de cada barrio, de cada vivienda, de cada aposento, así como en el aspecto general de la poblacion en conjunto.

El Moro desconoce ó desprecia todos los goces sociales; es individualista; ama la soledad del campo y la del hogar, y pasa su vida entregado á sus propios pensamientos, sin cuidarse para nada de los del vecino. Por eso no decora la fachada de su casa; por eso hace pequeña la puerta y la sitúa en el lugar más escondido; por eso no repara en el estado de las calles ni se afana en construir puntos de reunion, tales como teatros y paseos, ni tan siquiera *boulevards* en que perder el tiempo conversando con sus amigos. Para él la calle es el camino de su casa, y nunca sale á ella sino para trasladarse de un lugar á otro. Procura que esta calle sea estrecha y retorcida, á fin de que esté fresca y llena de sombra durante los perdurables dias de verano, y con este mismo objeto prodiga en ellas las bóvedas y los cobertizos. Las Autoridades, por su parte, no piensan tampoco en el interes comun, ni se les ha ocurrido que exista tal comunidad. Preocúpanse, sí, de este ó de aquel individuo; mézclanse en sus negocios (acaso más de lo justo); fiscalizan sus actos y hasta intervienen su hacienda; pero jamás les pasa por la imaginacion la idea de adoptar

ninguna medida de utilidad pública, ya higiénica, ya de ornato, ya de vigilancia general. De aquí el que no haya alumbrado ni otras muchas cosas. El que necesita luz de noche, la lleva; y el que no la tiene, marcha á oscuras, ni más ni ménos que hace veinte años acontecia en muchas ilustres ciudades españolas.—En cuanto á seguridad personal, cada uno cuida de la suya, y Dios de la de todos.—Resumiendo: la *calle* no tiene existencia oficial; el vivir unos cerca de otros no causa estado; la *vecindad* no imprime carácter; la *poblacion* no es una sociedad, es una muchedumbre: y todo ello, más que una *ciudad*, es un *Campamento*, donde los acampados viven respectivamente de incógnito.

Los únicos sitios públicos de *Tetuan* son las Mezquitas, y consecuencia de esto es que sus fachadas sean algo ostentosas y que sus grandes puertas estén en el lugar más visible y despejado.—Pero, en cuanto á las casas, fuera imposible discernir dónde concluye una ni principia otra. El exterior de cada manzana forma una pared desigual y tortuosa, que se prolonga como una muralla. De trecho en trecho, y siempre á bastante altura, vénse unas rendijas muy parecidas á las aspilleras de un fuerte. Son las únicas ventanas que miran á la calle. Apénas cabe una mano por ellas, y, más que para dar aire ó luz á las habitaciones, sirven de acechadero á los recelosos Marroquíes.—Cuanto más lujosa y bella es una casa por dentro, tanto más pobre es su entrada y más deforme é insignificante su frente. Así, pues, nunca sabe uno si el edificio que tiene delante es un miserable tugurio, ó un

magnífico palacio, cuyas labradas estancias, frescos patios y sombríos cenadores constituyan verdaderas maravillas del arte.

De todo esto se deduce que los Moros hacen amable únicamente la remota perspectiva de su Ciudad y el interior de sus hogares; lo cual explica tambien su carácter y sus inclinaciones.—Amantes de los placeres domésticos, de las felicidades solitarias y silenciosas, sitúan sus pueblos en vistosos parajes, y los blanquean cuidadosamente, á fin de que les sonrían desde léjos, de que los atraigan, de que les recuerden las dulzuras de su haren ó de su baño; y, una vez dentro de la Ciudad, no encuentran en ella nada que les halague, que los entretenga, que les ofrezca comodidad ni reposo, sino su apartado albergue, su mansion oculta, su blando y amoroso nido.

Hay, sin embargo, dentro de *Tetuan* una excepcion que hacer en todo lo enunciado.—Aludo al *Fondak*, pequeñísima plazcleta cubierta por una gran parra, y en la que ciertos *Argelinos* han establecido la moda de los *cafés* tan renombrados de su tierra...— Ya iré yo por allí á hacerles compañía, y te describiré detenidamente ciertas escenas (interrumpidas hoy), cuyos vagos pormenores me ha contado el Judío que me sirve á la vez de *cicerone* y de intérprete, y de quien tambien hablaremos á su debido tiempo.

En toda la Ciudad (que es bastante grande y muy apiñada, y que, segun me dicen, ha llegado á contener hasta cincuenta mil habitantes) sólo hay dos plazas: la *Mayor* ó el *Zoco*, de que ya te he hablado, la cual es un extenso y no muy perfecto cuadri-

longo; y la *Plaza vieja*, de forma irregular, que da entrada á la *Alcaicería.*

La *Alcaicería* (bien lo dice su nombre), es un barrio cerrado, en que está, ó mejor decir, *estaba* el comercio principal de la poblacion.—Cúbrela un espeso toldo de zarzos de cañas, y comprende más de trescientas tiendas, destrozadas y saqueadas todas, primero por las kabilas, y despues por los Judíos.—Estas tiendas como todas las de *Tetuan*, son una especie de alacenas embutidas en la pared, dentro de las cuales se sentaba el mercader sobre las piernas cruzadas, teniendo al alcance de la mano todas sus mercancías...—¡Y yo no los he visto así!..—Pero el Judío me asegura que llegaré á verlos.

En muchos parajes de la Ciudad hay fuentes públicas, nada monumentales, que consisten en caños de agua cayendo en pilones de piedra.—Con todo, su blando y monótono murmullo presta un encanto particular á las entoldadas calles...

En resúmen; *Tetuan* tiene sobre otras muchas capitales que le exceden en lujo y en belleza, el privilegio de hablar al alma del viajero, de contarle su historia, de hacerle comprender á primera vista el genio y naturaleza de sus moradores.—Cierto es que carece de grandiosos monumentos por el estilo del Acueducto de Segovia ó del Coliseo de Roma, que inspiren al alma la grave melancolía de lo pasado, haciéndole ver la huella del hombre antiguo sobreviviendo á imperios, razas y civilizaciones... Pero, en cambio, muestra la obra del Tiempo: no lo que el tiempo destruyó, sino lo que ha creado: no edades desvanecidas, sino edades

condensadas, fósiles, superpuestas, como en los *cortes geológicos* que se hacen en las montañas...

Y es que, en estos pueblos islamitas, tan indiferentes al llamado Progreso, tan enemigos de toda variacion, nada cambia de forma; nada se altera ni modifica. Un siglo no corrige á otro; jamás se derriba lo construido; nunca se atreve la mano del hombre á la fatalidad consumada de las cosas.—Amontónanse, pues, hechos sobre hechos, vidas sobre vidas, pavesas sobre pavesas, polvo sobre polvo. Es decir, que lo muerto no se entierra; que lo que nace vive adherido á lo que ya pereció; que, levantando una y otra capa de ceniza, se encontrarian aún las raíces del primitivo *Tetuan*; que la humanidad, aquí, no es aquella vívida y simbólica serpiente que muda su piel de tiempo en tiempo, sino una especie de *banco* de moluscos, cuyas partículas están todas animadas, pero cuya suma es un pólipo sin vida.

Tal es *Tetuan* considerado en globo y por fuera.—Si ahora fijamos rápidamente la vista en lo interior de sus casas, encontraremos algunas comprobaciones de todo lo que llevo asentado.

Las casas de *Tetuan* recuerdan en su mayor parte las de Andalucía. Su planta y disposicion son completamente idéntica. El centro del edificio lo ocupa el patio, dando luz á casi todas las habitaciones. En medio de él hay una fuente, y en torno de ésta cuatro cenadores, formados por arcos ó por columnas. Largas cortinas aislan á veces uno ó dos de estos cenadores, convirtiéndolos en dormitorios de verano. En el piso superior hay cuatro corredores, tambien descubiertos, y con barandas que dan al

mismo patio. El lujo de las casas principales consiste, sobre todo, en las puertas, en las ventanas interiores y en los techos, labrados exquisitamente con maderas de colores, así como en los alicatados y mosaicos de que están revestidos los suelos, el tercio bajo de las paredes, y los peldaños de las escaleras. Es muy frecuente que las grandes estancias, sobre todo las destinadas á las mujeres, reciban la luz por el techo y se dividan en dos partes, mediante una arcada ó rompimiento de graciosos arcos morunos. La parte anterior, ó más próxima á la entrada, tiene pocos muebles. Desde los arcos para allá el piso forma un estrado, al que se sube por un escalon ó dos, y allí está el *divan*, compuesto de mil lujosos colchoncillos, cojines, mantas y almohadones, que constituyen un vastísimo lecho. Desde la mitad de la pared hasta el suelo pende, alrededor de la habitacion, una cortina de seda de colores, miéntras que finísimas esteras de junco ó ricos tapices de lana cubren el reluciente pavimento.

La mayor parte de las casas (aquí, como en todo el mundo) son pobres; quiero decir, que la gente acomodada está en minoría.—Ya haremos detenidamente visitas especiales, y entraremos en pormenores más prolijos.—Ahora, para concluir con las interioridades de *Tetuan* que he podido ver en mi primer paseo, te diré que tampoco han defraudado mis esperanzas. Los muebles, las cortinas, las alfombras, las alacenas, la vajilla; todo lo que he examinado, es auténtico y artístico; tiene un carácter oriental sumamente marcado; se encuentra lleno de inscripciones y alegóricas figuras geo-

métricas, y corresponde perfectamente á todos los objetos moriscos que se conservan en nuestra España, restos de la larga dominacion agarena. El arte, pues, los oficios, las costumbres, todo lo que se refiere á la vida de los Moros, sigue en el *statu quo* que constituye la esencia de su civilizacion. Nada ha variado; nada ha progresado; nada ha cambiado ni en la materia ni en la forma. Visitar hoy á *Tetuan* equivale á ver á Córdoba en el siglo XIII.

. . . .

Paso ahora á referirte algunas observaciones *episódicas* que he hecho hoy en la Ciudad, además de las *generales* que acabas de leer.

Empiezo consolándote hasta cierto punto acerca de la suerte que ha cabido á los Judíos con motivo del saqueo de Tetuan.—Dígolo, porque, al ver esta tarde entrar en la *Judería* un cordon interminable de Hebreos, todos cargados de ropas, muebles, maderos, sacos de harina, vidriado, puertas, verjas de hierro y otras mil cosas, miéntras que salia del mismo barrio otro cordon de Hebreos con las manos vacías, y al oir á unos y otros gritar con monótono acento, como quien repite maquinalmente un estribillo:—«*¡Todo, todo nos lo han robado los moríos!—Señor, déjeme pasar...—¡Todo nos lo han robado!...*,» no hemos podido ménos de preguntarnos: — «¿De dónde procederán todos estos efectos que entran en la *Judería*? ¿Poseian algo los Hebreos fuera de su barrio?»—Y hemos caido en la cuenta de que los Judíos están robando desde anoche á los Moros ausentes de *Tetuan*, y completando el destrozo de las tiendas de la *Alcaicería* y

de la calle de la Meca, como desquite de lo que las kabilas robaron ayer en la *Judería*.

Por lo demas, á poco que se medite en la actitud respectiva de las tres familias históricas que acaban de reunirse en esta Ciudad, resultará que los Cristianos tienen por qué enorgullecerse y dar gracias á Dios, que tan grandes los ha hecho en comparacion de los Musulmanes é Israelitas.—Aquí se ha verificado hoy una solemne entrevista de los tres Pueblos bíblicos, cual si se hubiesen citado á traves de los tiempos para darse cuenta de la eficacia de sus principios religiosos y de la dignidad que cada uno ha alcanzado sobre la tierra.—Aquí se ve hoy á la Religion madre y á sus dos Descendientes; al pueblo Testador y á sus dos Herederos; al viejo Abraham y á sus hijos Isaac é Ismael..., y el resultado de la comparacion es el siguiente:

El decrépito Hebraísmo arrastra una vida nula, parásita, miserable; adherido, por decirlo así, al más réprobo y vicioso de sus hijos, al que más se ha apartado del espíritu y la letra del Antiguo Testamento, al Mahometismo, en fin, que parte con él la inhabilitacion social, y que, como él, está proscrito de la Historia, en cuya marcha ni el uno ni el otro tendrán ya influencia alguna.

Esto lo sabe el Musulman; y, en la rabia de su impotencia, en su misantrópico aburrimiento, vuelve su ira y su desprecio contra el Judío, más abyecto aún que él, más inútil y menguado.—No de otro modo, el hijo pervertido por una mala educacion hace responsable á sus indignos padres de todas las desgracias que sufre é iniquidades que comete.

Ahora bien; al hallarse de nuevo los Israelitas enfrente de su otro Hijo, del bueno, del noble, del amigo de Dios, del *José* que tanto ha trabajado por la verdad y la virtud, no pueden ménos de ufanarse de haber engendrado tan ilustre vástago; cuéntanle las amarguras que han padecido bajo la tutela de aquel monstruo parricida que en mal hora concibieron las entrañas de Agar, y demandan al justo proteccion y amparo, invocando sórdida y cínicamente el lazo de consanguinidad que unia á los Apóstoles con los deicidas.

El Cristiano, por su parte, avergüénzase al ver el grado de vileza á que ha descendido el que le dió vida y cuna; respétalo, á pesar de todo; cumple sus deberes filiales, bien que sin entusiasmo; castiga severamente al pérfido hermanastro, al bárbaro Agareno; y, por resultas de tanta desdicha como halla en uno y en otro Pueblo, siente fortificarse dentro de su corazon la fe de Cristo.

¡Oh, sí! el espectáculo que ofrecen Mahometanos y Hebreos es la prueba más evidente que pudiera alegarse de las excelencias de nuestra Religion, de los grandes bienes que ha reportado á la humanidad, de la obra de Redencion que cumple hace diez y nueve siglos.—La dignidad humana, ya se considere en el individuo, ya en la sociedad, sólo puede alcanzarse por medio del Evangelio. Por desconocer sus doctrinas, vive el Moro bajo la tiranía de la fuerza, entregado al capricho de poderes arbitrarios, sin nocion de sus derechos, en el solitario abandono de un individualismo salvaje. Por haber cerrado sus ojos á la misma Luz, vive el Judío proscrito y desheredado, sin Patria ni bandera, en gru-

pos accidentales que nunca constituirán un pueblo, en aquella perpétua *menor edad* á que relegan nuestras leyes al decrépito incapacitado, al criminal infame, al pródigo y al demente.

. . . .

Conque vamos á otra cosa.

Al pasar esta tarde por una calle próxima al *Zoco*, me llamó la atencion un agitado grupo de soldados y Judíos que habia cerca de una puerta, y lleguéme á averiguar qué sucedia...

El centro de todas las miradas era un Negro enorme (casi un gigante), de unos treinta años de edad, oscuro, recio y fornido como una encina carbonizada, vestido de blanco con cierto lujo, y adornada su cabeza con una corona de conchas amarillas, de la que le caia por cada lado de la cara una sarta de la misma materia.

Hallábase sentado en el tranco de la puerta, inmóvil y silencioso, mirando fijamente al concurso con unos ojos leonados, en los cuales no sé qué era más horrible, si las pupilas, bañadas de siniestra y rutilante luz, ó lo blanco del globo, inyectado de un tinte sanguinolento.

Aquella puerta daba entrada á cierta casilla de una sola estancia, oscura como la cueva de un demonio.

El Negro tenía apoyada la cara en ambas manos, y sus brazos, adornados con pulseras de oro, descansaban indolentemente sobre sus robustas rodillas.

Nuestros soldados le lanzaban miradas amenazadoras; le enseñaban el puño, y le dirigian enérgicos apóstrofes.

Él permanecia indiferente, mirándolos de hito

en hito, con la boca cerrada de la manera que la cierran los negros; esto es, como si sus gruesos y salientes labios estuviesen pegados ó cosidos el uno al otro.

Finalmente, dos centinelas nuestros custodiaban al corpulento Africano, cuya tranquilidad desdeñosa imponia no sé qué terror ó superstición.

—¿Qué casta de animal es este?—le pregunté á un soldado.

—¡Cómo! ¿No sabe usted? (me respondió mi compañero). ¡Este bribon pensaba pegarle fuego á Tetuan y hacernos saltar á todos por el aire! Ahora poco íbamos con el General Rios reconociendo todos los sitios en que los Judíos nos indicaban que podia haber pólvora, cuando, al llegar á esta casa (que ahí donde usted la ve, es un polvorin), encontramos la puerta cerrada por dentro... Llamamos, y ni respondia nadie, ni nos abrian. Entónces forzamos la puerta á culatazos, é íbamos á entrar, cuando se nos pone delante este Lucifer, armado de una gran pistola y de una gumía, y decidido á estorbarnos el paso. La pistola le dió falta; pero, ántes de que pudiéramos apoderarnos de él, ya habia herido levemente con la gumía á dos de mis compañeros. Al fin lo atrapamos, y vimos que vivia aquí en amable compañía de algunos quintales de pólvora. Sin duda tenía encargo de incendiarla cuando nosotros entráramos en la Ciudad, y, ó no se ha atrevido á hacerlo, ó no habia creido llegado el momento oportuno...

—¿Qué dijo cuando lo prendisteis?

—¡Nada! ¡sentarse como usted le ve, y mirarnos á la cara con la mayor frescura!

—¿Y se sabe quién es?

—A este Negro (respondió un Judío) lo he visto yo muchas veces en Tetuan, cuando venian comisiones de Fez.—Era esclavo del difunto Emperador Abderraman.

Miré entónces con mayor atencion á aquel espantoso sér, cuya existencia habia yo adivinado, como sabes; cuando temia que los Moros volasen á Tetuan el dia de nuestra entrada..., y causóme verdadero espanto su fisonomía.—Tenía la frente aplastada como las panteras. Dos rayas, que yo habia tomado al principio por arrugas, atravesaban sus mejillas. Eran dos largas cicatrices, simétricamente trazadas; lo cual queria decir que habian sido causadas adrede y por vía de adorno. Su nariz deprimida, que aquellas dos señales hacian aparecer mucho más ancha, tapaba casi completamente unos bigotes colgantes de un negro tan intenso que rayaba en azul. Llevaba un gran anillo de plata con una inscripcion, y, debajo del jaique, que era de lana blanquecina, vestía un ropaje de seda verde con bordados de oro y de colores.—¡Estaba horrible!

Por graduar el temple del tenebroso espíritu de aquel hombre, mirélo mucho rato con fijeza, con descaro, con expresion de mofa y de furor...

Él sostuvo al principio mi mirada sin pestañear; pero luégo volvió los ojos á otra parte con soberano desden.

Entónces, deseando irritarlo, llevé una mano á la empuñadura de mi espada, y con la otra hice la demostracion de cortarle la cabeza.

Sus cárdenos labios palidecieron, poniéndose de

color de lila: luégo los despegó lentamente, animados por una bárbara sonrisa, y dejóme ver unos dientes blancos y apretados que relucieron como el marfil bruñido.

—Dile (apunté á un judío) que dentro de una hora le habremos cortado la cabeza.

Pero el Negro entendia sin duda el español; pues ántes de que el Hebreo repitiese en árabe mis palabras, ya habia cerrado el puño y descargado con él un fuerte golpe sobre la pared más inmediata.

Aquel movimiento y el gesto con que lo acompañó, sólo podian traducirse de este modo:

—«Mi corazon es tan duro como esta pared... ¡Conque no pretendas asustarme!»

O bien:

—«Cuando me esteis cortando la cabeza, mis labios no se quejarán ni revelarán una palabra; sino que permanecerán tan mudos como esta pared.»

Luégo se tranquilizó; tornó á su postura, y ya no conseguí que volviera á mirarme.

Creo inútil decirte que, léjos de inspirarme odio, aquel hombre me causaba admiracion, y que, al tiempo de abandonárlo, estaba perdidamente enamorado de él.

Por lo demas, su vida no corre peligro alguno; y, si yo he sido cruel en hacerle sospechar lo contrario, más lo ha sido él apareciéndoseme en sueños con una mecha en la mano, ántes de que tuviese la honra de conocerle!...

A esta horas está ya en libertad.

. . . .

A propósito de pólvora, debo consignar aquí que pasan de setenta quintales los que hasta ahora se han encontrado en Tetuan, así como unos dos mil proyectiles de diferentes calibres y setenta y ocho cañones y morteros, casi todos antiquísimos.

Cada una de estas piezas tiene una inscripcion que indica su procedencia.—Las hay regaladas á los Emperadores de Marruecos por varios Soberanos de Europa, así del Mediodía como del apartado Norte. Las hay tambien apresadas en las famosas piraterías de los antiguos Tetuaníes. Las hay, por último (y éstas han sido las que más me han interesado), tomadas á los Portugueses en en Llano de Alcazarkibir el dia de la rota del heroico D. Sebastian!

Ninguna historia más elocuente pudiera escribirse del pasado poder de este Imperio y del terror que ha infundido á todos los pueblos marítimos, que este álbum de bronce, tributo rendido á los Sultanes moros (ora de grado, ora por fuerza, ya para desarmar su ira, ya siendo víctimas de ella) por las primeras Potencias del mundo.—Entre los cañones que hemos cogido los hay españoles, franceses, ingleses, austriacos, griegos, dinamarqueses y belgas.

. . . .

Son las cuatro de la tarde, y estoy fatigadísimo de tanto como he andado, de tanto como he visto, de tanto como he sentido, y tambien de tanto como he escrito en este inolvidable 6 de Febrero.—Me voy en busca de mi alojamiento, el cual se halla situado en la *Judería*.—Allí descansaré de tamañas agitaciones, si me lo permiten (que no

me lo permitirán) las muchas cosas nuevas que encontraré tambien en aquel barrio.

Hasta luégo, pues...—Pero, ántes de separarnos, quiero darte idea de las calles moras en que te he escrito estos últimos renglones..., ora sentándome en el tranco de tal ó cual puerta, ora apoyando contra las paredes mi libro de memorias...

Hállome en un apartado barrio de la Ciudad, al cual no llega el estruendo militar de los Conquistadores. —Mi *cicerone* judío me ha conducido hasta aquí, y él me sacará de este laberinto, por la cuenta que le tiene...

Este barrio es, como si dijéramos, el *Faubourg Saint-Germain* de la poblacion mora, donde viven los Tetuaníes más acomodados.—Ni un alma transita por las calles... Todas las casas están cerradas... Me encuentro, pues, enteramente sólo, dado que el Judío no me serviria de nada en un apuro!

A veces oigo sordos pasos detras de algunas puertas, y lamentos de niños, unidos al rumor del agua que fluye en ocultas fuentes, y voces ahogadas por el terror, ó por la prudencia, ó por la asechanza...

Indudablemente, casi todas estas casas están llenas de Moros. Quizás me espian muchas miradas al traves de las aspilleras que dan luz á sus apartadas habitaciones... Quizás hago mal en permanecer mucho tiempo en este solitario paraje...

El saqueo no ha llegado hasta aquí. Los tímidos Judíos no se hubieran atrevido así como quiera á penetrar en estas intrincadas calles, cuyo sosiego parece la máscara de mil peligros...

Aunque, como he dicho, sólo son las cuatro de la tarde, los pasadizos embovedados empiezan á llenarse de temerosas tinieblas...—*Jacob* (así se llama mi *cicerone)* está pálido y trémulo en medio de la calle, con el oido al viento, como un ciervo asustado en un monte lleno de cazadores.—No se atreve á decirme que debemos marcharnos; pero su inquietud, su angustiosa mirada fija en mi *revólver*, y el sudor que baña su semblante, hablan con mayor elocuencia que pudieran hacerlo sus descoloridos labios...

Decido, pues, marcharme, prometiéndome volver por aquí mañana mismo.—Esos niños que lloran detras de las puertas me han llenado de interes y de curiosidad.

Nuestros pasos turban de nuevo el silencio de estos melancólicos sitios; y apénas hemos andado un poco, sentimos abrirse cautelosamente algunas puertas á nuestra espalda...

Jacob anda cada vez más de prisa, arrimado á la pared y arrastrando sus babuchas amarillas con tal arte, que casi no levantan ningun ruido... Y lo peor de todo es que este infame Judío me ha pegado el miedo, y que yo tampoco vuelvo la cabeza para ver quién se asoma á aquellas puertas que se abren silenciosamente despues que nosotros pasamos...

Al fin empezamos á encontrar algunas comparsas de soldados nuestros, acompañados de Judíos, que vienen de reconocer otros barrios de la Ciudad...—Jacob respira, y yo me avergüenzo de mi debilidad.

Llegamos, por último, al *Zoco*, donde aún es dia

claro y hierve parte de la muchedumbre que dejé en él...

Jacob recobra la sonrisa y la palabra.

—¿A dónde va el señor?—me pregunta, pues, con un gesto resplandeciente de felicidad, al ver que se ha ganado la propina sin detrimento de sus espaldas.

Yo le respondo enfáticamente:

—A mi *alojamiento;* á la *Judería*; á casa de *Abraham*.

Jacob (¡qué grandes nombres para tan pequeños séres!) emprende gustoso el camino de la *Judería*, en la que entra delante de mí, saludando amablemente á sus correligionarios y sonriéndoles con inefable alegría, como si les dijera:

—¡Ya veis que me ha caido un gran negocio! En el bolsillo de esta persona que acompaño, hay por lo ménos una moneda que va á pasar á mi poder dentro de un momento. Yo os la enseñaré esta noche, para que envidieis mi fortuna...

Y, volviéndose á mí, exclama:

—¡Aquí no hay ya nada que temer!... Por la *Judería* se puede andar á todas horas sin peligro alguno. Los Hebreos son una pobre gente que no se mete con nadie.

. . . .

A las diez de la noche.

La *Judería* se diferencia de la Ciudad mora en que sus calles son rectas, y en que las casas tienen ventanas y hasta balcones. Por lo demas, su con-

junto es tan pobre y desaseado como el resto de la poblacion.

Hay, sin embargo, muchas casas perfectamente construidas... por dentro, y adornadas con bastante lujo. El mueblaje es generalmente á la *antigua española*; pero refleja en varios accidentes los usos y costumbres de los Moros.—En las viviendas más principales se ven muebles modernos, traidos de Gibraltar, como butacas, mesas de juego, camas doradas, sofás de muelles, etc., etc.

Los Judíos, á fuer de avaros, son pródigos consigo mismos, y no se escatiman las ropas de gran precio, ni las joyas, ni nada de lo que tenga valor seguro en venta.—Es indudable que las kabilas han hecho grandes estragos en las más lujosas casas (cuyas puertas están destrozadas, y cuyos muebles y ropas se ven aún revueltos en los patios y los portales): pero ¿crees tú que los Judíos habrian dejado, en sitio donde pudieran ser halladas, sus arcas llenas de dinero, sus alhajas y los trajes de gala de sus mujeres, que (al decir de ellos mismos) los tenian tan suntuosos que no hubieran dado alguna saya por 20.000 reales, ni alguna toca por 2.000 duros? ¿Se puede concebir en los Hebreos tamaña imprevision, cuando el Enemigo llamaba á las puertas de Tetuan y la poblacion morisca se amotinaba en calles y plazas?—De ningun modo.

Sin embargo, desde que entré en la *Judería* no he dejado de oir ni un solo momento las mismas lamentaciones que nos recibieron por la mañana en el *Zoco*.—Las mujeres, los ancianos, hasta los niños, me cogian de la ropa y me metian en sus

casas para que viera los destrozos causados por los *Moros*...

Yo me dejaba llevar..., no porque dejase de ofenderme aquella estratégica confianza de que me daban muestras para que yo no los robase tambien..., sino por estudiar la raza y la familia israelita, por enterarme de sus costumbres privadas, y (seré franco) por solazarme en la contemplacion de gentiles talles y de lánguidos ojos negros.—Es decir; que, si yo no era un ladron de la especie que temian los Judíos, lo era de otra no ménos grave, bien que á aquellos viles no les doliese por el momento el que, miéntras ellos me referian sus penas, mi codiciosa mirada piratease únicamente en la hermosura de sus mujeres y de sus hijas!

. . . .

Allá va ahora, como muestra, la copia fiel de uno de los cuadros domésticos que, con tal motivo, he contemplado á mi sabor esta tarde.

Erase una casa de mediano porte.—En la puerta habia un ancho boquete abierto á hachazos hácia la parte de la cerradura.—A la vuelta de un estrecho corredor, encontrábase el patio, cubierto arriba por una fuerte reja de hierro. Sólidas pilastras, revestidas de losétas blancas y azules, sostenian ocho arcos estalactíticos, en que se apoyaba el corredor del piso alto. El suelo y la escalera eran tambien de losetas, brillantes á la sazon como espejos, por estar recien lavadas. De dos grifos de bronce caian sobre pilones de mármol recios caños de agua, cuyo incesante rumor esparcia blandos ecos por los solitarios cenadores. — En el fondo del patio, una larga cortina de seda negra y roja,

recogida por una punta, dejaba ver un arco, igual en todo á los de la Sinagoga de *Santa María la Blanca* de Toledo, el cual servía de jambas y de dintel á una enorme y bien labrada puerta, cuyos pequeñísimos tableros, pintados de vivos colores, estaban perfectamente ensamblados. — De esta puerta sólo habia abierto un postigo, y por él se entraba en una sala muy extensa, que recibia la luz á traves de un roseton arábigo, calado sobre el recio muro, allá cerca del renegrido techo.

Acompañábame el amo de la casa, hombre de unos cuarenta años, grueso, limpio, hermoso, cuanto puede serlo un Israelita, y de modales sumamente corteses.

—¡Entre usted, señor, y contemplará lástimas!— me dijo, al verme pasar cerca de su puerta.

Y, una vez en presencia de su familia, que se encontraba reunida en aquella sala baja, doblando ropas y metiéndolas en unos grandes baules descerrajados, añadió políticamente:

—Aquí tiene usted á mis padres, á los padres de mi mujer, á mi esposa, á mis diez hijos, á mis dos yernos y á mis tres nietos.

—¡Bien venido, señor; bien venido!—exclamó toda aquella tribu con plañidero acento, fingiendo várias especies de sonrisas y mirando fijamente al dueño de la casa, como preguntándole qué clase de visita era yo; si tenian algo que temer por sus personas, ó si, en fuerza de lo anormal de las circunstancias, iba á costarles mi presencia algun dispendio, siquiera fuese de *una onza*,—palabra con que se designa entre ellos cierta moneda de cobre más pequeña que un ochavo.

Los ojos del interrogado (que se llamaba nada ménos que *Moisés*) debieron de tranquilizarles completamente.

Ello es que toda la familia volvió á decirme con mayor efusion:

—¡Bien venido! ¡Viva la Reina de España!

Yo les supliqué que no se movieran ni incomodaran: pretexté hallarme cansado, y me senté en una silla, cuyo respaldo estaba adornado con una lámina del *Quijote*.

La *mujer de Moisés* empezó entónces á hacerme una prolija explicacion del saqueo de la noche pasada, y yo, fingiendo que la oia y que la creia, me entregué á mis propias observaciones.

La Señora de *Moisés* tendria unos treinta y ocho años: habria sido bella; pero hallábase ya marchita, al modo de las flores que crecen en parajes húmedos. Quiero decir que parecia estar *cocida*. Sus ojos mustios y sus carnes deslavazadas revelaban una vida pasada á la sombra, ó sea en aquel hondo patio, mojado contínuamente. Como todas las Hebreas casadas, llevaba sobre el pelo una especie de peluca de seda negra, que formaba un pabellon muy alisado á los dos lados de su cara. Una toca celeste rodeaba su cabeza, luégo su cuello, y, por último, su cintura. Vestía una saya morada muy angosta y un corpiño encarnado que dejaba descubiertos sus brazos, sus hombros y casi todo su seno. Estaba descalza de pié y pierna, como sus cuatro hijas, y hallábase sentada en medio de ellas sobre una vieja alfombra que habria sido de gran precio.

Los hombres vestian pantalones, ó, por mejor

decir, calzoncillos blancos. Tampoco llevaban medias; pero ellos siquiera calzaban babuchas rojas ó amarillas. Dos túnicas cubrian su cuerpo: la de debajo blanca, muy bordada y cerrada por el pecho, y la de encima de merino castaño, azul ó pajizo, abierta por delante y recamada de labores de seda negra, como los dormanes andaluces. Estas dos túnicas les llegarian poco más abajo de la rodilla, y las llevaban ceñidas á la cintura con fajas de vivísimos colores. Los ancianos (los padres de los amos de la casa) se diferenciaban de los demas en que usaban medias de hilo blanco, zapatos de cordoban negro y una tercera túnica suelta, con grandes mangas perdidas y más larga que las de los otros. En cuanto á los niños, vestian exactamente lo mismo que sus padres...

Pero hablemos ya de las cuatro hijas de *Moisés*, y aprovechemos esta coyuntura para tratar la importante cuestion de si las Judías son ó dejan de ser tan hermosas como dice la fama.

Indudablemente, la raza israelita es bella. Cierto que la cobardía y la avaricia despojan de toda nobleza el rostro de los hombres, dándoles un aire de vil astucia y malvada penetracion; pero fuerza es no obstante reconocer que los adolescentes son por lo general esbeltos, gallardos y de facciones expresivas, miéntras que en los ancianos se ven tipos de una majestad tan venerable como no se halla en ningun pueblo.—Con todo; estas mismas figuras dignas ó gallardas, estos mismos rostros dulces ó severos carecen de vigor y de energía y ostentan en sus menores gestos toda la degradacion á que puede llegar el alma.

No acontece así con las mujeres.—En las mujeres, la debilidad es siempre un encanto y la cobardía un atractivo; y, en cuanto á la avaricia, yo creo que no tiene expresion propia en sus semblantes ni quizás se alberga nunca en sus almas de una manera absoluta.—¡Oh! no: ¡la mujer no puede nacer avara! Podrá aprender á serlo; acostumbrarse á este ruin goce, por identificarse con su marido; pero siempre su naturaleza afectuosa y expansiva triunfará en ciertos momentos del más odioso y cruel de los pecados.—Siendo esto así, y dado tambien que las mujeres son naturalmente más pudorosas, más delicadas y más dignas que los hombres en todo aquello que se refiere á los grandes instintos del corazon, resulta que, si en la raza judía queda un resto de vergüenza, de orgullo y de decoro humano, es en las hembras.

Ahora bien: añádase ese tinte de belleza moral á las correctas y clásicas fisonomías de estas hijas del Oriente. Imagínate unas caras pálidas, ó más bien descoloridas; levemente morenas; de ovalado y suave contorno; de pequeña boca, cuajada de menudos y blancos dientes; de admirable nariz (noble y pura como la de los modelos griegos); de negros ó azules ojos (negros más comunmente), anegados de no sé qué tristeza apasionada y rodeados de aquellos círculos de color de lila, vulgo *ojeras*, que tanto amaba lord Byron, y que yo amo tambien, pecador de mí; ojos voluptuosos, llenos de promesas ó de recuerdos de placer, coronados de delicadas cejas, adornados de largas y sedosas pestañas que dan sombra á unas delicadas mejillas, en donde, por la misericordia de Dios, aparece el rubor

hermoso, siempre que el honor lo exige; imagínate, digo, estas caras, más perfectas que lindas, más artísticas que seductoras, más *bellas* que sorprendentes, y tendrás una idea de la mayor parte de las jóvenes Hebreas.

Pues agrega ahora el carácter histórico que les comunica la toca oriental, haciéndolas asemejarse á las Estheres y Saras consagradas por la Pintura: agrega el encanto artístico de sus angostos trajes, adheridos *al desnudo*, sobrios de líneas, y coloreados al estilo de Ticiano y de Tintoretto; de sus enanos piés, blancos y descalzos como los de las estatuas, y de sus ricos pechos, tan manifiestos á la vista cuando los tapa endeble y ajustada tela, como cuando lucen descubiertos ante tu codiciosa mirada, y convendrás en que las Judías no son del todo despreciables...

Te repetiré, sin embargo, á propósito de esto, lo que te dije respecto de *Tetuan:* para comprender y sentir su hermosura, es menester mirarlo con ojos de poetà.—Las Hebreas, descalzas, desceñidas, despeinadas, pálidas, ojerosas, pobremente vestidas por lo regular, sentadas en el suelo y con un aire de mansedumbre exento de coquetería, sólo pueden agradar al poeta, al pintor, al escultor, al erudito, al idólatra de la belleza convencional. El hombre lascivo, el amante de los encantos lujosos, de la gracia viva, de la seduccion ardiente, de la hermosura material, poco hallará en estas pobres y desaliñadas hembras que excite sus deseos.—Son beldades muertas; obras de arte; *cuadros vivos*, que decimos modernamente; en los cuales, más que la persona real y efectiva, se busca la actitud, el

dibujo, el color, lo auténtico del traje, lo genuino del tipo, lo legítimo de la representacion histórica.

Así considero yo á las Judías; así las admiro..., alegrándome de que no se parezcan en nada á las *mujeres* que esperaban encontrar aquí los Tenorios de nuestro Ejército.—¡Angeles y serafines; diablos con faldas y con *miriñaque;* serpientes tentadoras y mozas de rumbo..., las hay á millares en España!...—Flores exóticas, ídolos de otras gentes, momias de otros siglos, visiones de otro mundo, ¡hé aquí lo que yo vine á buscar á Africa y lo que dichosamente he encontrado en las Israelitas de *Tetuan!*...—Más adelante veremos (dado que nos sea posible) si las Moras corresponden tambien á los ensueños de mi imaginacion.

Pero todavía no hemos hablado de las hijas de Moisés.

Como he dicho, éstas eran cuatro.—La mayor tenía veinte años y la menor once.—Las dos de en medio eran casadas, y, por lo tanto, ocultaban cuidadosamente sus cabellos bajo una peluca de seda como la de su madre.

La mayor de las casadas dormia á un pequeñuelo, hijo suyo, cantándole con voz dulcísima un estribillo monótono que se parecia á nuestra *caña.*—Era alta y fuerte como una Judith. Vestía saya y chal de paño negro con bordados de seda azul, y cubria su cabeza una toca de la misma tela, por el estilo de las que usaban nuestras damas del siglo XV.

La otra casada, pequeña y gruesa, no llamaba la atencion sino por sus grandes y expresivos ojos, negros y lucientes como el azabache y que con-

trastaban con el quebrado y plácido color de sus mejillas.

La mayor era la más fea; pero, en cambio, tenía unos hombros, unos brazos, unas caderas y unas piernas de tan clásicos y opulentos contornos, que los Griegos la hubieran tomado para modelo de Juno.

En cuanto á la menor, eclipsaba completamente á sus hermanas.—Ya habia dejado de ser niña, á pesar de que, como te he dicho, sólo tenía once años. Sus delgados miembros empezaban á redondearse. Su virgínco seno brotaba ya al impulso de la pubertad, y una melancólica dulzura mitigaba la viva luz de sus ojos.—Llamábase *Lia*.

Hallábase de rodillas, trasteando en el fondo de un cofre muy grande y antiguo, claveteado con millares de tachuelas de metal.—Vestía solamente una angostísima *chilava* de color de rosa, sumamente limpia. Conocíase que la usaba hacía tiempo, pues se le habia quedado muy corta y el jubon habia tenido que estallar por todas las costuras, cediendo al impulso de las gracias primaverales de la jóven, que ya se mostraban por todas partes.

Doblada como un junco sobre aquel baul monumental, presentaba Lia una silueta tan pura y tan casta en su misma desnudez, que halagaba más al alma que á los sentidos. Su negra cabellera, larga y abundante, partida en dos trenzas, caia sobre sus hombros y descansaba en el suelo cada vez que introducia los brazos en el cofre. Sus piés, desnudos y blanquísimos, que, como los de las náyades, siempre habian estado metidos en el agua, remataban graciosamente áquel gracioso dibujo. Su

cintura, en fin, que se hubiera podido abarcar con las manos, se cimbraba á cada movimiento, haciendo más correctas y artísticas las ondulaciones de su talle.

Y no era todavía nada de esto lo que yo admiraba más en Lia.—Admiraba, sí, extáticamente el noble perfil de su peregrino rostro; el exquisito pliegue de su boca, que parecia un clavel entreabierto; sus negros y adormecidos ojos, en que la pasion y la inocencia unian sus misteriosos encantos; su altiva y serena frente; sus cejas, suavemente dibujadas; su largo cuello, adelantado con cierta osadía sobre los hombros; su redonda cabeza, que parecia abrumada por un pensamiento grave, impropio de tal edad; su menuda oreja, semejante á una hoja de rosa medio plegada; su aguda barba, que prolongaba el óvalo del semblante, como vemos en las vírgenes de Rafael; su blancura mate, en fin, esclarecida ó sombreada por indefinibles tintas, segun que trasparentaba el rubor de la sangre ó el azul de las venas, con la diafanidad propia de un cútis que nunca doró el sol ni orearon los vientos campesinos...

Tal era Lia.—Si me he detenido demasiado en su descripcion, ten en cuenta que es lo ménos que puedes dispensarme despues de tanto tiempo de no haber visto más que guerreros cubiertos de sangre y polvo, cadáveres y heridos, enfermos y prisioneros. — Mi alma está sedienta de emociones tranquilas, tiernas y suaves, y se deleita contemplando niños y mujeres, pájaros y flores.

. . . .

Abandonemos, sin embargo, la casa de *Moisés*,

y vengamos á la mia, ó sea á la de *Abraham*, donde te escribo atropelladamente estos renglones, pues estoy fatigado de tanto como hoy he andado y escrito.

Abraham es antiguo amigo de aquel *Santiago* á quien conocimos en *Rio-Martin*, el cual (dicho sea de paso) encuéntrase ya en posesion de los bienes que dejó en *Tetuan* y sus alrededores, ménos de su casa, por haberla saqueado é incendiado... no se sabe si los Judíos ó las kabilas.—Ahora bien: Santiago se ha entendido con Abraham para mi admision en casa de éste como *alojado*, ó más bien como *huésped*, en tanto que aquél habilita una Fonda que va á abrir en el antiguo *Zoco*, llamado ya hoy *Plaza de España.*

Y aquí debo decirte, que el Cuarto Cuerpo de Ejército ha quedado guarneciendo á *Tetuan* á las órdenes del General Rios.—El General en Jefe ha preferido la vida de la tienda y establecido el Cuartel General en una huerta situada entre esta ciudad y los Campamentos que el dia 4 tomamos á los Moros. —Allí ha acampado tambien el Tercer Cuerpo con Ros de Olano, en tanto que Prim y el Segundo Cuerpo han ido á plantar sus tiendas al otro lado de *Tetuan*, sobre el camino de *Tánger*.

Yo he optado por quedarme dentro de estos muros, arrostrando las epidemias que se anuncian, con tal de dedicarme más asiduamente á mis estudios y observaciones.—He hecho, no obstante, plantar tambien mi tienda en el Cuartel General, á fin de tener allí una especie de casa de campo y pasar entre mis camaradas todo el tiempo que me dejen libre los trabajos literarios.

Conque digamos algo de mi alojamiento, ántes de entregar al sueño el resto del dia de hoy.

Abraham vive solo con su mujer; mujer por cierto de edad respetable...—Su casa es una de las mejores de la *Judería*, y está adornada medio á la oriental, medio á la inglesa.— En cuanto á mi cama, necesito entrar en pormenores; pues verdaderamente merece particular atencion.

Constitúyela un altísimo tablado de nogal, empotrado en la pared, bajo un arco de herradura, que forma una especie de alcoba en un extremo de la sala principal. Ámplias y largas cortinas ocultan á la vez el lecho y la alcoba. Gruesas alfombras dobladas sirven de colchon (por cierto muy blando), miéntras que una soberbia y extensísima colcha blanca de rico estambre suple á un tiempo por las dos sábanas. Otras cuantas alfombras, dobladas ó extendidas, hacen, en fin, las veces de almohadas y de abrigo.—Tan peregrino lecho podria contener holgadamente seis personas; pero lo ocuparé yo solo, ó por mejor decir, lo ocupo ya.

En él acabo mis larguísimos apuntes de hoy, á las doce de la noche, á la luz de una vela morisca, bajo un rico artesonado, viendo el estrellado cielo y la blanca luna por un gracioso ajimez abierto cerca del techo, oyendo el murmullo melancólico de dos fuentes que fluyen en el patio, aspirando un penetrante aroma de esencias desconocidas (entre las que á veces creo percibir el perfume de la rosa), satisfecho y triste como nunca; satisfecho, porque veo cumplidas mis más doradas ilusiones; porque recuerdo á Cervantes, á Marsilla, á Don Quijote de la Mancha, á los Príncipes de las *Mil y*

una noches, y á cuantos caballeros han dormido en palacios encantados; triste..., quizás por lo mismo que estoy satisfecho; ó acaso más bien porque, en este continente extraño, en esta ciudad mora, en esta casa judía, echo de ménos mi dulce sociedad cristiana, las amantes sombras que vagaron por el eden de mi adolescencia y todas aquellas constelaciones que veia brillar en el cielo de la vida, ó sea en el techo de mi alcoba, cuando el sueño misericordioso bajaba á besar mis párpados entornados...

¡Estoy tan solo!...—¡Ah! no... Las piadosas manos de mi madre y otras manos queridas colgaron de mi cuello hace tres meses dos santas Medallas con la imágen de la Madre de los afligidos...—¡He aquí tan sagradas prendas! — Y he aquí tambien que, por la primera vez, despues de muchos años... (reparen en esta confesion los jóvenes que hayan renegado de toda fe, embriagados por la soberbia de imaginarios dolores); por la primera vez, digo, despues de muchos años de jactanciosa *emancipacion* y sacrílega *libertad*, siento reanimarse en mi alma inefables afectos, volver á mi memoria santas oraciones, y despertarse en mi corazon plácidas esperanzas... (1)

---

(1) Este párrafo y el siguiente están *copiados al pié de la letra* de la primera edicion del Diario de un Testigo, publicada *hace veinte años!*—No sé, pues, en qué se habrán fundado algunos críticos para atribuir á recientes *mudanzas* y flamantes *conversiones* la religiosidad de que luégo he dado iguales muestras en mis novelas *El Escándalo* y *El Niño de la Bola*.—¡Así se escribe la Historia; ó, por mejor decir, así se ejerce la crítica!—(Nota del Autor, para esta Segunda edicion.)

¡Dios sea bendito en el momento en que acerco á mis labios la celestial imágen de María, y bendita sea la madre que me llevó en sus entrañas y me enseñó á pronunciar el dulce nombre de la Reina de los Angeles!

¿Significará todo esto que la Guerra me ha hecho neo-católico?

¡Nada me importa lo que digas de mí, con tal que creas en la sinceridad de estas emociones!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

ÍNDICE.

